

Marc Casals

LA PIEDRA PERMANECE

Historias de Bosnia-Herzegovina

Portada_La_piedra_permanece.jpg

Portada_La_piedra_permanece.jpg

Marc Casals

LA PIEDRA PERMANECE

Historias de Bosnia-Herzegovina

primera edición:

septiembre de 2021

Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511

28020 - Madrid

isbn

: 978-84-17678-85-2

código ibic

:

dnj

diseño de portada:

Patricia Bolinches

mapa

: Boris Stapić

maquetación:

María O'Shea

corrección:

Melina Grinberg y María Campos

A mis padres, Ramon y Consol. Porque, entre tantas otras cosas,

me enseñaron a viajar.

Occidente fascina por su apariencia de vida organizada y sus posibilidades materiales, algo que siempre nos ha faltado. En especial, la última guerra ha ahondado en nosotros un terrible y arraigado sentimiento de inseguridad y miedo existenciales. La experiencia de quedarse de la noche a la mañana sin identidad como trabajador y como ciudadano es algo terrorífico. […] Por otra parte, Occidente se ha vuelto superficial, solo vive el mundo en dos dimensiones. Ha perdido profundidad. Todo es igual, todo se puede sustituir, todo se puede multiplicar. […] Los Balcanes son eróticos. Desordenados, volátiles, inseguros, a veces peligrosos, pero, al fin y al cabo… ¡eróticos! Los Balcanes son un extraordinario palimpsesto de culturas y «textos» y quien tiene el ojo y el oído para captarlos puede esperar a cada paso, a cada instante, descubrimientos maravillosos. Sueño con que llegue el día en que este universo se estabilice políticamente y empiece a descubrirse a sí mismo su mágico rostro de mil rostros.

Ivan Lovrenović

Guardo de ese país el recuerdo más íntimo. Desde la primera estancia allí he hecho muchos más viajes […] Pero de Bosnia puedo decir lo que encontré, como dirigido a mí, en una placa de mármol labrado sobre una fuente: «El agua fluye, la piedra permanece».

Albert Bordeaux



Croacia
Novi Sad
Voivodina
Belgrado
Kevljani
Vrbas
Una
Bihać
Banja Luka
República Srpska
Krajina croata
Serbia
Federación
Vareš
Drina
Srebrenica
Bugojno
Fojnica
Miljacka
Sarajevo
ROMANIJA
Pale
Višegrad
Šujica
Neretva
Goražde
Mostar
República Srpska
Trebišnjica
Trebinje
Montenegro
Kosovo
Dubrovnik
Podgorica
Mar Adriático

Prólogo

Cuando tomé aquel giro a la derecha, no era consciente de hasta qué punto mi vida iba a cambiar. De eso hace ya tiempo, más de tres lustros: tenía veinticinco años y estaba haciendo un viaje por los países de la antigua Yugoslavia. Venía de recorrer la zona de Dubrovnik, uno de los destinos más selectos del litoral croata y, nada más tomar el desvío para entrar en Bosnia-Herzegovina, el paisaje empezó a transformarse. Atrás quedaba la costa del Adriático, con elegantes poblaciones de piedra clara e islas que levantaban sus perfiles en el horizonte. A tan solo una quincena de kilómetros, era como si se abriese otro universo.

Nada más pasar la frontera vi, por primera vez, una mezquita con cúpula y minarete fuera del paisaje seco al que las tenía asociadas. Pero más allá había una iglesia católica, un poco más allá una iglesia ortodoxa y, entremedias, una sucesión de casas tiroteadas y en ruinas. Apenas llevaba una hora en Bosnia-Herzegovina cuando me paré en la ciudad de Mostar y, contemplando el puente otomano sobre el río Neretva, me dije a mí mismo: «Un día vivirás en este país».

Cuando hice este viaje ya estaba instalado en los Balcanes, con un plan que luego deseché en parte por culpa de Bosnia. Tras licenciarme en Traducción e Interpretación, me había trasladado a Sofía, la capital de Bulgaria, dispuesto a aprender el idioma búlgaro. La idea era dominarlo en los tres años que le faltaban a Bulgaria para entrar en la Unión Europea y luego trabajar como intérprete para las instituciones comunitarias.

Mis aspiraciones de convertirme en eurócrata se habían comenzado a resquebrajar durante los primeros viajes por Bulgaria, porque me empezó a cautivar el mundo de los Balcanes, tan complejo y desconocido para mí. No obstante, el punto de inflexión fue el verano de 2006, cuando alquilé un coche para recorrer buena parte

de la extinta Yugoslavia: Serbia, Montenegro y Croacia me causaron impresión, pero Bosnia-Herzegovina me agarró del estómago y todavía no me ha soltado.

Como viajaba sin una ruta definida, llegué al país de pura casualidad, simplemente porque tenía que volver rápido a Sofía para coger un vuelo y por allí pasaba el camino más corto. Aunque, tras aquel giro a la derecha, apenas pasé un día y medio en Bosnia, ese primer contacto me arrebató. Sentía que estaba en un mundo regido por normas complejas que no lograba descifrar y en el que las identidades se entremezclaban y a la vez competían. Sentía el peso de la guerra en el ambiente, en según qué lugares más abrumador que las señales manifiestas, como los agujeros de metralla. Pero también sentía que, pese a la tragedia que saturaba el entorno, los bosnios estaban llenos de sensibilidad y calidez.

Resulta difícil, incluso para alguien que se dedica a las palabras, transmitir el magnetismo que ejerce Bosnia en mucha gente como yo, pero la realidad es que, para algunos de nosotros, puede derivar en algo obsesivo. Nada más volver a Sofía, empecé a buscar artículos, libros, documentales y películas para acumular información sobre el país con la esperanza de comprenderlo. Sin embargo, cuanto más aumentaban mis conocimientos, más sobrepasado me sentía por un rasgo muy propio de Bosnia: cuando uno cree haber llegado a una conclusión, tropieza con un detalle nuevo que le vuelve a alterar la perspectiva, un proceso que, en mi caso, sigue durando hasta hoy.

Mi fijación por Bosnia no se limitaba al plano teórico, sino que en cuanto tenía ocasión viajaba hasta el país, como si necesitase sumergirme una y otra vez en su realidad para asimilarla. Los Balcanes Occidentales son un mal lugar para recorrer en coche: el relieve es abrupto, las calzadas están llenas de desperfectos y los locales conducen de forma agresiva. Pese a todo, jamás me supo mal conducir diez horas desde Bulgaria hasta llegar a Višegrad, la primera población de cierto tamaño que uno encuentra tras cruzar de Serbia a Bosnia. El puente sobre el río Drina, inmortalizado por

Ivo Andrić, era como un pórtico para mí: contemplarlo era el preludio de una nueva incursión en ese mundo que me tenía absorbido.

Mi entusiasmo no hizo más que acentuarse cuando me mudé de Sofía a Cavtat, una apacible localidad de la costa croata a pocos kilómetros de la frontera con Bosnia. Desde el balcón de mi apartamento podía ver la cordillera que separaba los dos países, durante siglos la linde occidental del Imperio otomano. Los sábados acostumbraba a cruzar al otro lado para visitar la ciudad de Trebinje, porque tradicionalmente allí es día de mercado. De nuevo, me impresionaba que pudiese haber tal contraste en tan poca distancia: de la placidez mediterránea del litoral a un interior pedregoso, con extensiones por aquel tiempo aún sembradas de minas.

Cuando las circunstancias me obligaron a marcharme de Croacia, no dudé ni un segundo de que mi siguiente destino iba a ser Bosnia y me trasladé a Sarajevo, la capital. Aparte de la satisfacción de ver cumplido un viejo anhelo, nada más instalarme confirmé algo que había intuido desde mi primer viaje: sentía una gran afinidad con la gente por la forma en que se relacionaban. A riesgo de generalizar en exceso, los bosnios acostumbran a ser sociables, amantes del ingenio y propensos a abordar incluso los temas más amargos dándoles un toque de humor. También me impresionó su resistencia, la forma en que eran capaces de sobrellevar las tragedias vividas y seguir adelante con temple y dignidad.

Al cabo de años de estudiar tanto la historia como la cultura de Bosnia, explorar incluso las zonas más remotas de su territorio y mantener interminables charlas con sus habitantes, me vi en condiciones de transmitir parte de lo que había aprendido para contribuir a un mejor conocimiento del país: mi granito de arena sería escribir un libro. Al plantearme qué tipo de libro podía hacer, enseguida tuve claro que el foco no debía ser yo, sino los bosnios de a pie a quienes tanto admiraba. Poco a poco, fui elaborando una pequeña lista de gente cuya trayectoria personal tuviese interés de por sí y, además, me permitiese mostrar diversas facetas de la

poliédrica realidad bosnia. El resultado son las dieciséis historias que figuran a continuación.

Este libro no es fruto de un par de charlas con sus protagonistas, sino de una relación de amistad que, en algunos casos, dura ya más de una década. Para mi sorpresa —pensaba que alguno de ellos sería reacio a la exposición pública—, cuando les planteé si querían aparecer en el libro, todos accedieron. Además, me han permitido contar sus historias, incluidos los pasajes más dramáticos, confiando en que sabré tratarles a ellos y a sus vidas con delicadeza y respeto. Solo puedo darles las gracias por su fe en mí y esperar que el resultado del trabajo que he hecho esté a su altura. Es un privilegio tenerles en mi vida y sirva este libro como homenaje a todos ellos, porque, cuando un lugar y una gente te han dado tanto, lo justo es que uno intente devolver siquiera un ápice de su generosidad.

Sarajevo, octubre de 2020

Aclaraciones

—La denominación de los llamados «bosniacos» (bosnio-herzegovinos de tradición musulmana) fue evolucionando a medida que su identidad, en un principio sobre todo religiosa, se iba transformando en nacional. El nombre «bosniacos» para denominarles no fue aprobado oficialmente hasta el año 1993. Para hacer referencia a ellos, he usado el término «musulmanes» hasta los alrededores de ese año, pero ello no implica menoscabo alguno de su identidad como nación.

—El libro busca ser representativo en varios aspectos: geográfico, étnico y de clase. La única faceta en la que no he logrado la representatividad es el sexo, por motivos relacionados con la cultura bosnia. En primer lugar, el conservadurismo hace que las mujeres de cierta edad sean reacias a charlar a solas con un hombre, más si es extranjero. En segundo, sus vidas han tendido a centrarse en el hogar, por lo que resultaba más complejo entrelazarlas con la historia del país. El resultado es que, en total, hay tres capítulos con protagonistas femeninas, mujeres excepcionales cuya fuerza y sensibilidad me he esmerado en transmitir.

—Aunque todos los personajes aceptaron salir en el libro con su nombre, Bosnia-Herzegovina es un país con un pasado tormentoso y no quisiera que alguna de las historias que cuento sobre ellos les trajese consecuencias indeseadas. Por eso, en algunos casos he modificado nombres, topónimos y otras informaciones para enmascarar su identidad. De esta forma, quedan protegidos sin que ello vaya en detrimento ni de su figura ni de sus historias, porque lo importante no es quiénes son, sino lo que son.

Nuestro pan de cada día

Cuando llegue el gran acontecimiento […]

a unos elevará, a otros degradará.

Corán, sura Vakia

La idea que Sarajevo tiene de sí misma descansa sobre una paradoja: aunque su historia ha estado marcada por la diversidad, se concibe como un microcosmos cerrado. Este ensimismamiento viene dado por la ubicación de la ciudad en el fondo de un valle, pero a la vez se ha ido fraguando a lo largo de su historia. En ciertos periodos del tiempo que pasó bajo el Imperio otomano, la opulencia de Sarajevo como centro comercial le permitió establecer un acuerdo tácito con las autoridades, según el que cada nuevo gobernador de Bosnia solo podía alojarse en la ciudad durante la primera noche de su mandato. Para corresponder a esta deferencia, al principio el recién llegado evitaba inmiscuirse en los asuntos de los sarajevitas, pero entre el gobernador y la aristocracia local no tardaba en entablarse un pulso que se saldaba bien con la caída en desgracia de uno de los bandos, bien con su destierro o ejecución.

Además de esta negativa a plegarse a los designios externos, Sarajevo se valora en contraste con el entorno rural que la rodea como un solitario islote de cultura en un entorno atávico. Tanto el emplazamiento de la capital como su experiencia histórica han insuflado en sus habitantes un orgullo que bordea en la arrogancia y, sobre todo, una obsesión por dilucidar quién es un auténtico sarajevita, hasta el extremo de que, para no ser despreciados como ciudadanos de segunda, muchos se presentan como nacidos en

Sarajevo cuando en realidad no lo son. Los oriundos suelen bromear diciendo que alguien es «de Sarajevo de toda la vida desde hace X años».

Šemsudin no necesita mentir, porque es un sarajevita de toda la vida. Su hogar, el mismo de sus antepasados, se encuentra en una calle apacible situada no lejos del río Miljacka, que atraviesa todo el casco urbano. La sucesión de casas que se extiende a ambos lados de la calle es la viva estampa de la Sarajevo más tradicional y hermética, puesto que en todas se han reducido al mínimo tanto los balcones como las aberturas al exterior. Este repliegue puertas adentro es un reflejo de la cerrazón bosnia, pero también la manifestación arquitectónica del anhelo por garantizarse una precaria intimidad.

Nada más franquear el umbral de la casa empieza la jurisdicción del vecindario o komšiluk, al mismo tiempo el espacio físico de la comunidad de vecinos y la esfera moral que regula sus interacciones. Esta institución, fundamental en la cultura bosnia, presenta una doble naturaleza, ya que puede convertirse tanto en red salvadora frente a los apuros como en fuente de hipocresía y murmuración. Mediante una espesa red de invitaciones a tomar café, intercambios de obsequios y habladurías, el vecindario proporciona seguridad a sus habitantes y, al mismo tiempo, les aprisiona, al escrutar sus movimientos más nimios. Los más fisgones del komšiluk incluso colocan retrovisores mirando a la calle sobre el alféizar de las ventanas para supervisar lo que ocurre desde la comodidad de su sofá.

Dentro del pequeño mundo que conformaba el vecindario, los padres de Šemsudin eran conocidos por su negocio, una panadería dedicada a la elaboración de los tradicionales somuni. Cuenta la leyenda que estos panecillos de forma aplanada surgieron en Sarajevo en el siglo

xvi

, cuando Husrev-bey, gobernador de Bosnia, mandó construir una posada donde albergar a los viajeros. Al encargar a un tal Somun, intendente del ejército, que idease un manjar sabroso y de cocción sencilla para nutrir a los huéspedes, este adaptó una antigua receta de pan horneado con la que se solía abastecer a las tropas del sultán, a la que añadió un fino detalle: pequeñas marcas en forma de cuadrícula que recordaban a las celosías de las casas tradicionales, tras cuyo enrejado las doncellas musulmanas fascinaban a sus cortejadores.

Portadores de estas reminiscencias sutiles en un alimento prosaico como el pan, los somuni se convirtieron en un elemento básico de la dieta de los sarajevitas, ya fuese como continente de los tradicionales ćevapi, pequeñas salchichas especiadas a la brasa, o como acompañamiento de estofados que los comensales rebañaban con avidez. La querencia paniega del pueblo bosnio impulsaba el negocio familiar, al que los vecinos acudían con una fidelidad inquebrantable. Gracias a eso, Šemsudin pasó una juventud carente de desvelos puesto que, mientras sus empleados asumían las tareas más ingratas del horno, él solo debía encargarse de comprar harina, levadura y sal.

En la década de los setenta, Šemsudin era lo que en Bosnia se conoce como un meraklija, un hedonista cuyo afán consiste en disfrutar de ágapes refinados y procurarse el máximo goce. Más allá de los placeres gastronómicos, no eran pocas las noches en las que volvía a casa acompañado: además de ser simpático por naturaleza, cuentan que se daba un aire a Alain Delon, así que las sarajevitas lo miraban con buenos ojos. Había llegado a un sobreentendido con su madre, Mensura, quien, aprovechando los beneficios de la panadería, se había comprado un chalé en la montaña. Cuando a su madre no le apetecía moverse de Sarajevo, Šemsudin se refugiaba en la naturaleza, mientras que, si Mensura echaba de menos los aires del monte, su hijo se quedaba solo en la ciudad. Mediante esta sencilla combinación, Šemsudin se aseguraba siempre un espacio para sus aventuras, seguidas ojo avizor por los oteadores del vecindario.

El chalé de montaña que había comprado Mensura se encontraba en el municipio de Pale, al pie de la estación de esquí de Jahorina, por lo que Šemsudin pasaba los inviernos deslizándose por las laderas. Considerada la cuna del esquí en Bosnia, Jahorina se benefició de la eclosión de los deportes de nieve en 1984, cuando Sarajevo acogió la XIV edición de los Juegos Olímpicos de Invierno. Las autoridades socialistas, deseosas de promocionar Yugoslavia, no escatimaron en infraestructuras. Aunque, en la ceremonia inaugural, la bandera olímpica se izó bocabajo a causa de un descuido, los Juegos fueron un éxito rutilante, con Jahorina como escenario de las pruebas de esquí alpino. La euforia posterior a las Olimpiadas puso de moda el esquí entre los sarajevitas, que cada fin de semana abarrotaban los telesillas de la estación. Por eso Šemsudin se acostumbró a subir a Jahorina solo en los días laborables: esquiaba a pleno sol entre cimas y bosques de abetos mientras en el fondo del valle, bajo un mar de nubes, Sarajevo se ahogaba en un tupido smog.

Con la llegada del buen tiempo, una de las grandes aficiones de Šemsudin era viajar al extranjero y, en particular, a la ciudad italiana de Trieste, el destino predilecto de los yugoslavos. El gobierno del país, el más aperturista de Europa del Este, se mostraba permisivo a la hora de dejar salir a sus ciudadanos, así que cada viernes la frontera con Italia se llenaba de excursionistas de fin de semana ansiosos por consumir. Llegaban en trenes, autobuses y coches privados hasta alcanzar el mercado de Ponte Rosso, donde se iniciaba una compra desenfrenada de todo tipo de artículos: café, muñecas, gabardinas, barómetros y, sobre todo, tejanos marca Rifle, el producto estrella porque, para los yugoslavos, constituían un símbolo de estatus y libertad.

Aunque las autoridades toleraban los desplazamientos a Trieste como válvula de escape, también imponían limitaciones al consumo. En la ida solo se podían sacar de Yugoslavia 150 dólares en divisas, de forma que los excursionistas escondían el resto en mangas, calcetines, termos de café e incluso, los más atrevidos, en sus orificios corporales, confiando en pasarlo de contrabando gracias al

recato de los aduaneros. En la vuelta, después de haber arrasado con las existencias de Ponte Rosso, ocultaban las prendas en dobles fondos o se las ponían en capas una encima de otra, así que por la frontera desfilaba una sucesión de ciudadanos de sospechosa orondez. Šemsudin, que iba a Trieste no para comprar vaqueros, sino por el simple placer de ver mundo, contemplaba divertido las picarescas de sus connacionales mientras paladeaba un espresso, antes de emprender, un poco mustio, la vuelta a la realidad más plomiza de su país natal.

Además de estas excursiones a Trieste, Šemsudin recorrió toda Yugoslavia al volante de su Fićo, una carismática versión del Seiscientos que causó furor entre la clase media. A mediados de los cincuenta, la fábrica de armamento Crvena Zastava (Bandera Roja) suscribió un acuerdo con FIAT para fabricar utilitarios basados en los modelos de la marca turinesa. El primero fue el Zastava 600D, rebautizado como «Fićo» en alusión a un personaje de tebeo. Por un precio que rondaba la veintena de sueldos de un trabajador medio, miles de familias tuvieron el Fićo como primer automóvil.

El delirio por este símbolo de la industrialización yugoslava culminó en la creación de la «Clase Nacional», una categoría de carreras de modelos Fićo en circuitos improvisados a lo largo y ancho del territorio. Ataviado con casco y mono sintético, Šemsudin se lanzaba a competir a velocidades de hasta 140 km/h entre el petardeo atronador de los motores trucados. Aunque la propaganda los presentaba como una cima del automovilismo, la realidad es que los Fićo estaban plagados de defectos de fábrica y tendían a averiarse, de forma que las carreras se convertían en un barullo de coches que se entrechocaban, salían despedidos en las curvas o quedaban inmóviles con el motor calado. Para los pilotos, llegar a meta suponía toda una hazaña, si bien, más que competir, su objetivo era ligotear con las azafatas y disfrutar de la camaradería.

El vecindario de Šemsudin era una representación de la Sarajevo multiétnica, cuyos habitantes parecían convivir como camaradas en la Yugoslavia socialista y como vecinos según los preceptos del

komšiluk. De la misma forma que, en el centro de la ciudad, se alzaban los templos de las tres grandes religiones monoteístas, en una sola calle Šemsudin, Milan, Franjo y la abuela Esther —un musulmán, un serbio, un croata y una judía— convivían con cordialidad y sin grandes desavenencias. Según la tradición, cuando llegaban las festividades de cada grupo religioso sus miembros debían prodigarse en cortesías con los vecinos: al terminar el mes de Ramadán, Šemsudin les llevaba dulces recubiertos de miel; en la Semana Santa católica y ortodoxa Franjo y Milan correspondían con huevos duros de cáscara teñida; y la abuela Esther, de ascendencia sefardí, repartía bollos para celebrar la fiesta de Purim.

Esta miscelánea de nacionalidades y religiones se cohesionaba a través de dos supraidentidades: la yugoslava, de arraigo creciente, y la sarajevita, fruto de un proceso de decantación secular. Poco dado al proselitismo, el Imperio otomano había organizado a la población no musulmana en comunidades confesionales de notable autonomía, gracias a lo cual sobrevivieron a los vaivenes de la Historia. Como resultado, la pluralidad se convirtió en el rasgo definitorio de Sarajevo, la capital más diversa de Yugoslavia.

Tanto esta convivencia como la vida relajada que llevaba Šemsudin empezaron a resquebrajarse a finales de los ochenta, tras una década de crisis económica y anquilosamiento del sistema. En las repúblicas yugoslavas se despertaron los nacionalismos adormecidos desde la Segunda Guerra Mundial y, espoleadas por el hegemonismo de la Serbia de Slobodan Milošević, Eslovenia y Croacia tomaron el rumbo hacia la independencia. En pocos años se exacerbaron las tensiones étnicas, mientras los órganos federales concebidos como argamasa se deshacían uno tras otro.

En esta atmósfera de confrontación entre la periferia y el centro tuvieron lugar las primeras elecciones democráticas en Bosnia, tras las que los partidos nacionalistas musulmán, serbio y croata formaron un gobierno de coalición. Para justificar esta alianza contra natura, cuyo objetivo era barrer a las opciones multiétnicas, los partidos nacionalistas echaron mano del komšiluk como metáfora:

de la misma forma que los vecinos convivían pese a formar parte de etnias distintas, ellos serían capaces de compartir el poder en Bosnia sobreponiéndose a las divergencias nacionales.

Pese a su victoria en las elecciones, no tardaron en aparecer las rencillas entre los socios, intensificadas por el inicio de las hostilidades en Eslovenia y Croacia. Después de que ambas repúblicas proclamasen unilateralmente su independencia, el ejército intervino para preservar la unidad de Yugoslavia. Los pasos fronterizos entre Eslovenia e Italia, franqueados por tantos yugoslavos en sus excursiones a Trieste, se convirtieron en el principal escenario de la llamada «guerra de los Diez Días», en la que los partidarios de la independencia eslovena doblegaron a las tropas federales. Mientras, las televisiones croatas repetían sin cesar unas imágenes grabadas en Osijek, ciudad ribereña del Danubio. Como desafío al avance del ejército, un ciudadano croata aparcaba su Fićo frente a una columna de tanques, en un gesto tan simbólico como baldío: el primer blindado en arremeter contra el Fićo lo arrastró durante varios metros e hizo añicos su frágil carrocería de latón.

En contraste con la guerra que asolaba la vecina Croacia, en Bosnia reinaba una tranquilidad sorprendente, teniendo en cuenta que, por tratarse de la república más diversa de Yugoslavia, también era la más frágil en caso de disolución violenta del país. Confiados en su tradición multiétnica, los sarajevitas consideraban absurda la idea de que un vecino pudiese disparar contra otro vecino y explicaban que era imposible dividir la ciudad calle por calle, edificio por edificio, apartamento por apartamento, ya que hasta tal punto estaba mezclada la población. Sin embargo, los más pesimistas echaban mano del humor negro: «En este torneo Bosnia está clasificada directamente para la final».

Tras el fracaso de las negociaciones para llegar a un acuerdo confederal, el presidente bosnio Alija Izetbegović se negó a que Bosnia permaneciese en la denominada «Yugoslavia truncada», a la que consideraba un mero tapujo de la Gran Serbia. En un

referéndum boicoteado por la mayoría de serbobosnios —cerca de un tercio de la población—, el sí a la independencia se impuso con la práctica totalidad de los votos, emitidos casi en exclusiva por musulmanes y croatas. El mismo día en que los Estados Unidos y la UE reconocieron la independencia de Bosnia, el Ejército Federal lanzó su ataque contra Sarajevo. Cuando cayeron las primeras bombas sobre la ciudad, Šemsudin corrió con su mujer y sus dos hijos al refugio del vecindario, en el sótano de una escuela cercana. Después de compartir con el komšiluk las primeras horas de angustia, al volver a su casa la encontró devastada por el impacto de tres obuses que habían arrasado de golpe toda su existencia anterior.

Durante los primeros meses de la contienda, las fuerzas serbobosnias, apostadas en las colinas, aprovecharon su abrumadora superioridad logística para cercar Sarajevo, mientras una abigarrada milicia intentaba detener el martirio de la ciudad. Consciente de que la única opción era luchar por la supervivencia, Šemsudin se alistó como voluntario en la Armija, el ejército bosnio. Las fuerzas armadas bosnias, organizadas a toda prisa, contaban con mayores efectivos que sus adversarios y les movía la resolución de estar defendiendo sus hogares. No obstante, la mayoría eran combatientes bisoños que apenas habían hecho el servicio militar, lastrados además por una dramática escasez de armamento. En sus primeras misiones, Šemsudin y su unidad ascendían de Sarajevo hacia el monte ataviados con vaqueros y zapatillas deportivas. Solo uno de cada cinco tenía rifle, así que, cuando el portador caía abatido por las balas, el compañero más cercano recogía el arma del suelo y los miembros del grupo que quedaban en pie proseguían aterrorizados su avance.

En las primeras semanas de guerra, los sarajevitas se encontraban ante el dilema de si quedarse o huir a la espera de que la situación se aclarase. Escapar significaba poner fin al sufrimiento y garantizarse la supervivencia, pero también traicionar Sarajevo y abandonar a sus vecinos, quienes acuñaron una expresión sarcástica para referirse a quienes partían: «Se ha disparado de la

ciudad». Gracias a sus contactos, a Šemsudin le surgió la ocasión de poner a salvo a su familia mientras él se quedaba en Sarajevo luchando. Un buen amigo serbio empleado en una organización internacional le ofreció evacuar a su mujer, Alma, y a sus dos hijos. Šemsudin aceptó la oferta y se preparó para despedirse de su familia, pero la noche antes de partir, cuando ya tenían hechas las maletas, tanto Alma como sus hijos se negaron a dejarle solo y optaron por quedarse con él en la Sarajevo sitiada. Pronto el amigo de Šemsudin perdió su influencia y la ocasión de marcharse se desvaneció.

Como su apartamento había quedado hecho trizas, Šemsudin y su familia se instalaron en el garaje a pie de calle donde durante años había aparcado su Fićo. Aunque, al caer las bombas, muchos vecinos se refugiaban juntos en el sótano de la escuela, la tensión acumulada y la proximidad de la muerte fueron resquebrajando la cohesión del komšiluk. El propio concepto había quedado maltrecho con el solo estallido de la guerra, que había puesto de manifiesto sus limitaciones: los sarajevitas no alcanzaban a comprender cómo era posible que tantos de sus vecinos se hubiesen marchado en secreto de la ciudad para bombardearles desde las colinas.

Ahora que el general serbobosnio Ratko Mladić ordenaba a sus artilleros «aplanar la cordura» de los sitiados, igual que un rodillo sobre la masa de hojaldre, se aguzaban unas diferencias nacionales hasta entonces consideradas irrisorias. En la histeria posterior al estallido de una bomba, algunos vecinos acusaban a Dragan, de etnia serbia, de haber transmitido las coordenadas a los «primitivos de las colinas» e incluso se formaban turbas resueltas a presentarse en su casa a las que Šemsudin trataba de apaciguar. No pocos serbios que se habían quedado en la ciudad vivían experiencias mortificantes por ser sospechosos de simpatizar con los agresores o formar parte de una quinta columna.

Al cabo de semanas de hostilidades, Šemsudin se libró del frente por un guiño del destino. Dado que la tropa, cada vez más numerosa, no podía guerrear con el estómago vacío y Šemsudin

tenía experiencia por el negocio de su familia, los mandos le asignaron un grado singular: el de soldado-panadero, con la misión de hornear a diario decenas de panecillos que los reclutas se llevaban a las trincheras. Aunque, gracias a este empleo, disfrutaba de una posición más guarecida en el cuartel, Šemsudin sufría una angustia tremenda al repartir los panecillos a los soldados listos para salir de misión, consciente de que varios de ellos jamás regresarían.

Durante los casi cuatro años de cerco sobre Sarajevo, el ejército serbobosnio mantuvo la ciudad al borde de la asfixia, mientras la Armija se esforzaba por romper el asedio en busca de una bocanada de aire. Con toda su superioridad logística, las tropas serbobosnias carecían de infantería suficiente para asaltar la ciudad, además de tener que plegarse a las imposiciones que iban dictando las grandes potencias. De esta forma, tras el primer medio año de guerra las líneas de frente apenas se desplazaron, en una batalla en la que ningún contendiente parecía capaz de vencer. Mientras se alargaba el bloqueo, con Sarajevo transformada en una ratonera, miles de conciudadanos de Šemsudin caían víctimas de la artillería y los francotiradores ante la indiferencia obscena de la comunidad internacional.

Gracias a su condición de panadero castrense, Šemsudin podía reservar parte de los bollos para alimentar a su familia, un privilegio en comparación con la mayoría de sitiados. Para aliviar las estrecheces que sufría Sarajevo, las cuales obligaban a sus habitantes a reconvertir en huertos los patios de sus casas, la comunidad internacional estableció un puente aéreo de ayuda humanitaria. Cada día los aviones militares llevaban a la ciudad más de 150 toneladas de alimentos y medicinas. Los víveres que más apreciaban los desnutridos sarajevitas eran la comida enlatada, la pasta, la leche en polvo y el queso, mientras que el culmen de la repugnancia lo suscitaba el nauseabundo ICAR, un producto enlatado de carne de ternera del que incluso los animales huían asqueados.

Los sitiados completaban su dieta adquiriendo en el mercado negro alimentos que habían sido desviados de la ayuda humanitaria o rapiñados de comercios y viviendas vacías. Por si no bastase con que el ejército serbobosnio, gracias a su control sobre los accesos a Sarajevo, se apropiase de cerca de una cuarta parte de los suministros de la ONU, los contrabandistas locales, conchabados con el enemigo, introducían una fracción de estos mismos alimentos en la ciudad con unos beneficios de hasta el 7000 %. En estos tejemanejes contaban con la connivencia del Gobierno bosnio, que gravaba la mercancía con impuestos para financiar sus necesidades de guerra. Pronto se abrió una brecha entre la nueva élite, centrada en amasar fortunas a través de toda clase de negocios turbios, y los ciudadanos de a pie como Šemsudin, que luchaban por salvar el pellejo.

Šemsudin pasó el resto del conflicto bélico como panadero militar, salvo por una descoordinación en el mando que casi le cuesta la vida. Con la mayoría de unidades fuera de Sarajevo, escaseaban los efectivos en el puente de Vrbanja, a pocos metros de las posiciones serbias. Por la falta de tropas, un subcomandante ordenó a Šemsudin que abandonase el cuartel general y le destinó como soldado raso al frente, uno de los más contendidos. Durante su estancia en Vrbanja, Šemsudin participó en una incursión en los edificios al otro lado del río, donde llegó a estar pared con pared con el adversario mientras luchaba por contener el resuello. Su misión terminó al cabo de dos semanas, cuando un comandante averiguó lo ocurrido. Además de ordenarle que no se moviese más de su lugar junto al horno, el oficial abroncó al subordinado responsable de la confusión con una lógica tan cruda como irrebatible: «Si matan a un soldado habrá muerto solo él. ¡Si matan al panadero nos moriremos todos de hambre!».

El sitio de Sarajevo terminó al cabo de 1425 días y se convirtió en el más largo de la historia, un récord que los sarajevitas acogieron con sarcasmo coreando «We are the Champions», de Queen. Ahora Šemsudin tenía empezar de cero, sin los desahogos a los que estaba hecho desde su infancia. Como los ahorros que tenía en el

banco se habían volatilizado, recurrió a las agencias de microcréditos que proliferaban por la ciudad para reconstruir la casa familiar y reabrir la panadería. De entrada, renunció a vender somuni a pie de calle y transformó el negocio en un horno al por mayor. Sin embargo, lo más penoso para un bon vivant como él fue tener que arremangarse y trabajar noche tras noche, amasando decenas de panecillos que luego horneaba al filo del alba.

Con la guerra había surgido una nueva clase de triunfadores vinculada a los partidos nacionalistas, en el caso de Sarajevo al SDA o Partido de Acción Democrática, la principal formación bosniaca, repleta de los llamados «musulmanes recién salidos del horno» por su súbito descubrimiento de la fe. Instalada en el poder gracias a sus corruptelas durante el cerco, esta nueva casta monopolizaba los contactos y las oportunidades de negocio, así que Šemsudin se acostumbró a ir tirando con los pedidos de un par de comedores escolares a la espera de que llegase Ramadán. En las copiosas cenas con las que los musulmanes de Sarajevo rompen el ayuno al caer el sol, sobre la mesa jamás faltan las cestas de somuni, espolvoreados con semillas de comino de acuerdo con una sentencia atribuida a Mahoma: «El comino contiene la cura de todas las enfermedades, salvo la muerte».

Como muchos otros sarajevitas, Šemsudin decidió vender su chalé en Jahorina porque le causaba aversión encontrarse en la perspectiva de quien le había bombardeado. Con el dinero que obtuvo empezó a rehacer la planta superior de su casa, devastada por los obuses al estallar la guerra. Aunque consiguió financiar las obras a través de microcréditos, la reconstrucción se alargó durante años, ya que debía apañárselas para mantener a su familia, sufragar los gastos del horno, comprar materiales de construcción y devolver los préstamos en los plazos estipulados. Además de hacer malabares económicos, decidió ahorrar hasta donde pudiese en albañiles y cargó sobre sus hombros las tareas de construcción. Tirando de ingenio y maña, dispuso el hormigón de base, instaló techumbres y pavimentos, montó casi todos los muebles y colocó tanto el tendido eléctrico como los conductos de agua y gas. Su

labor se materializó en dos acogedoras buhardillas de madera rústica, decoradas con alfombras orientales y grabados de latón con estampas de Sarajevo.

Šemsudin consiguió hacer entrar estas dos buhardillas en el circuito de alquiler para los extranjeros que venían instalándose en Sarajevo desde la llegada de la paz. La comunidad internacional debía tutelar la Bosnia de posguerra, así que en la ciudad se estableció una pléyade de organizaciones bautizadas con acrónimos que conformaban una densa sopa de letras. Aunque, sobre el papel, sus propósitos eran de lo más nobles, terminaron conformando una burbuja aislada de los bosnios de a pie. Sumidos en una vorágine de seminarios, paneles y mesas redondas, muchos apenas tenían contacto directo con la realidad local, pese a que su presencia se justificaba por los tormentos que sufría Bosnia. En el lado positivo de la balanza, la oleada de internacionales se convirtió en una fuente de socialización y empleo para bosnios políglotas, logró progresos tangibles en varias facetas y aportó una masa de consumidores que dinamizó la economía. Sin ir más lejos, Šemsudin viene recibiendo hasta hoy a una larga ristra de inquilinos gracias a cuyos alquileres llega a fin de mes.

Las buhardillas le permiten contrarrestar la apurada situación de su panadería, que solo mantiene abierta por tradición familiar. Cuando se levanta de madrugada para amasar el pan, en su pecho se aviva el remordimiento por no haber evacuado a los suyos. Los primeros tiempos de los sarajevitas que se marcharon no fueron nada sencillos: aislados en países cuya lengua desconocían, pasaban largas horas pegados al televisor contemplando la destrucción de su ciudad e intentaban hacer llegar por medios extraoficiales cartas, dinero y alimentos a sus seres queridos. No obstante, muchos de los que decidieron dar el paso hoy gozan de una vida asentada y, aunque les atormenten el desarraigo y la mala conciencia, disponen de unas condiciones materiales alentadoras e incluso pueden echar una mano a los familiares que han quedado atrás. Semijubilado con una pensión exigua y sin parientes que le envíen remesas, a Šemsudin le devora el arrepentimiento por no haberse ido de

Bosnia, donde la mayoría de la población mantiene una existencia precaria con el dinero que va sacando de aquí y de allá.

El contraste resulta más doloroso cuando los que se fueron vuelven por unos días. Su amigo Zoran, también sarajevita de toda la vida, pero con familiares y una vivienda en la costa de Montenegro, huyó con el estallido de las primeras bombas. Hasta ese momento, Šemsudin y él habían sido uña y carne: se encontraban a diario para esquiar en Jahorina o charlar frente a una taza de café. Sin embargo, desde que sus caminos se separaron por la guerra han corrido suertes contrarias. Mientras Zoran posee una empresa de pinturas con clientes en toda Europa, una lujosa residencia con vistas al mar y un velero de quince metros de eslora con el que navega por el Adriático, Šemsudin, aprisionado en su Sarajevo natal, contempla la creciente acumulación de recibos y enciende un cigarrillo tras otro para sofocar la angustia. Cuando Zoran acude a visitarle, le trae vino tinto casero elaborado de su propia vid pero, por mucho que se sienten a recordar los viejos tiempos, son conscientes de que habitan en mundos casi antagónicos.

Como buena parte de los bosnios, Šemsudin convive con su familia al completo, a pesar de que sus dos hijos se acerquen ya a la treintena. Dino, el mayor de ellos, tiene un empleo seguro desde hace años, un privilegio en la achacosa economía bosnia, pero, fuera de él, sus intereses se reducen a tunear su Volkswagen. A la vuelta del trabajo, engulle de un bocado la comida que le ha preparado su madre y se encierra en el garaje donde la familia se refugió durante el sitio para hurgar en el coche, mientras Šemsudin le mira taciturno desde la ventana, quizás recordando el runrún de su Fićo. Ahmed, su hijo menor, ha tenido una fortuna laboral más adversa. Tras completar los estudios de filología, topó con la corrupción de la enseñanza pública: para conseguir un trabajo como docente hay que tener contactos en algún partido político o pagar bajo mano entre 5000 y 15 000 euros. Con la entrada al sistema educativo vedada si no toma parte en estos manejos, Ahmed lleva una existencia apática, recluido días enteros en su habitación mientras el desaliento le carcome.

Para colmo de infortunios, Alma, la esposa de Šemsudin, lleva años luchando contra el cáncer. Aunque, como muchos bosniacos, durante la guerra buscó un asidero en el islam, jamás se había cubierto la cabeza, así que el vecindario se quedó atónito al verla tocada con un pañuelo. Pronto se descubrió que el motivo no era el pudor religioso, sino disimular la caída del pelo causada por la quimioterapia, que la deja angustiada y exhausta. Cuando los bosnios enferman, deben luchar contra una sanidad disfuncional e inhumana: cualquiera puede terminar la carrera de Medicina a base de sobornos al profesorado, así que muchos médicos no son de fiar, y otros piden dinero al usuario para acelerar las pruebas, saltarse las listas de espera previas a una operación y garantizar que en los partos no ocurra «ningún imprevisto». A esto hay que sumarle una burocracia monstruosa: Šemsudin suele blandir ante sus interlocutores el papeleo vinculado a los tratamientos de Alma, de un grosor equivalente a tres tomos de enciclopedia.

La enfermedad de su esposa, el individualismo de su hijo mayor y la depresión del pequeño dejan a Šemsudin como el único miembro de la familia con arrestos para sacarla adelante. Sin embargo, la desazón ha ido haciendo mella en su campechanía natural y, con los años, vive cada vez más encerrado en sus preocupaciones. A veces deambula por el patio con una caja de bricolaje a cuestas, alargando sin necesidad las tareas más banales, y otras se junta con sus amigos para disfrutar del akšamluk. Es tradición desde la época otomana que, al caer la tarde, los grupos de hombres se reúnan en algún lugar apacible para conversar y beber aguardiente, acompañado de queso y embutidos para que no se les suba a la cabeza. La esencia del akšamluk no consiste en emborracharse, sino en cultivar un hedonismo mesurado y sereno. En este sosiego del atardecer, Šemsudin pierde el hilo de la conversación o deja de escuchar los canturreos de los comensales para quedarse fumando con aire pesaroso.

Como toda Sarajevo, el komšiluk se ha transformado en las últimas décadas: tras la partida en masa de croatas y serbios, ahora predominan los vecinos bosniacos, por lo que las estampas de

convivencia entre pueblos son cada vez más desusadas. Sin embargo, el mayor vuelco demográfico en la ciudad ha sido la sustitución de la población urbana por bosniacos de provincias, a quienes los oriundos culpan de la decadencia de Sarajevo por su primitivismo y estolidez. Consciente de que llegaron huyendo del cuchillo serbio, Šemsudin les trata con deferencia y explica que quienes blasfeman de ellos intentan encubrir su propia falta de alcurnia, porque, más tarde o más temprano, todo el mundo ha llegado a Sarajevo desde algún lugar.

Aunque el vecindario actual sea menos urbano y más homogéneo, hay cosas que no han cambiado, en especial la propensión del komšiluk a entrometerse en la vida ajena. Educado en la idea de que las formas son también el fondo, Šemsudin se afana por ofrecer una cara risueña al mundo exterior: más allá de los desengaños acumulados y los apuros del día a día, conserva contra viento y marea tanto su formalidad exquisita como sus ademanes de viejo galán. Para no dar pábulo a las murmuraciones, antes de cruzar el umbral de su casa se compone respirando hondo y baja por una callejuela en dirección al centro. Si encuentra a algún vecino, yergue de golpe su corpachón y, proyectando con voz redonda, le saluda a la antigua, a la turca: ¡Merhaba!

La historia de Šemsudin ilustra una de las mayores consecuencias de la guerra: la completa subversión de la estructura social del país. Tras los burócratas del socialismo, ascendió al poder una casta rapaz y cleptócrata que tiene sumida a Bosnia en un lodazal de corrupción. Los mismos partidos nacionales que gobernaron juntos después de las primeras elecciones y arrastraron a la población a un conflicto fratricida han tomado el país entero como botín de guerra, ayudados por un sistema político basado en la etnia que deja indefensos a los bosnios de a pie: estudiantes, pensionistas, trabajadores rasos y veteranos de guerra reciben un trato casi de súbditos por parte de esta clase usurpadora, obsesionada con el latrocinio y el acopio de prebendas.

Salvo los lacayos de los partidos o los empleados en organizaciones internacionales, la mayoría de bosnios no ha caído en la miseria, pero mantiene una lucha constante por mantenerse en pie. Las estrecheces y el desengaño han quebrado la resistencia moral de no pocos, que ventilan sus frustraciones a través de la mezquindad con sus iguales mientras votan una y otra vez a los partidos que les condujeron a la ruina. Sin embargo, muchos otros perseveran frente a los obstáculos con una fortaleza y dignidad admirables: más allá de las tragedias sufridas y las contrariedades del presente, son miles los bosnios que no se han doblegado y que, como Šemsudin en su horno, siguen luchando por ganarse el pan.

Un espíritu de Sarajevo

> Con los ojos entrecerrados, contemplé cómo Sarajevo, tan destruida, tan amada, tan querida como nunca antes, se elevaba sobre la tierra, levantaba el vuelo y se alejaba, volaba allí donde todo era dulce y tranquilo, volaba a lo más hondo de la realidad, donde podía ser amada y soñada.
>
> Dževad Karahasan, Sarajevo. Diario de un Éxodo

Todas las ciudades con solera tienen su propia mitología y Sarajevo no es una excepción. La leyenda sarajevita se ha construido sobre dos pilares: la convivencia entre etnias, zaherida tras el conflicto bélico, y la explosión de creatividad que vivió en los años ochenta. A lo largo de la década, Sarajevo —hasta entonces una oscura capital de provincia— se convirtió en uno de los centros más dinámicos de Yugoslavia gracias a la aparición de una serie de artistas que la consagraron como universo singular. El más conocido es el cineasta Emir Kusturica, quien, en su primer largometraje, ¿Te acuerdas de Dolly Bell?, con guion del poeta Abdullah Sidran, fijó todo un canon de Sarajevo. La película cuenta el paso a la madurez de un adolescente que vive en los barrios de las colinas y, en ella, la ciudad al fondo del valle aparece como un personaje más.

El paisaje de los ochenta también estuvo marcado por el «Nuevo Primitivismo», un movimiento contracultural descrito por uno de sus fundadores como: «La primera bala disparada en Sarajevo que ha acertado en el blanco desde que Gavrilo Princip mató al Archiduque». Esta alianza de inconformistas se dedicó a subvertir las convenciones de la época a través de la música —con la formación de grupos garajeros como Elvis J. Kurtović & His Meteors o Zabranjeno Pušenje— y el humor del legendario colectivo Top Lista Nadrealista. A través de sus delirantes sketches entre lo cotidiano y lo absurdo, Top Lista Nadrealista popularizó un ingenio de guerrilla que recuerda a unos Monty Python sin la pátina intelectual, porque no eran licenciados de college británico, sino chavales de periferia inventándose gansadas con las que eran los primeros en troncharse.

Los integrantes de esta escena tenían en común el sarajevismo militante y un deseo de reflejar con humor la cotidianidad local usando la jerga de las barriadas. Sin embargo, con la guerra estallaron disensiones entre sus cabezas más visibles. Por coquetear con el nacionalismo serbio, Kusturica terminó enfrentado con su guionista, Abdullah Sidran, quien, a su vez, había pasado de componer poesía lírica a odas en honor del líder nacionalista bosniaco Alija Izetbegović. La discordia también surgió entre los Nuevos Primitivos. Su rostro más popular, Nele Karajlić, temía sufrir represalias por su condición de serbio y huyó de Sarajevo a Belgrado, mientras la mayor parte del grupo se quedaba en la ciudad rodando sketches de un humor negrísimo: para quitarle hierro al asesinato de cientos de sarajevitas mientras buscaban agua en las fuentes, se inventaron la prueba olímpica de los 100 metros con garrafa, cuyos participantes debían alcanzar corriendo la meta sin ser derribados por los francotiradores.

En la Sarajevo de posguerra el antiguo espíritu apenas sobrevive: los rebeldes de los ochenta se han convertido en viejas glorias sin mucho que decir y, con la llegada de provincianos y el avance del islam, la ciudad se ha vuelto más recatada y conservadora. No obstante, si uno presta atención, en los márgenes encuentra trazas de aquella otra Sarajevo, sobre todo en la jerga y la voluntad de afrontar incluso las mayores pesadumbres a través del humor. Quedan también algunas tabernas donde los veteranos se reúnen con las nuevas generaciones para entonar los clásicos del rock de los ochenta, que todos conocen al dedillo. En estas reuniones, que pueden alargarse hasta que clarea, no es extraño que quien toque la guitarra y lleve la voz cantante sea Omar.

Los antepasados de Omar eran originarios de Anatolia y llegaron a los Balcanes a mediados del siglo

, con las tropas del Imperio otomano que conquistaron Bosnia-Herzegovina. Según el relato transmitido entre generaciones, la familia proviene de tres hermanos que se habían alistado en el ejército del sultán, uno de los cuales murió en la campaña bélica. Deseoso de proclamar la conquista de una ciudad recién tomada, se encaramó a lo alto de una torre para llamar a la oración vespertina y su ardor de guerrero de la fe le convirtió en un blanco fácil: al avistarle, un soldado bosnio en retirada desenfundó su mosquete y le abatió de un disparo en el pecho.

Durante más de dos siglos, la estirpe de Omar guardó las fronteras del Imperio apostada tras los murallones de Klis, fortaleza construida sobre un peñasco tan abrupto que, según la leyenda, una reina exclamó al contemplarlo: «¡Ah, qué bello caballo, si solo estuviese ensillado!». De este linaje batallador, Omar ha heredado un aspecto intimidante: cogote abultado y carnoso, facciones ásperas de guerrero de la estepa y, anudado en la cabeza, un pañuelo de pirata. A quien contempla cohibido su estampa no le sorprende que sus amigos le llamen «El jenízaro», como a los soldados de élite del ejército otomano que llegaron a las puertas de Viena.

Omar creció en la Sarajevo más tradicional, en concreto en la mahala de Vratnik. Las mahalas son antiguos barrios monoconfesionales que ciñen Sarajevo desde las colinas, aglomeraciones de tejados rojos que se precipitan en cascada sobre la ciudad. Cada mahala es como un pequeño mundo, un laberinto de callejuelas soñolientas y taciturnas que solo alteran los ladridos de los perros o el canto del muecín. Deambulando por estos barrios olorosos a carbón y leña, apenas se nota la presencia humana, salvo por algún grito de niño jugando dentro de los patios y las viejas que, acodadas en la ventana, escudriñan el mundo exterior.

La contemplación es un principio fundamental de la mahala. Los arquitectos Dušan Grabrijan y Juraj Neidhardt, discípulos de Le Corbusier, situaron entre sus rasgos principales lo que bautizaron como «derecho a la vista», en virtud del cual, sin que ninguna ley lo codificase, los habitantes construían sus viviendas respetando el panorama del vecino. Antes que nada, este derecho a la vista buscaba ofrecer a las mujeres musulmanas, recluidas en sus hogares, la máxima distracción posible para aliviar su tedio. Sin embargo, para ambos sexos resulta liberador contemplar la extensión de Sarajevo por el valle, sobre todo cuando los minaretes encienden sus luminarias con el rezo del atardecer. Para quienes viven en las mahalas, el centro de la ciudad es algo cercano y a la vez hostil, el punto de fuga de su cotidianidad y un mundo que se rige por normas distintas.

Cuentan que el topónimo «Vratnik» tiene su origen en la palabra vrata (puerta), ya que por Vratnik las caravanas y ejércitos llegaban a Sarajevo y de Vratnik partían hacia Estambul. Como testimonio de la antigua fortificación de Sarajevo, en el barrio siguen en pie dos construcciones militares: la puerta de Višegrad, cuyo arco de herradura se consideraba el umbral de la ciudad, y el emplazamiento defensivo llamado «Torre Blanca», construida, según la leyenda, con leche de vaca y claras de huevo. La realidad, más prosaica, es que, cuando el Imperio austrohúngaro se expandió hacia los Balcanes, las autoridades otomanas levantaron sobre la colina una fortaleza con la doble función de defender Sarajevo e intimidar a sus habitantes.

Los chavales de Vratnik como Omar crecían según las reglas de la calle y, bajo el nogal de la plaza, imperaba una jerarquía basada en la edad. Los adolescentes del barrio protegían a los más pequeños de los abusos y las palizas a cambio de pequeñas servidumbres: ir a comprarles cigarrillos al quiosco, vigilar que no llegase la policía en plena timba de póker o ejercer de recogepelotas en las pachangas de fútbol callejero. Entre los muros de la Torre Blanca, los chicos del barrio remedaban los derbis entre el Željezničar y el Sarajevo, los clubes emblemáticos de la ciudad. Sin embargo, el toque brillaba por su ausencia y, más que de partidos de fútbol, se trataba de un tumulto de chavales sobreexcitados en el que cualquier encontronazo desembocaba en tangana.

El otro pasatiempo de Omar y su pandilla era jugar a las guerras, para lo que se repartían en dos ejércitos con sendas bases de operaciones: unos se asentaban en la Torre Blanca y otros, en una cabaña de madera que habían construido en un bosque cercano. Con las ramas que habían arrancado de los árboles, tallaban arcos, flechas y cerbatanas, además de trazar estrategias buscando el flanco

débil del enemigo. Si la ofensiva tenía éxito y el contrincante huía vapuleado, irrumpían en su cuartel para abalanzarse sobre el botín de guerra, compuesto de paquetes de tabaco marca Drina y revistas pornográficas.

La disposición de Sarajevo en anfiteatro, que garantizaba el derecho a la vista, podía convertirse en su mayor vulnerabilidad si un enemigo la cercaba. Omar tenía diez años en 1992 cuando, por los montes situados frente a Vratnik, oteó las figuras de las tropas serbias que tomaban posiciones sobre la ciudad. Su padre Abaz, resuelto a batirse, se alistó en la Liga Patriótica, la primera milicia fundada en Bosnia-Herzegovina, en la órbita del SDA, partido nacionalista bosniaco. La Liga Patriótica había reunido a un gran número de voluntarios, pero su entusiasmo contrastaba con una falta de pertrechos tan acuciante que Abaz le tuvo que pedir dinero a un amigo para hacerse con un rifle de caza.

Aunque contribuyó a repeler las primeras ofensivas contra Sarajevo, Abaz solo tuvo un mes para distinguirse en combate. Mientras descansaba del frente mirando la televisión, por delante de su casa pasó un convoy de ayuda humanitaria. Al franquear la Puerta de Višegrad, uno de los camiones se atascó y, mientras los integrantes del convoy intentaban desencajarlo, la artillería serbia empezó a cañonearles desde los montes. Abaz se levantó del sofá dispuesto a echar una mano, pero, antes de llegar al umbral, la onda expansiva de un mortero hizo añicos el televisor y un vidrio de la pantalla se le clavó en el pecho. Omar y su familia suplicaron ayuda, pero los voluntarios de la Cruz Roja se negaron a entrar en la casa sin permiso de sus superiores y sus vecinos tampoco les prestaron auxilio por haberse lanzado a saquear el convoy. Cuando arrastraron a Abaz hasta el coche que lo llevaría al hospital, había perdido demasiada sangre como para salvar la vida.

Ciego de rabia por la muerte de su padre, Omar canalizó la ira convirtiéndose en pandillero. Con el estallido de la guerra, los delincuentes de Sarajevo pasaron a ser los defensores de la ciudad, mientras los adolescentes, demasiado jóvenes para ser movilizados, campaban a sus anchas. Omar compró en el mercado negro una pistola y un arsenal de pequeñas bombas que conseguía por un precio inferior al de un paquete de tabaco. Se dedicaba a presumir de arma y hacer explotar los contenedores hasta que uno de sus compinches le arrancó la pistola de la mano y disparó contra dos policías. Para fortuna de Omar, ese día había cargado la pistola con balas de fogueo y el episodio se saldó con una simple multa. La mayoría de pandilleros con los que andaba en aquel tiempo de ofuscación perdieron la vida en reyertas y buena parte de los que aún sobreviven están enganchados a la heroína.

Omar se salvó de caer en barrena gracias a la música: un amigo de la mahala le dejó un casete con el álbum Still Got the Blues, de Gary Moore, y le recomendó que lo escuchase en cuanto volviese la electricidad. Desde el primer riff, el disco le atrapó de tal forma que corrió a casa de su prima para que le prestase su guitarra. Al cabo de dos semanas de practicar los acordes básicos, reunió a varios de sus colegas y formó un grupo que actuaba en las fiestas que se celebraban durante el sitio. Quienes vivieron aquellas noches las recuerdan por su intensidad, porque cada instante podía ser el último. A lo largo del día, circulaban rumores sobre los barrios que tendrían electricidad al atardecer, así que había tiempo para organizarse. En sótanos resguardados de los bombardeos a los que cada cual traía lo que pudiese conseguir, Omar y los suyos interpretaban los éxitos del rock yugoslavo, que los asistentes coreaban a todo pulmón como si el mundo fuese a saltar por los aires.

Las actuaciones de Omar iban de boca en boca y alcanzó cierto renombre en Sarajevo, así que la Armija le invitó a dar conciertos a las tropas acantonadas fuera de la ciudad. Para escabullirse del sitio, utilizaba el llamado «Túnel de la Salvación», una galería excavada bajo la pista del aeropuerto. Pese a resultar fundamental para abastecer la ciudad y permitir que sus habitantes burlasen el cerco, el túnel era un pasaje claustrofóbico de 800 metros que Omar recorría con la espalda encorvada, fango hasta las rodillas y gotas de agua terrosa resbalándole por la frente. A la salida le esperaba un todoterreno militar que lo llevaba al lugar de la actuación escondido en el maletero.

Tras la muerte de Abaz, la familia había abandonado la casa de Vratnik para trasladarse a un apartamento situado detrás de la plaza de Markale. Durante el sitio, este mercado se convirtió en el centro de la economía clandestina, donde los sarajevitas acudían para conseguir productos de cantidad, calidad y precio fluctuantes. La madre de Omar vendía ropa en Markale hasta que, una mañana de febrero, de repente atronó un bombazo y se encontró cubierta de sangre. Por suerte no era

suya, porque había salido ilesa de la explosión, sino de las víctimas alcanzadas por el proyectil que había estallado entre los compradores.

Desde las colinas, Omar divisó una humareda sobre el mercado y bajó corriendo por la ladera, temeroso de perder también a su madre. Cuando llegó jadeando a Markale sintió un alivio colosal por encontrarla viva, mezclado con el horror ante la escena que contemplaba: por los mostradores ensangrentados había extremidades sin tronco y cadáveres de sarajevitas convertidos en guiñapos. Siguiendo su protocolo después de cada masacre, los sitiadores acusaron al gobierno bosnio de atentar contra sus propios ciudadanos para forzar una intervención de la OTAN, mientras los sarajevitas replicaban con mordacidad: «Si disparan y fallan, dicen que han sido ellos; cuando aciertan nos culpan a nosotros».

Como le ocurrió a tantos otros bosniacos, el infierno que sufría por el odio a la identidad musulmana despertó en Omar el sentimiento religioso y comenzó a adentrarse en el islam. El poeta Abdullah Sidran, que había pasado por la misma experiencia, la describió de forma gráfica: «No me di cuenta de que tenía garganta hasta que comenzaron a estrangularme». Dentro del islam bosnio, Omar se interesó por el sufismo, su manifestación más heterodoxa. A los sufíes se debe parte de la islamización de la Bosnia otomana por su condición errante, que les empujaba a recorrer campos y ciudades predicando las virtudes de la fe. Tras medio siglo prohibidas por las autoridades comunistas, ahora las órdenes resurgían de la clandestinidad para atraer a numerosos bosnios con su misticismo esotérico.

En una ceremonia nocturna en la mezquita de Vratnik, bajo la tenue luz de los candiles, Omar se extasió contemplando a los sufíes sentados en corro acompasar su respiración hasta llegar al trance, mientras afuera las explosiones rasgaban la oscuridad. Resuelto a purificar su espíritu, emprendió el camino del derviche bajo la tutela de un maestro. Sin embargo, el ardor espiritual no había sofocado ni su pasión por el rock ni su espíritu rebelde y acudía a las ceremonias con imperdibles en las orejas y una cresta de punk. Con todo, el motivo que le alejó de la orden fue su resistencia a aceptar el principio de sumisión al maestro: cuando empezó a cuestionar abiertamente los postulados de su mentor, vio que no había lugar para él en el sufismo.

Por la creciente adhesión de los bosniacos al islam, desde el fin de la guerra se popularizaron las denominadas ilahije, himnos devocionales de origen sufí que se cantan sin acompañamiento o con un tambor de marco. Renacido en la fe, Omar dejó de lado el rock yugoslavo para formar el grupo Ankebut, «araña» en árabe, el nombre de una sura del Corán. Su repertorio consistía en ilahije de nueva composición con letras inspiradas en la poesía mística de Omar Jayam, Hafez de Shiraz y Rumi que Omar salpicaba de referencias a su paisaje cotidiano. En «Soko sa Tabije» (El halcón de la torre), Omar contempla un halcón, símbolo del alma, que se eleva de la Torre Blanca rumbo al Paraíso y describe su anhelo por cruzar al otro lado del valle planeando sobre Sarajevo:

Eh da mi je samo jednom, Poljetjeti sa Vratnika Pa letjeti do Bistrika, Pogledati na moj šeher… Si una sc

▪

Pese a alcanzar el éxito, Ankebut era una formación iconoclasta que, en lugar de instrumentos orientales, estaba compuesta de guitarra eléctrica, bajo, teclados y batería. Además, sus cánticos religiosos solían ir acompañados de arreglos de blues, rock e incluso funk. Horrorizada por esta mezcla entre lo sagrado y lo profano, la Comunidad Islámica de Bosnia convocó una asamblea con un solo punto en el orden del día: las medidas a tomar para que aquellos extraviados dejasen de mancillar el nombre de Dios. Harto de la presión de los ulemas, sumada a la de la discográfica para componer temas comerciales, Omar se desengañó de la música y vendió su Stratocaster azul celeste. De su época religiosa conserva un vivo interés por la fe, si bien recela de los cultos organizados y se define como «un ateo espiritual».

Tras finiquitar su carrera como músico, Omar se interesó por los oficios de la čaršija, el núcleo de las ciudades otomanas donde se concentraban la artesanía y el comercio. Por una maraña de callejuelas empedradas se desplegaba un variado mosaico de oficios —caldereros, orfebres, curtidores, talabarteros, encuadernadores, calígrafos, zurcidores, latoneros—, con predominio de la artesanía de metales, tejidos y pieles. Sometidos a un estricto régimen gremial, los oficios eran uno de los pilares de la riqueza de Sarajevo y sus tiendas de madera abiertas a la calle permanecen aún como símbolo de la ciudad. Andar por la čaršija significa verse envuelto en un martilleo de artesanos que labran el metal para decorar sus obras: potecitos de cobre donde se prepara el café, jarrones otomanos para recoger agua de la fuente, estampas de Sarajevo y planchas de caligrafía árabe.

Para aprender los oficios de la čaršija, Omar buscó a los maestros que quedaban vivos y se convirtió en su aprendiz. Antiguamente, eran las familias quienes enviaban a sus hijos a un maestro que se comprometía a instruirlo durante un periodo de mil días. Según el uso de la época, el maestro debía transmitir a su discípulo cinco rasgos exclusivos de la profesión en la ciudad que cada gremio

guardaba en secreto. De esta forma, si un artesano de Sarajevo se establecía ilícitamente en otro lugar resultaba sencillo desenmascararlo. Siguiendo la tradición, Omar inició su aprendizaje a las órdenes del calderero Jabučar, quien le enseñó a golpear el latón para repujar los ornamentos.

Omar también aprendió de su maestro las picardías de la čaršija, porque, tras rematar el objeto, es preciso que el artesano sepa venderlo. Cierto día entró en el taller un imán de prestigio y, según la costumbre, el maestro le invitó a tomar café. Mientras discutía con el clérigo sobre lo divino y lo humano, Jabučar le iba señalando piezas y le preguntaba con falso descuido si le gustaban. Cada vez que su interlocutor asentía, el maestro hacía una seña a Omar para que empaquetase el artículo. Terminada la charla, cuando el imán se disponía a volver a sus asuntos, Jabučar le dijo: «Aquí tiene todo lo que ha elegido» y le entregó todas las piezas junto a una factura mareante. Sabedor de que negarse pondría en cuestión su buen nombre, el sacerdote no tuvo otra opción que apoquinar y se marchó con la cabeza gacha, cargado de trastos.

Por el extenuante ritmo de trabajo que impone la čaršija, tras completar su aprendizaje Omar se estableció por su cuenta en la casa familiar de Vratnik. Su emancipación le ha dado libertad creativa, porque, al no depender de nadie, puede ejercer los oficios tradicionales con un espíritu artístico. Aplicando las técnicas que aprendió en la čaršija y otras de cosecha propia, Omar elabora artefactos de todo tipo: armaduras medievales, escudos, tiaras, alhajas, bandejas con filigrana, lámparas de capricho oriental o cualquier objeto disparatado que brote de su fantasía. Asegura que no tiene la sensación de ser el autor de sus obras, sino solo el instrumento de una fuerza superior: «No lo hago yo. Mejor dicho, lo hace mi cuerpo, pero es como si una energía creadora me atravesara». Cuando le embarga la inspiración y se sumerge en su tarea, es capaz de pasar días enteros sin dormir, como en trance.

En las épocas ociosas, al caer la noche Omar cierra su taller y, con la guitarra a cuestas, baja por la colina de Vratnik en dirección al

centro. Junto a la Puerta de Višegrad figura una placa en memoria de Frédéric Maurice, miembro de la Cruz Roja en Sarajevo que perdió la vida en el mismo bombardeo que su padre. Abaz está enterrado casi al pie de la colina, en el cementerio militar que la Armija tiene en Kovači: bajo la luz de la luna, cientos de tumbas de mármol blanco brotan de la oscuridad como una alucinación. Cubierto por una bóveda de hierro forjado en señal de jerarquía, un cipo de mayores dimensiones que el resto señala el lugar donde yace Alija Izetbegović, en cuya lápida figura una de sus sentencias más célebres: «Juramos por el Gran Dios que no seremos esclavos».

Cada vez que pasa junto al camposanto, Omar se detiene a contemplar las estelas y, según la tradición musulmana, desea la paz a los que allí descansan con un respetuoso: ¡Selam aleikum!. Tras aguardar en vano el ¡Aleikum selam! de respuesta, prosigue su camino por la čaršija en busca de una taberna donde cantar hasta la madrugada. El repertorio de los bohemios con los que se junta apenas ha variado desde la guerra y corear juntos los viejos clásicos es una forma de catarsis. Las gargantas se templan, corre el aguardiente y, por unas horas, todos olvidan sus cuitas, mientras los himnos que caen uno tras otro les devuelven a tiempos mejores.

Quizás el espíritu de Sarajevo ha quedado herido de muerte o quizás aguarda tiempos más propicios. También es posible que jamás haya existido y todo fuese un espejismo bello pero insustancial. De lo que no cabe duda es de que existen espíritus de Sarajevo, personajes que llevan en sí un trozo del alma de la ciudad. Cuando sus manos se agarrotan, Omar deja martillo y buril tirados en el suelo para dirigirse a la Torre Blanca. Por los estragos de la guerra y el abandono, de la fortaleza apenas quedan el recinto y los muros chamuscados de algunas estancias. El alcázar es hoy una ruina a la que apenas vienen turistas deseosos de contemplar el panorama, delincuentes que cierran sus trapicheos y parejas de adolescentes en busca de intimidad.

Sobre el peñasco, mientras parpadean las luces del atardecer, Omar atisba la extensión de Sarajevo. El propio despliegue de la ciudad reproduce su historia: los tejados rojizos de la čaršija, punteados de minaretes, dan paso primero a los edificios de tonos pastel construidos por el Imperio austrohúngaro y luego a los bloques de hormigón socialistas, que se difuminan en el horizonte. Mientras otea Sarajevo desde lo alto, como sus antepasados desde la fortaleza de Klis, Omar deja ir un suspiro y, al igual que el halcón del himno que compuso para alabar a Dios, hace el gesto de erguirse como si quisiese alzar el vuelo.

La soledad de la frontera

> Un fronterizo es una existencia
>
> marginal, pero no un marginado.
>
> Peter Handke, La repetición

Una de las diferencias de Sarajevo con la mayoría de ciudades es que su centro está situado en uno de sus extremos, en el límite oriental del valle por el que se ha extendido a lo largo de la historia. Sarajevo se fundó justo en ese punto a mediados del siglo xv, cuando Isa-Bey Ishaković, primer gobernador otomano de Bosnia, levantó a la orilla del río Miljacka las edificaciones propias del urbanismo imperial: unos baños, una mezquita, un bazar y el palacio que haría las veces de residencia del gobernante, designado en turco con el vocablo saray. Fue en la planicie en torno a la residencia de Isa-Bey —denominada «Saray-ovası» o «Llanura del Palacio»— donde se conformó la aglomeración que hoy conocemos con el nombre de Sarajevo.

Por esta peculiaridad geográfica, basta con andar un centenar de metros para dejar atrás tanto el centro de Sarajevo como la linde de la ciudad y tomar, junto a un meandro del río, una calzada serpenteante. Tras un breve paseo por la ribera del Miljacka, a mano derecha se tiende el Puente de las Cabras, construido en la época romana y considerado el límite histórico de Sarajevo. Sobre su esbelto arco en punta, las autoridades daban la bienvenida a cada

nuevo gobernador llegado de Estambul y los peregrinos que emprendían la ruta hacia la Meca o Jerusalén se despedían de sus allegados.

Cerca del puente, en un margen bucólico, aparece una taberna de aire modesto con la fachada sin encalar y unas pocas mesas al aire libre. Cuando el visitante se acomoda, en el umbral de la casa asoma Dobrila, una mujer fornida de unos sesenta años con el pelo rubio trigueño y los ojos azules. Tras acercarse a paso moroso, se planta ante el recién llegado con un gesto de aplomo rural y le envuelve en una mirada diáfana antes de proclamar, henchida de orgullo: «Bienvenidos a mi casa, porque esto es mi casa: yo nací aquí». Se vuelve para señalar un establo de madera tosca y añade: «Nací en la paja, como Jesucristo».

Como tantas otras familias, en la de Dobrila se ha transmitido una narración sobre los orígenes de sus antepasados, en su caso labriegos montenegrinos que llegaron a Bosnia en el siglo

xviii

escapando de la opresión del turco. Sin embargo, Dobrila se remonta hasta la Edad Media y asegura que, por vía materna, desciende de la legendaria estirpe de los Jugović, protagonistas del ciclo de poemas sobre la Batalla de Kosovo. Estos cantares épicos, fundamento de la conciencia nacional serbia, relatan diversos episodios en torno a la contienda en los que el intento de defender Serbia y la cristiandad se salda con una debacle.

Jug Bogdan, patriarca de los Jugović, era un noble serbio que acudió a la Batalla de Kosovo con sus nueve hijos para frenar el avance del Imperio otomano. Aunque los hijos de Jug se enzarzaron en combate «como nueve halcones grises», tanto ellos como el cabeza de familia fueron aniquilados junto a sus tropas. En uno de los poemas del Ciclo de Kosovo, la esposa de Jug le suplica a Dios que le dé «la vista del halcón y las alas del cisne blanco» para averiguar qué ha ocurrido con su marido y sus hijos. Dios le concede la facultad de volar hasta el campo de batalla, donde

comprueba que todos han muerto en la lid. La madre de los Jugović, «de corazón duro», regresa a su castillo sin derramar una sola lágrima hasta que recibe la visita de unos emisarios truculentos: dos cuervos bañados en sangre que le traen la mano mutilada de su primogénito, Damijan. Al reconocerla, el corazón de la madre de los Jugović desfallece y se une al destino aciago del resto de la estirpe.

Los antepasados de Dobrila se establecieron cerca de Mokro, una aglomeración de chozas montañesas en la última posta del camino que unía Estambul y Sarajevo. Un viajero anónimo de la época pintó el lugar con tonos desolados: «No hay nada más miserable que las cabañas de los súbditos bosnios entre esta naturaleza mansa y sonriente. Uno diría que está entrando en un pueblo tomado al asalto». Estas humildes cabañas de madera con suelo terrizo carecían de aberturas que iluminasen las estancias, salvo dos portillos tapados con cueros. A la penuria de los labriegos se le sumaba su condición de siervos de los terratenientes otomanos, que cometían contra ellos toda clase de tropelías. La situación empeoró con los levantamientos en la vecina Serbia, que despertaron en los serbobosnios unas ansias de unificación nacional reprimidas con crudeza por las autoridades. A lo largo de estos siglos de dominación, la única forma de conseguir una vida más holgada era casar a las hijas con labriegos que cultivaban terrenos más fértiles abajo en el valle.

Gracias a su tenacidad en el arreglo de matrimonios, las sucesivas generaciones de la familia de Dobrila se fueron descolgando desde Mokro hasta llegar a los aledaños del Puente de las Cabras. Este avance en busca de una existencia más digna se interrumpió en 1941, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Tras la invasión de Yugoslavia por la Alemania nazi, Bosnia pasó a formar parte del Estado Independiente de Croacia, un país títere de nueva creación gobernado por extremistas croatas llamados «ustachas». El movimiento ustacha aspiraba a devolver a Croacia una idealizada gloria medieval y tenía un marcado carácter serbófobo, por considerar a los serbios una tribu bárbara que había oprimido a los croatas en la Yugoslavia de entreguerras. Su política genocida se

resume en una cita de Mile Budak, ministro de Religión y Enseñanza: «Mataremos a un tercio, a otro tercio lo deportaremos y a los restantes los convertiremos al catolicismo para transformarlos en croatas».

Una vez instaurado el Estado Independiente de Croacia, no tardó en desatarse una campaña contra los serbios de Sarajevo y alrededores, que eran fusilados, degollados, quemados vivos o deportados a campos de concentración. En otoño de 1941, Đurđa, la abuela paterna de Dobrila, volvía a casa andando desde Sarajevo cuando, junto al Puente de las Cabras, topó con una cuerda de presos. Los ustachas que conducían la columna le dieron el alto y, al averiguar que era serbia, le ataron las manos con alambre y la obligaron a unirse a la columna. Al cabo de semanas de incertidumbre sobre su paradero, la familia recibió un mensaje garabateado por Đurđa donde les contaba que estaba presa en Jasenovac, un sistema de campos de concentración cuyos reclusos eran liquidados con métodos atroces: cuchillos, hachas, mazos o el escalofriante artilugio llamado «cortaserbios», un mitón de cuero con hoja afilada para sajar el cuello de las víctimas. El horror de Jasenovac terminó por engullir a la abuela Đurđa junto a decenas de miles de serbios, judíos, gitanos y croatas opuestos al régimen.

Dobrila nació al cabo de una década, hija de padres huérfanos de guerra y en un entorno todavía depauperado por el conflicto. La casa de la familia estaba lejos de Sarajevo, así que vino al mundo sobre la paja del establo con tres vecinas como parteras. Desde pequeña, trabó un vínculo estrecho con una de sus comadronas, la abuela Spasenija, que la inició en el mundo de la adivinación. En Bosnia, los hados se descifran a través de varios métodos, sobre todo lanzando judías o interpretando los posos del café. Sin embargo, a Dobrila le fascinaba la molibdomancia, que revela el porvenir mediante el plomo fundido. Tras derretir el metal al fuego hasta convertirlo en un magma plateado, Spasenija lo vertía en un cazo con agua fría para provocar su solidificación. Al entrar en contacto con el líquido, el plomo emitía un ruido seco y se endurecía de golpe, tomando formas que la anciana procedía a desentrañar.

Poseedora de una sensibilidad aguzada, Dobrila pronto escribió su primer poema, en el que declaraba su emoción cuando, al atardecer, mientras guardaba las vacas, contemplaba en el horizonte las luces de Sarajevo. Devoraba libros y soñaba con convertirse en maestra o periodista, pero, como hija mayor de cinco hermanos, se vio obligada a buscar un oficio práctico para ayudar a la familia y jamás llegó a la universidad. Tras matricularse en la Escuela de Hostelería, se fogueó como camarera en el Hotel Nacional, uno de los más prestigiosos de Sarajevo. Iba y volvía a diario por el trecho de cinco kilómetros que separaba su casa del hotel siguiendo el curso del Miljacka, desde el Puente de las Cabras hasta la ciudad. En invierno tenía que abrirse camino por la nieve: llegaba empapada al vestuario del hotel, se pellizcaba los carrillos para quitarse el frío de encima y, tras ponerse el uniforme con cofia y delantal, se unía a sus compañeros de turno.

Una vez completada su formación, Dobrila empezó a trabajar como camarera en la primera discoteca de Sarajevo, punto de encuentro de la juventud más moderna. De aquellas noches de baile conserva decenas de fotografías en las que posa junto a Zdravko Čolić, Mišo Kovač y otras leyendas de la canción yugoslava. También fue azafata en el Campeonato del Mundo de Tenis de Mesa, el mayor evento deportivo internacional celebrado en Sarajevo hasta los Juegos Olímpicos. Cautivado por su estampa fresca y sus mejillas pecosas, un periodista sueco que cubría el campeonato le sacó una fotografía para la prensa de su país, acompañada de un pie sobre «la Pipi Calzaslargas local» que despertó las suspicacias de sus padres. Sirviendo en una taberna del centro, Dobrila conoció a Boban, un joven que, en su primer día, no se presentó a cubrir la sustitución acordada. Aunque le echó un rapapolvo por su falta de seriedad, Dobrila quedó seducida por el desparpajo de Boban, hasta tal punto que terminaron por casarse y formar una familia.

Boban era camarero en un establecimiento de mayor solera que el de Dobrila: un restaurante húngaro conocido como «El oso» por encontrarse junto al zoológico, cerca de la jaula del plantígrado. En cambio, Dobrila servía en las denominadas kafanas, antros de

periferia saturados de humo donde se reunía una clientela bohemia y marginal. Estimulados por el aguardiente que corría a raudales, los parroquianos estampaban sus vasos contra el suelo y cualquier pena era susceptible de ahogarse con una ronda más. La embriaguez de la concurrencia generaba tanganas frecuentes, iniciadas por desacuerdos a la hora de elegir la canción en el jukebox o porque alguien había mirado a la acompañante de otro. Entonces se desataban los puñetazos y volaban botellas, taburetes e incluso alguna mesa, mientras Dobrila se ponía a cubierto detrás de la barra esperando que la tormenta amainase. En aquel entorno perdulario, se acostumbró a lidiar con clientes rijosos, subsanar los estragos de las peleas y cobrar las consumiciones a individuos de mirada bovina apenas capaces de tenerse en pie.

Con todo, las peleas de kafana quedaron como un recuerdo entrañable en comparación con las suspicacias entre etnias que habían comenzado a envenenar Bosnia. De repente, los compañeros musulmanes de Dobrila sembraban cizaña en su contra por ser serbia: «¡Cuidado con la rubia, que es peligrosa!». Despedida por su jefe para preservar la armonía, solo encontró empleo en un figón del centro, un restaurante popular especializado en la cocción de cabezas de ternera. Primero la cocinera envolvía la cabeza en un papel y la dejaba hervir durante horas, antes de que Dobrila la sirviese a comensales que hacían negocios mientras despiezaban la carne con las manos. Esta ingrata labor despachando casquería fue el último trabajo de Dobrila en Sarajevo, a la que no volvería a ver hasta después de la guerra.

El malestar de los serbios de Yugoslavia venía creciendo desde 1974, cuando se promulgó una Constitución que descentralizaba el país. Pese a conformar la etnia mayoritaria, cada vez más serbios se sentían relegados e incluso empezaban a denunciar un trato de discriminación. Su descontento estalló con las tensiones en la provincia de Kosovo, que la población serbia abandonaba en masa por las dificultades económicas y el predominio albanés. La frustración por perder Kosovo, cuna de la identidad nacional,

galvanizó a millones de serbios e invistió a Slobodan Milošević, erigido en su paladín, del carisma de un héroe de cantar épico.

El resurgimiento del nacionalismo serbio espoleó el de su equivalente croata, situación que Milošević aprovechó para revivir la memoria de los ustachas y convencer a numerosos serbios de que contra ellos se estaba tramando un nuevo genocidio. Entre los ustachas dispuestos a repetir las monstruosidades de Jasenovac la propaganda incluía a los musulmanes bosnios, porque una parte se había integrado en el movimiento durante la Segunda Guerra Mundial. Vistos como lacayos del Imperio otomano, ahora los «turcos» debían ser combatidos para salvar a la nación como en la Batalla de Kosovo.

Los serbios de Bosnia —alrededor de un tercio del censo— deseaban permanecer en Yugoslavia con el resto de sus connacionales, mientras que entre musulmanes y croatas predominaban los defensores de la independencia. El líder serbobosnio, Radovan Karadžić, dejó clara su estrategia: «Lo mismo que ellos le hagan a Yugoslavia nosotros se lo haremos a Bosnia-Herzegovina». Cuando el Parlamento de la república proclamó su derecho de autodeterminación, Karadžić impulsó una entidad llamada «República Srpska» que debía agrupar a los serbobosnios. Sin embargo, en aquel momento se trataba de un espantajo al que iría dotando de contenido si croatas y musulmanes avanzaban hacia la secesión.

En el referéndum de independencia, boicoteado por la mayoría de serbios, el «Sí» obtuvo una victoria abrumadora. Mientras los votantes a favor llenaban las urnas, dos delincuentes musulmanes dispararon contra una comitiva nupcial que se dirigía a la Vieja Iglesia Ortodoxa de Sarajevo y asesinaron al padre del novio. Los hombres de Karadžić aprovecharon el crimen para hacer una demostración de fuerza y establecieron controles con milicianos armados que bloquearon la ciudad. Quedaba claro que buena parte de los serbios se negaba a salir de Yugoslavia y disponía de medios con los que imponerse. El propio Karadžić ya había vaticinado, ante

la posibilidad de una secesión de Bosnia: «¡Esa independencia no irá más allá del Puente de las Cabras!».

Dobrila se topó con la guerra en el umbral de casa, a la vuelta de servir cabezas de ternera. El autobús con el que volvía después de su turno fue interceptado por milicianos serbios, uno de los cuales le cortó el paso encañonándola con un fusil en el pecho. Como Dobrila era serbia pudo continuar, a diferencia de musulmanes y croatas, obligados a apearse. Esa misma madrugada, se iniciaron los combates en torno a su hogar: desde el valle, las tropas serbias descargaban su artillería contra una aldea musulmana, cuyas casas se desmoronaban como castillos de naipes, mientras las fuerzas probosnias, apostadas en el monte, les contestaban con ráfagas de metralleta. Al ver que se encontraba en mitad del fuego cruzado, Dobrila cogió un pijama, unas zapatillas y todos sus objetos de valor, la familia entera se montó en el coche de Boban y este aceleró a fondo hacia la localidad de Pale. Al día siguiente, el Parlamento serbobosnio proclamaba de forma unánime la independencia de la República Srpska.

Hasta el aumento de las tensiones en Bosnia, Pale era una bucólica población de montaña, situada a una quincena de kilómetros de Sarajevo, adonde los urbanitas solían ir los fines de semana para alejarse del ruido y la contaminación. Por su proximidad con Sarajevo y su mayoría demográfica serbia, ahora se había convertido en la capital de un paraestado en guerra: el ejército controlaba los accesos, los milicianos blandían sus armas por la calle y los desafectos al nuevo poder vivían encerrados en sus domicilios. En la localidad reinaba una quietud siniestra, apenas rota por los helicópteros que aterrizaban en el campo de fútbol y el eco de las bombas que caían sobre Sarajevo.

La situación de los musulmanes de Pale, hasta entonces poco menos de un tercio de la población, se fue degradando de forma paulatina: primero fueron despedidos de sus trabajos, luego se les prohibió reunirse en lugares públicos y, tras una campaña de amenazas e intimidaciones, las autoridades les recomendaron

marcharse porque no podían «garantizar su seguridad». Tras su partida en autobuses hacia la Sarajevo sitiada, en sus viviendas se instalaban los refugiados serbios como Dobrila, que acarreaban sus pertenencias en bolsas, con el semblante desnortado por la pérdida de su hogar.

Aunque los jerarcas de la República Srpska eran intelectuales urbanos, su discurso potenciaba la vertiente rural de la identidad serbia. Los medios presentaban las ciudades bosnias como exclusivamente musulmanas, habitadas por individuos ladinos que contrastaban con el campesino serbio, noble y batallador. Según este discurso, Boban y Dobrila estaban demasiado «contaminados» por la ciudad como para ser fiables: entre desprecios por ser «un gitano de Sarajevo», Boban fue movilizado a la fuerza. Le destinaron a un convoy que debía llegar a un repetidor de telecomunicaciones en Žepa, una abrupta garganta de Bosnia Oriental. Durante la ruta, el convoy sufrió una emboscada de los musulmanes de Žepa, que bloquearon la carretera y diezmaron al enemigo con granadas y rifles de caza. Los reclutas serbios pasaron tres días acorralados bajo un fuego implacable que acabó con cuarenta y cinco de ellos. Aunque Boban logró sobrevivir a la encerrona, cuando llegaron los refuerzos de Pale tuvo que cargar a sus compañeros muertos en un camión y permanecer sentado junto a los cadáveres todo el camino de vuelta.

Boban tenía un carácter pacífico y no quería disparar contra su ciudad, donde tenía a amigos, vecinos e incluso sus propios padres. Además, sabía que los mandos de Pale colocaban a los serbios de Sarajevo en primera línea para sacrificarles como carne de cañón, así que buscó la forma de escabullirse. Por su experiencia, fue contratado como camarero en la base de las tropas de la República Srpska. Allí conoció a su caudillo, el general Ratko Mladić, militar de carrera que, como tantos otros serbios, había pasado de comunista ferviente a cruzado de la nación. Mladić tenía querencia por los gestos populistas: una vez, yendo en coche con Boban, tras ver a una pareja de ancianos guadañando el heno, cortó el tráfico y obligó a los conductores a bajar de sus vehículos para ayudarles. Tampoco

soportaba que le venciesen, ni siquiera en los pasatiempos más inocuos. Cuando el general le retaba a una partida de billar, Boban tenía que poner coto a sus rachas, porque Mladić le obligaba a dejarse ganar aposta: «¡Chaval, aquí se juega según mis reglas!».

Mientras, Dobrila llevaba una vida precaria en la casa que le habían concedido las autoridades de Pale. Se alimentaba con los paquetes de la Cruz Roja o los productos que le daban los labriegos por ayudar en los sembrados y, para lavarse, recogía con un cazo el agua de la lluvia. Decidida a aliviar su situación, retomó las enseñanzas de la abuela Spasenija y empezó a predecir el futuro lanzando un puñado de judías. A partir de la forma en que caían sobre la mesa, descifraba el porvenir de sus vecinos, según asegura con un acierto notable. Sobre todo atendía a madres de soldados preocupadas por sus hijos, pero pronto empezaron a venir lugareños con peticiones más prosaicas, como que les ayudase a encontrar a las vacas descarriadas por el monte. Para no envilecer su don profético, Dobrila optó por guardar las alubias en un botecito y aparcó sus labores de sibila rural.

Durante buena parte de la guerra, las potencias internacionales se comportaron con pasividad, denunciada por los sarajevitas reinterpretando el acrónimo NATO —las siglas de la OTAN en inglés— como «No Action, Talking Only». Tras el bombardeo del mercado de Markale, se exigió a las tropas serbias que distanciasen la artillería pesada de Sarajevo, imposición que cumplieron a regañadientes: además de apurar el ultimátum, provocaron a los cazas que les sobrevolaban encendiendo una hoguera para asar un buey e incluso esquiaron por las pistas de Jahorina. En 1995, el exterminio de 8000 bosniacos en Srebrenica, la muerte de tres diplomáticos estadounidenses en una emboscada y una segunda matanza en Markale colmaron la paciencia de la comunidad internacional, que emprendió una campaña de bombardeos selectivos contra las posiciones serbias bajo el nombre de «Fuerza Deliberada».

Las explosiones que comenzaron a retumbar en Pale sacudían las macetas de la casa y Dobrila sufrió un ataque de pánico que la llevó al delirio: se le apareció el inventor serbio Nikola Tesla, que intentaba calmarla asegurándole que un escudo de éter verde protegía la ciudad. Los bombardeos de la OTAN terminaron en tres semanas, sin causar apenas muertos, pero el enajenamiento de Dobrila se alargó durante meses, con visiones que la asaltaban de improviso. Una mañana se sentó junto al umbral de su casa para tomar el fresco cuando se dio cuenta de que el sol, rojo de sangre, daba vueltas sobre su eje. Hipnotizada por la rotación, pasó diez minutos como en trance, hasta que el sol recuperó su amarillo natural y en su interior oyó una voz que le anunciaba: «Dobrila, hemos parado la guerra de Bosnia». Aunque los líderes de los tres bandos no tardaron en firmar la paz, Dobrila, con la psique devastada, ingresó en un manicomio del que no saldría hasta al cabo de un lustro.

Los Acuerdos de Paz de Dayton, firmados en 1995, consagraron a la República Srpska como una de las dos entidades de la nueva Bosnia junto a la Federación, con mayoría de croatas y bosniacos. Como, en buena medida, la divisoria entre ambas entidades se corresponde con las antiguas líneas de frente, la casa de Dobrila y Boban quedó encuadrada en la Federación, pero a medio kilómetro de la República Srpska. Cuando Boban acudió a comprobar su estado la encontró en ruinas, como tantas otras viviendas en zonas de combate: no había techo, puertas ni ventanas y la maleza reinaba entre la destrucción. Además de saquear las pertenencias de la familia, la Armija había utilizado la casa en un intento fallido de tomar las posiciones serbias más próximas y Boban encontró por el suelo ropa militar manchada de sangre.

Una vez Dobrila se hubo liberado de sus visiones, el matrimonio decidió poner en pie de nuevo su hogar y abrir una pequeña kafana en la planta baja. Por la cercanía de Sarajevo a la montaña, en sus alrededores hay toda una constelación de restaurantes en parajes bucólicos a los que se llega en cuestión de minutos. Dobrila y Boban querían ofrecer a los sibaritas de la ciudad un establecimiento de

este tipo, donde comer y beber rodeados de naturaleza. Sin embargo, carecían de medios, así que tomaron prestados de sus vecinos una nevera y unos fogones. Compraron la primera caja de cervezas para el establecimiento con los últimos ahorros que les quedaban, pero la gente se acordaba de ellos y no tardaron en atraer a clientes. Aunque el negocio logró una modesta estabilidad, Dobrila salió perdiendo en el reparto de tareas, desfavorable a la mujer en una sociedad patriarcal como la bosnia: cocinaba, limpiaba y se mantenía en segundo plano mientras Boban, metido en su papel de anfitrión, trasegaba aguardiente con los comensales.

Educada en el ateísmo durante la Yugoslavia socialista, Dobrila no había sentido inclinaciones religiosas, pero la experiencia de la guerra la llevó a convertirse al cristianismo ortodoxo. Fueron muchos los serbios que dieron este paso desde los años noventa, ya que la Iglesia ortodoxa serbia es uno de los pilares de la nación: su fundador, san Sava, era hijo de Esteban Nemanja, el primer gran monarca serbio, por lo que desde la Edad Media se ha forjado un estrecho vínculo entre el poder espiritual y el político. Tras bautizarse en una iglesia de Pale, Dobrila realizó un ayuno de quince días recomendado por el sacerdote y acudió al monasterio de Ostrog, en Montenegro, para recibir la primera comunión. En este complejo de capillas empotradas en un peñasco, destino de enfermos en busca de curaciones milagrosas, comulgó por primera vez. Luego se postró ante las reliquias de san Basilio, fundador del cenobio, bajo la mirada solemne de popes con hábito negro y barba descolgada hasta la cintura.

Aunque sigue considerando Sarajevo como su ciudad, Dobrila va raramente, porque cree que ha perdido la mezcla que la hacía única. Además de la mengua del espíritu urbano por la llegada de bosniacos de provincias, en Sarajevo la población serbia es seis veces menor que antes de la guerra. Muchos se fueron al inicio del conflicto para empuñar las armas o ponerse a salvo de la violencia y otros al final, cuando, en virtud de los Acuerdos de Paz de Dayton, los barrios controlados por las tropas de la República Srpska pasaron a manos del Gobierno bosnio. Con financiación de Turquía

y los países del golfo Pérsico, el partido nacionalista bosniaco SDA trata de islamizar Sarajevo a través de la construcción de mezquitas para marcar el territorio o centros comerciales regidos por la sharía.

Los serbios como Boban y Dobrila tampoco son bien vistos en Pale, porque antes que nada les siguen considerando sarajevitas. Cuando Boban entra en un bar de Pale para tomarse una cerveza, tiene que aguantar siempre el mismo reproche: «¿Se puede saber por qué te juntas con ellos?». De población homogénea tras la expulsión de los bosniacos, Pale es una de las escasas localidades bosnias cuyo número de habitantes ha crecido desde la guerra, sobre todo gracias a su transformación en ciudad universitaria. Por su proximidad con Sarajevo, existe cierta comunicación entre ambas: hay serbios de Pale que trabajan en las instituciones de Sarajevo y sarajevitas que los fines de semana suben a esquiar a Jahorina. Sin embargo, en general pervive una actitud distante que Boban resume con un dicho popular: «Si vas de Sarajevo a Pale, no digas de dónde vienes; si vuelves de Pale a Sarajevo, no digas dónde has estado».

El hecho de vivir en la frontera entre dos mundos ha marcado la existencia de Dobrila. La confluencia del campo y la ciudad, de la Federación y la República Srpska, es el lugar donde tiene su pequeño universo. Mientras Boban se ausenta para hacer recados, busca por los aledaños de la casa hierbas medicinales con las que preparará infusiones. El saúco, la menta, el escaramujo y la milenrama fortifican su organismo y asegura que sus propiedades la mantienen en armonía. Mientras cocina para los clientes o en las solitarias noches de invierno, escribe poesías en pareados que define como: «Mis mensajes a la Humanidad».

Por los achaques de la vejez, Boban y ella se han visto obligados a reducir el negocio, que apenas mantienen abierto para su círculo de amistades. Si, por azar o indicación, llega un visitante desconocido, Dobrila lo escruta con su mirada azul antes de presentarse. Cuando señala el establo donde vino al mundo, eleva ufana el mentón y todo su cuerpo adopta un aire digno. El motivo no es solo haber nacido

en el pesebre, como Jesús: arraigada en su universo fronterizo, sabe que se encuentra en el lugar que le corresponde y que no vive en tierra de nadie porque, en realidad, es solo suya.

Silencio en Romanija

Romanija, monte boscoso,

altivo desde hace siglos,

tus abetos ondean hacia el cielo

donde esconde su nido el halcón.

Canción popular

Más allá de etnias e incluso del temperamento individual, la hospitalidad tiene un rango de deber para los bosnios. «El huésped es sagrado», reza un dicho popular, y la acogida se vuelve incluso más generosa a medida que nos alejamos de las ciudades. Por eso, mientras uno conduce entre los abetales que bordean la carretera hacia Nadinići, sabe que le espera un banquete abrumador del que tardará días en reponerse.

Al final de un camino que las autoridades de la República Srpska no se han preocupado de asfaltar, se abre un valle atravesado por una calzada que lleva a la escuela de la pedanía, abandonada y en ruinas desde el fin de la guerra. Sobre una ladera se apiñan medio centenar de casas de obra nueva con fachadas de tonos pastel. Tras aparcar frente a una de ellas, el visitante esquiva la decena de gatos que sestean bajo el alero y llama al timbre. Quien abre la puerta es Miralem: planta diminuta, pelo y bigote canos, una nariz chata como de boxeador y, pese a su edad, la piel tersa por el influjo del aire campestre.

Tras un franco: «¡Bienvenidos!», nos hace una seña para que entremos, no sin antes descalzarnos según el uso local. El motivo no es solo la profusión de alfombras que decora el suelo de la casa, sino que se trata de una costumbre arraigada en Bosnia: quitarse los zapatos sirve para marcar el paso del mundo de la comunidad al de la familia, del ámbito social al del hogar. Nada más sentarnos a la mesa, Miralem saca una botella de aguardiente casero destilado con las peras de su propio jardín. El primer trago en ayunas nubla la vista y arde en el esófago, pero al mismo tiempo sirve para contrarrestar los rigores del clima de montaña y templa el ánimo para la charla con nuestro afable interlocutor.

Nadinići, la aldea donde nació Miralem, se encuentra al pie de Romanija, un macizo situado a una hora en coche de Sarajevo. Este pueblecito habitado por bosniacos ilustra la devastación cíclica que sufrió Bosnia en el siglo xx, pero también la tenacidad de sus pobladores ante el infortunio. Tres veces Nadinići fue destruida por el expansionismo serbio y tres veces sus moradores la han levantado de sus cenizas.

Su bautismo de fuego tuvo lugar en 1918, tras el fin de la Primera Guerra Mundial. En la primera fase del conflicto, el ejército de Serbia se retiró de su país tras ser vencido por el Imperio austrohúngaro y atravesó los Balcanes en pleno invierno hasta las islas griegas del mar Jónico. Los supervivientes se desquitaron en el frente de Salónica, donde contribuyeron a doblegar a las Potencias Centrales y, alcanzada la victoria, procedieron a liberar su patria. Los musulmanes de Bosnia —por entonces territorio austrohúngaro— habían sido movilizados por el ejército imperial, de forma que los milicianos serbios les consideraban traidores a la raza eslava y lacayos del ocupante. Esta inquina, sumada al rencor histórico por los abusos otomanos, hizo que una partida de soldados que llegó a Nadinići en su camino de retorno a Serbia arrasase el pueblo, incendiando las casas una por una.

Durante la Segunda Guerra Mundial, por Romanija pasaron todos los bandos en conflicto: ustachas, nazis, italianos, partisanos… pero fueron los chetniks, guerrilleros monárquicos y nacionalistas serbios, quienes prendieron fuego a Nadinići por segunda vez. Estas milicias habían sido fundadas por Draža Mihajlović, general de la Yugoslavia de entreguerras, arrollada por el ejército nazi. Su objetivo declarado era liberar el país de la ocupación, pero se fueron deslizando hacia el irredentismo: buscaban anexionar a Serbia todos los territorios donde vivían serbios, un proyecto en el que los integrantes de otras etnias apenas tenían cabida. Este programa político se aplicó de forma especialmente cruda en Bosnia Oriental, por colindar con Serbia y tener una nutrida presencia de musulmanes. Los chetniks les masacraban con ferocidad, degollándoles o encerrándoles en casas para quemarlos vivos, por lo que la sola aparición de su figura en los pueblos o en los caminos les llenaba de terror.

Por el riesgo que implicaba quedarse en Nadinići, cuando Miralem tenía cinco años su abuela Hatidža lo llevó en brazos por el monte con destino a la casa de unos familiares. Al pasar por un bosque agreste, rondado por osos y lobos, dos chetniks ocultos en la maleza les cortaron el paso. Miralem se puso a temblar ante la estampa de los guerrilleros: uniforme negro de pies a cabeza, la barba frondosa y desaliñada, dos cananas entrecruzadas en bandolera y sendos rifles apuntando en su dirección. Sin embargo, el azar le favoreció, porque los chetniks eran de la zona y conocían a su abuela, así que les dejaron continuar su trayecto. Tan solo se cobraron, como peaje, el botellín de leche que Hatidža llevaba para alimentar a Miralem en el camino.

Los partisanos y el Ejército Rojo ganaron la guerra en Yugoslavia, pero, en los años posteriores a la liberación, la violencia siguió dando coletazos siniestros. El régimen había fusilado a Draža Mihajlović, líder del movimiento chetnik, por alta traición y crímenes de guerra, pero buena parte de sus huestes pasó a la clandestinidad y siguió cometiendo brutalidades. En 1947, una de estas partidas de chetniks encerró a medio centenar de musulmanes en una casa cercana a Nadinići, a la que prendieron fuego para inmolarles en

una pira atroz. Los crímenes del maquis chetnik en Romanija se alargaron hasta mediados de los cincuenta, con emboscadas en los senderos e incursiones en las aldeas para desquitarse.

En la Yugoslavia socialista que se creó tras la victoria partisana, los campesinos representaban tres cuartas partes de la población. No obstante, bajo la tutela de la URSS, el Gobierno potenció la industria pesada. El motivo era que, como había que levantarla casi de cero, no planteaba problemas de colectivización como el campo y, además, resultaba ideal para aplicar la planificación centralizada que propugnaba la ortodoxia estalinista. Como consecuencia, por toda Yugoslavia se multiplicaron las fábricas de producción masiva, cuya demanda de mano de obra generó un éxodo del campo a la ciudad.

Cuando, a finales de los cincuenta, Miralem cumplió dieciocho años, las condiciones de vida en Nadinići se habían vuelto penosas. El crecimiento demográfico tras la guerra había disparado la población rural, que apenas lograba subsistir con lo que daban los campos y el ganado. Dževad, un primo de Miralem que vivía en Sarajevo, le contó que los gigantes industriales creados por el régimen andaban en busca de trabajadores y le propuso bajar a la ciudad para ofrecer sus servicios. Les contrataron enseguida en la industria FAMOS (Fabrika Motora Sarajeva) y Miralem saltó del terruño a la cadena de montaje. Salvo el periodo reservado al servicio militar, pasaría el resto de su vida activa en la FAMOS: más de treinta y cinco años, como recalca enseñando la cartilla de jubilación.

La FAMOS producía motores diésel, cajas de cambios y juntas para vehículos que se enviaban a Alemania para su instalación en los automóviles Mercedes. También contaba con una rama de fabricación de tanques destinados al ejército, que luego decidía si incorporarlos a su flota o bien venderlos a terceros países como el modelo M-84 a Kuwait durante la primera guerra del Golfo. La empresa tenía unas dimensiones exorbitantes, tanto que generaba por sí sola hasta el 5 % de los ingresos del municipio de Sarajevo.

Para alojar a los miles de bosnios contratados por la FAMOS, las autoridades transformaron la cercana población de Hrasnica, al pie del monte Igman, en una colonia obrera, un peculiar espacio entre lo rural y lo urbano que gravitaba hacia la fábrica. Los terrenos agrícolas se parcelaron para levantar bloques destinados a albergar a 12 000 personas, además de escuelas, un centro de salud y un complejo deportivo. Parte de la colonia se construyó mediante «acciones de trabajo», iniciativas voluntarias en las que se implicaban tanto los propios obreros como los estudiantes de universidad. El régimen potenciaba estas acciones como símbolo de compromiso con Yugoslavia y muchos las recuerdan con nostalgia aún hoy, por la sensación de que todos participaban en un empeño colectivo.

En la posguerra inmediata, Yugoslavia aplicó un modelo de producción centralizada de inspiración estalinista, pero no tardaría en distanciarse de la URSS. Por la reticencia del mariscal Tito a convertir el país en un satélite como el resto de Europa Oriental, Yugoslavia fue expulsada del Kominform, la institución que coordinaba el bloque comunista europeo. Mientras los partidarios yugoslavos de la URSS sufrían purgas y condenas a trabajos forzados, los sicarios de Stalin intentaron asesinar a Tito en veintidós ocasiones, hasta que el mariscal envió un mensaje a su homólogo soviético: «Camarada Stalin, deja de enviar agentes a Yugoslavia para liquidarme. […] Si estos sucesos no se interrumpen, me veré obligado a enviar a un hombre a Moscú y, si lo hago, no hará falta enviar a ningún otro».

Yugoslavia quedó como un Estado paria dentro del bloque comunista y el régimen empezó a buscar un camino propio. Fue entonces cuando surgió la idea de la autogestión, consistente en poner en manos de los trabajadores la toma de decisiones sobre sus empresas. El objetivo era acabar con la burocracia y poner en práctica el lema «La fábrica para los obreros, la tierra para los campesinos». El órgano fundamental de la autogestión eran los consejos obreros, que determinaban la organización de las empresas, invertían sus fondos y se encargaban de distribuir las

ganancias. Las grandes decisiones se tomaban por delegación en un consejo obrero general o mediante referéndum. Gracias a la autogestión, los proletarios como Miralem, que ahora tenían voz y voto en la empresa, sentían que formaban parte de un proyecto colectivo.

Durante décadas, Miralem llevó la vida propia de un obrero yugoslavo. En la fábrica se encargaba de los cilindros para vehículos: repasaba los defectos y pulía las superficies de metal a medida que las piezas iban llegando en la cinta transportadora. Acabado su turno, cambiaba el mono de trabajo por la ropa de calle y volvía al piso que las autoridades le habían asignado. En los nuevos bloques no había propiedad privada, sino que el régimen era propietario de los apartamentos y cedía un derecho de vivienda a sus moradores. La vida de Miralem transcurría entre su hogar y la fábrica, salvo por las tres semanas de vacaciones colectivas en la playa que la FAMOS organizaba para sus empleados.

Si algo podía alterar la cotidianidad de la FAMOS eran las visitas del mariscal Tito, cargadas de pompa y boato. Envuelto en un aura mítica como libertador de Yugoslavia, Tito poseía un carisma irresistible para los proletarios como Miralem, porque no solo les había librado de la ocupación y les había dado un jornal digno, sino que, por encima de todo, les había insuflado un sentimiento de dignidad personal y colectiva. La población conocía al dedillo las gestas de su presidente y hasta ocho ciudades de la federación yugoslava —una por república, más dos en las regiones autónomas serbias de Voivodina y Kosovo— llevaban su nombre. Cuando Tito recorría la FAMOS, los trabajadores interrumpían su actividad y se levantaban de los bancos de trabajo para ovacionarle. Puesto que en su juventud se había fajado como obrero del metal, Tito salpicaba su visita de observaciones, y, al más puro estilo del autócrata paternalista, daba improvisados consejos que los gestores seguían a rajatabla.

A diferencia del resto de líderes comunistas, Tito jamás escondió ni su amor por la opulencia ni sus inclinaciones de bon vivant. Fue este

estilo de vida el que le causó una diabetes por cuyas complicaciones falleció en 1980. Con todo el país de duelo, los obreros yugoslavos coreaban un viejo himno dedicado al mariscal: «Camarada Tito, te juramos que nunca nos desviaremos de tu camino». Durante toda la década de los ochenta, hasta la ruptura del país, cada 4 de mayo a las 15:05, día y hora de la muerte de Tito, las fábricas yugoslavas hacían sonar sus sirenas y los transeúntes se paraban en seco por la calle para guardar un minuto de silencio.

La Yugoslavia socialista había quedado huérfana de su demiurgo y el régimen intentó apuntalar su autoridad con eslóganes vacuos como «Después de Tito, Tito». Sin embargo, la economía se tambaleaba, lastrada por la deuda externa. Para sus ambiciosos proyectos de los años sesenta y setenta, Yugoslavia había pedido créditos a la gran banca internacional, pero, tras la crisis del petróleo en 1973, si quería recibir nuevos fondos tenía que demostrar su solvencia. A principios de los ochenta el Gobierno declaró un impago soberano a partir del que empezó a firmar acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, que le exigía austeridad monetaria, una liberalización de precios y la reducción del gasto público. La aplicación de estas recetas neoliberales devaluó hasta tal punto el dinar yugoslavo que se llegaron a alcanzar inflaciones del 1000 %.

A lo largo de la década, el malestar en la industria yugoslava fue en aumento, porque los obreros sentían que las rigurosas medidas del FMI les estaban despojando no solo de su nivel de vida, sino también del control de las fábricas. Abundaban las huelgas centradas en las reclamaciones salariales, como ocurrió en la FAMOS en 1988, cuando la empresa, con las cuentas bloqueadas por sus acreedores, se quedó sin liquidez para abonarles el sueldo. En la vecina Serbia, la frustración por el hundimiento económico fue aprovechada por Slobodan Milošević, antiguo banquero y ahora presidente de la república, para encauzar el descontento material hacia el nacionalismo.

Uno de los mayores desvelos de Tito había sido atajar los rencores étnicos de la Segunda Guerra Mundial para evitar que resurgiese la violencia fratricida. No obstante, la desaparición de su figura y el deterioro de la economía avivaron unos enconos que parecían superados. Las tensiones llegaron a la FAMOS en 1991, cuando un grupo de serbios, la mayoría empleados de la fábrica, establecieron controles y barricadas en los accesos. La consecuencia fue que, por sentirse inseguros, cada vez menos obreros acudieron a la FAMOS, hasta que la industria echó el cierre por paro total de la producción.

En las semanas anteriores a la guerra, los ciudadanos de a pie se dividían en dos: quienes creían que su estallido era apenas cuestión de tiempo y quienes lo consideraban imposible en una sociedad plural como la bosnia. Miralem pertenecía a este segundo grupo, no solo por su talante optimista, sino también porque, tras décadas compartiendo vestuario con obreros de todas las etnias, una guerra entre ellos le resultaba inconcebible. Mirza, su hijo mayor, sostenía la opinión contraria y se había alistado en las unidades de defensa territorial. Durante una misión de reconocimiento en las afueras de Hrasnica, contempló el trajín de tanques del ejército yugoslavo y a los serbios de la cercana población de Vojkovići cavando trincheras. Pero, incluso así, Miralem se mantenía en sus trece y desechaba las advertencias de su propio hijo.

En los primeros compases de la guerra, el ejército situó sus tanques en la FAMOS y comunicó que actuaría como fuerza de interposición para prevenir enfrentamientos. Al cabo de pocas semanas se retiró, pero solo de cara a la galería, porque los mismos soldados que se marcharon llevando la estrella roja volvieron a sus puestos con insignias de la República Srpska. La práctica totalidad de la FAMOS quedó bajo su control y empezaron los bombardeos desde Vojkovići, planificados con una secuencia despiadada. Primero la artillería lanzaba una lluvia de proyectiles que obligaba a la población a buscar refugio, para luego detenerse unos minutos como si el cañoneo hubiese terminado. Cuando los habitantes de Hrasnica se asomaban de nuevo a la calle, se reanudaba el fuego, causando mayor mortandad.

Para subsistir en la Hrasnica asediada, Miralem cultivaba hortalizas en los jardines, acarreaba bidones hasta las fuentes y se adentraba en los bosques del monte Igman en busca de leña para calentarse. Sin embargo, además de cubrir las necesidades básicas, resistir implicaba mantener a toda costa cualquier parecido con la normalidad. Por eso, el 25 de julio de 1992, Miralem reunió a los vecinos del bloque frente al rellano de su apartamento, donde había colocado un televisor, y juntos hicieron lo que hubiesen hecho en tiempos de paz: ver la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona, ahora con el traqueteo de la artillería como fondo. Puesto que, en 1984, Sarajevo había acogido los Juegos de Invierno, el COI presionó para que se declarase una tregua olímpica, pero el bando serbobosnio se cerró en banda y el sitio prosiguió su curso implacable.

Nadinići también sufrió los estragos de la guerra, condenada otra vez por su desdichado emplazamiento. Desde el siglo xix, los serbios de Romanija veneraban la tradición de los hajduks, rebeldes que se echaban al monte para combatir al turco. En memoria de estos forajidos, los círculos más radicales venían organizando las «Alboradas de San Jorge», cuyos participantes se atiborraban de carne y alcohol, coreaban himnos nacionalistas y empuñaban sus rifles para lanzar descargas al aire. La alborada de 1991 contó con la presencia de Vojislav Šešelj, líder extremista serbio y refundador del movimiento chetnik. Šešelj tuvo un percance de camino al lugar de reunión —por el peso de sus carnes, la silla de la yegua que montaba se rompió y el caudillo terminó de bruces contra el suelo—, pero su presencia reavivó en la comarca el espíritu chetnik, adormecido desde la Segunda Guerra Mundial.

En la escuela de Nadinići, visible desde cualquier punto del valle, se acantonaron los llamados «chetniks de fin de semana», extremistas de la peor calaña que, durante los días laborables, hacían vida normal en Serbia y los viernes cruzaban a Bosnia para saciar sus más bajos instintos. Al principio solo entraban en la aldea para

obligar a los lugareños a entregarles corderos que luego asaban empalados, pero la creciente presencia de tanques realizando maniobras señalaba la cercanía del ataque. Cierto día, un vecino serbio acudió a casa del campesino Murat para avisarle de que se había ordenado la toma del pueblo. En la Segunda Guerra Mundial, el padre de Murat había salvado la vida a su padre liberándole de un calabozo ustacha y, medio siglo después, el hijo había venido a devolver el favor. El aviso corrió por Nadinići y sus habitantes escaparon monte a través hacia el territorio controlado por el ejército bosnio.

Mientras los aldeanos de Nadinići se escabullían de la masacre, en un sótano Miralem empleaba sus hábiles manos de obrero para montar proyectiles destinados a la Armija. Al principio de la guerra, un obús enemigo había reventado la planta inferior a la de su apartamento, tras explotar justo debajo de la habitación de su madre discapacitada. Enseguida se mudaron a casa de unos conocidos, decisión que resultó providencial: al cabo de poco, otro obús entró silbando en el piso, rebotó por las paredes de la cocina y estalló en uno de los dormitorios. Cuando acudió a comprobar la situación, Miralem encontró la vivienda hecha trizas y la cómoda de Kenan, su hijo menor, desgarrada por la metralla.

La tragedia que le venía rondando se materializó en 1995, a pocos meses del fin de las hostilidades. Mirza, su hijo mayor, había quedado atrapado en Sarajevo al inicio de la guerra y, cuando volvió a Hrasnica pasado un tiempo, se había alistado en la policía militar. Ahora se celebraba la Fiesta del Sacrificio, en la que los musulmanes degüellan a un cordero recordando la disposición del profeta Ibrahim a inmolar a su primogénito si esa era la voluntad de Dios. De buena mañana, a Miralem le ensordeció un bombardeo que atronaba en el monte Igman, salió a contemplarlo y se dijo: «Quienquiera que esté allí es imposible que sobreviva». Por la noche, un policía acudió a comunicarle que Mirza estaba herido de gravedad porque, mientras hacía de escolta de unos electricistas que reparaban un tendido, le había alcanzado una de las

explosiones. Murió al cabo de tres días en el hospital, con apenas veintiún años.

Según los Acuerdos de Paz de Dayton, el polígono de la FAMOS correspondía a la Federación, casi en el límite con la República Srpska. Antes de ceder la fábrica al enemigo, las tropas proserbias se llevaron la maquinaria, frente a la indolencia de los Cascos Azules que debían supervisarles. Con este botín, las autoridades serbias intentaron crear una versión reducida de la FAMOS en su territorio, pero la crisis económica y una gestión incompetente dejaron a la empresa casi sin plantilla. Al otro lado, la FAMOS de Hrasnica quedó como una sucesión de naves desiertas cuya puesta en marcha exigía unos fondos prohibitivos para los inversores locales.

Con la industria en el limbo, Miralem vio que no había motivos para quedarse en Hrasnica y, deshaciendo el camino de cuatro décadas antes, volvió de la ciudad a su aldea. Sabía que no iba a ser fácil, porque durante la guerra los milicianos de la República Srpska habían destruido las casas de Nadinići e incluso costaba distinguir sus ruinas entre los zarzales. Aunque Miralem y su primo Dževad iniciaron los trámites para el retorno, no tardaron en chocar con la oposición de algunos vecinos serbios. Miralem iba cada sábado a Nadinići para reconstruir su casa de forma gradual y, tras levantar el baño, el fin de semana siguiente lo encontró demolido. Retiró los cascotes de la ladera y se dispuso a alzar el baño otra vez, pero una semana más tarde lo volvió a encontrar hecho escombros. Sin amedrentarse, Miralem rehízo el baño por tercera vez y esta fue la vencida, porque consiguió que fuese el destructor de baños quien diese su brazo a torcer.

Cuando se quejaba de estos abusos a la policía, el agente municipal se le quedaba mirando atónito y, de vez en cuando, le preguntaba: «Pero, esto de volver, ¿lo dices en serio?». En otra ocasión, rodeó el cementerio musulmán del pueblo con una alambrada, pero esta protección tuvo una existencia efímera: un seis de enero, vigilia de la Navidad ortodoxa, alguien fue al camposanto provisto de una

motosierra y cortó uno a uno los postes por la mitad. Conscientes de que estos estorbos se repetirían en el futuro, los habitantes de Nadinići optaron por pasar las noches en la aldea plantando tiendas de campaña. Gracias a su tenacidad y a la ayuda de organizaciones internacionales, Miralem y sus vecinos reconstruyeron una vez más Nadinići y, donde antes imperaba la maleza, brotó un humilde pueblo con casas de color pastel.

Junto a las viviendas, Nadinići recobró parte de su paisaje humano, los habitantes que habían escapado de las tropas serbias: Faruk, ex guardaespaldas de Tito que en la vejez retomó su oficio infantil de pastor; Mevlida, cuya familia entera había sido fusilada en los bosques, hecha a ahuyentar a garrotazos a los lobos que depredaban a sus ovejas; Hasan, a quien su puntería como tirador en la guerra le valió el mote de «El Rifle», aficionado al aguardiente casero y a interpretar coplillas picaronas; o Meho, antiguo tratante de caballos, que se siente solo desde que enviudó y anda en busca de una nueva esposa al grito de «¡Aquí hay un buen potro!». Con todo, más allá de los aldeanos que usan el pueblo como segunda residencia, la mayoría de retornados tiene el perfil de Miralem, bosniacos de edad avanzada que han vuelto al terruño para pasar el tiempo que les quede.

En la modesta casa que comparte con su hermana Džemila, Miralem lleva una vida de subsistencia agraria, salvo por la pensión que corresponde a sus décadas en la FAMOS. Pese a los rigores de la intemperie, cultiva hortalizas, guarda las vacas y faena en los campos con su tractor, del que, por su baja estatura, apenas asoma la cabeza. El vigor que el campo ha insuflado en su cuerpo menudo le da un aire de arbusto del monte, de aspecto quebradizo pero al que ni las ventiscas más recias consiguen desarraigar. Después de perder a un hijo y ver cómo su mundo se hundía, ha sabido rehacerse como la propia Nadinići, si bien será la historia quien dictamine si la aldea perdura como tal o volverá a ser arrasada en un futuro.

Tras el aguardiente de rigor, Miralem se encarga de dar conversación al huésped mientras Džemila brega en los fogones. Pronto sobre la mesa aparecen pimientos rellenos de carne, tasajos de cecina, dulces caseros bañados en miel y pucheros de café tostado. Sin embargo, como en toda comida bosnia que se precie el plato estrella es la pita, un pastel de hojaldre que Džemila rellena con queso de vaca y acelgas del huerto. La hospitalidad local puede ser tan generosa como apabullante, porque los anfitriones, nada más ver un plato, una taza o un vaso vacíos, se apresuran a rellenarlos. La consecuencia es que uno sale de casa de Miralem empachado de comida, taquicárdico por la acción del café y dando tumbos cortesía del aguardiente, pero, al mismo tiempo, sintiéndose honrado por haber sido el receptor de tanta generosidad.

Cuando Miralem ejerce de anfitrión, la charla acostumbra a ser ligera, salpicada de chistes y anécdotas que cuenta carcajeándose. Sin embargo, al rato irrumpen los «temas pesados», el eufemismo que se usa para aludir a la memoria de la guerra. Durante esos momentos en los que el aire cobra densidad, Miralem se queda callado, con la mirada vidriosa, y el rostro se le oscurece por una súbita pesadumbre. Son estos mutismos los que revelan su otra naturaleza, el fondo de agudo dolor que permanece oculto bajo su campechanía. Cuando la noche cae sobre la aldea y el visitante se dispone a partir, Miralem sale para despedirle y le acompaña hasta el camino de tierra. Mientras el coche se aleja dando trompicones, agita su mano en la penumbra y da media vuelta en dirección a la casa para reencontrarse con su hondo silencio.

La raíz de Fray Mirko

No vivas solo para ti mismo:

sé también útil a los demás.

San Francisco de Asís

En Bosnia-Herzegovina la identidad nacional está ligada de manera inextricable a la fe. Desde la Edad Media, en su territorio han ido confluyendo los tres grandes credos monoteístas —cristianismo, judaísmo e islam—, organizados por el Imperio otomano en grupos confesionales. Con el surgimiento de los nacionalismos en Europa a partir del siglo xix, la religión empezó a cobrar tintes identitarios, sobre todo entre la población cristiana: el grueso de bosnios ortodoxos pasaron a considerarse serbios, mientras los católicos hacían lo propio como croatas. El proceso de construcción nacional entre los musulmanes ha sido más prolongado y complejo —apenas pasaron a denominarse oficialmente «bosniacos» en 1993—, pero igualmente se trata de una identidad con orígenes religiosos.

Esta singularidad hace que en Bosnia nación y religión se superpongan y numerosos clérigos se dediquen a ejercer de agentes patrióticos en lugar de guardianes del espíritu. No es el caso de fray Mirko, uno de los religiosos más queridos del país. Su indumentaria pública de hábito ceñido con cordel le delata de buenas a primeras como monje franciscano, pero es célebre por su

altruismo más allá de la etnia y por ayudar al prójimo no con sermones, sino mediante actos concretos. Esta actitud entronca con la generosidad bosnia, pero también con la mentalidad de la orden franciscana, la única institución con una presencia consolidada en el territorio desde la época medieval.

La Bosnia del Medioevo era una región agreste donde el influjo del Vaticano y Constantinopla llegaba atenuado, por lo que proliferaban herejías como una enigmática «Iglesia bosnia» sobre cuya naturaleza los expertos todavía no han llegado a una conclusión. La voluntad de erradicar esta iglesia cismática fue lo que motivó la llegada de los franciscanos a Bosnia. En su misión evangelizadora debían tratar con una población rural ajena a las sutilidades teológicas, pero consiguieron ganársela por su veloz aprendizaje de la lengua y su implicación en la comunidad. Su labor se hizo sentir por toda Bosnia del Medioevo, desde las cuencas mineras hasta las cortes nobiliarias, donde actuaban como confesores, diplomáticos y consejeros. Este arraigo de la orden franciscana en el adusto terreno bosnio viviría su prueba más dificultosa con la conquista del Imperio otomano.

El reino de Bosnia era un territorio feudal cuyas arcas se nutrían del comercio de minerales pero, tras su apogeo a finales del siglo xiv, la aristocracia se enzarzó en luchas por el poder. El Imperio otomano, deseoso de expandirse por los Balcanes, pasó siglo y medio avivando la cizaña entre los nobles hasta que, en 1463, desató su invasión. Apenas meses antes, el rey Esteban Tomašević, previendo el ataque, había enviado a Roma una misiva en la que suplicaba auxilio al Papa frente a la amenaza que el turco suponía para todo Occidente: «Solo soy el primero que va a afrontar el vendaval». Sin embargo, sus ruegos fueron en vano. Ante la inacción de la cristiandad, el sultán Mehmed II arrolló Bosnia con su ejército, decapitó a Esteban Tomašević, y, como una humillación postrera, lo enterró en una colina desde la que no se podía ver su castillo.

Consumado el hundimiento del reino medieval, fray Anđeo Zvizdović, custodio de la orden franciscana, se presentó ante el sultán para demandarle que permitiese a los monjes y a su grey católica quedarse en Bosnia preservando su fe. Mehmed II, apodado el Conquistador, era un caudillo temible en la guerra, pero al mismo tiempo se sentía atraído por otras religiones, incluido el cristianismo, y no le convenía que el territorio se despoblase. Por eso aceptó la petición del fraile y juntos rubricaron la denominada Ahdnama, una carta en virtud de la cual los franciscanos y sus adeptos podían seguir en Bosnia sin convertirse al islam. La Ahdnama imbuyó para siempre a los franciscanos bosnios de un pragmatismo encaminado a salvar todo lo posible de los estragos que causan los vendavales de la Historia.

Pese a la concesión de Mehmed II, en los periodos de mayor intolerancia otomana los monjes tuvieron que lidiar con un poder hostil que les extorsionaba, les prohibía levantar monasterios con materiales compactos y desencadenaba contra ellos periódicas campañas de violencia. Corrían un riesgo particular al desplazarse para administrar los sacramentos a los fieles atravesando parajes infestados de bandidos, hasta que obtuvieron del sultán Murat IV la exención de llevar el hábito con capirote y cordel: de paisano como un viajero más, recorrían los senderos de la Bosnia otomana con un pistolón en el cinto para ahuyentar a los salteadores a balazos.

Durante siglos de aislamiento, los franciscanos trabaron un vínculo firme con la población católica, a la que guiaban en todas las dimensiones de la existencia. Eran sus sacerdotes, sus educadores, sus representantes políticos, sus médicos, los intermediarios en sus disputas e incluso sus orientadores en los asuntos del campo o la artesanía. Los fieles desarrollaron con los monjes tal grado de familiaridad que se referían a ellos como «los tíos». Salidos del mismo pueblo al que pastoreaban, al cabo de un tiempo de formación en Italia volvían a Bosnia para poner en práctica su lema: «Con la gente, junto a la gente». Por su talante prosaico, aún hoy no es extraño verles encender un cigarrillo después de oficiar la misa,

como tampoco hacen ascos a tomar un aguardiente con los feligreses.

Fray Mirko responde al arquetipo del franciscano a la manera bosnia, una figura surgida en los valles del centro del país donde el catolicismo jamás ha perdido su arraigo y los «tíos» son a la vez autoridad y pueblo. Su infancia transcurrió durante los años sesenta en la modesta población de Busovača, cerca del lugar donde se produjo el histórico encuentro entre fray Anđeo Zvizdović y el sultán Mehmed II. Su padre se ganaba la vida como leñador, mientras su madre se hacía cargo de las tareas domésticas, cuidaba de las vacas y cultivaba un pequeño huerto para alimentar a una prole de nueve hijos.

Por haber crecido en un entorno devoto, no es extraño que los recuerdos más vivos que fray Mirko conserva de su infancia tengan que ver con la Navidad. Según la costumbre, por Santa Lucía, cercano ya el ecuador de Adviento, Mirko y sus hermanos plantaban en una maceta semillas de trigo que, al germinar, formaban una espesa concentración de tallos verdes. En la comida de Navidad, su padre colocaba entre los brotes tres velas de cera amarilla —una por cada miembro de la Santísima Trinidad—, las encendía y, tras depositar la maceta sobre un pan de hogaza recién horneado, la familia rezaba un padrenuestro. Terminado el ágape, el padre de fray Mirko apagaba las velas con un trozo de pan bañado en vino y daba a probar a sus hijos la miga remojada. Fray Mirko recuerda nostálgico aquel sabor a pan, vino y cera fundida, así como la expectación con la que cada hermano elegía una vela como propia, ya que estaban convencidos de que su vida sería más duradera cuanto más tiempo se mantuviese encendida la llama.

Tras la constitución de la Yugoslavia socialista, los creyentes de todas las religiones quedaron en una situación discriminatoria, ya que el ascenso social venía ligado a la militancia en el Partido y este tenía el ateísmo como dogma de fe. Aunque no se formulaba ninguna prohibición explícita, los yugoslavos que mostraban en público su devoción y acudían a rezar a la iglesia o a la mezquita

llevaban una vida de ciudadanos de segunda, en muchos casos limitados, como los padres de Mirko, a la subsistencia rural.

Para los croatas de Bosnia, a la marginación religiosa se le sumaba el estigma por las atrocidades del Estado Independiente de Croacia, del que tampoco se habían librado los franciscanos. En la Segunda Guerra Mundial, la orden había visto mancillado su prestigio por las fechorías de algunos de sus integrantes. Aunque la jerarquía prohibió a los monjes adherirse al nuevo régimen y participar en los crímenes contra la población no croata, buena parte de la congregación simpatizaba con la Croacia independiente y algunos incluso se enrolaron en los ustachas. Por su truculencia destaca el caso de fray Tomislav Filipović, quien, tras participar en masacres de civiles serbios, fue expulsado de la orden y se convirtió en uno de los responsables de los campos de concentración de Jasenovac, donde su brutalidad a la hora de ejecutar a los internos le valió el apodo de «fray Satán».

Tras la caída del Estado Independiente de Croacia, numerosos franciscanos, que habían llegado a oficiar conversiones forzosas de cristianos ortodoxos al catolicismo, se retiraron con las milicias derrotadas hacia la frontera con Austria, donde terminarían siendo capturados por las tropas partisanas. Sin embargo, tanto la jerarquía de la orden como parte de sus miembros aguardaron en los monasterios la llegada de los vencedores, con la conciencia limpia por haber ayudado a todo aquel que sufría y dispuestos a afrontar cualquier represalia. En 1949, fieles a su pragmatismo tradicional, los franciscanos de Bosnia enviaron a Belgrado una delegación que se reunió con Tito y llegó, una vez más, a un acuerdo en aras de su permanencia en Bosnia. Cuando, a finales de los sesenta, la vocación religiosa se despertó en el joven Mirko, Yugoslavia había restablecido sus lazos diplomáticos con el Vaticano y tanto los franciscanos como la población católica gozaban de una posición más holgada.

Fray Mirko cursó sus estudios primero en el seminario de la orden y luego en la Facultad de Teología de Sarajevo, donde fue ordenado

sacerdote en 1986. Para prevenir el adocenamiento, los franciscanos cambian de destino cada cierto número de años, por lo que emprendió una trayectoria itinerante que le llevó a varias poblaciones de Bosnia Central. De regreso a Sarajevo en 1991, desarrolló su labor en el monasterio de San Antonio de Padua, tan arraigado en la ciudad que incluso atraía a la población musulmana y ortodoxa. El culto a san Antonio había cuajado entre los sarajevitas de todas las religiones, que acudían a las liturgias votivas celebradas los martes en su honor e incluso rezaban, cada cual a su manera, frente a la imagen del santo. Los feligreses huérfanos de compañía dejaban a san Antonio, patrón de los corazones solitarios, notas en las que figuraba su nombre garabateado, con la esperanza de que su intercesión ante los poderes celestiales les ayudase a encontrar el amor.

Para los franciscanos de Bosnia, la progresiva endeblez del régimen socialista trajo consigo el reconocimiento de su perseverancia de siglos y su labor como custodios del legado medieval. Su tradición fue redescubierta en 1989 gracias a una exposición organizada en Sarajevo, cuyos asistentes contemplaban con fascinación el patrimonio acumulado por los monjes: incensarios, crucifijos, cálices, patenas, túnicas, casullas, legajos, incunables y pinturas de la época tardorrenacentista y barroca resurgían de su oscuridad en los monasterios para volver a integrarse en el mosaico cultural bosnio.

En 1991 la orden conmemoró, también en Sarajevo, el 700 aniversario de su llegada a la Bosnia medieval con una misa multitudinaria ante una pléyade de autoridades. Fray Mirko considera esta ceremonia el último gran evento que los bosnios celebraron juntos de forma espontánea, sin la tutela o el azuzamiento de la comunidad internacional. En su recuerdo, se abría una nueva época marcada por el optimismo en la que, tras la recuperación de las libertades nacionales y religiosas, los franciscanos podrían continuar su labor sin injerencias. Sin embargo, la apertura democrática venía acompañada de una tensión palpable, que se manifestaba en los crecientes rumores

sobre la partición de Bosnia. Firme en su adhesión al diálogo y el entendimiento, la orden preconizaba una Bosnia soberana e indivisible cuyos pueblos debían convivir en pie de igualdad.

El compromiso de los franciscanos con su misión y con Bosnia se puso a prueba una vez más con el estallido de la guerra. Fray Mirko, por entonces un joven que apenas superaba la treintena y ejercía como secretario del Provincialato, se mantuvo fiel al ideario de la orden y permaneció en Bosnia para ayudar al prójimo más allá de su etnia y su fe. Durante los años convulsos de la Segunda Guerra Mundial, fray Josip Markušić, el provincial que luego llegaría a un acuerdo con Tito, había reflejado esta mentalidad en una anotación de su diario: «¿Cuál es el verdadero peligro en los momentos importantes? El único peligro es no comportarse como un ser humano. La muerte es un peligro menor».

Desplegando una energía que parecía inagotable, fray Mirko inició una actividad titánica por diversos barrios de Sarajevo: oficiaba misas y funerales abiertos a todo el mundo, impartía el catecismo a quien quisiese escucharle —sin diferenciar por credo— e incluso dirigía ensayos y actuaciones de coros. También repartía paquetes de comida a integrantes de todas las etnias y ayudaba a quien quisiese entrar o salir de la ciudad, ya fuese por el túnel excavado bajo el aeropuerto o bien a bordo de su 4x4. Desoyendo las acusaciones de los extremistas croatas —que, de «frailes rojos» por llegar a acuerdos con el socialismo, habían pasado a tildarlos de «frailes verdes» por una supuesta connivencia con el islam—, fray Mirko y el resto de la orden franciscana renovaron su compromiso con Bosnia.

La labor de fray Mirko fue especialmente intensa en el barrio sarajevita de Dobrinja, donde su fuerza y carisma contribuyeron a aliviar el sufrimiento de la población. Como representante de la Iglesia en Dobrinja, fray Mirko consiguió que le cediesen un local abandonado propiedad del gigante empresarial Jugoplastika y transformó el espacio en una cocina popular abierta a todos que se convirtió en punto de encuentro. También se celebraban servicios

religiosos, para los que fray Mirko no solo se turnaba en el altar con el imán del barrio, sino que incluso llegaban a oficiar la liturgia a pachas, en ceremonias a las que invitaba a todo el mundo con naturalidad: «Que cada cual venga y rece como sepa». Durante las horas muertas en el sótano del edificio, aprendió a tocar la guitarra para cantar junto a los fieles, un coro de gargantas que proclamaba su determinación por sobrevivir.

En sus desplazamientos a Bosnia Central acompañando a fray Petar Anđelović, provincial de la orden, ambos se montaban en el todoterreno de fray Mirko ataviados con el hábito y cordel franciscanos, de utilidad comprobada para superar los controles militares. Por si la vestimenta monacal no bastaba para abrirse paso, conducía con una guitarra apoyada en el cambio de marchas con la que ablandaba a los milicianos de los checkpoints poniéndose a cantar. Si la situación empeoraba, disponía de recursos más categóricos: como sus antecesores por los caminos de la Bosnia otomana, llevaba una pistola oculta en el cinto.

El motivo de los viajes de fray Mirko y fray Petar era que, en Bosnia Central, había estallado una «guerra dentro de la guerra» entre la Armija y el Consejo de Defensa Croata (HVO). La relación entre ambos, hasta entonces aliados contra el Ejército de la República Srpska, se había deteriorado a medida que avanzaba el conflicto: el HVO actuaba cada vez más como brazo armado del irredentismo de Croacia, mientras la Armija iba tomando una orientación bosniaca. La difusión de un plan de paz que pretendía trocear Bosnia en cantones étnicos y la llegada de decenas de miles de refugiados a Bosnia Central fueron el detonante de una nueva guerra fratricida en la que, una vez más, el mayor sufrimiento lo arrostraría la población civil.

La modesta localidad de Ahmići, de mayoría bosniaca, sufrió una masacre cuando el HVO la tomó al asalto en el marco de una operación con nombre en clave «48 horas de humo y cenizas». Nada más escuchar la señal convenida —la llamada matutina al rezo del muecín—, las tropas croatas bombardearon Ahmići,

mientras la infantería recorría las casas del pueblo y asesinaba a sus habitantes a quemarropa. El ataque partió en dos el alminar de la mezquita, cuyas imágenes abrieron los noticiarios de todo el mundo, y dejó un centenar largo de cadáveres, muchos calcinados porque los asaltantes les prendieron fuego.

Con todo, el equilibrio de fuerzas en Bosnia Central se fue decantando a favor de la Armija, que había logrado contener a su adversario e incluso amenazaba con revertir la situación. Ante los crecientes apuros del HVO y las reprimendas internacionales a Croacia, que comenzaba a ser vista como un agresor extranjero en Bosnia, Franjo Tuđman suscribió con Alija Izetbegović los denominados «Acuerdos de Washington», mediante los que los dos bandos aparcaron el enfrentamiento, crearon una federación en el territorio bajo su control y retomaron la alianza contra el Ejército de la República Srpska.

Los rencores entre croatas y bosniacos que asolan Bosnia Central han acompañado a fray Mirko en sus destinos posteriores a la guerra. La primera parroquia que la orden le asignó tras el conflicto fue la depauperada ciudad de Bugojno, que durante décadas había sido el paradigma del proyecto socialista para Bosnia: su población estaba compuesta de un porcentaje casi idéntico de las tres grandes etnias, la industria local era boyante y Tito acudía a sus mansiones de las afueras para cazar osos pardos. Con el aumento de la polarización, católicos, musulmanes y ortodoxos habían organizado rezos colectivos por la paz, pero la mayoría de serbios abandonó Bugojno cuando sus connacionales iniciaron unos bombardeos que se prolongarían durante todo 1992. No obstante, la contienda que arrasó Bugojno fue la que enfrentó al HVO y la Armija, una cruda batalla callejera en la que el ejército bosnio impuso su superioridad de efectivos.

A su llegada, fray Mirko se encontró un panorama desolador, con las fábricas convertidas en un despojo y la población subsistiendo de la agricultura. A la penuria se le sumaban las dificultades para el regreso de los desplazados, una prioridad de los franciscanos en la

posguerra. Su empeño por facilitar la vuelta de la población croata contaba con la oposición de Franjo Tuđman, presidente de Croacia, quien pretendía asentarla en otras regiones de mayor interés estratégico. Además, si bien frente a la comunidad internacional los políticos bosnios entonaban odas a la convivencia, la realidad sobre el terreno era bien distinta: en Bugojno, hasta dos años después de la firma de los Acuerdos de Paz, un grupo de bosniacos siguió minando las casas que los croatas habían abandonado para disuadir a sus antiguos habitantes de volver a ellas.

Otra forma de dificultar el retorno a las comunidades en minoría era impedir que sus hijos asistiesen a la escuela, de forma que se juntaban para recibir instrucción en tiendas, almacenes y otros locales improvisados. Al comprobar que los gobernantes bosniacos ponían trabas a la escolarización de los niños croatas, fray Mirko asumió esa responsabilidad en su parroquia: organizó una escuela donde decenas de alumnos cursaban las asignaturas teóricas en el monasterio y la de educación física, en el patio de la iglesia. Al cabo de dos años y un intento fracasado de enviarles a una ciudad próxima de mayoría croata, los alumnos fueron admitidos en los centros educativos de Bugojno.

Fue entonces cuando surgió el problema del idioma vehicular en las aulas. La lengua que se habla desde el norte de Croacia hasta el sur de Serbia es un continuo dialectal, pero, durante su codificación en el siglo xix, se establecieron dos grandes estándares: el serbio y el croata. La solución de compromiso para unificarla fue mantener ambas variedades y darle el nombre de «serbocroata». Sin embargo, esta lingua franca se deshizo con la fragmentación de Yugoslavia y ha sido sustituida por estándares nacionales —bosnio, croata, montenegrino y serbio—, a los que los sectores patrioteros no consideran variedades, sino lenguas de pleno derecho. Por la negativa de la comunidad croata a que sus hijos fuesen educados en «otro idioma», fray Mirko intervino ante las autoridades para

buscar una solución. Se llegó a un acuerdo de circunstancias en virtud del cual todos los niños estudiarían en la misma escuela, pero con docentes y programas separados hasta que la situación se recondujese.

Fray Mirko creía que, con el tiempo, esta fórmula transitoria iba a dar paso a un currículo común, con la salvedad de las asignaturas «nacionales» como Geografía, Historia, Religión o Lengua. Sin embargo, en lugar de conducir a la integración, este sistema de «dos escuelas bajo un mismo techo» se ha transformado en una cuña que separa a los niños desde la infancia. Los alumnos están segregados de manera física —estudian en plantas distintas e incluso se ha llegado a dividir con una reja el patio por la mitad— y cada grupo refuerza en sus jóvenes la suspicacia respecto a los compañeros de la otra etnia. Aunque el sistema de «dos escuelas bajo un mismo techo» es discriminatorio y perjudicial para el futuro de Bosnia, los intentos de reemplazarlo por otro más inclusivo chocan con la obstrucción de los partidos nacionalistas.

Tras comprobar que la separación entre alumnos era tan radical que ni siquiera se juntaban para jugar al fútbol, fray Mirko habló con el imán de Bugojno y acordaron predicar con el ejemplo. En vísperas de la Navidad católica, se organizó un partido que enfrentaba a un equipo de clérigos —franciscanos, imanes y popes ortodoxos, capitaneados por fray Mirko— contra una formación de políticos locales pertenecientes a las tres grandes etnias. Jaleados por un pabellón abarrotado y eufórico, los religiosos hicieron valer su mayor entendimiento y se impusieron a los políticos por un rotundo cinco a dos.

Terminada su misión en Bugojno, de acuerdo con la norma de la itinerancia fray Mirko fue nombrado guardián del monasterio de Fojnica, el escenario de la peor tragedia sufrida por los franciscanos durante la guerra. Cuando la Armija tomó la ciudad en noviembre de 1993, un soldado irrumpió en el convento local empuñando una metralleta y asesinó a sangre fría al vicario y al guardián, que le habían salido al paso. El presidente bosnio, Alija Izetbegović,

condenó rotundamente el crimen ante los medios: «Quien dispara contra un franciscano dispara contra Bosnia». Sin embargo, como tantas otras veces, la elocuencia de Izetbegović quedó desmentida por sus actos y, después de que el asesino fuese condenado a quince años de cárcel, el Gobierno le redujo cuatro veces la pena hasta dejarle en libertad.

Además de preservar la memoria de sus compañeros caídos, fray Mirko ordenó el patrimonio histórico del monasterio de Fojnica, que decaía en un edificio ruinoso e infestado de ratones. A través de una conferencia de donantes, recaudó los fondos para construir un museo que exhibe los grandes tesoros de la orden franciscana. La pieza estrella es una copia de la legendaria Ahdnama que el sultán Mehmed II entregó a fray Anđeo Zvizdović, cuyas reliquias descansan en un altar lateral de la iglesia. Junto a la Ahdnama se conserva la fastuosa túnica que el sultán regaló a fray Anđeo: una tela de color celeste, ajada por el paso de los siglos, en la que relucen hileras de círculos blancos y vistosos motivos florales.

El tercer y último destino de fray Mirko hasta la fecha es la deprimida población de Vareš, una localidad minera enclavada en un valle remoto. A lo largo de dos milenios, los fragüeros de Vareš habían forjado espadas, lanzas y sables empuñados primero por los legionarios romanos y luego por los jenízaros, hasta que el Imperio austrohúngaro sentó las bases de la minería. Gracias a la industrialización promovida por el socialismo, Vareš se convirtió en un centro siderúrgico cuyas minas, talleres y fundición atraían a proletarios de todas las etnias. Aunque, en las primeras elecciones democráticas, los habitantes de Vareš se mantuvieron fieles al Partido Socialista, su compromiso obrero no les salvó de la violencia: la ciudad fue abandonada sucesivamente por las tres comunidades que la habitaban entre masacres perpetradas en los alrededores por la Armija y el HVO.

La Vareš fantasmal de hoy simboliza la decadencia de la industria bosnia. Tras una turbia privatización de las empresas siderúrgicas, cuya maquinaria terminó vendida al peso como chatarra, donde

antes bramaban los altos hornos ahora reina el silencio y la vía por la que circulaban los trenes de carga está en desuso y cubierta de hierbajos. La acumulación de las aguas subterráneas ha convertido el enorme pozo del que se extraía el mineral en un lago en cuyo fondo yacen, carcomidas por la herrumbre, las excavadoras que antaño revolvían el subsuelo. Tres cuartos de la población de Vareš son pensionistas que matan el tiempo en bares destartalados, mientras los jóvenes aprovechan la menor ocasión para marcharse en busca de un futuro.

En este entorno mortecino, fray Mirko se esmera por insuflar una bocanada de aliento. Puesto que Vareš terminó la guerra bajo control de la Armija, la población croata ha quedado reducida a un tercio de su número original y esta parroquia menguada es la que fray Mirko pastorea. Además de oficiar misas, visitar a domicilio a los ancianos y catequizar a los niños, echa una mano a sus vecinos en las labores del campo: arrima el hombro en la siega, levanta cercados y muros e incluso ha construido en solitario una ermita con un campanario de once metros. Para amenizar las festividades, creó un conjunto de música popular con el que actúa en el altar mayor de la iglesia, guitarra en mano y con el uniforme de hábito y cordel.

Con todo, su principal campo de acción son los pueblos de la zona de Pogar, un altiplano baldío a más de 1 500 metros que el invierno azota sin clemencia. Por las condiciones extremas del lugar, a fray Mirko se le ocurrió la idea de plantar aronia, un arbusto siberiano resistente a las ventiscas con cuya baya se elaboran mermeladas y zumos. Aunque, en el primer año, la aronia parecía echar buenas raíces, una helada intempestiva en pleno verano acabó con la plantación. De cara al segundo intento, fray Mirko ha comprado unas redes para proteger la aronia tanto de las heladas inoportunas como de la voracidad de los pájaros.

Corpulento, de pelo hirsuto y barriga oronda, fray Mirko se sienta con gesto hosco ante su interlocutor y desgrana con aplomo sus ideas heterodoxas: «Si en Bosnia creemos que Dios existe, eso significa que solo puede haber uno, no dos ni tres. Y, si todos vamos

hacia ese Dios, hacia ese centro, nos acercaremos los unos a los otros: católicos, ortodoxos y musulmanes. La cuestión es si estamos viviendo nuestra fe de verdad o solo la fingimos». Aunque la religiosidad ha quedado mancillada por el abuso identitario, fray Mirko la describe con una metáfora campesina, como el horcón con que el labriego apuntala el pajar para que los vendavales no arrollen el heno. Por eso se mantiene fiel al compromiso franciscano de ayudar desde lo concreto, definido por su amigo, el escritor Ivan Lovrenović, como «una teología aplicada de Bosnia».

Cuando a los franciscanos les llega la hora de retirarse, según el lugar donde nacieron tienen asignado un monasterio donde pasarán los últimos años de vida y en cuyo camposanto se les dará sepultura. Para fray Mirko, ese destino será el monasterio de Fojnica, una edificación maciza de tonos pastel que parece flotar sobre la localidad como un barco fantasmagórico varado en una ladera. A sus pies, Fojnica se despliega en una sucesión de casas mortecinas atravesada por una carretera que no lleva a ninguna parte. Salvo por el humo de las chimeneas y el olor a leña de los hogares, la ciudad languidece en un hondo torpor de provincia.

Sobre un montículo cercano al monasterio se arraciman las tumbas del cementerio católico. Más allá de la cancela con la admonición «Acuérdate de la muerte», el sendero asciende entre losas hasta llegar a una capilla. Frente a la cual se extienden en hilera las lápidas de los franciscanos. Los monjes sostienen que, por lo elevado del lugar, desde el cementerio el camino será más corto para subir al cielo.

Algún día, cuando su fuerza se agote, fray Mirko terminará sepultado allí: una nueva tumba en la hilera, otro eslabón de una cadena que se viene engarzando desde hace más de siete siglos. Mientras no llega la hora del descanso eterno, porfía incansable en su cometido, fiel a la tradición de los franciscanos de Bosnia. Como la aronia que crece desafiando las ventiscas en los inhóspitos prados de Pogar, de la raíz clavada en lo más hondo de la tierra saca la fuerza para persistir.

Los vivos

[…] esos degenerados profanaron mi Drina,

lo profanaron de la forma más impía.

Isak Samokovlija

Cuando llega el 11 de julio, aniversario del genocidio de Srebrenica, una multitud acude al memorial de Potočari para dar sepultura a los muertos identificados durante el año anterior. La masacre perpetrada por el Ejército de la República Srpska contra la población del antiguo enclave —sobre el papel, protegido por las Naciones Unidas— fue el mayor crimen cometido en la guerra de Bosnia, por lo que, durante la semana anterior al funeral, se dispara la crispación mediática. El día de la ceremonia, los fotoperiodistas se abalanzan cámara en mano sobre las madres de Srebrenica: su estampa de cabeza cubierta con el hiyab y rostro desencajado mientras entierran a padres, hermanos, maridos e hijos es una imagen turbadora, ideal para rellenar portadas.

Sin embargo, nada más terminar el funeral, la atención de los medios se disipa y Potočari queda cubierta de un vasto silencio. Las tumbas de mármol, cuya sucesión se extiende hasta donde alcanza la vista, permanecen solitarias mientras transcurren las estaciones: con la llegada del otoño quedan envueltas en brumas y las primeras nevadas del invierno las tocan de una aureola blanca. Durante estos meses lánguidos escasean los visitantes al cementerio, apenas familiares de las víctimas y representantes de organizaciones internacionales. Solo hay una persona que acude sin falta, día tras día, para abrir la persiana de su humilde quiosco, donde vende

flores, libros y recuerdos de Srebrenica. Se llama Fazila y, pese a que la tragedia partió su vida por la mitad, sigue adelante con su existencia sin alejarse jamás de sus muertos.

En contraste con su estigma como escenario de una hecatombe, los orígenes de Srebrenica fueron halagüeños y prósperos, porque, durante la Edad Media, en sus inmediaciones se extraía la mejor plata de Europa. La plata convirtió a Srebrenica en la primera ciudad del reino medieval bosnio, pero su declive empezó tras la conquista otomana: el sultán Mehmed II prohibió la exportación del metal y el tesoro envileció la moneda en la que se usaba. El hundimiento definitivo llegó a principios del siglo

xvii

, con la llegada a Europa de enormes remesas de minerales procedentes del Nuevo Mundo, porque Srebrenica era incapaz de competir en abundancia con los filones americanos. Los rutilantes inicios de la ciudad quedan atestiguados por su propio nombre, cuya raíz, srebro, significa «plata».

Con todo, si algo ha marcado tanto la historia de Srebrenica, como la del resto del valle que atraviesa el río Drina, es su condición de frontera. Cuando el Imperio romano se partió en dos, el curso del Drina quedó como linde entre Roma y Bizancio. Durante la Edad Media, los cerros de plata generaron encarnizadas disputas: en la primera mitad del siglo

xv

, Srebrenica perteneció cuatro veces al reino de Bosnia, cinco al despotado de Serbia y tres al Imperio otomano, que terminó por hacerse con el territorio. Tras cuatro siglos bajo dominio turco, el valle del Drina fue uno de los focos del Primer Levantamiento Serbio contra los otomanos y, desde entonces, el nacionalismo serbio se marcó el objetivo de abolir el río como frontera entre connacionales. El proyecto de juntar a todos los serbios en un mismo Estado con el

Drina como columna vertebral no se materializó hasta 1918, con la formación de lo que más adelante se llamaría «Yugoslavia».

El Drina volvió a ser frontera durante la Segunda Guerra Mundial, esta vez entre Serbia y el Estado Independiente de Croacia. Su territorio se mantuvo en liza durante todo el conflicto bélico, con ustachas y chetniks arrasando aldeas y pasando a cuchillo a sus habitantes. Al cabo de numerosos cambios de manos con las consiguientes masacres, los partisanos liberaron la comarca de los verdugos de la población civil. Sin embargo, para muchos pobladores de la zona cuyas comunidades habían sido diezmadas, las aguas del Drina se convirtieron en una inmensa tumba azul bajo la que yacían decenas de seres queridos.

Como en numerosas familias musulmanas del lugar, varios miembros de la de Fazila perecieron en la guerra, entre ellos su abuelo, degollado por los chetniks en los montes sobre Srebrenica. Aunque, para facilitar la reconciliación, las matanzas de los extremistas serbios se habían borrado de la memoria oficial, el recuerdo del exterminio permeó la cultura popular durante décadas. Cuando fue madre, Fazila arrullaba a su hija Nirha con una nana que empezaba diciendo: «Se llevaron a Suljo / Se lo llevaron al Drina». La cantilena se interrumpía en este punto, porque no hacía falta aclarar ni quiénes eran los captores de Suljo ni cuál había sido su final.

En la niñez de Fazila, la tasa de analfabetismo en Srebrenica rondaba el 80 % y era aún más exorbitante entre las musulmanas. Muchas familias les prohibían asistir a la escuela por considerar que allí solo iban las jóvenes de moral dudosa e, incluso cuando la autoridad les obligaba bajo amenaza de multa, les ordenaban que permaneciesen sentadas en los pupitres del fondo, tejiendo patucos de lana. La madre de Fazila no había ido a la escuela pero, además de leer y escribir, recitaba de memoria numerosos textos islámicos y, durante sus frecuentes enfermedades, Fazila la distraía leyéndole el Corán. Su padre había sido criado en un orfanato por la muerte del abuelo en la guerra, así que tenía convicciones progresistas y se

esforzó porque Fazila recibiese cierto grado de escolarización. No obstante, por ser la hija mayor tuvo que abandonar los estudios para cuidar de sus hermanos y contribuir a los ingresos familiares trabajando de costurera.

En su adolescencia, tras remendar las prendas de la jornada, Fazila salía del taller de costura para unirse al gentío que deambulaba por la calle mayor. La entrañable costumbre denominada korzo era la principal fuente de socialización de la época: consistía en recorrer una y otra vez la arteria principal de la ciudad mientras se saludaba a los transeúntes. Como se trataba de ver y dejarse ver, los participantes en el korzo guardaban la ropa sucia del campo o el mono de obrero para adornarse con sus mejores galas. Había que ir bien arreglado a la calle mayor, porque quien no estaba allí era como si no existiese.

Para los jóvenes como Fazila, el korzo era el escenario de sus primeros flirteos. Las amigas iban en grupos cogidas de la mano, mientras los chicos las contemplaban desde las aceras mordisqueando pipas de girasol. Las reglas del juego eran simples pero estrictas: cuando Fazila pasaba junto a algún chico interesado en ella, el cortejador le soltaba una coquetería o un piropo. Si el pretendiente era de su agrado, Fazila se daba la vuelta y le sonreía como indicación de que podía acercarse a hablar; en caso contrario, seguía andando sin volver la cabeza. Cuando las conversaciones fructificaban, la recién formada pareja buscaba un rincón en penumbra, porque, como recuerda Fazila con sonrisa picarona: «Donde está oscuro nadie sabe muy bien qué sucede».

Sin embargo, no fue en el korzo donde Fazila encontró el amor. Tras abandonar sus labores de costurera fue contratada como dependienta en un pequeño comercio. En su primer día, al poco de abrir la persiana, apareció un joven llamado Hamed que le pidió colonia y crema de afeitar. Por una mezcla de inexperiencia y turbación, Fazila no encontraba con qué anotar la venta, así que Hamed le ofreció un lápiz amarillo y, sonriendo, le dijo: «Puedes quedártelo». Al cabo de un cortejo pudoroso, se celebró un

encuentro entre Hamed y los padres de Fazila para que diesen su veredicto sobre el aspirante a yerno. Su madre se resistía a aprobar el matrimonio, pero Fazila se negó a ceder y dejó claro que se saldría con la suya: «Mamá, puedes decir lo que quieras, pero me voy a casar con este hombre».

La boda entre Fazila y Hamed coincidió con la eclosión de Srebrenica. Aunque las vetas de plata que habían hecho la fortuna de la ciudad estaban casi agotadas, quedaban reservas de plomo y cinc, además de bosques alrededor para explotar la silvicultura. A partir de los años setenta surgió una industria dedicada a procesar todas estas materias primas. Como Srebrenica estaba encajonada en un valle, se aprovechó el terreno llano de la cercana Potočari para construir un polígono industrial con diversas plantas: una de cincado, otra de piezas de hormigón, una tercera de frenos para vehículos… La joya de la corona era la fábrica de baterías, el mayor edificio jamás construido en la comarca. Allí el plomo de las minas se transformaba utilizando maquinaria de la URSS en baterías destinadas a centrales nucleares, misiles y submarinos de la armada soviética.

Fazila y Hamed aprovecharon el desarrollo de Srebrenica gracias a su talante emprendedor. Hamed era técnico y representante de la mayor constructora de la ciudad, con sede en la plaza del centro, mientras que Fazila se puso al frente de una empresa de materiales de obra. Era un trabajo insólito para una mujer en la época, así que, cuando iba a abastecerse al por mayor, los proveedores se quedaban atónitos frente a aquella joven rechoncha de pelo oscuro que, además de entender sobre cementos y hormigones, era implacable en el regateo. Sin embargo, su mentalidad avanzada no eximía a Fazila de las servidumbres del orden patriarcal: aparte de negociar con los suministradores, se hacía cargo de las tareas del hogar y criaba a sus dos hijos, Nirha y Fejzo. El matrimonio gozaba de una existencia acomodada, con ingresos que les permitían vestir ropa elegante y viajar. De hecho, en 1992 se habían planteado ir de vacaciones a España, sin ser conscientes de la fatalidad que se abatía sobre ellos.

Con el resquebrajamiento del sistema de partido único, Hamed se convirtió en uno de los cabecillas locales de la formación probosniaca SDA. De las corrientes del SDA en Srebrenica, lideraba la más nacionalista y rural junto a dos vecinos de Potočari: el ingeniero Ibran Mustafić y el maestro de geografía Hamed Salihović, más conocido como «Sado». Los tres recorrían los pueblos para captar militantes entre los campesinos mediante asambleas secretas en casas y sembrados o aprovechando las inauguraciones de mezquitas. Tras vencer en las primeras elecciones democráticas por su popularidad entre los labriegos, Hamed, Mustafić y Sado barrieron al ala urbana del SDA, más liberal y conciliadora con el nacionalismo serbio.

Cuando los serbios del valle del Drina comenzaron a ostentar sus armas, los bosniacos decidieron pertrecharse, tarea cuyo monopolio se reservaron Hamed y Mustafić. En sus expediciones en busca de armamento les acompañaba Naser Orić, policía natural de Potočari y antiguo guardaespaldas de Slobodan Milošević que, previendo la inminencia de un conflicto, buscaba que le transfiriesen a su pueblo natal. Mientras las autoridades bosnias resolvían sobre su solicitud, Orić ejercía como chófer y escolta de Mustafić, con quien tenía parentesco.

Fazila estaba cada vez más alarmada. Hamed iba repartiendo los ahorros familiares entre sus correligionarios porque, según le aseguraba, era su «destino en la vida», mientras ella se quedaba en casa cuidando de los hijos. Además, por el creciente radicalismo serbio, los bosniacos de Srebrenica se impacientaban con el suministro de armas e incluso empezaron a circular rumores de que Hamed y Mustafić aprovechaban para lucrarse. Cuando estalló la guerra en Sarajevo, Mustafić quedó atrapado sin posibilidad de volver a Srebrenica y Hamed tuvo que afrontar en solitario la ira de sus vecinos: llegaron a sacarle a empujones de un debate público entre abucheos y gritos de «¡Traficante!» y «¡Ladrón!».

Antes del inicio de las hostilidades, Srebrenica se fue vaciando de sus antiguos pobladores y las tropas proserbias tomaron la ciudad

sin encontrar apenas resistencia. Con todo, ni el ejército ni los paramilitares se vieron con arrestos de seguir hacia Potočari, feudo bosniaco en el que un grupo de voluntarios comandado por Naser Orić acechaba oculto en las fábricas. Pese a su inferioridad tanto en efectivos como en armamento, este embrión de milicia bosniaca cosechó sus primeros triunfos aplicando tácticas de guerrilla. Tras la muerte en una emboscada de su comandante, Goran Zekić, las tropas serbias acantonadas en Srebrenica decidieron retirarse.

En su lugar afluyeron a la ciudad refugiados bosniacos procedentes de todo el valle del Drina que huían de la limpieza étnica puesta en marcha por el irredentismo serbio: una vez más, el objetivo era que el río dejase de ser frontera entre connacionales. Tras una odisea por los montes, entre trincheras y campos minados, su búsqueda de un lugar seguro les llevaba a Srebrenica. A Fazila se le encogía el corazón viéndoles llegar, exhaustos y con sus bártulos a cuestas, para instalarse en las viviendas que habían quedado deshabitadas. El valle angosto donde se encuentra Srebrenica, con un censo de 6000 pobladores antes de la guerra, quedó abarrotado por decenas de miles de personas.

Por no haber tenido que dejar su casa, Fazila estaba en mejor situación que estos desplazados, pero las ausencias de Hamed, absorbido por la política, la dejaban como responsable de alimentar a Nirha y Fejzo. La salvaron las cerillas, en concreto un pedido de 10 000 unidades que había recibido justo antes de la guerra para un negocio y que fue canjeando por harina, aceite u otros productos esenciales. Más allá de los apuros para subsistir, la fama de Potočari como baluarte musulmán convertía la localidad en objetivo predilecto de la artillería serbia. Como precaución, Fazila y Hamed dormían en habitaciones separadas, porque si estallaba una bomba en la casa había mayores posibilidades de que uno de los dos sobreviviese.

La familia entera se había quedado en Potočari por decisión de Hamed, que no quería dar más pábulo a las críticas contra él. Desprestigiado por el fiasco en el suministro de armas, se batía

como soldado raso, habitual de los frentes más contendidos y las ofensivas para ensanchar el enclave. En los inicios de la guerra, Naser Orić aprovechó la popularidad que le dieron sus hazañas bélicas para decretar la ley marcial y asumir el control de Srebrenica, hasta concentrar tal grado de poder que todos le llamaban «el Jefe». Por la escasez de víveres con que alimentar a la población, planificó una serie de asaltos contra las poblaciones serbias de la comarca. Detrás de los hombres de Orić aguardaba una multitud famélica que señalaba el preludio de la incursión aporreando sus cacerolas. Una vez saqueados graneros y despensas, volvían a Srebrenica cargados de provisiones, dejando atrás un paisaje tétrico de cuerpos mutilados y casas en llamas.

En una de sus acciones, los milicianos de Orić dispararon contra la orilla serbia del Drina, pretexto que el ejército yugoslavo aprovechó para lanzar un contrataque. Cuando el adversario se encontraba a las puertas de Srebrenica y Orić había comunicado su disposición de rendirse, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una resolución según la que pasaba a tutelar el enclave como «zona segura». Aunque se trataba de un concepto nebuloso, para Fazila y el resto de habitantes esta declaración resultó providencial, porque se habían librado de caer en manos enemigas y les amparaba la organización más poderosa del mundo. La ONU destacó un batallón de Cascos Azules cuya base se estableció en la fábrica de baterías de Potočari.

Tras un año de desarme superficial y cierta estabilización del frente, se reanudaron las actividades de los partidos políticos, momento en que se entabló un pulso entre Naser Orić y los antiguos líderes del SDA: Hamed, Ibran Mustafić y Sado, apodados «el Trío de Potočari». La degradación de las condiciones de vida en el enclave y los tejemanejes con la ayuda humanitaria alimentaban la oposición al Jefe, que se mostró dispuesto a acabar con ella sin contemplaciones. Fazila acudió varias veces a la comisaría de Srebrenica porque Hamed había sido detenido, mientras en las asambleas oficiales la atmósfera era cada vez más crispada.

En abril de 1995, Naser Orić abandonó temporalmente Srebrenica, según la versión comunicada para encontrarse con sus superiores y recibir instrucción militar. Poco después, en una noche lluviosa, el Trío de Potočari volvía de una reunión con sus partidarios cuando oyeron un ruido de pisadas. Hamed se dio cuenta de que les seguían y se refugió en el margen de la carretera, pero Mustafić y Sado, que no alcanzaron a reaccionar, fueron acribillados. Mustafić sobrevivió de forma milagrosa, a diferencia de Sado, cuyo cadáver encontró un vecino. Cuando Hamed llegó a casa, Fazila se estremeció al verle entrar, con el paraguas todavía húmedo y agujereado de balazos. El atentado había conseguido desactivar al Trío de Potočari, pero pronto tanto las autoridades como su oposición iban a quedar sobrepasados por la caída del enclave.

En junio de 1995, los milicianos de Srebrenica pusieron en marcha varias operaciones que Ratko Mladić, general de las tropas serbobosnias, usó como justificación para atacar la «zona segura». Ante la pasividad del Gobierno bosnio y la comunidad internacional, el avance serbio arrolló tanto los puestos de observación de los Cascos Azules como las líneas de defensa de la Armija, situadas justo detrás. Los defensores de Srebrenica se resentían de la ausencia de su caudillo, Naser Orić, y las tropas serbias se descolgaban por los montes hacia la ciudad lanzando aullidos de lobo. Entre un fragor de explosiones, la población se desbandó hacia la base de los Cascos Azules en Potočari buscando el amparo de la ONU. Mientras, en las calles de una Srebrenica desierta, Ratko Mladić proclamaba ante una cámara de televisión que había llegado la hora de vengarse de los «turcos».

La saña de los bombardeos había alarmado tanto a Fazila que le preguntó ansiosa a Hamed qué iba a suceder, a lo que su esposo respondió: «O nos liberamos o nos matarán a todos». Ahora, con el enclave transformado en un pandemonio, sus habitantes debían tomar a ciegas decisiones en las que se jugaban la vida. Cuando acudió a la base de la ONU con el resto de mujeres y niños, Fazila se percató de que en el complejo también se refugiaban varones y volvió sobre sus pasos para convencer a su hijo, Fejzo. Suplicó en

vano, porque Fejzo le dijo que su deber como hombre era quedarse con su padre. Ante los sollozos de Fazila, al despedirse le rogó: «Mamá, si me ocurre algo malo no tienes que llorar, porque si lloras sufriré más en el otro mundo».

Acompañada de su hija Nirha, Fazila se cobijó en una nave industrial del polígono, donde pasó dos días sentada en el suelo de hormigón. Envuelta en una toalla porque el miedo le daba escalofríos, contemplaba escenas pavorosas en torno suyo: a pocos metros de donde una mujer daba a luz, otra se ahorcaba y la multitud apretujada sufría ataques de histeria. De buena mañana, asomó un general al que Fazila desconocía y, tras repartir caramelos entre los niños, aseguró a los presentes que los evacuaría sin excepción. Rebosaba altivez, tanta que hablaba en tercera persona: «No hace falta que recéis a Alá, porque ahora solo os puede proteger Ratko Mladić».

De camino hacia los vehículos preparados para el transporte, Fazila quedó estupefacta al ver que separaban a los varones mayores de quince años en busca de supuestos criminales de guerra. Durante el traslado hacia territorio seguro en la batea de un camión, tuvo que esquivar las piedras que les arrojaban los serbios locales al grito de «¡Zorras musulmanas!» y la sangre se le heló al contemplar las estampas que se producían junto a la carretera. En los sembrados, grupos de cautivos esperaban de rodillas, encañonados por los milicianos serbios, mientras otros eran conducidos al interior de naves y almacenes.

Consumada la ruina de Srebrenica, los hombres del enclave no se hacían ilusiones sobre su destino, por la costumbre que tenían las tropas serbias de liquidar a los varones en edad de combatir y la mala sangre generada por las razias de Naser Orić. La misma noche en que cayó la ciudad, una columna formada por entre 10 000 y 15 000 varones huyó rumbo al territorio controlado por la Armija. En su travesía por un terreno montañoso, la columna se fragmentó en grupúsculos menguantes, cada vez más vulnerables a los cañoneos y emboscadas del enemigo. Los fugitivos que cayeron

en manos serbias, al igual que los hombres separados en Potočari, murieron en una campaña de ejecuciones por todo el curso medio del Drina. Estos crímenes, calificados de genocidio por el Tribunal de La Haya, dejaron una cifra oficial de 8372 muertos.

Tras separarse de Fazila en Potočari, se pierden las noticias de Hamed y Fejzo, salvo dos testimonios de veracidad difícil de comprobar. Según declaró un testigo protegido ante el Tribunal de La Haya, Hamed fue transportado a un almacén de pienso donde se hacinaban centenares de bosniacos. Durante una noche de ajuste de cuentas, los guardias mandaron salir a decenas de prisioneros entre los que se encontraba Hamed, a quien, por ser una figura prominente del enclave, llamaron en solitario por su nombre. El testigo asegura que, nada más salir Hamed al exterior, se oyó un ruido de disparos y una voz que ordenaba: «¡Lleváoslo! ¡Está muerto! ¡Listo! ¡Lleváoslo de aquí!».

En su autobiografía, Ibran Mustafić sostiene que Hamed y Fejzo habían estado a punto de unirse a la columna de fugitivos, para luego cambiar de idea y refugiarse en las naves de Potočari. Según relata Mustafić, Hamed habría encontrado la forma de embarcar a su hijo en uno de los autobuses que debían abandonar Srebrenica, pero, cuando Fejzo fue a despedirse de la chica con la que estaba saliendo, su rastro se desvaneció en la multitud.

Fazila inició un periplo de ocho años como refugiada por Croacia, Alemania y Sarajevo, durante el cual vivió de las ayudas internacionales y de lo que ganaba como mujer de la limpieza. También se puso a estudiar alemán, no solo para interactuar en el día a día, sino también para contarle su historia a la gente que se encontraba. Con todo, sentía que su lugar en el mundo era Potočari y, aunque solo habían vuelto un par de intrépidos, en 2003 decidió regresar. En su antigua morada encontró a dos familias serbias que se habían repartido sendas plantas del edificio. Los habitantes de la planta baja, desplazados de Sarajevo, aceptaron marcharse enseguida, al contrario que el ocupante del piso superior, un campesino serbio de la zona que había aprovechado el genocidio

para usurpar una vivienda. Fazila solo consiguió expulsar al intruso al cabo de un enmarañado proceso judicial.

Fazila había recuperado su domicilio, pero vivía sola sin electricidad, agua ni calefacción. Pasaba las noches a la luz de una vela pensando en qué habría sido de Hamed y Fejzo, además de plantearse su futuro como retornada. Como ahora sus vecinos eran serbios, aprovechó el fin de Ramadán para suavizar tiranteces repartiendo caramelos entre los niños del barrio. A las preguntas insidiosas sobre si tenía miedo de dormir sola por las noches, respondía desafiante: «¿Y quién os ha dicho que duermo sola?». Con la ayuda de una ONG, reparó los daños causados por los bombardeos en la casa mientras esperaba averiguar el paradero de su marido y su hijo.

En agosto de 1995, un mes después de la caída de Srebrenica, los Estados Unidos difundieron imágenes aéreas de fosas comunes en la zona y las autoridades de la República Srpska volvieron a esconder los cadáveres. A consecuencia de esta maniobra, los esqueletos de los muertos se fraccionaron y quedaron repartidos en fosas ocultas por todo el valle del Drina: se han llegado a encontrar huesos de la misma persona hasta en cuatro lugares distintos. Con el apoyo de la comunidad internacional, en Bosnia se desarrolló un sistema puntero mediante el que, cada vez que se localiza una fosa, los despojos se envían a una morgue donde se recomponen las osamentas y se toman muestras para su identificación mediante ADN. En 2002, a Fazila le comunicaron que se habían identificado huesos de Hamed en dos fosas distintas y solo al cabo de un tiempo, cuando ya les había dado sepultura, recibió la noticia de que habían encontrado su cráneo.

Cada vez que las autoridades encontraban una nueva fosa, Fazila acudía con otras madres de Srebrenica a contemplar la exhumación, con la esperanza de recuperar lo que quedase de Fejzo. Mientras aguardaba junto a una fosa en el valle de Kamenica, tuvo la corazonada de que su hijo estaba allí e incumplió la promesa que le hizo al despedirse de él rompiendo a llorar como nunca. Su

pálpito se confirmó en 2008, cuando el cotejo de las muestras de ADN reveló que dos de los huesos identificados pertenecían a Fejzo. Decidió esperar por si se encontraban más restos pero, tras un lustro sin noticias, se resignó a enterrar los dos huesos de su hijo en una tumba del memorial junto a la de Hamed.

Pese al horror de perder a veintidós familiares en el genocidio, Fazila tomó la decisión de no convertirse en víctima y, para conseguirlo, el primer paso consistía en volver a trabajar. Recuperando su viejo espíritu emprendedor, se le ocurrió levantar un invernadero en el jardín de su casa, donde cultivaría flores para venderlas a los visitantes del memorial construido en Potočari. Con la ayuda de varios familiares y una ONG, la idea evolucionó hacia la apertura de un quiosco junto al complejo fúnebre. Fazila bautizó el negocio con la palabra ahya, que en lengua árabe significa «vivos» y remite al versículo del Corán esculpido en las lápidas de los musulmanes bosnios: «Y no digáis de los que han caído luchando por la causa de Dios: "Están muertos". Al contrario, están vivos, pero no os dais cuenta».

Desde buena mañana, Fazila atiende en su quiosco a los visitantes que se acercan para curiosear los libros y souvenirs. Además de las flores naturales con las que empezó el negocio, ofrece a sus clientes las llamadas «flores de Srebrenica», finas piezas de encaje con pétalos blancos y cabezuela verde que ella misma borda en sus ratos libres. Hacia media tarde, cuando presiente que no habrá más visitas, cierra la persiana del quiosco murmurando una plegaria y, tras despedirse de las tumbas con el tradicional «id con Dios», echa a andar hacia su domicilio.

Superado el letargo invernal, Potočari recibe un flujo creciente de visitas a medida que se acerca el 11 de julio. El día de la conmemoración, el valle se llena de coches, furgonetas y autobuses que traen a bosniacos venidos de todo el país. Bajo una luz cegadora y el mismo calor sofocante de hace veinticinco años, la multitud se apretuja en las escasas sombras, haciendo caso omiso a los discursos vacuos de los mandamases internacionales: «En

Srebrenica hubo un genocidio, trabajaremos para que no se repita». Junto a los hoyos que ellos mismos han cavado, los familiares de las víctimas esperan a pleno sol que empiece la ceremonia fúnebre. Orientados hacia la alquibla, los asistentes rezan a Dios en un silencio apenas roto por las melopeas del imán y el zumbido de un helicóptero de policía. Luego abandonan el memorial mientras los ataúdes, cubiertos de un lienzo verde, parecen flotar sobre hileras de manos que los llevan en volandas a la fosa.

En la víspera, cuando Fazila ve llegar el camión con los restos identificados durante el año, siente como si una llamarada le abrasase las sienes. Durante un par de días, el quiosco se inunda de clientes que revuelven los artículos y exigen que se les atienda de inmediato. Desde la caída de Srebrenica, a consecuencia del shock, arrastra una diabetes que hace que le duelan las piernas, pero, sentada en la caja, se las arregla para controlar la situación: vigila que ningún astuto le robe, aclara las dudas y, fiel a su pragmatismo mercantil, cobra en marcos bosnios, dinares serbios y euros. Hace años que no asiste al funeral, sino que deja el quiosco a cargo de alguien de confianza y se marcha a casa a cocinar para su familia. Al caer la tarde, observa cómo Potočari queda vacía en un par de horas, como si las palabras ampulosas y la multitud doliente no hubiesen sido más que un espejismo.

Fazila se ha convertido en una presencia inevitable en Potočari, casi tan parte del paisaje como las colinas o las estelas del memorial. La carretera que conduce a Srebrenica atraviesa el llano, flanqueada a un lado por el complejo fúnebre y, al otro, por la escalofriante ruina de la antigua base de la ONU. Su aplomo y placidez en este lugar desangelado infunden una paz sorprendente en quien la visita. Una de las principales virtudes a las que aspiran los musulmanes es el sabur o «entereza», la capacidad para afrontar los reveses conservando la serenidad y la fe en la recompensa de Dios. El propio Mahoma, en uno de sus dichos, incluye el sabur como uno de los tres pilares de la conducta del creyente: «La plegaria es la iluminación, la limosna el testimonio de tu bien y la entereza la claridad diurna».

Cuando, enfrascada en la conversación, Fazila sonríe bajo el pañuelo con el que se cubre, su cara rolliza se enciende y el candor de sus ojos rasgados, de una viveza infantil, es como un soplo de calidez en la desolación circundante. Si la temperatura acompaña y no se acerca nadie al quiosco «Los vivos», saca un taburete al aire libre y se sienta con un par de agujas y un ovillo de lana. Frente a millares de tumbas que conmemoran la peor masacre de la historia reciente de Europa, Fazila pasa la tarde tejiendo claveles rojos.

Secretos quiero descubrir

Kaminando por las flores

Kaminando i dando loores,

Eskontri kon mis amores.

Ay, rogo al Dio ke me bivash

Canción popular sefardí

Una de las constantes en la historia del pueblo judío es la tensión entre exilio y arraigo. Tras sendas cautividades en Nínive y Babilonia, su revuelta contra el Imperio romano en Judea selló su dispersión por el orbe, después de que el Segundo Templo fuese destruido y se les prohibiese vivir en Jerusalén. No obstante, la condición del judío como paradigma de la alteridad, turbador por su resistencia a asimilarse, se viene manifestando desde la Edad Media en persecuciones y brotes de antisemitismo. Durante un milenio, los judíos han sido acusados de deicidas por crucificar a Jesús, de sacrificar a niños cristianos en sus rituales, de profanar la hostia consagrada, de causar epidemias de peste negra envenenando los pozos y de estar conchabados para dominar el mundo. La histeria antisemita se ha materializado en conversiones forzosas, la usurpación de sus bienes, expulsiones de sus tierras y tormentos de toda clase.

Frente a tanto odio, no es extraño que entre los judíos de la diáspora surgiese una aguda nostalgia por la patria perdida, sintetizada en la frase con la que concluye la cena de Pascua: «El año que viene, en Jerusalén». Aunque la vuelta resulta más factible tras la creación de Israel, son muchos los judíos que no han abandonado su país de origen, conscientes de que, al cabo de dos milenios, sus raíces se encuentran en el lugar donde están. Esta historia de enraizamiento que se trenza con la de la alienación tiene su capítulo también en Sarajevo y un ejemplo inequívoco en la figura del sefardí David Kamhi.

En los mismos días de 1492 en los que Colón zarpaba hacia las Indias, por los puertos de España los últimos judíos se hacían a la mar con destino incierto. En cumplimiento de los Decretos de la Alhambra, que ordenaban su expulsión inmediata de los reinos de Aragón y Castilla, el pueblo judío emprendía una nueva diáspora, esta vez de la península ibérica o Sefarad, donde había vivido una de sus épocas más florecientes. Siguiendo las recomendaciones de Isaak Zarfati, gran rabino de la ciudad otomana de Edirne, parte de este nuevo éxodo se encaminó hacia los dominios del sultán, por hallarse en la ruta hacia Tierra Santa, y porque, según Zarfati, allí todos los hombres moraban «en paz bajo su propia higuera y vid».

Aunque quizás el rabino exageraba en sus loas, lo cierto es que el sultán Bayezid II fue hospitalario con los sefardíes: envió a la armada imperial a recoger las naves en las que viajaban y les dio plena libertad para asentarse en su territorio. Sin embargo, su magnificencia obedecía sobre todo a razones prácticas ya que, a cambio de tratar a los judíos con una tolerancia insólita en la Europa cristiana, esperaba beneficiarse de los conocimientos y la cultura que traían de Sefarad. Cuenta una historia apócrifa que el sultán reprochó a sus consejeros, admiradores del arte de gobernar de Fernando de Aragón: «¿A este le llamáis rey político, que empobrece sus estados para enriquecer los míos?».

Los sefardíes se diseminaron por el territorio otomano, entre ellos los antepasados de David. Según el relato familiar, tres hermanos apellidados Kamhi desembarcaron en Estambul, para luego repartirse por los tres grandes centros judíos de la península balcánica. El hermano mayor permaneció en la capital

otomana que, tras derrotar a Bizancio, los conquistadores intentaban repoblar con judíos llegados de toda Europa. El mediano se unió a la colonia judía de Salónica, dominadora de la economía local hasta tal punto que el bullicioso puerto detenía su tráfico con la llegada del sabbat. Fue el hermano menor de los Kamhi quien se adentró en los Balcanes para establecerse en la próspera Sarajevo.

Aunque en la ciudad ya había comunidades de judíos provenientes de Grecia, la judeidad en Sarajevo eclosionó con la llegada de los sefardíes. En contraste con la persecución sufrida en España, gozaban de la relativa tolerancia otomana en cuestiones religiosas: como el resto de no musulmanes, debían pagar más impuestos, no podían defenderse en los juicios y encontraban obstáculos para erigir sus templos, pero a la vez no estaban obligados a vivir en un gueto como en Europa Occidental y tenían una notable autonomía en cuestiones tanto religiosas como seculares. Amparados por este trato magnánimo, se dispersaron en colonias por el centro de Sarajevo y empezaron a prosperar como comerciantes, hojalateros, médicos y cambistas.

Al mismo tiempo, el aislamiento social y lingüístico de los sefardíes les permitió conservar su herencia española, incluido un vínculo nostálgico con la patria perdida donde la mitificación se entrelazaba con la memoria de los tormentos. De Sefarad también preservaron el denominado «judeoespañol» o «ladino», un delicioso español anteclásico permeado de turquismos y vocablos tomados en préstamo de la lengua local. El arraigo de los sefardíes en su nueva morada era tan firme que empezaron a referirse a Sarajevo como «Il Yerusalaim chiko» o, en español moderno, «la pequeña Jerusalén».

Con la decadencia del Imperio otomano y el surgimiento de los nacionalismos en Europa, las comunidades confesionales de Bosnia fueron evolucionando a identidades nacionales: los católicos empezaron a considerarse croatas y los ortodoxos, serbios. Al principio los judíos, únicos súbditos del sultán que lo eran por elección propia y no por conquista, vivían este fenómeno con recelo, pero terminaron desarrollando su propio proyecto nacional, llamado «sionismo». Para los sionistas, la vida en la diáspora representaba una condena perpetua a la masacre o la asimilación y los judíos solo podrían alcanzar de nuevo la plenitud si regresaban al Israel histórico para fundar un Estado.

El sionismo arraigó entre los judíos de Sarajevo, cuya juventud más progresista se marchaba a granjas de toda Europa para aprender los rudimentos de la vida en el kibbutz. Aaron, el padre de David, estaba resuelto a emigrar a Palestina, pero su familia le convenció para que antes estudiase ingeniería en Berlín. Volvió a Sarajevo tras constatar que, con la llegada al poder de Hitler, el antisemitismo se extendía por Alemania a una velocidad perturbadora. Durante su estancia en Berlín, había abandonado el ideario sionista por un marxismo recalcitrante, tanto que, al pedir la mano a su futura esposa, Regina, la advirtió para poner las cartas sobre la mesa: «Sobre mí tienes que saber dos cosas: que soy rojo y que tengo piedras en el riñón».

El Partido Comunista Yugoslavo, fundado en 1919, contaba con una notable presencia de judíos, en la estela de los bolcheviques que levantaron la Unión Soviética. No obstante, el Gobierno de la Yugoslavia de entreguerras prohibió la formación por instigar revueltas contra las autoridades y sus integrantes operaban de manera clandestina. En Sarajevo, pequeña y chismosa, guardar un secreto resultaba imposible, así que la policía estaba al tanto de la militancia de Aaron. Cada vez que el rey o algún ministro se disponían a visitar la ciudad, era un habitual de las redadas preventivas para evitar que los comunistas provocasen altercados.

Las frecuentes ausencias de sus padres —Aaron, por su actividad conspirativa y Regina, por su trabajo como maestra— hicieron que David pasase buena parte de su infancia con la abuela Esther, quien, de acuerdo con el rol asignado a la mujer sefardí, le transmitió el legado oral de sus ancestros. Tras una vida como ama de casa, Esther no era capaz de expresarse en la lengua local, así que usaba el judeoespañol para comunicarse con su nieto. David escuchaba fascinado a la nona cantarle romances como Sekretos kero deskuvrir, una cantiga de desengaño amoroso salpicada de imágenes talmúdicas:

Sekretos kero deskuvrir Sekretos de mi alma Ke non los saven mis ermanos Ni primos ni parientes.
Sal a la puerta ti avlare Sal a la ventana Ti avlare ti eskuvrire Sekretos de mi alma. Arvoliko de jasmin Er

El delicado universo de los sefardíes de Bosnia, preservado durante siglos bajo toda clase de vicisitudes, quedó herido de muerte por la ocupación nazi de Yugoslavia. Nada más llegar a Sarajevo, los invasores saquearon la Gran Sinagoga con la entusiasta colaboración de una turba local. Los asaltantes dispararon a las lámparas del techo, lanzaron granadas contra el tabernáculo y arramblaron con todos los objetos susceptibles de poseer algún valor: tapices, arañas, candelabros, muebles, ventanas, puertas e incluso las cañerías de plomo y el cobre de la cúpula.

Los nazis delegaron el gobierno de Sarajevo en los ustachas, quienes promulgaron leyes raciales inspiradas en las de sus patrones. El estatus de ciudadano quedaba reservado a «croatas» y «arios», categorías que, además de a los alemanes, incluían a la población católica pero también a la musulmana, enaltecida por los ustachas como «la flor de los croatas». Ante la impotencia o la pasividad de buena parte de los sarajevitas, los judíos de la ciudad fueron despojados de sus negocios y se les obligó a llevar en el brazo una cinta amarilla con la estrella de David. Tras meses de arrestos y fusilamientos arbitrarios, los ustachas comenzaron las deportaciones.

En los primeros tiempos de la ocupación, la comunidad judía organizaba colectas benéficas como tapadera para recaudar fondos destinados al Partido Comunista, pese a que en el edificio colindante se encontraba la sede de la Gestapo. Las autoridades obligaron a Aaron a hacer trabajos forzados, pero consiguió escapar y unirse a la rebelión partisana. Mientras, Regina daba a luz a su segundo hijo, Isaak, gracias a la caridad de los médicos del hospital donde ingresó para el parto, que la iban cambiando de un departamento a otro para evitar que la encontrasen los ustachas.

Al poco de alumbrar al bebé, un colaboracionista local irrumpió en la casa donde se alojaba Regina amenazando con deportarla. La salvó la encolerizada intervención de sus vecinos, que reprendieron al intruso por hostigar a una recién parida y le forzaron a retirarse

mascullando que volvería a la mañana siguiente. Para suerte de Regina, sus apuros llegaron a oídos de su amiga Fahrija Fadilpašić, descendiente de un prestigioso linaje otomano, quien le ofreció su carruaje para ayudarla a huir de Sarajevo.

El plan consistía en llegar a la estación de trenes haciéndose pasar por una familia musulmana. Regina, ataviada de negro con un velo que le cubría el rostro, tocó la cabeza de David con un fez y le ordenó que solo respondiese si le llamaban «Džavid», una versión islamizada de su nombre. En el control frente a la estación, un guardia hizo el gesto de comprobar quién iba en la calesa, pero el cochero le atajó con desprecio: «Este es el carruaje de Fahrija Fadilpašić, así que lárgate, muerto de hambre». Regina consiguió subir con sus dos hijos en un tren con rumbo a Mostar pero, cuando David miró hacia el otro andén, pudo ver cómo los ustachas embarcaban en un convoy a sus abuelos.

Alemania e Italia se habían repartido el Estado Independiente de Croacia en sendas zonas de ocupación y a Mussolini le correspondía la región de Herzegovina, incluida Mostar, además de anexionarse buena parte de la costa adriática. Italia era reacia a liquidar a los judíos de su territorio y también se negaba a entregarlos a sus aliados, consciente de que si lo hacía les aguardaba el exterminio. Para relajar la insistencia de nazis y ustachas, el mando italiano decidió confinar a los judíos primero en antiguos hoteles para turistas junto al Adriático y luego en el campo de concentración de Kampor, situado en la isla de Rab.

En Kampor había millares de reclusos, sobre todo eslovenos víctimas de una campaña de limpieza étnica diseñada para reemplazarlos por población italiana. Vivían en condiciones extremas, hacinados en tiendas de campaña que desarbolaban los temporales y vulnerables a las epidemias que arrasaban sus cuerpos desnutridos. Su situación era tan precaria que, pese a no tratarse de un campo de exterminio, la tasa de mortalidad en el sector eslavo de Kampor llegó a superar a la de Buchenwald. En contraste, la reclusión de los judíos en un sector específico del

campo no era punitiva sino salvadora, porque disfrutaban de unas condiciones relativamente benignas y quedaban guarecidos de la aniquilación.

Aunque, en este encierro protector, se alojaban en barracones unifamiliares y los guardias les daban un trato piadoso, Regina pasaba apuros para alimentar a sus hijos y, por las ventoleras del Adriático, solo podía secar los pañales mojados de Isaak apretándolos con fuerza contra su pecho. Pese a todo, David conserva un grato recuerdo de los soldados napolitanos, con quienes se comunicaba en judeoespañol, porque repartían mendrugos de pan entre los niños al grito de ¡Bambini! y los llevaban a chapotear a una playa de los alrededores.

Cuando cayó Mussolini e Italia capituló ante los Aliados, los presos de Kampor redujeron a los guardias, que no opusieron resistencia, y confiscaron su armamento. En el canal que separa Rab del continente aparecieron los partisanos a bordo de veleros de cabotaje para transportar a los reclusos a tierra firme. Los más enardecidos fundaron allí mismo el Batallón Partisano de los Judíos de Rab, mientras el resto se encaminó hacia territorio libre ascendiendo por los roquedales. Como la mayor parte de judíos, Regina se unió a la causa partisana, en su caso como maestra de escuela para los niños desplazados.

David se alojó con Isaak en varios centros de acogida hasta que, cierto día, un partisano se le acercó preguntándole por sus familiares. Aleccionado por Regina para no hablar con desconocidos, David se quedó en silencio, pero el miliciano sacó su pistola y se la ofreció para que jugase con ella. Una vez hubo inspeccionado el artilugio, el soldado le mostró una fotografía donde aparecían David, él y su madre sentados en una bacinilla, tras lo que por fin le reveló su identidad: era su padre, Aaron, cuyas facciones David no había reconocido al cabo de cuatro años de ausencia. Superadas las tribulaciones, la familia Kamhi, reunida de nuevo, emprendió el retorno a su Sarajevo natal.

La ciudad había sido liberada por los partisanos el 6 de abril de 1945, tras una ocupación de cuatro años. La élite sarajevita recelaba de las milicias partisanas por su origen rural, su ateísmo y su voluntad de erradicar la propiedad privada, pero en cuestión de meses los comunistas se hicieron con el poder. El proceso culminó con la primera visita oficial de Tito, en la que, frente a la multitud congregada para aclamarle, ensalzó los valores de «Fraternidad y Unidad» como modo de restablecer la concordia entre pueblos.

Para la maltrecha comunidad judía, hasta la guerra una quinta parte de la población de Sarajevo, el propósito de trascender los odios nacionales se presentaba como una ocasión de reanudar su vida sin temor, pero este nuevo comienzo tenía lugar en un mundo arrasado: de las ocho sinagogas de la ciudad, solo una permanecía en pie y el 90 % de los judíos había muerto en los campos de exterminio. En el Holocausto perecieron hasta ochenta familiares de David, incluida la nona Esther que le enseñó a hablar judeoespañol y le cantaba romances en el patio.

En los primeros meses de posguerra, David pasaba el tiempo con los chiquillos del barrio explorando las ruinas que habían dejado los bombardeos. Los edificios devastados eran un paraíso de libertad para los chavales donde podían divertirse a sus anchas, lejos de la tutela adulta. Miembro de una pandilla en el barrio de Mejtaš, David creció en una atmósfera de picardía callejera. Apenas salían del barrio para ir a un cine del centro, pero cuando llegaban se hacían notar: bajaban la cuesta en manada de veinte encabezada por «El Pachá», un muchacho fornido que les franqueaba el acceso a la sala por el expeditivo método del manotazo al taquillero.

Se metieron en problemas el día en que, para despedir a uno de sus miembros que había sido llamado a filas, la banda compró en un mercado de las afueras un cordero vivo que asar empalado. En el camino de vuelta, los muchachos despertaron la suspicacia de dos agentes que, bajo la acusación de haber robado el animal, los llevaron a comisaría, los raparon al cero y los tuvieron tres noches durmiendo en el calabozo. David y sus camaradas se conjuraron

para vengarse: cuando a los policías les tocó hacer su ronda por Mejtaš, al doblar una esquina los asaltó una auténtica horda que, tras propinarles una paliza, los obligó a quitarse la ropa y los envío desnudos cuesta abajo hacia el centro.

Aunque David solo quería andar con los chicos del barrio, su madre se esmeró en despertar su sensibilidad artística y consiguió que se interesase por la música al escucharla tocar el violín. Intuyendo en él un talento musical en ciernes, Regina le buscó clases particulares, el inicio de una formación que le convertiría en violinista profesional. Además del descubrimiento de la música y el empeño de Regina, en su decisión pesó la afinidad del pueblo judío con el violín, que ha dado al mundo una constelación de virtuosos como Jascha Heifetz, Yehudi Menuhin o Itzhak Perlman. Entre los judíos de Europa del Este, el violín era el instrumento popular por excelencia y, al mismo tiempo, la resonancia espiritual de sus vibraciones lo acercaba a las salmodias del cantor en la sinagoga.

David se graduó en una de las promociones inaugurales del Conservatorio de Sarajevo, donde fue contratado como profesor de violín. Para perfeccionar sus dotes interpretativas y pedagógicas, sus superiores le enviaron al Conservatorio Chaikovski de Moscú, quizás la institución musical más afamada de la época. En la capital de la URSS, David se matriculó en la cátedra de David Óistraj, considerado uno de los mejores violinistas del siglo

xx

por su formidable tono y naturalidad en la interpretación. En la primera de las audiciones ante el virtuoso, Óistraj —también judío, originario de Odesa— evaluó a David con campechanía: «Tocayo, tienes buenas manos y buen oído, pero la formación que te han dado está cincuenta años anticuada».

La cátedra fijó para David un plazo de tres meses para ponerse al día y, pese a la magnitud del reto y la cohibición que le inspiraba Óistraj, logró convencer al maestro. Como contrapunto al rigor de la instrucción, en Moscú disfrutaba de pasatiempos frívolos. Por las

ingentes bajas que sufrió el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, en la URSS había escasez de varones frente al número de mujeres, desproporción que, en el entorno liberal de la residencia de estudiantes, generaba un intenso trajín entre dormitorios. Más allá de la formación y los escarceos nocturnos, a David los fondos de la Beca Lenin no le alcanzaban para sostenerse, por lo que se juntó con tres compañeros para formar un cuarteto de cuerda que interpretaba marchas fúnebres en un tanatorio.

Al volver de Moscú, David se percató de que el sistema pedagógico yugoslavo no solo estaba obsoleto, sino que le faltaba rigor en comparación con la disciplina soviética, así que se conjuró con otros ex alumnos del Conservatorio Chaikovski para transformarlo. Consiguieron de las autoridades el permiso para organizar seminarios en la costa adriática como parte de un programa de formación de tres años, en el que los profesores locales recibían lecciones de músicos a los que David conocía de Moscú. Fue así como la pedagogía musical soviética se implantó por toda Yugoslavia, si bien en una versión suavizada respecto a la técnica y la disciplina.

La indulgencia no iba para nada con David, averso a las concesiones por una mezcla de exigencia natural y la severidad adquirida en la URSS. Corría el inicio de los setenta cuando un joven imberbe llamado Goran Bregović se presentó a una audición para el Conservatorio de Sarajevo en la que David era miembro del tribunal. Aunque ese día recibió un suspenso, Bregović se convertiría en la mayor estrella de la música yugoslava, primero como líder del grupo de rock Bijelo Dugme y luego como popularizador de las fanfarrias balcánicas. Cuando, al cabo de los años, coincidieron en una entrega de premios, Bregović, herido en su orgullo, le preguntó a David si ya le veía capaz de aprobar, a lo que el viejo profesor replicó: «Por lo que he escuchado de tu música, lo dudo mucho».

Para completar su sueldo, David fue contratado como asesor de musicoterapia por la clínica psiquiátrica del hospital de Sarajevo. Su

función consistía en visitar a los pacientes y recomendarles la escucha del compositor adecuado a su caso: Bach para los esquizofrénicos, Chopin para los bipolares en fase maníaca y así sucesivamente, según los pormenores del cuadro clínico. David recetaba estas terapias al alimón con un tal Radovan Karadžić, por aquel entonces un psiquiatra con veleidades literarias que intentaba medrar en la intelectualidad sarajevita. Visto con la perspectiva de los acontecimientos, estremece leer su poema Sarajevo de 1969, en el que augura la destrucción purificadora de la ciudad por un ejército ortodoxo que la sitia desde los montes:

Oigo los pasos de la devastación.

La ciudad arde como el olíbano en la iglesia.

En el humo veo nuestra conciencia

entre grupos armados, árboles armados.

Todo lo que veo está armado.

Todo es tropa, combate y guerra.

Cuando Franjo Tuđman, presidente de Croacia, proclamó la independencia de la república, David se encontraba en Zagreb como jurado de un concurso musical. Decidió quedarse unos días en la ciudad para captar la atmósfera imperante, que hoy recuerda socarrón como una vuelta colectiva a la adolescencia. Al regresar a Sarajevo encontraría nuevas señales turbadoras: en su empleo como profesor de violín para el Ejército Federal, descubrió que los reclutas de la leva recién llegada a la ciudad ya no llevaban la estrella roja socialista, sino la bandera tricolor serbia, así que dimitió de inmediato y empezó a prepararse para lo peor.

En marzo de 1992 se cumplía el quinto centenario de los Decretos de la Alhambra y, para celebrarlo, el Gobierno de España puso en marcha el programa cultural Sefarad 92, con el que pretendía homenajear a la diáspora sefardí y difundir su legado. David formó parte de una delegación de sefardíes de todo el mundo que, en el marco del programa, había sido invitada a La Zarzuela para asistir a un acto oficial presidido por el rey Juan Carlos. Poco dado a las adulaciones cortesanas, saludó al monarca con un reproche arraigado en la tradición sefardí: «Para nosotros, España no ha sido una madre, sino una madrastra». Volvió de Sefarad 92 tres días antes del estallido de la guerra, en el último vuelo regular entre Belgrado y Sarajevo. Medio siglo después de la invasión nazi, un nuevo conflicto se cernía sobre Bosnia y esta vez se ensañaría con su ciudad natal.

Durante el sitio de Sarajevo, uno de los refugios de los francotiradores serbios era el cementerio judío, el segundo mayor de Europa tras el de Praga. Su ubicación sobre la ciudad convertía las tumbas arracimadas en la ladera y la capilla que conmemoraba el Holocausto en escondrijos idóneos para disparar contra los civiles. El cementerio se encontraba justo encima de la explanada frente al Hotel Holiday Inn, el tramo más peligroso de la denominada «Avenida de los Francotiradores», por lo que los periodistas internacionales alojados allí contemplaban en primera fila el siniestro tiro al blanco. Resguardados detrás de las tanquetas de los Cascos Azules, los sarajevitas debían elegir el momento adecuado para salir a campo abierto, con el riesgo de caer abatidos si entraban en la mira de un francotirador.

Pese a la profanación de su cementerio de siglos, la comunidad judía adoptó una postura oficial de neutralidad en el conflicto, con la idea de que no tomar partido por ningún bando la ayudaría a socorrer a la población civil. A diferencia de la guerra anterior, los judíos eran respetados por los nacionalistas de las tres facciones, que incluso les cortejaban para reforzar su pedigrí demócrata ante la comunidad internacional. Sin atender a la etnia de los receptores —de un muro colgaba el cartel «Prohibido hablar de política»—, en la

cantina de la sinagoga se ofrecían hasta 300 raciones diarias de comida y tres farmacias distribuían entre los enfermos los medicamentos que se habían podido procurar.

En la reorganización de tareas motivada por la guerra, a David le correspondió el papel de jazán o cantor, encargado de oficiar las ceremonias en ausencia de un rabino. Sin embargo, el quorum necesario para celebrar el sabbat, consistente en diez varones de más de trece años, se alcanzaba de manera cada vez más dificultosa, ya que buena parte de la comunidad se estaba marchando de Sarajevo. Deseoso de atraer a los judíos locales, Israel organizaba vuelos y convoyes en los que evacuaba a ancianos, mujeres, niños y parte de los jóvenes en edad de combatir.

Como la guerra parecía interminable, los líderes de la comunidad plantearon la opción de irse en masa, pero chocaron con la negativa empecinada de varios miembros como David. Contundente tanto en las formas como en el fondo, recordó a todos que su patria no era Israel, sino Bosnia; denunció que, si se marchaban, sería el fin de quinientos años de vida judía en Sarajevo, y profetizó a sus correligionarios dispuestos a partir que acabarían volviendo con la cabeza gacha. Tras un enconado debate, se optó por facilitar la marcha a quien quisiese, mientras David y otros recalcitrantes quedaban como depositarios de la tradición.

El martirio de Sarajevo no solo ponía en riesgo la permanencia de los judíos en la ciudad, sino también la conservación de su patrimonio. En la primera noche de la Pascua judía, festividad en recuerdo de la liberación de Egipto, se celebra un ágape ritual durante el que se leen fragmentos de un libro denominado «Hagadá». La llamada Hagadá de Sarajevo, originaria de la Barcelona medieval, es uno de los libros más valiosos del mundo gracias a sus miniaturas que, contraviniendo la iconoclastia hebrea, ilustran pasajes bíblicos y costumbres pascuales. Por su importancia pecuniaria y simbólica, se difundió el rumor de que el Gobierno bosnio había vendido la Hagadá para comprar armamento, si bien la

realidad era que el arqueólogo Enver Imamović, director del museo donde se custodiaba, la había puesto a buen recaudo en la cámara acorazada del Banco Nacional.

El mayor tesoro judío de Sarajevo había sido salvado por un musulmán, pero en la comunidad surgió un nueva disputa, ahora entre los partidarios de mantener la Hagadá oculta para preservarla y los de mostrarla al público para acallar las maledicencias. David formaba parte del segundo grupo, que se impuso por la vía de los hechos en 1995, cuando los representantes del Gobierno bosnio decidieron exhibir el libro aprovechando la celebración de la Pascua. En la sala mayor de la sinagoga, repleta de autoridades religiosas y civiles, David mostró solemne la Hagadá a los comensales de la cena litúrgica. Asegura que, al colocarlo sobre el altar en preparación de la ceremonia, el libro se abrió por la página que ilustra la Creación del mundo, donde la Tierra aparece como redonda un siglo y medio antes de Colón.

Poco después de la Pascua judía, el Gobierno ofreció a David el cargo de agregado cultural en la embajada que Bosnia se disponía a abrir en España. Ilusionado por volver a la tierra de sus ancestros, se trasladó a Madrid junto a Muhamed Nezirović, nombrado embajador por su condición de hispanista pionero en el estudio de la tradición bosnio-sefardí. Durante la irrenunciable visita a Toledo, rezó en las sinagogas de estilo mudéjar y paseaba por el centro de la ciudad cuando tuvo una experiencia insólita: al pasar frente a una mansión antigua, vislumbró que, detrás de la fachada, había un patio con una fuente y una casa roja. Después de convencer a la portera para que le dejase entrar, topó con la estampa que había anticipado, coincidencia que defiende como señal de que su estirpe viene de Toledo.

Sin embargo, la emoción de David por reencontrarse con sus orígenes pronto quedó sumergida por la rutina burocrática, para la que carecía de temperamento. Además, le desmoralizaban las cuestiones que tenía que resolver: el único intercambio entre Bosnia y España consistía en que a Madrid llegaban refugiados en busca

de asilo que se desesperaban para completar el papeleo, mientras las organizaciones humanitarias españolas enviaban a Sarajevo medicamentos y víveres cercanos a la fecha de caducidad. Por eso, aunque el Gobierno bosnio le ofreció un nuevo destino en Moscú, David rechazó la propuesta y volvió al Conservatorio, donde se quedaría dando clases hasta su jubilación.

A causa de la edad, sus manos entumecidas por la gota ya no pueden empuñar el arco del violín, así que David ha canalizado su energía en difundir el legado sefardí de Bosnia. Cuando no prepara textos para el boletín de la comunidad judía o bien alguna de las conferencias que imparte por la ciudad, acude raudo a la calle mayor, donde saluda a tal cantidad de conocidos que su amigo, el escritor Stephen Schwartz, le definió como «el alcalde oculto de Sarajevo». Su figura achaparrada y su cabeza monda también asoman en los cafés del centro, escudriñando a su interlocutor con mirada astuta mientras cierra algún trueque de favores. Tanto en su aspecto como en sus formas hay algo de picaresco, como un vestigio de idiosincrasia española preservado durante siglos.

Los viernes, al caer la tarde, David acude sin falta a la única sinagoga que permanece activa en Sarajevo para oficiar la ceremonia del sabbat. Pese a que la mayoría de la población es musulmana, el templo está abierto a todo el mundo y ni siquiera tiene vigilante, porque la comunidad, fiel a la tradición sarajevita, está convencida de que el verdadero peligro radica en aislarse del otro. Sin embargo, el Holocausto y las emigraciones han diezmado a la congregación, un grupo menguante que apenas llega al quorum. Según las cifras oficiales, en Sarajevo queda en torno a un millar de judíos, pero los criterios de inclusión son laxos y el grueso de miembros tiene una edad avanzada. El idioma judeoespañol se encuentra en sus estertores, ya que, contando a David, apenas quedan un par de hablantes vivos y, más que tenerlo como lengua materna, chapurrean lo que oyeron en su niñez.

Pese a todo, David está resuelto a luchar por la conservación del patrimonio sefardí y se encarama al altar orientado hacia Jerusalén

para cantar las alabanzas a Dios y el Día Santo. Terminado el rezo, los congregados se sientan en una mesa larga de la cantina para disfrutar de la cena del sabbat. Desde su lugar presidencial en la cabecera, David bendice el pan y el vino, mientras los comensales levantan los vasos y brindan: «¡Por la vida!». Se sirven platos de herencia española, como pasta de puerros o huevos colorados, y el resto de la velada transcurre entre charlas amenas hasta que los presentes se terminan marchando.

Como todos los judíos del país, David ha tenido oportunidades de emigrar a Israel, pero siempre se ha negado a irse de Sarajevo. Los sionistas más obcecados consideran Israel como el único lugar que garantiza la supervivencia del pueblo judío y el Estado facilita a los miembros de la diáspora la aliá o vuelta a la patria ancestral. Sin embargo, David no siente que esté en diáspora alguna, sino en el hogar de su familia desde hace medio milenio, por lo que zanja la cuestión del retorno citando un dicho sefardí: «Los árboles viejos no se trasplantan». Más fiel a su conciencia que a cualquier mito, por milenario que sea, sabe que no tiene nada de judío errante, porque desde siempre ha estado en su propia Jerusalén.

No encendáis ninguna vela

Los necios dan gracias a la suerte,

los sabios viven de la esperanza.

Ratko Orozović

Cualquier asiduo a los eventos culturales de Sarajevo conoce de vista a Ratko, porque acude a todos, pero al mismo tiempo da la impresión de estar al margen. La obsesión de los sarajevitas por ir acicalados en público contrasta con su estampa de pensionista renqueante, siempre con una mochila al hombro y un chaleco beige de pescador. Cuando, tras las presentaciones o conferencias, se forman los inevitables corrillos, suele quedarse fuera, ya que su aire de bohemio desastrado genera incomodidad entre los presentes. Sin embargo, solo con ver su fisonomía —rasgos nobles, barba cana, ojos de un azul acuoso— uno intuye que Ratko tiene una historia que contar y basta con que nos acerquemos a preguntarle para descubrir todas sus facetas: es aforista, poeta, dramaturgo y cineasta pero, sobre todo, un resistente cultural y un alma noble de Sarajevo.

Nació en la ciudad en plena Segunda Guerra Mundial, circunstancia que determinó cómo se llama, porque la familia puso a los bebés venidos al mundo durante aquellos años nombres cuya raíz era la palabra guerra (rat): a él le bautizaron como Ratko y a su primo, como Ratimir («Guerra y Paz»). Su padre, Petar, formaba parte de la resistencia a la ocupación nazi, así que Ratko quedó bajo el cuidado de las mujeres de la familia. Desde 1944, Sarajevo se había convertido en centro de tránsito del ejército alemán para su repliegue de los Balcanes y, por esta causa, también en objetivo de los bombardeos aliados. Durante uno de los ataques, la tía de Ratko lo tomó en brazos para escapar hacia las colinas, pero el peso del bebé ralentizaba su huida y lo abandonó junto al camino. Por suerte, Petar acudió al lugar donde se refugiaba la familia para comprobar que estuviesen ilesos y se encontró con el pequeño Ratko llorando en un margen.

Los partisanos echados al monte en torno a Sarajevo se coordinaban con una red clandestina en la ciudad que les suministraba armas y víveres. Entre el centenar de miembros de esta organización secreta se encontraba Petar, que utilizaba como tapadera su trabajo de mecánico en el aeropuerto militar. Para reprimir la agitación en Sarajevo, el Gobierno ustacha envió a la ciudad al sanguinario Maks Luburić, artífice de los campos de concentración del Estado Independiente de Croacia, quien emprendió una campaña de ejecuciones y torturas en una mansión rebautizada como «La casa del horror». Petar escondió a varios camaradas en su establo para librarlos de la oleada final de violencia que desató Luburić: en cumplimiento de sus últimas órdenes antes de irse de Sarajevo, un bucólico paseo de las afueras, flanqueado de castaños, amaneció con una cincuentena de sarajevitas ahorcados en las ramas.

De su infancia en la Sarajevo recién liberada, Ratko recuerda sobre todo las historias de su abuelo Ilija sobre el Imperio austrohúngaro, que arrebató Bosnia a los otomanos en 1878 y la gobernó hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. Cuando sus autoridades se plantearon adoptar una nueva invención llamada «tranvía», consideraron más prudente ponerla a prueba en la colonia antes de instalarla en Viena, Praga o Budapest. La consecuencia fue que Sarajevo se convirtió en una de las primeras ciudades con tranvía de Europa y el abuelo Ilija, en su conductor. Este tranvía original no marchaba a base de electricidad, sino tirado por caballos que Ilija azuzaba, pero aún así sembró el desconcierto entre los sarajevitas: cierto día una pareja de ancianos se descalzó antes de subir, como si entrasen en una casa, y quedaron perplejos al llegar a su destino cuando vieron que sus zuecos se habían esfumado.

La llegada del tranvía formaba parte de la misión civilizadora que el Imperio austrohúngaro se había arrogado respecto a Bosnia, descrita por el gobernador Béni Kállay como «trasplantar las ideas de Occidente a un entorno oriental». Pese a desarrollar fábricas e infraestructuras, el Imperio contaba con la hostilidad de los paneslavistas, que aspiraban a la unificación con la vecina Serbia. En 1914, el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo, fue tiroteado en Sarajevo por el conspirador Gavrilo Princip, en el atentado que prendió la mecha de la Primera Guerra Mundial. El Imperio austrohúngaro movilizó al abuelo Ilija con las tropas que se disponían a atacar Serbia, pero, como muchos serbobosnios, consiguió desertar y vadeó el río Drina para unirse a sus connacionales.

El ejército de Serbia logró repeler las primeras ofensivas austrohúngaras, pero terminó cediendo ante el Imperio y sus aliados. Fue entonces cuando Ilija emprendió, con el resto de la tropa, una agónica retirada cruzando Albania hasta el mar Jónico. Los supervivientes del llamado «gólgota albanés» —una odisea por los montes nevados soportando el hambre, el frío y las emboscadas de los clanes de la zona— se refugiaron en Corfú y otras islas griegas. Luego serían embarcados rumbo al frente de Salónica, donde contribuyeron a doblegar a las Potencias Centrales. Aunque las tropas serbias liberaron su patria, la guerra impregnó de un aire melancólico el carácter del abuelo Ilija, que había dejado a dos de sus primos enterrados en Salónica junto a 7500 caídos por Serbia.

Pese a su contribución a la resistencia en la Segunda Guerra Mundial, Petar, el padre de Ratko, no tardó en desengañarse del comunismo: al ver que el Partido aceptaba en sus filas a antiguos ustachas supuestamente reconvertidos, devolvió su carnet de miembro y empezó a profesar el cristianismo ortodoxo. Como era propietario de una carpintería, poco a poco fue adoptando una mentalidad convencional y burguesa que le distanció de Ratko, quien apuntaba maneras de bohemio contumaz. Este desapego entre padre e hijo reflejaba, a escala doméstica, un conflicto generacional que atravesaba Yugoslavia, puesto que el talante austero de quienes habían vivido la guerra chocaba con las ansias de libertad de sus descendientes.

Durante su juventud, Ratko escribía textos de canciones ligeras, un género que el régimen consideraba decadente pero que acabó por tolerar como evasión para el proletariado. La letra más popular que registró fue la de «Ima u meni nešto cigansko», una historia de amor imposible entre un gitano y una paya inspirada en el mes que pasó viviendo en un campamento romaní. El tema, cantado por Dragan Stojnić, quedó a las puertas de representar a Yugoslavia en el festival de Eurovisión de 1968. Sin embargo, el mayor éxito de Ratko se difundió bajo firma ajena por culpa de un arrebato etílico. Una noche de juerga en Skadarlija, el barrio bohemio de Belgrado, garabateó en una servilleta los tormentos del parroquiano de una kafana rural, enamorado de la hija del tabernero. Como andaba tieso, vendió allí mismo la letra al cantante Nedeljko Bilkić a cambio de una ronda más. Bilkić convertiría la canción, «Ima jedna krčma u planini», en un clásico de la música popular yugoslava.

Ratko también publicaba colecciones de aforismos satíricos en los que escarnecía al régimen socialista, motivo por el que tuvo más de un encontronazo con la censura. Tras mandar a la imprenta un libro con sentencias cáusticas como «Dio la vida ajena por la Patria» o «Mientras algunos marxistas leen El capital, otros lo acumulan», tuvo que defenderse en un juicio en el que el fiscal pedía tres años de cárcel. Ratko se zafó de los cargos que se le imputaban, pero al salir del tribunal no se pudo contener y exclamó: «¡De una buena me he librado!». En ese preciso momento pasaba a su lado el juez, que le pidió explicaciones, pero ya se había aprobado la licencia de impresión y Ratko podía ser sincero: «Camarada, en el libro yo digo algunas cosas entre líneas y, por suerte, usted solo ha leído las líneas».

Aunque era un artista polifacético, la gran pasión de Ratko siempre fue el cine, en el que se inició a finales de los sesenta como miembro del primer kino klub de Sarajevo. Después de foguearse tras la cámara en rodajes de aficionados, fue contratado como asistente para Sutjeska, película de gran presupuesto dedicada a una batalla de la Segunda Guerra Mundial. La lucha partisana era el mito fundador de la Yugoslavia socialista y, para legitimarse, el régimen financiaba superproducciones en las que guerrilleros heroicos derrotaban en inferioridad de condiciones al ejército nazi o bien morían declamando una frase para la posteridad. Por la mortandad inverosímil de los alemanes en estas películas, circulaba un chascarrillo según el cual, antes de suicidarse en su búnker de Berlín, Hitler

habría dado una última orden a sus subordinados: «¡Matad a Bata Živojinović!», la mayor estrella del género.

Sutjeska, en su momento la película más costosa rodada en Yugoslavia, recreaba la dramática huida de los partisanos por la cordillera fronteriza entre Bosnia y Montenegro mientras los nazis intentaban cercarles. Se filmó en el mismo terreno escabroso donde tuvieron lugar los acontecimientos y contó con la participación del ejército yugoslavo, que llegó a movilizar a los 20 000 soldados del contingente de Sarajevo como extras para las escenas de batalla. Ratko se encargó de grabar las tomas áreas de las tropas alemanas cerrando el cerco, montado en un helicóptero que sobrevolaba la región.

La película destacaba no solo por su presupuesto, sino también porque era la primera vez que Tito iba a aparecer en la gran pantalla. El propio mariscal se encargó del casting del protagonista, papel que recayó en el británico Richard Burton. Aunque Burton encarnó a Tito con gravedad serena, su tormentosa vida privada generó numerosos percances. En un descanso del rodaje, al ver que el actor se impacientaba, el director, Stipe Delić, ordenó que le diesen alcohol, pero sus subordinados cumplieron la orden con tanta eficiencia que Burton acabó farfullando por el suelo entre botellas de vodka vacías. En la siguiente escena, las rodillas se le doblaban hasta tal punto que hubo que filmarle subido a una tarima con dos técnicos agarrándole los tobillos.

Por si no bastase con su querencia por el alcohol, Burton estaba casado con Elizabeth Taylor, en uno de los romances más tempestuosos de la historia de Hollywood. Sabedor de que el matrimonio acostumbraba a llegar a las manos, Delić pidió a Ratko y otros compañeros que les espiasen en su mansión. La consigna era irrumpir si veían que la diva se abalanzaba sobre Burton, porque un arañazo en la cara del héroe daría al traste con la película. Como tantas otras veces, el altercado fue sensacional, pero Ratko se ahorró la intervención pacificadora: al cabo de horas de insultarse y destrozar los muebles, la pareja se cansó de discutir y se quedaron dormidos en el suelo, abrazados el uno al otro.

El contrapunto a las superproducciones partisanas, con su tono idealizante y sus estrellas de postín, eran las películas de la llamada «Ola Negra». Este movimiento lo formaban comunistas decepcionados con el sistema que mostraban el reverso oscuro de la propaganda oficial: personajes alienados o marginales que vivían en condiciones penosas de las que apenas encontraban alivio mediante el alcohol, la violencia o el sexo. Con una estética propensa al tenebrismo, la Ola Negra fue reprimida por las autoridades, que secuestraron judicialmente muchas de sus películas y las encerraron en sótanos hasta los años noventa. Sin embargo, las obras de Dušan Makavejev, Aleksandar Petrović, Žika Pavlović o Želimir Žilnik forman parte del mejor cine de autor rodado durante el socialismo y constituyen el antídoto idóneo para la yugonostalgia acrítica.

La cinematografía yugoslava no recobró la creatividad hasta finales de los setenta, con el auge de los realizadores de la denominada «Escuela de Praga». El nexo entre los miembros de este grupo era que habían estudiado en la Facultad y Academia de las Artes Escénicas (FAMU) de la capital checoslovaca, donde enseñaban profesores ilustres como Milan Kundera o Miloš Forman. Aunque se trataba de un grupo heterogéneo, la Escuela de Praga introdujo una nueva manera de rodar, en la que cobraba importancia la noción del cine como oficio artesano. Buscaban armonizar la personalidad artística con la satisfacción del gran público y en sus películas, menos amargas que las de la Ola Negra, la crítica social venía camuflada de tragicomedia.

Uno de los catalizadores de esta «Escuela de Praga» fue el tío de Ratko, Zdravko Orozović, quien ejerció durante décadas en la FAMU como profesor de Sociología del Cine. Apodado «La madre yugoslava» por el amparo que daba a sus compatriotas, había quedado atrapado en Praga por la ruptura entre Tito y Stalin. Tras el alineamiento sin fisuras de Checoslovaquia con la URSS, las autoridades habían ordenado a su padre que le obligase a volver a Yugoslavia, pero Zdravko se negó porque quería terminar sus estudios. Su decisión resultó aciaga para la familia: por no haber inculcado a su hijo la suficiente lealtad a Yugoslavia, su padre fue condenado a trabajos forzados y el régimen prohibió a Zdravko la entrada en el país. El veto se mantuvo inamovible más allá de las circunstancias y, cuando fallecieron sus progenitores, Zdravko ni siquiera pudo acudir al funeral.

Una vez terminada su participación en Sutjeska, Ratko inició una prolífica carrera como documentalista, a la espera de conseguir los fondos para rodar un largometraje. De acuerdo con los principios de la llamada «Escuela Documental de Sarajevo», mostraba aspectos particulares o controvertidos de la sociedad de la época para reflejar cómo era en realidad la vida de la gente. Su segunda obra, Lj-ubiti (Amar-matar, 1975), fue la primera película yugoslava sobre el aborto e incluye fragmentos de una interrupción de embarazo. Cuando se exhibió en el prestigioso festival de cortometrajes de Oberhausen, en la República Federal Alemana, una manifestación de cristianos airados irrumpió en la sala de proyecciones y la destrozó, mientras Ratko salía corriendo por una puerta trasera.

En el resto de su copiosa obra, Ratko trató una gran variedad de temas sociales e históricos. Por ejemplo, en De Jasenovac al Círculo Polar cuenta el periplo de los partisanos yugoslavos deportados del campo de concentración ustacha a presidios de Suecia y Noruega, cerca de los hielos del Ártico. En otro de sus documentales, Ciudad rodeada, se vale de la figura de un taquillero de cine de barrio para mostrar la llegada a Sarajevo de oleadas de población rural, cuyos integrantes levantaban sin permiso casuchas que la policía les obligaba a derruir una vez tras otra.

Con todo, si hay una constante en las obras de Ratko es la fascinación por los personajes excéntricos, de los que ha construido una abigarrada galería: un artesano hacedor de perlas a orillas del lago de Ohrid en Macedonia, celoso guardián del secreto familiar sobre su elaboración; un bohemio de Bihać que habitaba en una cabaña de metro y medio bajo un puente, o el «Faraón Stipe», quien, tras servir como soldado para la ONU en la península del Sinaí, al volver a su aldea construyó una mansión que imitaba las pirámides de Egipto.

A mediados de los años ochenta, Ratko recibió una lucrativa oferta de la televisión de Voivodina, provincia autónoma en el norte de Serbia, para incorporarse como director de programas. La abultada cifra que le propuso la cadena le convenció para trasladarse a la ciudad de Novi Sad, donde pasó tres años viviendo en un hotel con todo tipo de lujos. Cuando su amigo Minimaks, un célebre presentador de Belgrado que andaba en busca de nuevos rostros para su canal, le pidió que le recomendase alguna vocalista prometedora, Ratko le sugirió a la cantante del bar del hotel, no por su voz ni por su afinación, sino porque lucía las minifaldas con garbo. Fahreta Jahić, de nombre artístico «Brena», medía casi un metro ochenta y no tenía remilgos en lucir sus piernas interminables.

La primera actuación de Brena en televisión ni siquiera llegó a emitirse por lo escandaloso de su indumentaria, unos pantalones mínimos que, como el resto de su vestuario, había cosido en casa con su madre. Sin embargo, Minimaks decidió utilizar el vídeo como gag recurrente, con un efecto opuesto al esperado: lejos de ser vista como un fenómeno risible, Brena empezó a calar entre el público y su particular mezcla de ingenuidad y sex appeal la convirtió en la gran diva de Yugoslavia. Mientras, Ratko, concluida su estancia en Novi Sad, aprovechaba el finiquito que le dio la cadena para comprarse un coche y viajar por Europa.

La ambicionada ocasión de rodar un largometraje no le llegó hasta 1988, al cabo de veinte años de espera. Durante todo este tiempo, había elaborado un guion que, aprovechando los contactos de su tío Zdravko, envió a Praga traducido al checo para que lo revisase Miloš Forman. Viajes extramatrimoniales relataba en tono de comedia ligera las cuitas de Tugomir Princip, asistente de Filosofía en la Universidad de Sarajevo con facilidad para meterse en enredos amorosos. La réplica al protagonista la daba Bata Živojinović, leyenda del cine partisano que aquí interpreta al titular de la cátedra, dispuesto a sucumbir a las zalamerías de las estudiantes a cambio de un aprobado.

Viajes extramatrimoniales fue un éxito en toda Yugoslavia, con más de un millón de espectadores, y en Sarajevo acudió a verla un tercio de la población. Gracias a este taquillazo, Ratko obtuvo luz verde para preparar una secuela cuyo guion envió a Michael Douglas. Afirma que el proyecto interesó tanto a Douglas que se ofreció a actuar renunciando a su caché, solo a cambio de los derechos de la película para Estados Unidos y Australia. Sin embargo, la apretada agenda de la estrella y la impaciencia del productor dieron al traste con la colaboración y el papel fue asignado de nuevo al solvente Živojinović. Para desdicha de Ratko, Viajes matrimoniales se estrenó en plena guerra de Croacia, así que el público no estaba de humor para sainetes. La película se abre con una serie de planos aéreos de Sarajevo, la ciudad natal de su director, que pronto quedaría desfigurada hasta resultar casi irreconocible.

Ratko vivía en Dobrinja, un barrio de bloques en las afueras de Sarajevo construido por las autoridades como villa olímpica para los Juegos de 1984. Después de las Olimpiadas, el ayuntamiento repartió los millares de viviendas vacías y, entre sus destinatarios, figuraba Ratko en calidad de «artista autónomo». Años después, Ratko divisaba desde el balcón tanques del ejército federal apuntando hacia el barrio. Cuando estallaron los combates, Dobrinja adquirió importancia estratégica por su cercanía al aeropuerto y se convirtió en el escenario de una cruenta batalla entre la Armija y las tropas proserbias. Tras dos meses de hostilidades, la Armija logró establecer una línea de frente con puntos en los que apenas había diez metros de separación entre adversarios.

Dobrinja había resistido el primer embate, pero estaba aislada de Sarajevo y vivía un «sitio dentro del sitio». Por falta de cementerios, los habitantes enterraban a los muertos en los parques y los francotiradores les tiroteaban desde sus escondrijos, incluido el campanario de una iglesia ortodoxa cercana. La situación de Ratko en Dobrinja se agravaba por ser serbio como los asediadores, motivo por el cual despertaba suspicacias en ambos bandos. Para sus connacionales era un traidor a la causa, mientras que en el barrio algunos sospechaban de él como quintacolumnista. Con cada masacre desde las colinas, la hostilidad hacia los serbios aumentaba: cada vez más vecinos miraban a Ratko de soslayo e incluso reprochaban a su esposa que se hubiese casado con un chetnik.

Los presagios de meses se consumaron el día en que, al entrar en el vestíbulo del centro de prensa donde trabajaba, una bala le pasó silbando por encima de la cabeza. Ratko se agachó al pie de una ventana y, arrimado a la pared, se palpó el cuerpo en busca de sangre. Por suerte estaba ileso, pero decidió mantenerse escondido para hacer creer al francotirador que había dado en el blanco. En la hora y media que esperó acurrucado, rezumando sudores fríos, llegó a la conclusión de que el disparo solo podía haber venido de las posiciones de la Armija. Si bien le quita hierro al episodio —suele decir que está vivo por falta de pruebas—, la experiencia le pasó factura enseguida: cuando sus compañeros del centro de prensa le encontraron al pie de la ventana, su pelo castaño había encanecido de golpe a causa del shock.

Los trances como el vivido por Ratko se multiplicaban entre los serbios de Sarajevo, víctimas de abusos cada vez más graves: obligados por la Armija a cavar trincheras en el frente, morían víctimas del fuego cruzado o bien arrestados, torturados y asesinados por milicianos fuera de control. El más célebre de ellos, Mušan Topalović, «Caco», se había convertido en un héroe al estallar la guerra, hasta que empezó a asesinar brutalmente a serbios locales entre los que se encontraban conocidos suyos. Por sus insubordinaciones, el Gobierno bosnio montó una operación para apresarle, durante la cual Caco y sus hombres masacraron a nueve policías y ocho civiles que habían tomado como rehenes. Después de entregarse a las fuerzas de seguridad, murió en el traslado a la cárcel por una oscura aplicación de la ley de fugas.

Durante los años del sitio, Ratko emprendió una infatigable acción cultural. Cada mañana atravesaba con su bicicleta al hombro la trinchera que unía Dobrinja con Sarajevo y luego pedaleaba hasta el centro por las calles cegadas a los francotiradores. Era presidente de una asociación humanitaria, miembro de un club de intelectuales, documentalista que mostraba los estragos de la guerra… actividades coherentes con su trayectoria pero que también eran una forma de sobrevivir, porque, a mayor visibilidad, menor era el riesgo de sufrir otro intento de asesinato. Con todo, Ratko afrontaba la barbarie sin perder el humor. Escribía poemas satíricos e incluso acuñó un aforismo ironizando sobre su situación: «De este lado están los nuestros y del otro, los míos».

Terminado el conflicto bélico, el alivio por la llegada de la paz quedó empañado por la constatación de que la Sarajevo multiétnica retrocedía hasta tal punto que un serbio como él era visto con ojeriza en su propia ciudad. Aunque los musulmanes de Bosnia se encuentran entre los más secularizados del mundo, la llegada de combatientes salafistas durante la guerra plantó entre ellos la semilla del islam radical. Los adeptos a esta corriente, sufragada con petrodólares por Arabia Saudí, son reconocibles por su estampa de barba frondosa y pantalones cortados a media espinilla, que remeda la supuesta apariencia de Mahoma y los primeros musulmanes. Suelen fundar comunidades en parajes remotos, pero una veintena de ellos vive en Dobrinja, donde cuentan con su propio oratorio. Un integrante de este grupúsculo pasó meses acosando a Ratko, incluidas provocaciones al cruzarse por la calle y

llamadas insultantes en plena noche, hasta que este le amenazó con recurrir a sus contactos y depuso el hostigamiento.

Ratko comenzó a escribir el guion de Viajes tragicómicos, la nueva entrega de su trilogía, pero desistió porque la industria cinematográfica yugoslava se ha fragmentado por países y las productoras bosnias disponen de una financiación escasa. Consciente de que no podrá rodar jamás su película, Ratko se ha convertido en un agitador cultural de trinchera que organiza actividades de pequeño formato por Sarajevo. Entre ellas figura un evento peculiar: el «Festival de una persona», dedicado a sí mismo, que abre su edición anual el 25 de febrero, día de su cumpleaños. En este antifestival que se burla de los grandes eventos, Ratko proyecta su filmografía y recita sus poemas ante público fiel, pero menguante a causa de la edad. El presupuesto declarado es la pensión de Ratko, al cambio unos 190 euros mensuales. Como sentencia en un aforismo que suscribirían todos los jubilados bosnios: «De tu pensión no puedes vivir, pero tampoco te puedes morir».

La sátira de Ratko se dirige, entre otros, contra el Sarajevo Film Festival, prestigioso en el circuito europeo por haber sido fundado en pleno sitio de la ciudad. Su impulsor, el dramaturgo Haris Pašović, quería hacer un acto de resistencia y ofrecer a los sarajevitas la posibilidad de evadirse del horror cotidiano. Cuando los periodistas le preguntaban por el sentido de organizar un festival en mitad de una guerra, tiraba de retranca: «¿Y qué sentido tiene organizar una guerra en mitad de un festival?». Con la paz llegaron los grandes patrocinadores y el Sarajevo Film Festival se convirtió en un evento de referencia en los Balcanes, pero al mismo tiempo perdió su espíritu: desvanecida la épica fundacional, las películas quedan relegadas a un segundo plano por las fiestas privadas y la alfombra roja. Más allá de la semana que dura la muestra, la oferta de cine no comercial en la ciudad es casi nula, con la Filmoteca cerrada por desidia en la gestión y apenas una sala independiente.

Al volante de un coche vetusto, en cuya bandeja trasera colecciona hojas secas recogidas a lo largo y ancho de la ex-Yugoslavia, Ratko viaja por Bosnia para impartir talleres de cine a los niños. Después de la introducción teórica sobre cómo se hace una película, sus alumnos se reparten las funciones del equipo de rodaje para filmar un corto. Los chiquillos están radiantes al manejar la cámara, sostener el micrófono con pértiga o dar el claquetazo antes de gritar: «¡Acción!». Tras un número de tomas que suele ser elevado, la versión definitiva de los cortos se proyecta en un certamen impulsado por Ratko que lleva el nombre de Viva Fest. Aunque cuenta con una sección competitiva, la estampa más conmovedora del Viva Fest la conforman los grupos de muchachos con camiseta lila, el color del evento, ansiosos por ver sus obras en la gran pantalla.

A sus más de setenta años, Ratko pasa más de diez horas al día vagabundeando por Sarajevo, entre reuniones para impulsar sus proyectos y generosos repostajes en la taberna. Se define como «un yugotrágico», porque su país murió y, con él, las posibilidades de seguir rodando cine, pero jamás ha cedido al abatimiento. En la mochila que lleva siempre al hombro guarda ejemplares de sus libros y películas, que muestra e incluso regala a cualquier interesado. Bohemio impenitente, de las tabernas entra y sale casi siempre solo, trastabillando por su afición al tinto de jarra, y regresa a Dobrinja en el último trolebús. Pese a los achaques de la edad, afirma socarrón que ha decidido vivir 101 años, porque siente en su interior una energía pagana que le empuja. Por si llega el día en que el entusiasmo se agote, hace tiempo que tiene redactado su epitafio, la última voluntad de un espíritu irónico y tierno:

Ako ikad umrem —a mislim da neću— ne gazite muziku, ne palite svijeću. Si algún día muero —aunque

Como el agua del Drina

> Entre el cielo, el río y los montes, generación tras generación ha aprendido a no lamentarse en exceso por lo que arrastraban las aguas turbias.
>
> Ivo Andrić, El puente sobre el Drina

Para el público no familiarizado con los Balcanes, el propio topónimo ya arrastra connotaciones negativas, porque la región es vista como un espacio incivilizado donde tribus que se aborrecen entablan guerras salvajes de forma periódica. «El polvorín de Europa», «odios ancestrales» o «han generado más historia de la que pueden consumir» son construcciones recurrentes a la hora de hablar sobre los Balcanes, clichés que simplifican un lugar del mundo que solo centra la atención cuando estalla un conflicto.

La asociación de los Balcanes con la guerra quedó sellada con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, pero ya se había ido forjando con las guerras Balcánicas de 1912-1913. El sambenito cuajó de forma definitiva con la sangrienta disolución de Yugoslavia. Sin embargo, la violencia cíclica que asoló los Balcanes en el siglo

xx

no se puede explicar mediante el esencialismo —no existe ninguna «naturaleza balcánica» proclive a guerrear—, sino mediante causas históricas, políticas, sociales o psicológicas. Uno de los factores que prolonga las inquinas de una generación a otra, de padres a hijos, es que los traumas personales y familiares se suelen cerrar en falso,

por lo que son capaces de permanecer latentes durante tiempo hasta resurgir con una fuerza inusitada.

Cuando estalló la última guerra en Bosnia, Mladen apenas tenía tres años y vivía con sus padres, Dimitar y Marija, en el suburbio sarajevita de Vogošća. Ambos procedían de Goražde, en la ribera del Drina, y habían acudido a Sarajevo para trabajar en las fábricas como tantos habitantes de Bosnia Oriental. Esta emigración resultaba tan frecuente en la comarca que incluso se acuñó un chascarrillo de despedida: «¡Adiós para siempre, Bosnia, me voy a Sarajevo!». Con todo, a la hora de la verdad muchos de ellos volvían el fin de semana a su patria chica a bordo del entrañable Ćiro, un tren de vía estrecha que comunicaba Bosnia Oriental con el resto del mundo.

La vía férrea por la que circulaba el Ćiro era un proyecto del Imperio austrohúngaro, que, por lo escabroso del terreno, se vio obligado a sufragarlo con generosidad: según la leyenda, por cada kilo de piedra horadada con martillo y cincel los peones recibían un kilo de oro. A causa del relieve, la locomotora del Ćiro se ahogaba en los repechos y cualquier individuo en forma podía alcanzar el tren a la carrera. Además, el humo de la chimenea formaba nubarrones en los compartimentos y los viajeros se apeaban en su destino con el rostro tiznado de carbonilla. Estas entrañables deficiencias del Ćiro lo convirtieron en casi un miembro de la familia para los habitantes de Bosnia Oriental, tanto que, cuando fue sustituido por un ferrocarril de vía ancha, una multitud se apostó junto a los raíles para contemplar su último trayecto. Al parar en cada estación, las mujeres cubrían al fogonero y el maquinista de pañuelos, bufandas y patucos tejidos a mano.

En Sarajevo, Dimitar y Marija trabajaban como contables para la empresa UNIS, un gigante metalúrgico creado a finales de los sesenta mediante referéndum de los trabajadores. Marija había sido destinada a la sede central, dos torres gemelas de casi cien metros de altura que dominaban el horizonte de Sarajevo con sus fachadas de vidrio radiante. Los sarajevitas, que apenas comenzaban a

habituarse a los rascacielos, les apodaron cariñosamente «Momo» y «Uzeir», como a los protagonistas de un exitoso programa de radio. Los Momo y Uzeir radiofónicos eran dos amigos, uno serbio y otro musulmán, que charlaban con candor e ironía sobre diversos temas cotidianos. Su popularidad no se debía solo a que los oyentes se identificaban con ellos, sino también a que representaban la convivencia en la ciudad: los sarajevitas bromeaban diciendo que, de los dos rascacielos, no se sabía cuál era Momo y cuál Uzeir, como símbolo de que las diferencias identitarias habían quedado abolidas.

No era este el parecer de Dimitar, quien anteponía su identidad serbia a la yugoslava y torcía el gesto ante la propaganda que martilleaba los valores de Fraternidad y Unidad. Siempre había sospechado de los musulmanes bosnios por considerarles falsos y ladinos, prejuicio tan arraigado en la tradición serbia que se recoge en un dicho crudo: «Si encierras a un musulmán en un saco, te sientas sobre él y enfrente tienes sentado a otro musulmán, el musulmán que tienes delante piensa de ti lo mismo que el de dentro del saco».

Dimitar trabajaba en el departamento de contabilidad de la firma PRETIS (PREduzeće TIto Sarajevo, es decir, Empresa Tito Sarajevo), la rama que la UNIS tenía en la población de Vogošća. Allí la PRETIS levantó un vasto polígono de once kilómetros de largo que se dividía en dos sectores, el civil y el militar. En el primero se fabricaban utensilios de aluminio, rodamientos, bombonas de butano y la primera olla a presión de Yugoslavia, conocida como «Olla PRETIS». Pero el sector básico era el militar, separado apenas formalmente del civil para que, en caso de guerra, la planta al completo pasase enseguida a producir armas. Esta parte incluía una cadena de montaje que Alemania había entregado a Yugoslavia como indemnización por la Segunda Guerra Mundial, a la que los empleados denominaban «la ceca de Hitler».

Cuando Dimitar y Marija llegaron a Vogošća, la PRETIS les asignó un piso en el Hotel Biokovo, un modesto establecimiento en el que,

ante la imposibilidad de alojar a todos los proletarios que llegaban a la localidad, se habían habilitado cuartos de soltero y domicilios temporales para familias. De acuerdo con el sistema de la época, los apartamentos recién construidos eran propiedad del Estado, que los distribuía entre los ciudadanos y les cedía el derecho de vivienda. Tras un hospedaje provisional en el Biokovo, a Dimitar y Marija les esperaba un hogar en Grbavica, confortable barrio de clase media en una sociedad que, sobre el papel, carecía de clases.

Cuando apenas quedaban meses para su traslado a Grbavica, el comunismo se hundió y, con él, todo un sistema de valores: la Fraternidad y Unidad que encarnaban Momo y Uzeir empezó a quedar como una consigna obsoleta frente a la presión para agruparse según criterios nacionales. Entre los serbios de Sarajevo cundió el pánico por la aparición de los Boinas Verdes, una organización paramilitar creada para defender Bosnia e integrada sobre todo por musulmanes. Los medios de comunicación les convencieron de que corrían peligro e incluso los ciudadanos pacíficos como Dimitar decidieron armase. Al mismo tiempo, la creciente agresividad de los serbios hacía que cada vez más musulmanes se alistasen en los Boinas Verdes, un círculo vicioso que hacía escalar la tensión.

Dimitar se había hecho a la idea de guerrear, a diferencia de su hermano Luka, quien sostenía que la convivencia aún era posible y no creía que el conflicto fuese más allá de algún escarceo. Sus diferencias se pusieron de manifiesto el día en que Luka se presentó en casa de Dimitar acompañado de un amigo musulmán. Según las normas de cortesía, Dimitar les invitó a descalzarse y pasar a tomar café e, inevitablemente, se habló de política. Tanto Luka como su acompañante eran probosnios, pero, para Dimitar, una cosa era el parecer de su hermano y otra bien distinta tener a un extraño aleccionándole en su salón. Cuando el amigo de Luka empezó a defender la independencia de Bosnia, Dimitar perdió la paciencia y le echó de su casa. El importuno huésped se marchó por las escaleras sin tener siquiera tiempo para calzarse, por lo que Luka salió detrás de él con sus zapatos en la mano.

Para luchar sin cargos de conciencia, Dimitar decidió evacuar a su familia en avión. Durante la guerra en Croacia, el emigrante Antun Kikaš había intentado ayudar a la madre patria fletando una aeronave cargada de armamento que había alquilado a Uganda Airlines. Los servicios secretos yugoslavos descubrieron la operación y, al tomar tierra, el avión fue confiscado. Cuando la violencia estalló en Sarajevo, el piloto Stevan Popov se puso a sus mandos y llegó a recorrer hasta dieciséis veces diarias el trayecto entre la ciudad y Belgrado para evacuar a los civiles. Nada más ver que la nave descendía sobre el aeropuerto, los sarajevitas echaban a correr desde la terminal y, por tratarse de un modelo de carga sin asientos, se apretujaban en la cubierta. Este Boeing ugandés pilotado por Popov puso a salvo a miles de desplazados como Marija y Mladen, quienes al llegar a Serbia se instalaron en casa de unos parientes.

Dimitar les había enviado fuera nada más iniciarse las escaramuzas en Vogošća, motivadas porque ambos bandos codiciaban el arsenal de la PRETIS. Para contrarrestar su inferioridad logística, las fuerzas probosnias irrumpieron de noche en la fábrica y, tras reducir a los vigilantes, se llevaron dos camiones cargados de armamento. Por la mañana apareció un nuevo grupo dispuesto a repetir la operación, pero esta vez Dimitar y sus compañeros, ocultos en un pinar cercano, abrieron fuego y liquidaron a seis de los intrusos. A solicitud de Radovan Karadžić, el ejército yugoslavo se hizo con el control de la PRETIS, convertida desde ese momento en una fábrica de armas para la República Srpska.

El mando serbio en Vogošća se instaló en el Hotel Biokovo, donde Dimitar ahora vivía solo tras la partida de Marija y Mladen. Reclutaba a milicianos y organizaba las guardias nocturnas en la linde con la zona controlada por la Armija. Durante una de estas rondas, alguien disparó contra él una ráfaga que le dejó tendido en el suelo. Para su fortuna, le socorrieron enseguida y salió del trance con heridas leves, pero la recuperación le impidió participar en los primeros compases de la guerra. Cuando ya se había restablecido y su superior inmediato desertó, Dimitar no solo se negó a sustituirle,

sino que prefirió descender el escalafón y convertirse en soldado raso. Sus compañeros sospechaban que estaba harto de injerencias políticas, porque el SDS, partido nacionalista serbio, daba galones a sus paniaguados en Vogošća y, por mucho tiempo que Dimitar llevase en la localidad, no dejaba de ser un forastero de Goražde.

En cambio, su hijo Mladen está convencido de que su decisión tuvo que ver con la familia. Por sus creencias probosnias, Luka, el hermano de Dimitar, se había quedado en Sarajevo y, según Mladen, si las tropas serbias conquistaban en la ciudad, Dimitar quería llegar a su casa lo más rápido posible para protegerle de las represalias. Sin embargo, el asalto a Sarajevo jamás se produjo y, aunque hubiese sido así, Dimitar habría llegado tarde. Pese a su condición de serbio, Luka había conseguido mantener su empleo como policía municipal pero, mientras volvía de la comisaría a su casa, un francotirador le abatió desde un rascacielos. La familia de Mladen quedó estupefacta cuando, al cabo del tiempo, descubrió la identidad del asesino: era el amigo musulmán de Luka al que Dimitar había echado de casa unos meses antes.

En sus nuevas funciones como soldado raso, Dimitar fue destinado a la línea de Ugorsko, desde cuyas elevaciones la Armija abría fuego contra los habitantes de Vogošća. En este frente, tan contendido que las guardias solo se cambiaban en las noches de luna, Dimitar perdió la vida un primero de mayo. El día había amanecido tranquilo cuando, cerca de su trinchera, cayeron tres obuses uno tras otro. Pasaron unos instantes de calma que le hicieron creer que ya no había peligro y, justo cuando se asomaba para comprobar las posiciones, estalló un cuarto obús cuya explosión le alcanzó de lleno. Esa misma tarde, en Serbia, un policía llamó a la puerta de la casa donde se había refugiado la familia de Dimitar para comunicarles su muerte. Mladen, que acababa de cumplir cinco años, pasó el resto del día entre la incredulidad y los sollozos.

Tras el fallecimiento de Dimitar, Marija decidió mudarse a Bosnia Oriental con su hermano Rajko, movilizado por el Ejército de la

República Srpska en la región de Višegrad. El símbolo de esta ciudad ribereña del Drina era su puente otomano, levantado por el gran visir Mehmet Pachá Sokolović. Oriundo de la comarca, Sokolović quería dejar un legado en su región natal y encargó al mayor arquitecto del Imperio, Mimar Sinan, la construcción de un puente que franquease el Drina. El resultado es una imponente obra con once arcos de mampostería que se eleva grácil sobre las aguas. Con todo, la fama del puente sobre el Drina se debe a la novela homónima de Ivo Andrić, una deslumbrante crónica de Višegrad desde la era otomana hasta la Primera Guerra Mundial. En ella, Andrić transforma la construcción en símbolo de todo lo que perdura en la existencia humana: «La vida es un milagro incomprensible, porque se agrieta y desmigaja, pero al mismo tiempo permanece y se mantiene firme como el puente sobre el Drina».

Por su ubicación fronteriza con Serbia, Višegrad fue uno de los escenarios más cruentos de la limpieza étnica en los primeros meses de guerra en Bosnia. Después de que el ejército federal cediese el mando a los paramilitares serbios, se desató una caza al hombre contra la población bosniaca. El puente sobre el Drina se convirtió en el lugar predilecto para la ejecución de civiles por un doble motivo: porque lo que en él ocurría podía verse desde toda la ciudad, de forma que los crímenes servían para dar ejemplo, y porque, tras degollar a sus víctimas, los asesinos podían deshacerse de sus cadáveres con solo empujarlos a las aguas. Como resultado de estos meses de terror, uno de cada diez bosniacos de Višegrad pereció de las formas más atroces o bien se encuentra en paradero desconocido. El resto se marchó de la ciudad y, en sus casas vacías, se instalaron desplazados serbios como Marija.

Para subsistir, Marija encontró trabajo en una cooperativa rural a la orilla del Drina, a cambio de una fracción de las hortalizas que ella misma cultivaba. En sus labores la acompañaba un grupo de presos bosniacos de Višegrad, cedidos a la cooperativa por las autoridades como mano de obra gratuita. Mientras, su hermano Rajko participa en la ofensiva del Ejército de la República Srpska contra Goražde, la

ciudad natal de ambos y del fallecido Dimitar, situada remontando el curso del Drina. Como, al igual que Srebrenica, Goražde había sido declarada «Zona Protegida» por la ONU, este asalto hizo que la OTAN lanzara contra las tropas serbias una operación modesta pero de importancia simbólica, por tratarse del primer bombardeo aéreo en la historia de la Alianza. Franqueado este umbral, los crecientes desmanes serbobosnios propiciaron la operación «Fuerza Deliberada», una campaña de bombardeos entre cuyos objetivos figuraba el cuartel de Višegrad.

El día del ataque, Mladen estaba mirando distraído por la ventana cuando oyó un rumor en el cielo y, con los prismáticos, divisó una formación de cazas en triángulo. Del vientre del primero salió una luz roja y los estampidos retumbaron por el valle. Esta primera oleada de bombardeos asustó a Mladen, pero fue la segunda la que le causó verdadero terror, porque le sorprendió a la intemperie. Para tranquilizar a su hijo, Marija le había llevado a comprar un camión en miniatura y, de vuelta, al cruzar el Drina por el puente, resonó el zumbido de los cazas. Mladen tiene grabada a fuego en la memoria su carrera entre explosiones, apretando el camioncito en el puño como si fuese un talismán.

Los bombardeos de la OTAN contribuyeron a la firma de los Acuerdos de Paz de Dayton, en cuyas negociaciones Slobodan Milošević dejó en la estacada a los serbios que se habían quedado en la parte de Sarajevo bajo control de la República Srpska. Más pendiente de conseguir el levantamiento de las sanciones internacionales que devastaban la economía de Serbia que del futuro de los serbobosnios, Milošević cedió la totalidad de Sarajevo a la Federación, alegando que el presidente bosnio, Alija Izetbegović, se la había ganado por su entereza. Por esta cínica merced del líder serbio —cuenta el rumor que otorgada tras algún whisky de más— el Ejército de la República Srpska debía ceder a la Armija los barrios en su poder.

En el complejo de la PRETIS en Vogošća, primer territorio que debía cambiar de manos, se inició un transporte frenético, cuyos

ejecutores llegaron a levantar el techo de una nave industrial para llevarse la maquinaria colgando de helicópteros. Aunque el Gobierno bosnio garantizó la seguridad a quienes permaneciesen en sus hogares, muchos serbios habían combatido o tenían miedo de sufrir represalias, así que emprendieron un éxodo masivo. Cargaron todas sus pertenencias en camiones fletados desde Pale y algunos prendieron fuego a sus viviendas antes que regalarlas al enemigo. Mientras la policía bosnia se adentraba en un paisaje de inmuebles devastados, miles de serbios partían de Sarajevo en una desbandada que no se ha revertido jamás. En el que había sido el mayor centro de población serbia después de Belgrado, ahora su número era irrisorio. El resto iniciaba una existencia incierta bajo el signo de la nostalgia por la ciudad perdida.

Una de las escenas más sobrecogedoras de aquellos días era la de los familiares de muertos en combate que, por miedo a la profanación de las tumbas, desenterraban sus cadáveres para llevárselos. Marija esperó un tiempo a recuperar los restos de Dimitar, pero, cuando la situación política se estabilizó, decidió darle sepultura en el cementerio ortodoxo de Goražde. Durante el funeral, Mladen parecía ajeno a lo que ocurría a su alrededor y pasó la ceremonia jugando absorto entre las cruces.

Sola y sin poder regresar a Vogošća, Marija decidió quedarse en Višegrad y obtuvo un empleo en la central hidroeléctrica que funciona a base del agua del Drina. Pese a que crió a su hijo con dedicación, Mladen estaba traumatizado por la guerra y, con los años, se convirtió en un adolescente irascible. La frustración por no haber podido conocer a su padre le tenía sumido en un duelo permanente y culpaba de su tragedia a todos los bosniacos. Como secuela de los bombardeos en Višegrad se obsesionó con el mundo del aire, ya que fueron las bombas arrojadas desde unos aviones las que habían poblado su infancia de miedos. Resuelto a convertirse en piloto, se matriculó en la Universidad de Sarajevo, la única que ofrecía estudios de aeronáutica en Bosnia, pero su sueño era licenciarse en la Academia Militar de Belgrado y ponerse a los mandos de un caza.

Tanto la fijación por los aviones de Mladen como su cólera encontraban cauce en los documentales sobre las guerras yugoslavas que proliferan por internet. En 1998 se produjo una escalada de violencia en la provincia de Kosovo entre las fuerzas de seguridad serbias y la guerrilla albanesa UÇK. Convencida de que Milošević planeaba una limpieza étnica de albanokosovares, la OTAN emprendió una campaña de bombardeos contra lo que quedaba de Yugoslavia. Para frenar esta operación, que Estados Unidos bautizó con el nombre en clave de «Yunque Noble», los pilotos del ejército de Serbia libraron en los cielos un combate desigual. En los reportajes que Mladen consumía con avidez, se celebraba su valor al enfrentarse a la flota de la Alianza al mando de naves obsoletas que, por su superioridad tecnológica, el enemigo abatía sin necesidad de acercarse.

En internet, Mladen también encontraba documentales sobre la disolución de Yugoslavia que propagaban la versión maniquea del nacionalismo serbio. De acuerdo con este relato, las guerras se debieron a un plan urdido por las grandes potencias para establecer un Nuevo Orden Mundial tras la guerra fría. Por querer mantener Yugoslavia y no plegarse a Occidente, los serbios habrían sido víctimas de una gran conspiración en la que el resto de pueblos —albaneses terroristas, croatas ustachas, bosniacos yihadistas— les habían atacado con el sostén de la CIA, el Vaticano, los judíos y los masones. El acopio de información sectaria nutría el odio que sentía Mladen y emponzoñaba su mente hasta el extremo de afirmar que, si estallaba una nueva guerra, no dudaría en bombardear desde el aire su Sarajevo natal.

La vertiente opuesta de su carácter, mucho más luminosa, se puso de manifiesto al enamorarse de Azra, compañera bosniaca de la universidad. Un motivo de orgullo de los sarajevitas antes de la guerra era la elevada proporción de matrimonios mixtos, formados por ciudadanos que habían colocado sus sentimientos por encima de la etnia. Este rasgo fundamental del espíritu de Sarajevo quedó maltrecho con el inicio de las hostilidades: muchas parejas se separaron, incapaces de resistir la tensión, mientras otras eran

consideradas traidoras y sus hijos despreciados como bastardos. En la Bosnia de hoy, plagada de rencillas, los jóvenes que se enamoran de un integrante de otra etnia suelen tener que hacer frente a la oposición familiar, en trasuntos balcánicos de Romeo y Julieta.

Mladen y Azra querían estar juntos, pero no solo pertenecían a etnias distintas, sino que, además, sus respectivos padres habían luchado en bandos opuestos: Dimitar, en el Ejército de la República Srpska y el padre de Azra, en la Armija. El romance tenía la aprobación de Marija, la madre de Mladen, quien le dijo que no le importaba qué era o dejaba de ser su chica con tal de que fuese feliz. En cambio, la familia de Azra se opuso a la relación y le exigió que la finiquitase. Aunque Mladen se negaba en redondo, Azra cedió a las presiones familiares y le dijo que lo más sensato era dejar de verse. Esa noche Mladen la pasó dando vueltas por Sarajevo y, cada vez que se cruzaba con un chico de su edad, mascullaba furioso: «Este cretino puede estar con ella porque tiene un nombre musulmán, pero yo no, solo porque me llamo Mladen».

Al quedarse en Sarajevo por Azra, Mladen había dejado pasar el último año en que, por edad, podía inscribirse en la Academia Militar de Belgrado, así que su sueño de pilotar un caza jamás iba a cumplirse. Desengañado, abandonó Sarajevo y los estudios para volver a Višegrad. La ciudad estaba cambiando gracias a un proyecto urbanístico: el cineasta Emir Kusturica, admirador de Ivo Andrić, había decidido rodar una adaptación de El puente sobre el Drina y consiguió fondos de la República Srpska para levantar un complejo turístico que serviría como decorado. Las autoridades se pusieron a disposición de Kusturica, por tratarse de una celebridad en la órbita del nacionalismo y porque facilitaba la redefinición de Andrić de yugoslavista a serbio.

Situada cerca del puente sobre el Drina, la Ciudad de Andrić es un pastiche de cartón piedra donde se embarullan los estilos arquitectónicos, si bien, para dejar clara su intención, la preside una iglesia ortodoxa. Aunque los supervivientes bosniacos lo censuran como un maquillaje de la limpieza étnica, el complejo ha

transformado el ambiente en Višegrad: los rostros hostiles con que antes topaba el forastero se han suavizado gracias a la afluencia de turistas y los locales tienen más facilidades para encontrar trabajo. No es el caso de Mladen, quien al volver buscó empleo en la Ciudad de Andrić, sin conseguirlo. Los visegradenses de nacimiento tienen prioridad y, a sus ojos, siempre será un refugiado de Sarajevo.

Para cubrir gastos, echó mano de los ahorros de su madre y se compró un teclado con el que actúa en bodas por el valle del Drina. Su jornada empieza tras el banquete, cuando se forma un baile en corro durante el que los comensales triscan entre las mesas, y puede alargarse hasta quince horas. Las propinas son generosas, pero los estándares musicales decaen a medida que avanza la noche y los músicos tienen que lidiar con los beodos. Concluida la actuación, Mladen recoge su equipo y vuelve en coche por carreteras en penumbra. Entre los lugares donde se celebran con toda normalidad las bodas que ameniza figura el Hotel Vilina Vlas, un balneario que, durante la guerra, funcionó como lugar de encierro y violación de mujeres bosniacas.

Para Mladen, el momento álgido del año llega con la celebración de Küstendorf, un festival de cine organizado por Emir Kusturica en el complejo turístico donde vive, más allá de la frontera con Serbia. Mientras dura el evento, Mladen trabaja como auxiliar de pista para una empresa que ofrece vuelos en helicóptero sobre la comarca. De entrada ha renunciado a cobrar un sueldo, con la esperanza de que su abnegación impresione a los jefes y le paguen el curso para obtener la licencia de piloto. Aferrado a su sueño de volar, reposta el combustible de los aparatos, limpia la nieve acumulada en las palas y da al piloto la señal de despegue. Luego se queda en tierra, contemplando cómo el helicóptero cargado de turistas se eleva sobre los montes.

Por las redes sociales ha empezado a flirtear con una chica: otra vez bosniaca, otra vez llamada Azra y, para mayor coincidencia, originaria de Vogošća como él. Pese a que sus amigos le toman el pelo —«Mira que te gustan las musulmanas»—, parece que la

seducción avanza y Mladen espera que esta vez todo sea distinto. Su relación con Bosnia oscila entre la fe y el rechazo, el deseo de una vida estable que, cuando se frustra, despierta viejos rencores. Cuando se convence de que mantener el país es «querer poner recto el sinuoso Drina» —la expresión que se usa para describir un empeño imposible—, se acuerda de Dimitar. Piensa que, si luchaba en primera línea, era porque su hermano Luka había creído en la Bosnia multiétnica y le enfurece la idea de que, en caso contrario, quizás su padre estaría vivo.

Configurada alrededor del puente, sin duda Višegrad es la joya del Drina, que serpentea por un cañón majestuoso en la linde de Bosnia y Serbia. Por su curso, el río describe meandros entre peñas abruptas, para luego dar paso a orillas bucólicas con sauces y mimbreras. Quien contempla el Drina por primera vez queda deslumbrado por su azul refulgente, que le da un aire de coloso fluvial. Sin embargo, tanto la novela de Andrić como las canciones tradicionales sugieren que el río tiene otra cara más siniestra: su caudal se enturbia con las crecidas, que anegan los márgenes y arramblan con la existencia de los ribereños. Cuando caen lluvias torrenciales, las corrientes remueven el lodo depositado en el lecho y las aguas embarradas generan inquietud.

Desde su casa de ladrillo, jamás encalada por falta de medios, Mladen puede ver el complejo de Kusturica y el puente inmortalizado por Andrić que atravesó bajo las bombas. Por la noche, con los auriculares conectados para no importunar a Marija, ensaya las canciones de su repertorio, intercambia mensajes con la nueva Azra o intenta localizar en las redes sociales a los compañeros de guerra de Dimitar para acumular información sobre él. En la estantería, entre un icono de san Jorge alanceando al dragón y una botella de aguardiente con la efigie de Ratko Mladić, conserva la brújula que llevaba su padre al morir, si bien, por causa de la explosión, ya no es capaz de marcar el rumbo. Cuando la muestra en confianza para explicar lo que ocurrió, la mirada se le endurece y, en el fondo de sus ojos de un azul vivo, se agita una

nebulosidad turbia, como el fango removido por las corrientes del Drina.

Musgo bajo la coraza

En la orilla, entre el sauzal espeso,

busqué un lugar solitario y tranquilo

donde vislumbré unos ojos amados

perdidos en el fondo de tu remolino.

Branko Ćopić, A la orilla del Una

La generación bosnia nacida a mediados de los setenta ha quedado atrapada entre dos mundos, uno que ya no existe y otro al que jamás pertenecerá del todo. Crecieron en una Yugoslavia todavía estable, educados en los valores de la Unidad y la Fraternidad y, desde la adolescencia, se interesaron por la cultura urbana. No obstante, su paso a la edad adulta quedó truncado por la guerra, que convirtió a estos cachorros del socialismo en carne de cañón. Ningún grupo de edad quedó tan diezmado por la violencia y los traumas empujaron a muchos a la droga o al suicidio. El resto se ha adaptado mal a la realidad posbélica: con más de cuarenta años, luchan por aspiraciones que deberían haber materializado en la década anterior y viven encerrados en sus pequeños universos o sumidos en una insatisfacción permanente. En el campo de la literatura, los autores de esta franja de edad reciben el nombre de «la generación atropellada», entre cuyas voces más representativas figura Nihad Hasanović.

Como todo habitante de Bihać, la ciudad donde nació, Nihad creció fascinado por el río Una, cuyo discurrir vivifica la desolación del

casco urbano. Según la leyenda, su nombre tiene un origen milenario: cuando las tropas del Imperio romano llegaron a los márgenes del río, un soldado de las legiones quedó pasmado al contemplarlo y apenas acertó a exclamar «¡Una!», por su belleza única. La estampa más característica del Una la forman sus tobas, acumulaciones de roca que, a lo largo de milenios, han ido formando cascadas e islotes recubiertos de musgos. Sus remansos son jardines subacuáticos donde las algas se mecen con un vaivén hipnotizador. Sin embargo, el Una tiene un reverso amenazante porque, incluso en los tramos más plácidos, alberga corrientes repentinas capaces de engullir al bañista inexperto. Nihad se recreaba en el Una al tiempo que procuraba sortear sus torbellinos y, de esta forma, aprendió que el peligro jamás anda lejos de la plenitud.

Situada en el noroeste de Bosnia, la región de Bihać es el núcleo de la denominada «Krajina» o «frontera», por haber constituido durante siglos la linde del Imperio otomano. En esta vasta franja semicircular, Bihać era el principal bastión otomano, el punto de contacto entre la «Casa del Islam», regida por la sharía, y la «Casa de la Guerra», gobernada por el infiel al que era preciso someter. Por la condición limítrofe de la Krajina, los habitantes a ambos lados de la divisoria entablaron unas relaciones específicas, en las que las razias y los conflictos bélicos se alternaban con la cooperación: iban a comprar en las mismas ferias, llevaban a moler el trigo más allá de la raya y pactaban sobre el terreno para lograr la concordia. El contacto entre la cristiandad y el islam en la Krajina generó toda clase de sincretismos. Cuando los otomanos conquistaron Bihać, su comandante ordenó transformar la iglesia local en mezquita, pero se decidió preservar la fachada del templo. Hoy, la mezquita Fethija («Conquistada») exhibe, además de cúpula y minarete, una portada ojival y un rosetón gótico.

Bihać figura con letras de oro en la mitología partisana por haber sido la capital del primer gran territorio que sus tropas controlaron en la Segunda Guerra Mundial, al que los propios milicianos llamaban «República de Bihać» y los nazis, «Titolandia». Aprovechando el

dominio de esta extensión, más vasta que Suiza o Bélgica, Tito convocó el primer encuentro del Consejo Antifascista para la Liberación Nacional de Yugoslavia (AVNOJ), embrión del futuro Gobierno del país que marcó los objetivos de la lucha antifascista. Según proclamaba el AVNOJ, la plena emancipación de Yugoslavia solo se haría realidad «cuando las naciones de nuestra tierra liberada sientan que son ellas mismas en su hogar» para «construir una comunidad, libre, independiente y hermanada». Estos nobles propósitos quedaron aplazados por la caída de la República de Bihać: una ofensiva de las Fuerzas del Eje obligó a los partisanos a evacuar la ciudad, tras lo que sus dinamiteros protegieron la retirada volando el puente sobre el Una.

La Yugoslavia socialista, construida tras la liberación sobre la base de los principios fijados por el AVNOJ, empezó a tambalearse en los años ochenta por una degradación del sistema que también alcanzó a la familia de Nihad. Su padre, Mirsad, era un comunista fervoroso hasta que, en su trabajo como director de una escuela local, se negó a aceptar sobornos de familias influyentes para regalar el diploma a sus hijos. Bajo la presión de las autoridades, sus propios compañeros, que sí se habían prestado al cohecho, le acusaron de corrupción. El desengaño de Mirsad llegó hasta tal punto que, nada más demostrar su inocencia ante un tribunal, fue hasta la sede del Partido en Sarajevo para romper el carnet de militante. Durante el proceso, la familia fue expulsada del apartamento donde vivía, propiedad del Estado, y se mudó a una casa cuya titularidad conservaba. Aunque la fachada no tenía revoque y los suelos eran de hormigón, desde su ventana Nihad contemplaba un panorama idílico: en primer término el Una y, al fondo, una sierra de crestas azuladas que marcaba la linde con Croacia.

La corrupción en la Krajina bosnia tuvo su episodio más polémico con el caso Agrokomerc, el mayor escándalo financiero de la Yugoslavia socialista. Al norte de Bihać se extendía una región bautizada como «Krajina furiosa» por el primitivismo de sus habitantes. En este terruño empantanado en la miseria, un agrónomo llamado Fikret Abdić tomó las riendas de una cooperativa

rural y la convirtió en el gigante económico Agrokomerc. Como impulsor de la empresa, Abdić se convirtió en un peculiar cacique socialista, idolatrado por sus paisanos hasta tal punto que le llamaban «Papá». Sin embargo, en su apogeo emprendedor se descubrió que Agrokomerc había emitido pagarés sin fondos por valor de 400 millones de dólares. Aunque fue acusado de «amenaza contrarrevolucionaria al orden social», delito que se castigaba con la pena de muerte, Abdić terminó librándose del apuro con un encarcelamiento menor. Durante el proceso, Nihad pasaba por delante del juzgado de Bihać pedaleando en su bicicleta para observar a los seguidores de Abdić, que se manifestaban frente el edificio para dar apoyo a «Papá».

Salvo por la mudanza forzosa junto al Una, Nihad tuvo una infancia con arreglo a los cánones del socialismo, marcada por el rito iniciático de la entrada en el movimiento pionero. Esta adaptación de los boy scouts, puesta en marcha durante la República de Bihać, estaba concebida para transmitir los valores del comunismo a la juventud. El juramento como pioneros al cumplir los siete años era el momento más esperado por los niños de Yugoslavia: vestidos de uniforme, declamaban uno por uno el texto frente a una autoridad que les hacía entrega de una gorra azul con la estrella comunista y les anudaba una pañoleta roja al cuello. Los pioneros solían amenizar los eventos oficiales, incluidas ceremonias en estadios de atletismo donde Nihad ejercía de abanderado: daba la vuelta la pista haciendo ondear el estandarte de Yugoslavia mientras, sobre el césped, sus compañeros ejecutaban coreografías o formaban las letras del nombre de Tito.

Durante la adolescencia, cada verano Nihad se montaba en su bicicleta e iba hasta el Parque Nacional de Plitvice, ya en territorio de Croacia, donde se colaba por los bosques para ahorrarse la entrada. Por los montes de Plitvice se extiende una quincena de lagos escalonados, con saltos de agua formados por tobas como las del río Una. Las cascadas rebosantes de vegetación y las aguas que cambiaban de tono según la composición mineral del momento

atraían a Nihad y sus vecinos en tal número que un trecho de la orilla del lago mayor fue rebautizado como «la playa de Bihać».

Sin embargo, la afición preferida del Nihad adolescente era la literatura. Tras iniciarse leyendo a los novelistas rusos del

xix

, descubrió a García Márquez, Cortázar y Rulfo. Un día fue con su padre a una librería de viejo y no paró hasta conseguir que le regalase las obras completas de Borges. Le fascinó el cosmopolitismo del autor porteño, no solo por beber de tradiciones ajenas, sino también por introducir temas que podrían parecer localistas —las puestas de sol en Montevideo, las peleas de gallos en quintas y chacras, la vastedad de Buenos Aires— en el gran escenario de la literatura universal.

Mientras Nihad disfrutaba de la naturaleza y la literatura, el declive del sistema apuntado por el caso Agrokomerc desembocó en una vertiginosa escalada nacionalista cuya materialización constató con sus propios ojos en el verano de 1990. Sus padres le habían llevado a la playa a Rovinj, en la costa del Adriático, y, para volver a Bihać, tuvieron que atravesar varios puntos de control establecidos por los serbios de Croacia. Nihad tenía apenas dieciséis años y le asustó el trajín de camiones militares, soldados del ejército federal y chetniks que parecían salidos de las superproducciones partisanas. Eran los descendientes de la población ortodoxa que se había establecido más de tres siglos antes en el lado austrohúngaro de la Krajina.

Para protegerse de los otomanos, en 1630 el Imperio Habsburgo permitió a los pastores trashumantes denominados «valacos» instalarse en sus tierras fronterizas y cultivarlas exentos de toda servidumbre, salvo la de luchar en las guerras. Convertidos en baluarte de la cristiandad frente al islam, estos valacos de fe ortodoxa fueron desarrollando una conciencia nacional serbia y eran el pueblo mayoritario en el lado primero austrohúngaro y ahora croata de la Krajina. Durante la Segunda Guerra Mundial, muchos fueron masacrados por los ustachas o bien se perdió su rastro en

los campos de concentración, así que la comunidad veía con inquietud el resurgimiento del nacionalismo en Croacia. Temían que se repitiese el exterminio sufrido medio siglo antes y, azuzados por los círculos irredentistas de Belgrado, preparaban su sublevación contra el Gobierno de Franjo Tuđman.

El Parlamento constituido para representar a los serbios de Croacia organizó un referéndum sobre su autonomía que Zagreb declaró ilegal. Cuando el Gobierno croata envió a la policía para restablecer el orden, las campanas de las iglesias ortodoxas tocaron a rebato y en los alrededores de la ciudad de Knin se cortaron árboles para levantar barricadas. Al cabo de una semana de esta llamada «la Revolución de los Troncos», los insurrectos proclamaron la Región Autónoma Serbia de la Krajina, formada por la antigua frontera austrohúngara y otras zonas de Croacia con mayoría serbia. El territorio que la entidad aspiraba a controlar incluía Plitvice, apetecible por los ingresos turísticos que generaban los lagos, así que los milicianos serbios tomaron el control del parque. Los policías croatas que acudieron para expulsarles fueron víctimas de una emboscada y la refriega posterior se saldó con dos muertos, uno por bando. Puesto que, según el calendario católico, era Domingo de Resurrección, el episodio ha pasado a la historia con el nombre de «la Pascua Sangrienta».

Aprovechando la bisoñez de las fuerzas leales al Gobierno y el apoyo del ejército yugoslavo, la Región Autónoma Serbia de la Krajina llegó a ocupar hasta un tercio de Croacia, tras lo que sus líderes proclamaron la independencia. En este proyecto, orientado a la homogeneidad étnica, la población croata no tenía cabida alguna y cerca de 100 000 civiles fueron expulsados de sus hogares. Aunque los desplazados llegaban por cientos a Bihać, a Nihad ni siquiera se le pasaba por la cabeza que las hostilidades se pudiesen trasladar a Bosnia. Su padre era de la misma opinión, hasta que un amigo serbio de la cercana Bosanska Krupa le invitó a subir a las colinas sobre la localidad para mostrarle el armamento de sus connacionales. Varios compañeros serbios de Nihad adoptaron la

costumbre de cuchichear entre ellos y jaleaban de forma cada vez más ostensible los avances del ejército yugoslavo.

Una parte sustancial de los serbios de Bihać trabajaba en el aeropuerto militar de Željava, construido en los montes fronterizos entre Bosnia y Croacia. Además de una pista de aterrizaje, incluía un complejo subterráneo capaz de resistir una bomba atómica. En cuestión de días, la mayoría de los serbios de la ciudad desaparecieron sin dejar rastro, aprovechando la noche o el fin de semana. Entre ellos estaba Miroslav, un amigo de Nihad que, por mala conciencia, había advertido entre lloros a la pandilla de que se marchasen porque iba a suceder algo horrible, mientras sus camaradas le respondían incrédulos: «Venga, tío, eso no puede ser». Tras retirarse del aeropuerto, el ejército lo voló por los aires con cincuenta toneladas de explosivos que hicieron temblar Bihać. Las galerías del complejo subterráneo todavía humeaban al cabo de un mes, cuando sobre la ciudad cayeron las primeras bombas.

Aunque apenas había cumplido dieciocho años, Nihad se alistó como voluntario en el Quinto Cuerpo de la Armija, si bien por motivos que iban más allá de defender Bosnia. Su imaginación adolescente veía la guerra como una fuente de aventuras y soñaba con imitar las gestas de los partisanos cuyas hagiografías había estudiado como pionero. Sin embargo, los mandos no le destinaron a combatir en primera línea, sino a la policía militar, con tareas centradas en la gestión de personal y la logística. Tras el naufragio de sus expectativas, añoraba los estudios y la despreocupación juvenil, atrapado en el marasmo de la disciplina castrense. La literatura era lo único que le confortaba del aburrimiento: leía con avidez durante las horas muertas en comisaría, en las garitas de control del tráfico o en su casa, donde devoraba la biblioteca de su madre a la luz de un quinqué.

Dentro de la tragedia que sufría Bosnia, la situación del llamado «Bolsillo de Bihać» era particularmente angustiosa por su aislamiento del resto de territorios controlados por la Armija. Lo cercaban dos milicias serbias: desde el lado bosnio, el ejército de la

República Srpska, y, desde el croata, las tropas de la República Serbia de la Krajina. En otoño de 1993 surgió un nuevo enemigo, esta vez interno. Desde su feudo en la «Krajina furiosa», Fikret Abdić apostaba por negociar con los nacionalistas serbios y croatas que querían trocear Bosnia, una actitud que agigantó sus diferencias con el Gobierno. Movido por el personalismo, Abdić decidió tomar un rumbo propio y fundó la Provincia Autónoma de Bosnia Occidental, que abarcaba los territorios con mayor arraigo de Agrokomerc. Frente a lo que consideraba alta traición, el Quinto Cuerpo lanzó un ataque contra el ejército de «Papá» que inició una guerra interna entre bosniacos. La absurdidad de este conflicto inspiró un chiste negro que hizo furor en la Krajina: «En una batalla, mueren tres soldados de la Autonomía y tres soldados del Quinto Cuerpo. ¿Quién gana? Los serbios, 6-0».

La resistencia en circunstancias extremas había curtido al Quinto Cuerpo hasta volverlo capaz de pasar a la ofensiva. Sin embargo, la operación que sus mandos diseñaron en 1994 para aliviar el cerco fracasó y, en el contraataque, las tropas de la República Srpska estaban cada vez más cerca de Bihać. Destacado al frente, Nihad estaba inspeccionando una casamata cuando cerca estalló un proyectil y la metralla que salió despedida de la explosión se le clavó en el glúteo. Por ser una zona con abundancia de venas y arterias, corría el riesgo de morir desangrado, así que sus compañeros le llevaron a todo correr al hospital de Bihać. Ingresó en medio de un panorama dantesco, con camas y pasillos a rebosar, mientras la avanzadilla del Ejército de la República Srpska se encontraba a apenas medio kilómetro.

Pese a tratarse de una situación límite, Nihad apenas la recuerda, porque la anestesia rudimentaria que le dieron antes de entrar a quirófano comenzó a provocarle delirios. Recorría los pasillos de una morgue entre cajones bañados en luz y, cada vez que abría uno, encontraba en su interior el cadáver de un conocido. Inesperadamente, en lugar de horrorizarse, la estampa le iba poniendo cada vez de mejor humor, tanto que se puso a silbar y despertó de la anestesia. Según la costumbre, al darle el alta el

médico le entregó, a modo de recuerdo, los fragmentos de metralla que le había extirpado de la carne. En contra de la superstición, según la que trae mala suerte no guardar la metralla que a uno le ha herido, decidió deshacerse de ella y hoy solo conserva una cicatriz que se deja sentir cuando cambia el tiempo.

En verano de 1995, en Bihać escaseaban la comida, el armamento y la moral, tanto que se temía que el enclave sufriese el mismo destino que Srebrenica. A la desesperada, el Quinto Cuerpo movilizó a cincuentones y ancianos, rebautizados por los combatientes más encallecidos con el mote chusco de «los pollablandas». Por eso los apurados defensores de Bihać recibieron eufóricos el anuncio de que el Ejército de Croacia había lanzado la «Operación Tormenta», una ofensiva para acabar con la República Srpska de la Krajina. Las tropas del paraestado, entradas en años e insuficientes en número, apenas resistieron durante tres días la acometida de las fuerzas croatas. Coordinándose con esta acción, el Quinto Cuerpo traspasó la raya para enlazar con sus aliados en los lagos de Plitvice, mientras la República de Bosnia Occidental proclamada por Fikret Abdić se desmoronaba en cuestión de horas.

La Operación Tormenta, mediante la que Croacia restableció su integridad territorial, generó efectos contrarios a ambos lados de la frontera. Aterrorizados por los bombardeos, los habitantes de la República Serbia de la Krajina iniciaron un éxodo multitudinario en alicaídas columnas de coches y tractores rumbo a Serbia. Con la marcha de más de 200 000 personas, una tradición de cuatro siglos, iniciada por la llegada de los valacos a los confines del Imperio austrohúngaro, se desvanecía en un solo fin de semana. Quienes permanecieron en sus casas, en gran parte ancianos o personas con algún impedimento físico, quedaron a merced de las represalias de los vencedores, materializadas en el asesinato de más de 700 civiles y cruentas acciones de tierra quemada. En contraste con el drama de los serbios de Croacia, para Bihać la Operación Tormenta supuso el fin de las hostilidades: al cabo de 1201 días de asedio, Nihad y sus paisanos podían respirar.

Terminada la guerra, Nihad se deshizo de su uniforme tirándolo a un contenedor que todavía estaba en llamas y emprendió el camino a Sarajevo para estudiar en la universidad. Aunque sopesó probar fortuna en el extranjero, al final decidió quedarse en Bosnia porque, llevado por el idealismo de los veintipocos años, veía Sarajevo no solo como la capital de su patria, sino también como ciudad mártir y símbolo de la resistencia al agresor. Con todo, llegar no fue fácil, porque las carreteras estaban plagadas de controles que guardaban milicianos de conducta imprevisible y el conductor del autobús que le transportaba junto a una cincuentena de universitarios intentó franquear los montes en pleno invierno. Tras atascar el vehículo en una pista embarrada, dio media vuelta dejando tirados a los pasajeros, que tuvieron que vagabundear por los bosques hasta encontrar el camino a la ciudad.

La Sarajevo de la inmediata posguerra era una ciudad arrasada pero trepidante, impregnada de una euforia anárquica por estar resurgiendo del horror. Este ambiente arrastró a Nihad a un torbellino noctámbulo y, cuando recibió el primer cheque de 1000 marcos en concepto de beca para sus estudios, procedió a dilapidarlos en una juerga de tres días. Como otros jóvenes inquietos, era un asiduo al bar alternativo King Kong, un sótano angosto con sofás de escay donde se organizaban jam sessions y recitales de poesía para un público que se apretujaba envuelto en humo de marihuana. Además de su refugio bohemio, el King Kong fue la primera «editorial» que tuvo Nihad como escritor: compuso varios poemas breves de cinco o seis versos y, como acción de marketing de guerrilla, convenció al propietario para imprimirlos en los sobrecitos de azúcar que servían con el café. La tirada de 10 000 ejemplares, todos consumidos, se convirtió en la mayor edición de poesía de aquellos años en Bosnia.

En parte, la intensidad con la que Nihad se dio a la bohemia era la manifestación de sus traumas de guerra, los cuales no tardaron en asaltarle en forma de insomnio y ataques de pánico. Procuraba serenarse aplicando una técnica de meditación de cosecha propia: con los ojos cerrados, efectuaba respiraciones profundas mientras

visualizaba el lago de Plitvice donde se bañaba de adolescente. El estrés acumulado también le pasó factura en forma de una alopecia galopante, que hacía que el pelo se le desprendiese a mechones. Para atajar la caída, su abuela recogía ortigas en los márgenes del río Miljacka con las que le preparaba tisanas y champúes, pero los remedios caseros no surtieron efecto y Nihad perdió todo el pelo en dos meses.

Además de la poesía difundida en el King Kong, Nihad comenzó a escribir teatro y relatos breves, pero al final se centró en la novela, a la que considera el género literario más completo. En su debut, Sobre la barbacoa y otros restos, un grupo de amigos se junta a la orilla del río Una para la tradicional barbacoa del uno de mayo. De la barbacoa, el libro pasa a explorar los «restos», las heridas con que la guerra ha lacerado su psique. Su segunda novela, El hombre del sótano, parte de un hilo argumental casi detectivesco: el intento de una joven para esclarecer la muerte de su padre durante el conflicto. En una Bihać gris y anodina, sigue las pistas que le va dando por internet un veterano emigrado a Nueva York. La última de sus publicaciones, Mecanismo endeble, tiene un protagonista para el que Nihad se inspiró en su padre: Mensur es un ingeniero de posición holgada bajo cuya asertividad traslucen, sin que él parezca darse cuenta, los remordimientos por la relación distante que siempre tuvo con su hijo mediano, ahogado en el Una.

En sus novelas, Nihad usa el argumento como pretexto para sondear la psicología de los personajes y describir ambientes de lo más variopintos, con predilección por el universo que mejor conoce, su Krajina natal. Como buena parte de los escritores bosnios de hoy en día, ha tenido que plantearse qué importancia dar a la guerra y sus efectos. El conflicto bélico es un tema inevitable para contar la Bosnia actual y una caudalosa fuente de historias, pero al mismo tiempo existe el riesgo de que monopolice la literatura bosnia hasta volverla uniforme. En este difícil equilibrio entre abordar la guerra y convertirla en el tema por defecto, Nihad ha optado por integrarla con naturalidad en su obra: está presente porque ha marcado a los

bosnios, comenzando por el propio autor, pero a un tiempo no es lo que define ni a sus personajes ni a sus novelas.

Nihad se va acercando a la madurez en su escritura y ha conseguido desarrollar una voz propia, pero le cuesta encontrar a quien la escuche. En la literatura bosnia, de tamaño reducido, existe un modelo canonizado hasta tal punto que parece la única vía a seguir. Se trata del tipo de narración establecido por Ivo Andrić y Meša Selimović, caracterizado por el fatalismo y la voluntad de captar la tragedia tanto de Bosnia como de la condición humana. Las nuevas generaciones intentan socavar ese modelo, al que, pese a admirar a Andrić y Selimović, Nihad formula dos reproches. El primero es que el marco de la acción es siempre el Imperio otomano y la Bosnia contemporánea solo se aborda de refilón. El segundo es la casi completa falta de humor, cuando es un rasgo esencial de la cultura bosnia. Nihad, que tiene en su altar literario a Cervantes y Rabelais, está convencido de que, aunque la vida pueda resultar penosa, hay que dejar siempre abierta una rendija por la que se cuele la luz.

Pese a que sus ideas sobre la literatura son claras, hasta la fecha la obra de Nihad ha pasado desapercibida y se encuentra en tierra de nadie: tiene cierto renombre entre los letraheridos y los textos que escribe se van publicando, pero sigue siendo desconocido para el gran público lector. La escena literaria yugoslava se disgregó con el país, lo cual ha menguado las posibilidades para los autores bosnios. El mercado de Bosnia es reducido, en Serbia las obras del resto de la antigua Yugoslavia se ven como provincianas y en Croacia los escritores bosnios gozan de cierta receptividad, pero siempre relegados frente a los autores locales. La única vía por la que un novelista bosnio puede darse a conocer más allá de los Balcanes es ser traducido a una lengua extranjera, para lo cual resulta fundamental destacar en el premio Meša Selimović. Nihad ha presentado al galardón sus tres novelas, con resultados discretos, así que esta puerta también parece cerrada para él.

Tras dos décadas de carrera en la que tiene la impresión de no avanzar, Nihad ha acabado por retraerse. Hace ya tiempo que tiene alquilado un piso en el barrio de Grbavica donde, aislado del mundo, convive con las palabras: las de las nuevas historias que prepara, las de los documentos judiciales que traduce para ganarse la vida y las de los libros a cuya lectura reserva buena parte del tiempo. Cuando se satura por la acumulación de lenguaje, hace un descanso para pasear junto al Miljacka, quizás el río menos agraciado de Bosnia. Como un reverso lóbrego del Una, las aguas turbias del Miljacka discurren por saltos de hormigón que emulan la forma de las tobas, con la diferencia de que en sus remolinos brincan ramas, bolsas de plástico, litronas vacías y balones de fútbol que cayeron rodando por el terraplén. Una vez aireada la mente junto al río, Nihad vuelve a sentarse frente a la hoja en blanco.

Siente remordimientos por no haberse marchado al extranjero con el fin de la guerra, porque quizás allí habría gozado de más oportunidades, ya fuese por estar cerca de los grandes centros de edición o cambiando a la lengua de su país de acogida. Las dudas que le reconcomen, sumadas a las privaciones adoptadas para escribir, han dado a su cuerpo un aspecto enjuto que armoniza con su hosco acento de la Krajina. Sin embargo, detrás de su apariencia huraña y sus formas secas se intuye una sensibilidad delicada. Pese a las crisis de confianza periódicas, en las que siente que cada libro que termina será el último, Nihad persiste en su determinación de escribir porque, si no, perdería aquello que lo ancla a sí mismo, el pilar que sostiene su identidad. Bajo la superficie de su introversión, siempre hay un nuevo libro que crece inexorable, con la misma proliferación lenta pero tenaz que engendró las tobas del Una.

Vencedor de sí mismo

No nos pueden liquidar a todos […] Quedará algún testigo de sus abusos y fechorías. Después de cada festín de lobos queda al menos un rastro de sangre.

Rezak Hukanović, La décima puerta del infierno

El camino que atraviesa Kevljani discurre flanqueado de campos y maizales entre los que asoman breves hileras de casas vacías. Algunas son de obra nueva, con las persianas bajadas; otras apenas una ruina cubierta de maleza. Hace casi treinta años que los habitantes de la aldea fueron expulsados de sus hogares, como atestigua el viejo minarete de la mezquita local, que yace partido por la mitad junto al cementerio. El contraste entre la llegada de la primavera, visible en el rebrotar de los setos, y la ausencia humana envuelve el pueblo en una quietud turbadora. Al fondo de un camino de árboles, con la parte baja del tronco encalada para repeler a parásitos y conejos, de golpe retumba un estrepitoso jolgorio animal: cloqueos, mugidos, graznidos y rebuznos forman una cacofonía desbordante que genera una sensación abrumadora por inesperada.

En el portal de su casa, entre cercados y establos, Kemo sonríe mientras juega con su perro Smoki, un mestizo sin pedigrí que brinca a su alrededor agitando una sola pata delantera. La otra quedó atrapada bajo la rueda de un coche que circulaba a toda velocidad y, desde entonces, Smoki la mantiene encogida a media altura, sin apoyarla en el suelo, con un empeño que le da un aire de vulnerabilidad digna. Mientras oscurece y los faisanes se aúpan a las ramas de los chopos para descansar, Kemo deja a Smoki jadeando frente al umbral de la casa y desaparece en el interior. A

esta hora hay poco que hacer en Kevljani y son días extraños para él, porque se acerca el aniversario de su encierro en el campo de concentración de Omarska.

La llanura de Prijedor se extiende al pie de Kozara, la cordillera que ciñe buena parte de la Krajina bosnia. En la Segunda Guerra Mundial, este macizo se convirtió en un foco de resistencia partisana que terminó de forma trágica tanto para los guerrilleros como la población. El Partido Comunista Yugoslavo organizó una revuelta popular en la que participaron numerosos serbios de la zona: echados al monte, hostigaban al invasor con aperos y rifles de caza. Tras cercar Kozara, las tropas del Eje procedieron a peinar los bosques y se llevaron a ancianos, mujeres y niños que se habían refugiado con los guerrilleros. Por senderos de hojarasca y carreteras sinuosas, los ustachas les condujeron hacia las tierras bajas, rumbo a los campos de concentración de Jasenovac.

Los mandos ustachas habían levantado el complejo en el punto donde el Una afluye en el río Sava, un paraje de ciénagas deshabitadas que podía albergar a miles de reclusos. De todo el Estado Independiente de Croacia llegaban trenes repletos de serbios, judíos, gitanos y opositores al régimen, exhaustos por el hacinamiento, el hambre y la sed. Vivían amontonados en barracones donde proliferaban las epidemias y algunos debían cumplir un régimen de trabajos forzados: intentaban levantar un dique sobre el terreno pantanoso, cocían ladrillos en una fábrica o, empleados en un pequeño taller metalúrgico, forjaban las dagas con una «U» en la empuñadura que los ustachas emplearían para degollarles. Poseídos por una euforia sádica, los verdugos sajaban cuellos, cortaban orejas, arrancaban ojos y abrían cráneos a golpes de mazo.

La muchedumbre de labriegos capturada en Kozara ni siquiera llegó a alojarse en los barracones, sino que fue transportada en balsa al margen opuesto del Sava, el lugar señalado para su ejecución. Cada vez que el barquero atracaba en la otra orilla, junto a un árbol conocido como «el Chopo del Horror», los martirizadores

aguardaban a la nueva carga de víctimas provistos de armas blancas, picos y mazos. A lo largo de un día entero, un interminable cortejo de civiles fue desembarcando de forma silenciosa, mientras por el puente sobre el Sava, en sentido contrario, volvían carros con su ropa en montones. Los presos del campo contemplaban horrorizados la escena desde su orilla, convencidos de que Bosnia entera se dirigía a la aniquilación.

Mientras en Jasenovac se cometían estas atrocidades, Šerif, el abuelo de Kemo, vivía oculto en los bosques cerca de Kevljani para esquivar la venganza de sus antiguos vecinos. En la Yugoslavia de entreguerras, un serbio de la zona importunaba a los musulmanes con sus bravuconadas: levantaba el velo a las mujeres para besuquearlas, llevaba un chaleco antibalas que había agujereado con cigarrillos encendidos para presumir de invulnerabilidad a los «disparos musulmanes» y amenazaba con entrar a tiro limpio en la cercana localidad de Kozarac. Los potentados locales decidieron pararle los pies y convencieron a Šerif para que le tendiese una emboscada. De buena mañana, cuando el abusador conducía su carro hacia la mina para la que trabajaba como arriero, Šerif le esperaba agazapado con su rifle y, a la primera descarga, cayó desplomado en un margen.

El crimen llevó a Šerif a la cárcel, pero se benefició de la amnistía general decretada al poco de la invasión alemana. Con todo, sabía que, por haber derramado sangre, no podía unirse a los partisanos ni caer preso de los chetniks, ya que, en ambos casos, los serbios que integraban las milicias aprovecharían para desquitarse. Su tenacidad y conocimiento del terreno le permitieron esconderse durante la guerra pero, con la liberación de Yugoslavia, su destino quedó sellado. En la oleada represiva contra los sospechosos de colaboracionismo, sus vecinos presentaron más de treinta denuncias falsas contra él y fue condenado a pena de muerte. Le ajusticiaron en un ahorcamiento público, con remate de un tiro a bocajarro mientras sufría las últimas convulsiones.

En la Yugoslavia socialista, los habitantes de Kevljani vivían en condiciones humildes. Hate, la madre de Kemo, era la responsable de sustentar a la familia, para lo que cultivaba los campos de los alrededores, criaba unas pocas cabezas de ganado e iba a los mercados a vender quesos caseros. Como muchos hombres de Kevljani, Smail, su esposo, trabajaba como albañil para una constructora en Croacia. Llevaba una vida nómada de una obra a la siguiente, con apenas más ocio que apurar botellas de coñac con los compañeros en barracones que apestaban a linóleo y serrín.

Desde principios del siglo xx, la región de Prijedor venía siendo explotada como cuenca siderúrgica por la abundancia de mineral de hierro. Los geólogos sospechaban que las inmediaciones de Kevljani escondían unas reservas notables y, a principios de los ochenta, comenzaron las prospecciones. Kemo observaba perplejo las extrañas máquinas que perforaban los campos de su madre y se asomaba a los hoyos que abrían en la tierra. Smail, menos curioso, las veía como la oportunidad de poner fin a su vida entre andamios. Sin embargo, el mineral de hierro no se encontró en Kevljani, sino en la cercana localidad de Omarska, y Smail jamás recibió ninguna oferta para trabajar allí. Cuando su madre lo enviaba a hacer recados a la ahora próspera Omarska, Kemo atravesaba el bosque en bicicleta y seguía en paralelo a la vía del tren hasta divisar la mole del complejo minero.

Con el hundimiento de la Croacia independiente, los ustachas destruyeron los campos de Jasenovac y el paraje quedó como un rincón cubierto de matojos al que solo acudían los pescadores del Sava. Luego el régimen socialista erigió un monumento que representaba una flor de loto y señaló las antiguas construcciones mediante túmulos u oquedades en la tierra. En los lugares de ejecución figuraban placas de mármol con textos alusivos, incluida una de las recetas de Tito para preservar Yugoslavia: «Tenemos que cuidar la fraternidad y la unidad como la niña de nuestros ojos».

Fallecido el mariscal, en Jasenovac se consagró una iglesia ortodoxa mediante una liturgia por las víctimas del campo y, desde entonces, el lugar se convirtió en destino de peregrinación para los serbios. Durante los ochenta se entabló una batalla por la cifra de asesinados en Jasenovac, entre cuyos minimizadores estaba el pseudohistoriador Franjo Tuđman. Cuando Tuđman llegó a la presidencia de Croacia, los serbios de la región se convencieron de que valía más anticiparse a sus designios que sufrir un nuevo Jasenovac.

Además de echar una mano a Hate con los campos y el ganado, Kemo estudió electrotécnica en la escuela de Prijedor, pero jamás encontró un trabajo por la crisis que asolaba Yugoslavia. Con el estallido de la guerra en Croacia, los serbios locales partieron a combatir contra los «ustachas redivivos», mientras Kemo y los musulmanes se negaban por simpatizar con la república vecina. La primavera siguiente, los extremistas serbios tomaron con nocturnidad las instituciones de Prijedor e instaron a musulmanes y croatas a colgar sábanas blancas de sus ventanas en señal de adhesión al nuevo orden. En los documentos del partido nacionalista serbio SDS, figuraba como objetivo primordial establecer un corredor que uniese Serbia, la Krajina bosnia y la insurrecta Krajina croata. Para cumplirlo, los musulmanes de Prijedor eran un obstáculo que eliminar.

Pese a los presagios lúgubres que se cernían sobre la comarca, el día había amanecido radiante en Kevljani. En la cocina, Hate horneaba un pastel de carne para Kemo y su hermano Kasim, los dos únicos hombres que había en la casa, porque su esposo, Smail, y su hijo mayor, Asim, estaban en Croacia trabajando en la obra. Cuando Hate se disponía a moler el café, un vecino pasó gritando que dos mil chetniks se acercaban al pueblo. Los habitantes de Kevljani corrieron a esconderse en un bosque y pronto se extendió el rumor de que se evacuaría a ancianos, mujeres y niños. Sin tiempo para decidir, Kemo y Kasim convencieron a Hate de que lo más sensato era que se fuese y, casi sin darse cuenta, se estaban despidiendo de su madre. Al volver a casa, Kemo encontró la cocina

desierta, sin más rastro de Hate que un puñado de café y el pastel de carne todavía caliente, cubierto con un paño.

Los milicianos serbios habían cortado las tres salidas de Kevljani emplazando un tanque en cada una y, una vez cerrado el cerco, lanzaron los primeros proyectiles contra el alminar de la mezquita. Los vecinos comprendieron que no estaban en condiciones de resistir, así que formaron una delegación negociadora que partió hacia las posiciones serbias con una sábana blanca colgada de una rama. Siguiendo instrucciones de los atacantes, el pueblo entero acudió al campo de fútbol junto a la escuela, donde el comandante leyó una lista de quienes habían trabajado en Croacia. Bajo la acusación de haber combatido contra los serbios fueron conducidos al interior de la escuela, por cuyas ventanas se empezaron a oír golpes y gemidos. Cuando autorizaron al resto a volver a sus casas, Kemo se quedó atónito al encender el televisor y ver que los informativos de Belgrado anunciaban la captura en Kevljani de decenas de islamistas radicales.

Las autoridades convocaron una nueva reunión junto a la escuela, esta vez para embarcar a todo el pueblo en autobuses con el pretexto de «garantizar su seguridad». Durante una noche entera, recorrieron varios puntos de la comarca de Prijedor entre culatazos e improperios cada vez que tenían que salir o entrar en los vehículos. Ya de madrugada, Kemo sintió un escalofrío al reconocer la silueta de la mina de Omarska, consciente de que sus pozos podían albergar cientos de cadáveres. Sintió cierto alivio cuando los milicianos distribuyeron a sus cautivos por el complejo, porque su vida no corría peligro inmediato, sin ser consciente de que acababa de ser encerrado en un campo de concentración.

En la mina de Omarska, los extremistas serbios de Prijedor confinaron a bosniacos y croatas en edad de combatir para evitar que se formase algún tipo de resistencia. Las condiciones de vida eran infames: los presos pasaban días hacinados en la penumbra, solo podían ir al baño en dos franjas diarias de treinta minutos e intentaban saciar su sed bebiendo agua de los grifos, contaminada

con mineral de hierro. En un antiguo vestuario para los mineros del que se habían arrancado las taquillas, Kemo pasaba sus días en una atmósfera hedionda a sudor y heces, apretujado entre decenas de vecinos que parloteaban para aliviar el terror.

Tras cuatro días sin alimentarles, los directores del campo organizaron una comida diaria. El procedimiento consistía en correr al trote hasta la cantina, donde a cada preso le correspondía un mendrugo reseco y un plato de sopa aguada en la que, con suerte, flotaba medio puñado de guisantes. Solo tenían noventa segundos para engullir su ración —que, por estar hirviendo, les abrasaba el esófago— antes de volver entre insultos y golpes a su estancia. La sopa llegaba cada mañana en una furgoneta amarilla que luego partía con una carga siniestra: los cadáveres de los presos asesinados la noche anterior.

Los guardias del campo eran serbios de la zona que se habían presentado voluntarios para la tarea. Puesto que conocían a sus cautivos —incluso uno de ellos había compartido pupitre con Kemo en la escuela—, al principio se movían cohibidos entre ellos sin mirarles a la cara. La situación cambió con la llegada de una unidad policial para enseñarles a «gestionar el campo». Roto el tabú de matar, ebrios de la potestad sobre la vida ajena, perpetraban todo tipo de abusos y solo quedarse mirando a un guarda entrañaba el riesgo de martirio. Las viejas rencillas también podían ser mortales, porque los carceleros o los serbios de Omarska que acudían al campo aprovechaban para saldar cuentas pendientes.

El mayor de los peligros que acechaban era figurar en las listas de liquidación, cuyos integrantes eran ejecutados por las noches. Los guardias les llevaban a las casetas del complejo minero para lincharles con porras, barras de hierro, palancas, tubos y utensilios agrícolas. De esta forma, las noches de Kemo en el campo se convirtieron en una tensa espera junto a los otros cautivos. Quienes eran llamados volvían medio inconscientes y cubiertos de sangre, cuando no desaparecían para siempre. Sentado en la tiniebla, Kemo

oía sus gritos de dolor, mientras apuraba un cigarrillo conseguido bajo mano para tranquilizar los nervios.

Pronto le tocó someterse a un interrogatorio para determinar si entraba en las listas. Al otro lado de la mesa se topó con un rostro familiar: el de Miroslav Zorić, su profesor en la escuela de Electrotécnica, ahora vestido de miliciano. Su antiguo docente, admirado por su humor y por aprobar a los alumnos rezagados para que en casa no les pegasen, era el responsable de decidir sobre su vida. Kemo se esforzó por mirarlo a los ojos y dar respuestas cortas que no le comprometiesen, gracias a lo que consiguió salir ileso, pero no ocurrió así con su hermano Kasim. Convencido de que la guerra iba a estallar, se había hecho con un rifle en el mercado negro, así que para él no hubo compasión: volvió de su interrogatorio con varias costillas rotas y pasó días tumbado escupiendo sangre.

La lucha por la supervivencia en Omarska no solo era física, sino también mental. Kemo se aisló de cualquier sentimiento —el miedo, la incertidumbre y hasta la pena por los compañeros que morían asesinados— porque consumían unas fuerzas que necesitaba para seguir vivo. A veces soñaba despierto que criaba un rebaño de vacas, no para sacrificarlas en el matadero, sino para ordeñar, y, a la hora de la comida, en lugar de apelotonarse en el establo aguardaban dóciles a que Kemo les alcanzase los brazados de paja. También recuperó las plegarias casi olvidadas de su infancia: cerraba los ojos y se veía con su hermano Kasim en una arboleda bajo la luz de la luna, mientras los rezos que susurraba iban levantando en torno a ellos un cerco protector.

Una noche soñó con su madre. Al pie del roble donde, de niño, se paraba a descansar a la vuelta de la escuela, Hate le reconfortaba diciéndole que no se preocupase, porque todo iba a salir bien. Esta visión fue como una luz en las tinieblas para Kemo, un asidero de esperanza al que se agarró con todas sus fuerzas. Pero, además de ahogar sus sentimientos y aferrarse a las ensoñaciones, se propuso

sobrevivir para contar lo ocurrido en el campo y evitar que el mundo lo olvidase.

En agosto de 1992, un grupo de periodistas ingleses obtuvo el permiso de Radovan Karadžić para visitar los campos de Prijedor y la consternación que causaron sus reportajes obligó a la República Srpska a cerrarlos. En las imágenes de Omarska, los presos corrían hacia la cantina a por su ración de pan y sopa, que devoraban con ansiedad. Cuando los periodistas exigieron ver a los reclusos del edificio donde se encontraba Kemo, las autoridades se negaron. En la grabación aparece la antigua profesora de inglés de Kemo en la escuela que, ejerciendo de portavoz, aclara con impecable acento británico a los periodistas que la mina de Omarska no es un campo de concentración, sino un «centro de tránsito».

Con todo, las imágenes que horrorizaron al mundo fueron registradas en el campo de Trnopolje: al otro lado del alambre de espino, un grupo de hombres que más bien parecían espectros miraba fijamente a cámara, con los pómulos y el costillar marcados en la carne. Aquella estampa propia del Holocausto acentuó las presiones sobre la República Srpska, que en los días posteriores a su emisión trasladó a los internos de Omarska a un nuevo destino. Al cabo de un periplo agónico hacinados en autobuses, sus captores les dejaron encerrados toda la noche con la calefacción al máximo. La temperatura era tan alta que se retorcían la ropa para escurrirla y humedecerse los labios con su propio sudor. Cuando, al amanecer, les dejaron salir al aire libre, varios se lanzaron de cabeza a un prado para aplacar su sed lamiendo el rocío de la mañana.

Se encontraban en un altiplano del macizo de Manjača, que el ejército yugoslavo había expropiado durante la época socialista para disponer de una zona de maniobras para tanques. Ahora, la granja cercana al polígono cuya producción abastecía a la tropa se había transformado en un campo de concentración donde internar a reclusos no serbios. Como los establos se habían vaciado para alojar a los presos, las vacas, sin nadie que las ordeñase, rumiaban por los pastos con las ubres repletas de leche agria. En la cuadra

que les asignaron las autoridades, Kemo y los presos de Omarska dormían tumbados en el suelo, sobre el que extendían mantas o un simple montón de helechos como jergón.

En Manjača, los presos debían andar siempre con las manos detrás de la espalda y la cabeza baja si no querían ser golpeados por los vigilantes. Por la falta de agua en los establos, se abastecían en un lago artificial creado para las maniobras de tanques anfibios, donde llenaban sus garrafas de un líquido turbio de aceite de motor en el que pululaban los renacuajos. Con todo, para los presos de Omarska las nuevas condiciones supusieron una mejora notable. Recibían dos comidas diarias, aunque el hambre seguía acuciando: cada noche, al regresar a su establo Kemo robaba un par de mazorcas del maíz destinado a los animales y chupeteaba los granos para ablandarlos con su saliva antes de hincarles el diente. Sin embargo, la principal ventaja que ofrecía Manjača a sus internos era el registro en listas supervisadas por la Cruz Roja, que les ponía a salvo de las temidas desapariciones nocturnas.

La principal causa de mortalidad en Manjača era el áspero clima montañés, que devastaba los organismos exhaustos de los reclusos. Desde su entrada en Omarska, Kemo había perdido un tercio de su peso y se había visto obligado a añadir hasta cinco agujeros a la correa del cinturón. Su delgadez era tan exagerada que un día, al sentarse en un banco, se asustó al escuchar el golpe seco de sus huesos contra la madera. Tras medio año al filo de la existencia, las temperaturas glaciales al caer la noche y el viento que se filtraba por las grietas menguaban sus fuerzas hasta tal punto que decaían sus ganas de vivir. Octubre había sido tormentoso y los aguaceros presagiaban un invierno crudo, para el que la Cruz Roja apenas había revestido el cobertizo con poliestireno y nailon.

La única esperanza de Kemo eran las visitas, cada vez más frecuentes, de periodistas, diplomáticos extranjeros y miembros de organizaciones internacionales que apremiaban al Gobierno de la República Srpska para que cerrase los campos. De forma

providencial, su persistencia surtió efecto al caer las primeras nieves. Para quedar libres, Kemo y sus compañeros tuvieron que firmar una declaración según la que renunciaban a volver a sus hogares y entregaban a la República Srpska todos sus bienes. Solo después pudieron abandonar Bosnia por la ciudad fronteriza de Gradiška, entre una turba de serbios locales que escupía a los autobuses y apedreaba las lunetas. Al cruzar el puente sobre el Sava rumbo a Croacia, Kemo se sorprendió al darse cuenta de que el fin del cautiverio no le despertaba sentimiento alguno: ni euforia, ni alivio, ni expectación. En su interior solo había un vacío inconmensurable.

En el campo de refugiados de la ciudad croata de Karlovac, la familia de Kemo y Kasim se reunió al completo: su madre, Hate, había sido deportada de Bosnia, mientras que su padre, Smail, y su hermano mayor, Asim, habían permanecido en Croacia sin poder cruzar la frontera. El reencuentro familiar supuso un alivio para Kemo, pero la represión de sus sentimientos había arrasado su vida emocional y se sentía aislado e indiferente. Hablando con un antiguo compañero de Omarska, le confesó: «Podría contemplar como degüellan a un ser humano como si fuese un cerdo y no sentiría nada. Ni asco, ni pena: nada».

Su indiferencia se empezó a agrietar durante un paseo matinal junto al río, cuando vio un cisne que se posaba en el agua. Admirado por su belleza, lo llamó e intentó acercarse, pero el ave, recelosa, se mantuvo a distancia. El cisne obsesionó a Kemo hasta tal punto que iba a diario al río para ofrecerle migas de pan y, poco a poco, el animal le perdió el miedo hasta terminar comiendo de su mano. Para Kemo, desacostumbrado a recibir cariño, estos encuentros en los que el cisne le mordisqueaba los dedos eran como un bálsamo. Sin embargo, pronto tuvo que separarse de su compañero, porque la Cruz Roja le incluyó en un vuelo de refugiados con destino a Inglaterra. Aunque era invierno, el sol resplandecía cuando embarcó por primera vez en un avión rumbo a Londres.

Tras instalarse en un centro de refugiados, se matriculó en la carrera de Administración de Empresas en la Universidad de Royal Holloway. Había una diferencia abismal entre las condiciones vejatorias de los campos de concentración y la opulencia de su college victoriano, pero Kemo sentía que, pese a haber recuperado la libertad, estaba lejos de sentirse libre. Justo cuando su caparazón protector había empezado a resquebrajarse, la guerra entre bosniacos y croatas repercutió tanto en su familia como en su salud mental. Su padre y su hermano mayor, que se habían quedado en Croacia, perdieron el empleo en la obra por no tener permiso de residencia y el Gobierno les obligó a abandonar el país junto a numerosos desplazados bosniacos. La acumulación de maltratos contra él y su familia quebró la entereza de Kemo. Sus defensas se hundieron de golpe y, de los escombros de su atonía, brotó una cólera feroz por el martirio sufrido en los campos, que intentaba aplacar mediante fantasías en las que se vengaba de sus captores.

Desbordado por el odio, Kemo fue remitido al ambulatorio local para someterse a tratamiento psiquiátrico. Comenzó la terapia con Marina, una psicóloga rusa que tuvo que marcharse de la URSS por haberse negado a certificar la supuesta demencia de un disidente. Bajo su orientación, Kemo entabló una dura lucha contra el trauma, consecuencia no solo de los abusos vividos, sino también de haber sido privado de su libertad. En los campos había sido tratado como un infraser, sin potestad para elegir cuándo comer o ir al baño ni mantener un nivel elemental de higiene, por lo cual sentía una profunda humillación. Además, el sufrimiento que le habían infligido sus semejantes había descompuesto sus lazos con el ser humano, así que debía emprender la tarea colosal de volver a confiar en el prójimo. En el combate interno que afrontaba, tenía algo a su favor: no le habían doblegado, no había delatado a nadie, siempre se había preocupado por sus compañeros y no había cometido vilezas para sobrevivir. En otras palabras, había logrado mantener su humanidad a salvo.

Como parte del proceso terapéutico, Kemo fue madurando la idea de dar testimonio sobre su experiencia en los campos de

concentración. Tenía miedo de que el mundo se despreocupase de lo ocurrido, sobre todo cuando a él, como a tantos otros reclusos, le era imposible olvidar. Para preservar la memoria del crimen, decidió narrar sus vivencias en un libro titulado Killing Days (Días de asesinatos), tras la publicación del cual empezó a dar conferencias, charlas para jóvenes y entrevistas a los medios. A diferencia de muchos de sus antiguos compañeros, incapaces de compartir la experiencia de los campos, para Kemo la escritura tuvo una función catártica: los horrores fueron quedando atrás a medida que los verbalizaba, hasta tal punto de que hoy le cuesta recordar lo que escribió.

En mayo de 2002, al cumplirse una década del ataque a Kevljani, Kemo se vio por primera vez con arrestos para visitar su pueblo natal. Nada más deportar a sus habitantes, los milicianos serbios habían desvalijado sus casas, para luego prenderles fuego y dejarlas reducidas a escombros. La destrucción era tan absoluta que a Kemo le costó encontrar su antiguo hogar, ahora solo tres paredes cubiertas de maleza entre las que no quedaban restos de la vida de antes, salvo el cubo de madera donde Hate batía la nata y unos pantalones cortos de Kemo carbonizados. Aunque contemplar las ruinas de su pueblo le llenó de congoja, se mantuvo firme en la otra decisión que había tomado: presentarse en la escuela de electrotécnica para confrontar a su interrogador.

Encontró a Miroslav Zorić en un pasillo y el docente, que lo reconoció enseguida, intentó zafarse con una mueca de angustia. Sin embargo, en lugar de echarle en cara su sufrimiento, Kemo empezó a contarle que guardaba un recuerdo entrañable de él, porque era un profesor simpático y bien parecido que tenía encandiladas a las alumnas. Fue el propio Zorić quien, desconcertado, sacó a relucir lo ocurrido en Omarska. Para justificarse, le contó que se había encontrado en una situación que jamás hubiese querido y que, incluso en esos momentos, procuró ayudar a quien estuvo en su mano. Cuando Kemo le preguntó por dos compañeros desaparecidos, negó que en el campo tuviese

ningún poder y se escudó en que era solo «un chupatintas que estaba en el lugar equivocado en el momento inoportuno».

Aunque Zorić le pidió disculpas por lo ocurrido, Kemo sintió que no había sinceridad en su arrepentimiento y, de todas formas, no estaba preparado para perdonar. Kemo no vería más a su interrogador, que falleció dos años después de un cáncer, pero la idea del perdón empezó a calar en su espíritu. La primera decisión que tomó fue dejar de odiar, convencido de que era su propio odio lo que le mantenía cautivo y, si permitía que lo destruyese, habría completado él mismo la tarea iniciada por los perpetradores. Su segunda decisión fue ponerse en el lugar de sus carceleros, tomar conciencia de que, dadas ciertas circunstancias, todo ser humano alberga la capacidad de matar. Consiguió empatizar con los guardias porque se dio cuenta de que si, tras su crisis en Inglaterra, se hubiese alistado en la Armija quizás él también hubiese cometido atrocidades. La culminación de todo este proceso llegó de golpe un día al tomar la ducha matinal, cuando se oyó decir: «Te perdono» y sintió un alivio en el pecho.

Como parte del empeño por trascender el pasado, Kemo se resolvió a aportar su granito de arena para mejorar la vida en Kevljani. La población original de la aldea se ha reducido de 2000 habitantes a una cuarentena y la mayoría de casas reconstruidas han quedado como segundas residencias donde los supervivientes pasan el verano. Por la escasez de condenas a los guardias de Omarska, en las carreteras rurales o al hacer recados en Prijedor quienes han vuelto se encuentran con sus antiguos captores, que les preguntan qué tal les va como si nada hubiese ocurrido. El cartero que trae la correspondencia a Kevljani, un antiguo vigilante del campo, llega cada quince días por el bosque en bicicleta. Si hay cartas para Kemo, toca el timbre para avisarle y, después de entregárselas, sigue pedaleando entre casas vacías para llevar el correo al resto de supervivientes.

El proyecto puesto en marcha por Kemo es una ONG llamada Most Mira (Puente de la Paz), que organiza actividades para que los

niños bosniacos puedan conocerse con sus vecinos serbios. A través primero de actividades lúdicas —carreras de tarasca, pistas americanas, espectáculos de circo— y luego de talleres teatrales, los hijos de los guardias del campo se han ido haciendo amigos, sin saberlo, de los hijos de las víctimas. Además, Kemo planea crear un Centro de la Paz frente al campo de fútbol donde las tropas serbias concentraron a los habitantes de Kevljani. Aunque Kemo evita hablar de «reconciliación» para no generar rechazo en las comunidades, Most Mira tiene un objetivo claro: salvar la brecha étnica para que los niños que hoy ríen y se divierten juntos no acaben martirizándose unos a otros en un campo de concentración.

Aunque va con frecuencia a Kevljani para llevar a cabo sus proyectos, Kemo mantiene un pie en el Reino Unido, a diferencia de su hermano Kasim, que volvió a la primera oportunidad. Tras un periplo como inmigrante ilegal en varios países, Kasim recuperó las tierras que cultivaba su madre, Hate, y compró la marabunta de animales que alborota el silencio del pueblo. Por su trabajo con Most Mira, Kemo suele estar rodeado de humanos, pero desde su paso por los campos sabe bien de lo que son capaces y a veces se refiere a ellos como «la peor de las bestias». Si bien ha reconstruido los lazos con sus congéneres, solo parece establecer una relación espontánea con el perro Smoki y el resto de animales de Kasim, a los que puede estar horas acariciando por su inocencia y sencillez.

Este mismo sosiego es el que encuentra en la naturaleza, en lugares remotos como las fuentes del río Dabar, donde ha comprado un terreno en el que planea instalarse para volver definitivamente a Bosnia. Por un sendero de tierra, entre gorjeos de pájaros, Kemo llega hasta la cabecera del río, donde el agua brota de las entrañas de una cueva. En este paraje bucólico, su estampa de piel blanquecina y pelo largo recogido en una coleta desprende una paz singular. El sufrimiento ha trazado finos surcos en la comisura de sus párpados, pero sus ojos azules transmiten una impresión de serenidad, más valiosa por haberla logrado en dura pugna contra sí mismo. Al mismo tiempo, quien le contempla a veces no puede

evitar preguntarse si los demonios que ha conseguido someter están vencidos del todo o solo duermen.

Kemo marcha por el valle oloroso, levantando saltamontes de la hierba, hasta llegar al emplazamiento donde tiene previsto reconstruir una cabaña. A la sombra de un pinar, recorre los escombros cubiertos de maleza hablando de las obras y de sus planes de futuro, para luego desaparecer en el bosque entre chasquidos del follaje. Quizás sea aquí, solo, lejos de cualquier presencia humana, donde consiga desembarazarse al fin de todo y alcanzar, siquiera por un momento, la preciada libertad.

La orilla desierta del Vrbas

Esta es una tierra extraña […]. Por sus caminos y valles, los enemigos se encuentran y combaten, mientras el pueblo vive oculto como el amor en el corazón, cada vez más oprimido y amargo.

Irfan Horozović, La patria sin fin

Más allá del cementerio de estelas musulmanas, con su blanco marmóreo y su inscripción funeraria en árabe, Srđan deja atrás los bloques de las afueras de Banja Luka para pasear junto al río Vrbas. Anda por una calzada silenciosa contemplando los árboles de la orilla, una mezcla abigarrada y bastarda que la brisa acuna entre el rumor de la corriente. Cada día anochece más temprano a medida que avanza el otoño y, desvanecida la calidez estival, un frío húmedo se va adueñando de la ribera. El camino que Srđan recorre en solitario atraviesa el núcleo original de Banja Luka, que ha perdido tanto a sus habitantes como su nombre histórico de «Ciudad de Arriba»: tras la marcha de la población bosniaca, las autoridades han rebautizado el lugar como «Baños Serbios» para marcar el territorio. Mientras pasa frente la hilera de casas vacías junto al Vrbas, Srđan se pregunta cómo pudo suceder. También si, como serbio y periodista, hizo todo lo que pudo para ayudar a sus conciudadanos.

El paseo que Srđan da cada día a esta hora es un recorrido hacia atrás en el tiempo, de la Banja Luka moderna al origen de la ciudad. Cuando, en el siglo

xvi

, las tropas del sultán Solimán el Magnífico invadieron la cuenca del Vrbas, levantaron en los márgenes del río el embrión de Banja Luka. Por la importancia que el islam otorga a la limpieza del cuerpo, empezando por las abluciones preceptivas antes de rezar, los otomanos tenían querencia por construir sus edificaciones cerca de los cursos de agua. Sin embargo, con el tiempo Banja Luka desarrolló un segundo núcleo más hacia el norte, durante la época en que fue capital de Bosnia bajo el gobierno de Ferhad Pachá Sokolović. En un coto de caza, Ferhad Pachá levantó este segundo centro alrededor de la mezquita Ferhadija, bautizada en su honor y considerada en su tiempo la más bella de Bosnia.

Banja Luka no viviría un nuevo periodo de esplendor hasta la Yugoslavia de entreguerras, cuando el rey Alejandro dividió el país en banatos, demarcaciones cada una de las cuales llevaba el nombre de un río: Banato del Danubio, Banato del Sava, Banato del Drina o Banato del Vrbas. El último de estos banatos, con capital en Banja Luka, era el menos desarrollado de todos, pero su primer ban o gobernador, Svetislav Tisa Milosavljević, transformó la ciudad. Cuenta la leyenda que, nada más llegar, Milosavljević trazó con un compás en un mapa la ubicación del que sería el tercer centro urbano de Banja Luka, donde hoy se encuentran las principales instituciones de la República Srpska. Su popularidad fue tal que, al marcharse a Belgrado para ejercer como ministro de Transportes, la población entera acudió a despedirle con sus mejores galas formando un extenso pasillo desde su residencia hasta la estación de tren.

El dulce florecimiento de Banja Luka quedó cortado de cuajo en la Segunda Guerra Mundial con la llegada al poder de los ustachas, encabezados por el abogado Viktor Gutić. Retaco y obeso, Gutić estaba movido por un odio patológico que desbordaba en sus discursos: amenazaba con barrer a los serbios de la Krajina usando una escoba de hierro y enviarlos a Serbia, pero no por tierra firme, sino como cadáveres flotando en el río Sava. A instancias de Gutić, los ustachas destinados a Banja Luka llevaron a cabo la mayor masacre perpetrada en el Estado Independiente de Croacia fuera de

los campos de concentración. En apenas medio día, pasaron a cuchillo a 2500 civiles serbios de los alrededores, incluidas dos aulas de niños de una escuela primaria.

Fue en esos tiempos de horror cuando Jovan y Vesna, los padres de Srđan, decidieron casarse. Se habían conocido trabajando como sastres antes de la guerra, pero las circunstancias habían cambiado y Jovan, de etnia serbia, tuvo que cambiar de nombre como precaución por el equivalente croata, «Ivan». Srđan conserva el certificado matrimonial de sus padres, redactado en la neolengua croata que favorecían las autoridades y timbrado con el damero rojiblanco y la letra «U» de «ustachas». Aunque Hitler había recomendado a sus títeres croatas «cincuenta años de intolerancia nacional», los propios nazis establecidos en Banja Luka consideraban excesivos los desmanes capitaneados por Gutić y consiguieron que el Gobierno de Zagreb lo alejase de la comarca.

Como en el resto de la Croacia independiente, la insatisfacción alemana se debía a que las atrocidades ustachas echaban a la población en brazos de los partisanos. En la Yugoslavia de entreguerras, Banja Luka había sido un importante foco del movimiento obrero, por lo que miles de sus habitantes se alistaron en la guerrilla. Jovan y Vesna se quedaron en la ciudad, pero contribuyeron a la causa trabajando como sastres, dedicados a confeccionar y zurcir los uniformes de la tropa. Tras dos intentos de la milicia por capturar Banja Luka en los que Jovan participó, tanto la guarnición nazi como los ustachas se dieron cuenta de que era inútil resistir y terminaron por retirarse sin presentar batalla. Gutić fue llevado ante un tribunal revolucionario que le condenó a la horca y, ejecutada la sentencia, le dieron sepultura a orillas del Vrbas.

Una vez alcanzada la victoria en la guerra era necesario consolidar el comunismo, incluidos lugares refractarios al nuevo sistema. Jovan recibió la orden de trasladarse a Jajce para formar células del Partido, ya que los ustachas mantenían cierto arraigo entre la población croata local. En cumplimiento de esta misión, se instaló junto a su esposa en Jajce durante casi dos décadas. Había una

diferencia notable entre los nuevos gerifaltes, campesinos que debían el ascenso social a haberse distinguido como partisanos, y el elegante Jovan quien, como buen sastre, se confeccionaba los trajes a medida. Srđan recuerda que la indumentaria pulcra de su padre le daba el aspecto de «un señor entre camaradas». No obstante, su memoria más viva de la infancia es el momento en que, yendo hacia la escuela, se detenía frente a la tienda del cafetero para verle triturar los granos con una maza y aspiraba hondo para llenarse el olfato de aroma a café.

Justo cuando Srđan cumplió diez años, el servicio de su padre en Jajce llegó a su término y la familia emprendió el camino de vuelta a Banja Luka. Como el resto de sus habitantes, Srđan esperaba ansioso la llegada del buen tiempo para disfrutar de los primores del Vrbas. Por la gelidez de las aguas, los bañistas se iban desplazando a lo largo del río según avanzaba el verano y corría la voz de que, en tal recodo, la temperatura ya permitía darse un chapuzón. Srđan se bañaba en el remanso de Sitar, de cuya toba se había extraído la piedra para la mezquita Ferhadija, conocida también porque en las casas circundantes florecían las mejores rosas de toda Banja Luka. Al atardecer, las familias musulmanas de postín organizaban junto al Vrbas los denominados teferiči, veladas al filo del agua cuyos participantes comían, bebían y cantaban entre el frescor de los árboles y las salpicaduras que el viento levantaba del río.

Jovan murió con apenas cuarenta años de un cáncer de pulmón, pese a que jamás había encendido un cigarrillo, y Vesna se quedó sola con tres hijos a los que sustentaba con sus labores de sastrería. Gracias al tesón de Vesna y las oportunidades que ofrecía el socialismo, tanto Srđan como sus hermanos estudiaron en la universidad, y no en la aislada Bosnia, sino en Belgrado. Los serbios de provincias llegaban por miles a la capital para cursar sus estudios porque era el trampolín perfecto para ascender. Recluido en la Ciudad Estudiantil, cuatro enormes pabellones destinados a alojar a los provincianos, Srđan pasó toda la carrera de Economía entre un paisaje de bloques de hormigón. A veces tomaba un autobús para acercarse al centro, edificado sobre una loma en la confluencia

entre los ríos Sava y Danubio, que se recortaba en el horizonte con una silueta de crucero fluvial a punto de zarpar.

Las remesas que le enviaba su madre no bastaban a Srđan para mantenerse, por lo que consiguió un trabajo como colaborador en un diario recién fundado. Aunque había estudiado Economía, el director adivinó en él un talento para el periodismo, oficio que, en la época, no se aprendía en ninguna facultad, sino en las redacciones, en las tabernas y, sobre todo, en la calle. En contraste con la prensa de entonces, que publicaba textos oficialistas trufados de jerga del Partido, la nueva cabecera buscaba enganchar a los lectores desde el titular y contarles las noticias en un lenguaje directo. Como Srđan era un periodista novel, para curtirse le asignaron la crónica negra. Obtuvo su primer triunfo narrando el suicidio de una chica que, desesperada porque sus padres no la dejaban casarse por amor, se tiró desde lo alto de la fortaleza que domina Belgrado. Cuando vio que el suceso corría de boca en boca por la ciudad, Srđan supo que su vocación era el periodismo.

En otoño de 1969, mientras Srđan trabajaba en Belgrado, Banja Luka sufrió un terremoto que cambiaría su historia moderna. La primera sacudida se produjo un domingo por la tarde y causó una víctima mortal: una niña de siete años que salía a jugar con sus amigas justo en el momento en que se desprendió un trozo de fachada. A la mañana siguiente, un nuevo temblor de 6,4 grados en la escala de Richter generó una destrucción apocalíptica. El mastodóntico edificio de la plaza mayor —conocido como «Titanic» porque sus balcones recordaban a los botes salvavidas del trasatlántico— quedó partido por la mitad y varios de sus habitantes perecieron bajo los escombros. Como recuerdo del seísmo, que dejó una veintena de muertos y cuantiosos daños materiales, las autoridades colocaron frente a la antigua ubicación del «Titanic» un reloj sobre un poste torcido cuyas agujas están paradas a las 9:11, la hora de la catástrofe.

A consecuencia del terremoto, Banja Luka pasó de ser una oscura ciudad de provincias a un lugar conocido en toda Yugoslavia, cuyos

habitantes enviaron ayuda a los afectados desde todas las regiones del país. Por el interés que suscitaba el proceso de reconstrucción, el director del periódico en el que trabajaba Srđan decidió abrir una corresponsalía en la localidad y le ofreció un trabajo allí como reportero. Srđan quería ayudar a su madre, que vivía sola con pocos recursos, así que aceptó el trabajo y volvió a Banja Luka. Una vez incluido en nómina pasó a ganarse bien la vida, porque el director consideraba a los corresponsales el pilar de la publicación.

La línea editorial del diario estaba alejada de la política, de forma que, salvo la obligación de cubrir las visitas oficiales o los actos del Partido, Srđan tenía plena libertad para escribir sobre lo que quisiese. Olfateaba temas en libros, conversaciones y viajes por la Krajina, redactaba sus piezas con el lenguaje llano del periódico y luego las enviaba a Belgrado por correo o, si la noticia era de importancia, cogía el teléfono y las dictaba a viva voz. El periódico belgradense para el que trabajaba tenía numerosos lectores en Banja Luka, ciudad de mayoría serbia, en línea con las tendencias de consumo de medios escritos en Bosnia: la población musulmana tendía a leer prensa local, mientras que croatas y serbios compraban los diarios publicados en sus repúblicas matrices. En otras palabras, apenas una cuarta parte de los habitantes de Bosnia se informaba a través de periódicos bosnios.

Después del terremoto de 1969, Banja Luka sufrió una brusca transformación demográfica. Atraída por la reconstrucción y la industria, afluyó a la ciudad una nutrida población campesina cuya mentalidad estaba enraizada en el nacionalismo serbio. La mayor parte provenía de los montes de Zmijanje, una región agreste de pastos y cañadas donde, en los tiempos del Imperio otomano, ni siquiera penetró la islamización. El escritor Petar Kočić, oriundo de la comarca, veía a sus paisanos como montañeses exaltados que amaban u odiaban, sin término medio. Durante la Segunda Guerra Mundial, los habitantes de Zmijanje se habían alistado en masa en los chetniks y, sobre todo a partir de los setenta, cuando el ejército yugoslavo expropió el altiplano de Manjača, descendieron de los montes a Banja Luka, hasta entonces ciudad obrera e izquierdista.

El nacionalismo de esta población recién llegada se exacerbó con el auge de Slobodan Milošević, impulsado en buena parte por su control de los medios. Aunque en Yugoslavia había mayor libertad de prensa que en los países situados en la órbita de la URSS, una constelación de organismos velaba porque los periodistas se ciñesen a la línea del Partido. Sin embargo, el debilitamiento del sistema ensanchó los márgenes de la libertad de expresión, por lo que cada vez se filtraban más enfoques y opiniones que previamente hubiesen sufrido la censura. En su ascenso al poder, Milošević se apoyó en varios periodistas a quienes luego nombró para cargos de influencia creciente, en una espiral de intercambio de favores. Mediante esta guardia pretoriana logró dominar la información en Serbia.

Srđan se encontraba en una posición resguardada por su dedicación a los temas locales. Sin embargo, muchos de sus colegas mantuvieron las mismas prácticas, pero cambiando de línea editorial: donde antes habían ensalzado acríticamente a Tito y la autogestión, ahora propagaban el nacionalismo serbio. Criticar al Gobierno pasó a ser delito penal y los ministerios de Información e Interior aplicaban una férrea censura. Transformadas en altavoces del régimen, las grandes cabeceras serbias se entregaron al agit-prop. Por ejemplo, la información sobre Bosnia combinaba noticias sobre ataques contra serbios, piezas sobre los crímenes ustachas de la Segunda Guerra Mundial y entrevistas a los líderes serbobosnios. De esta manera se conformó un relato según el cual los serbios de Bosnia habían sido victimizados, estaban a punto de volver a serlo y la única vía que tenían para defenderse era radicalizar su nacionalismo.

Srđan tuvo su primera experiencia de la guerra en la población de Okučani, en Croacia. Después de que el ejército yugoslavo se retirase de la ciudad, por Banja Luka corrió el rumor de que las tropas croatas estaban masacrando a la población serbia y las milicias de la Krajina bosnia cruzaron el Sava para ayudar a sus connacionales. Enviado a Okučani como reportero, Srđan contempló por primera vez cuerpos destrozados por los obuses. La guerra al

otro lado de la frontera también tenía su reflejo en Banja Luka: en los castaños y tilos del centro colgaban las esquelas de los soldados muertos en combate, mientras, de las zonas bajo control del ejército croata, llegaban columnas de tractores con desplazados serbios.

En el marco de sus preparativos para dividir Bosnia, los líderes serbios crearon «regiones autónomas» en las zonas donde predominaba su etnia, aun cuando el Tribunal Constitucional había declarado estas entidades como nulas. Por su composición demográfica, la Región Autónoma de la Krajina era la más consolidada de todas ellas y los nacionalistas locales empezaron a ostentar su hegemonía: en la Navidad ortodoxa de 1991, celebrada disparando al aire según la costumbre balcánica, las descargas que retumbaron por Banja Luka pusieron de manifiesto que el bando serbio estaba armado hasta los dientes. Meses después, el vicepresidente de la Región Autónoma, Radoslav Brđanin, advirtió a los musulmanes de la ciudad de que ese año no hacía falta que preparasen los encurtidos de col en vinagre, porque pronto no iban estar en sus casas para comérselos.

Cuando los paramilitares tomaron el control de Banja Luka y se proclamó la independencia de la República Srpska, Srđan se encontró ante un dilema angustioso: por un lado, era serbio y quería seguir viviendo en Yugoslavia con sus connacionales, pero por otro renegaba del nacionalismo y se oponía a la violencia. Su condición de periodista le permitió esquivar la movilización, aunque se negó a cubrir noticias del frente. Sus motivos eran que no quería ejercer como altavoz del ejército pero, sobre todo, que, por ser hijo de un matrimonio mixto y tener una esposa croata, el fanatismo de los paramilitares le hacía temer por su vida. Como responsable de la información local, se libró del descrédito de publicar propaganda, pero no de la censura, que le impedía escribir sobre la limpieza étnica que se estaba perpetrando en su ciudad.

Con el despido de sus empleos, los no serbios de Banja Luka perdían también el derecho a su vivienda, propiedad del Estado, la cual se asignaba enseguida a algún ciudadano adicto al nuevo

régimen. Para forzar la marcha de croatas y bosniacos, se los sometía a todo tipo de coacciones hasta que accedían a firmar un documento conforme partían por su propia voluntad. Cada noche, desde el inicio del toque de queda, los matones campaban a sus anchas por Banja Luka ametrallando fachadas, lanzando bombas de mano contra las casas o dando palizas a sus habitantes. Durante el día, los transeúntes se espeluznaban al divisar la temida «Furgoneta Roja», cuyos ocupantes secuestraban a los individuos en plena calle para apalearlos. Mientras golpeaban a sus víctimas, los maltratadores dejaban la puerta de la furgoneta abierta como aviso para el resto.

En este contexto de violencia arbitraria, salir en el periódico local equivalía a una condena a muerte y algunos colegas de Srđan se dedicaban al señalamiento: escribían textos acusatorios contra sus vecinos no serbios, que no tardaban en recibir la visita de radicales armados con granadas, bates de béisbol y cuchillos. El escritor Irfan Horozović, expulsado de Banja Luka como tantos otros bosniacos, habla de estas difamaciones en su cuento La pistola de papel. El protagonista visita a un amigo, exiliado en el norte de Europa, y, en un anaquel del comedor, encuentra lo que parece una pistola envuelta en una hoja de periódico. Su amigo le explica que, en realidad, el arma no es tal, sino el artículo calumnioso que le costó la vida a su padre, el cual había amasado en forma de pistola por considerarlo el instrumento del crimen.

La erradicación de todo lo que no fuese serbio se extendió al patrimonio musulmán de Banja Luka, incluida la mezquita Ferhadija. En la madrugada de San Jorge, patrón de los serbios, unos desconocidos empezaron a dinamitarla y, terminado el proceso, llegaron las empresas municipales de limpieza para llevarse los escombros. Como a muchos de sus conciudadanos, a Srđan le indignó la destrucción de la Ferhadija, no solo por sentir la mezquita como algo propio, sino porque, además, estuvo a punto de causarle una tragedia personal: su hijo de siete años estaba durmiendo en casa de su abuela, cerca de la mezquita, cuando un cascote que había salido despedido por la explosión rompió el cristal de la

ventana y le pasó volando junto a la cabeza. Por eso Srđan publicó en su periódico varios artículos de denuncia, con titulares como «Explosivos contra la historia» o «¡Asesinan al pasado!».

Aunque, desde fuera, la República Srpska era vista como un bloque homogéneo, en su interior había disensiones notables, sobre todo entre la cúpula política y el Estado Mayor. Los militares de carrera, encabezados por Ratko Mladić, despreciaban a los advenedizos elevados a comandantes por el partido nacionalista serbio SDS y, a su vez, estos acusaban a Mladić y su grupo, formados en el ejército yugoslavo, de «comunistas». La relación entre Mladić y Radovan Karadžić era especialmente tormentosa, no solo por el contraste entre la disciplina marcial del primero y las ínfulas literarias del segundo, sino también porque Karadžić se inmiscuía en cuestiones militares sin haber realizado un solo día de servicio. Además, la corrupción de la que se beneficiaba el SDS generaba malestar, patente en una coplilla sarcástica sobre los convoyes de mercancías que partían de Pale rumbo a Serbia: «Todos los camiones que vienen y van / llevan pintado el corazón de Radovan».

En septiembre de 1993, Srđan se despertó sobresaltado al constatar que tropas del Primer Cuerpo de la Krajina habían tomado Banja Luka de madrugada en una insurrección militar contra el Gobierno de la República Srpska. Los amotinados proclamaron en la radio local que se sentían «pordioseros y extraños» en su propia tierra por estar combatiendo a cambio de un sueldo raquítico mientras los gerifaltes amasaban fortunas. Karadžić llamó al capitán Dragomir Babić, uno de los líderes de la revuelta, para amenazarlo diciéndole que sabía dónde estaba su familia, a lo que el militar respondió sin arredrarse: «Presidente, yo también sé dónde está la suya». La asonada terminó por falta de apoyo popular tras la llegada de Mladić a Banja Luka para aplacar a los sublevados, pero Karadžić siempre sospechó del general como instigador en la sombra. El pulso sordo entre ambos continuaría hasta el fin de la guerra.

Aunque Banja Luka no vivió un solo día de combates, los ecos de la contienda se dejaban sentir en la ciudad en forma de soldados que

volvían del frente heridos, lisiados o muertos. Perdida la moral, las tropas desertaban en masa y los jóvenes se escabullían a Serbia para evitar el reclutamiento. Cada vez llegaban más desplazados huyendo del avance bosniaco-croata, jalonado de crímenes contra la población civil. Con el enemigo a veinte kilómetros de Banja Luka, el pánico se adueñó de la población, que cargaba sus pertenencias en coches y huía por puentes de barcas tendidos sobre el Vrbas. Srđan y su mujer tenían hechas las maletas para marcharse a Belgrado, pero la guerra no llegó a Banja Luka por la intervención de las potencias internacionales, que obligaron a los bandos a negociar.

Tras la retirada de las tropas serbias de buena parte de la Krajina, la situación sobre el terreno se asemejaba a las propuestas de los mediadores estadounidenses, así que se proclamó el alto el fuego definitivo en Bosnia. Al escuchar la noticia en la radio, Srđan corrió hacia la redacción, mientras los vecinos de Banja Luka celebraban la paz disparando al aire y tirando bombas de humo. Una vez cerrada su pieza sobre el fin de las hostilidades, Srđan le preguntó al director cómo regresaría a casa, porque tenía miedo de morir el último día de guerra. Su jefe se acordó de la serie de televisión Los descartados, protagonizada por dos miembros de la resistencia contra los nazis que se desplazan por el subsuelo para evitar su captura: «Puedes hacer como Tihi y Prle e ir por las alcantarillas».

Aunque Banja Luka era la mayor ciudad de la República Srpska, durante la guerra la capitalidad se asignó a Pale por decisión de Radovan Karadžić. El líder serbobosnio jamás terminó de fiarse de los cabecillas de la Krajina por su tendencia al regionalismo y sostenía que, para hacer de Bosnia un Estado inviable, había que estar cerca de Sarajevo: «No hay que coger a una serpiente por la cola, sino por el cuello». Sin embargo, a raíz de la acusación por crímenes de guerra que emitió en su contra el Tribunal de La Haya, las autoridades internacionales forzaron la renuncia de Karadžić y su desaparición de la esfera pública.

Su sustituta, Biljana Plavšić, formaba parte del núcleo duro de la República Srpska desde su fundación. Antes de la guerra había tenido una deslumbrante carrera como bióloga, pero su brillantez intelectual no la vacunó contra el nacionalismo y, durante el conflicto, explicaba a los periodistas que los bosniacos eran «material genético deforme» por haber abrazado el islam. Pese al radicalismo de Plavšić, descrita por los medios como un remedo serbio de Margaret Thatcher, la comunidad internacional la eligió para suceder a Karadžić por ser la más moderada de los líderes de la República Srpska. Tras doblegar a la corriente extremista, leal a su antecesor, trasladó las principales instituciones de gobierno de Pale a Banja Luka, en un proceso que Srđan celebró porque aumentaba el peso de su corresponsalía.

Al asumir la presidencia de la República Srpska, Plavšić nombró primer ministro a Milorad Dodik, hoy en día amo y señor de la política serbobosnia. Originario de un pueblo cercano a Banja Luka, se hizo con el poder en su municipio por su pericia a la hora de «aligerar» los procedimientos burocráticos y garantizar créditos para la agricultura. Durante la guerra fue diputado de la República Srpska y puso en marcha una red de contrabando de cigarrillos que le valió el apodo de «Ronhill». Pese a ser visto por los Estados Unidos como la gran esperanza serbobosnia, desde su segundo mandato en 2006 se radicalizó. Amante de lanzar exabruptos para generar polémica —por ejemplo, se habituó a comparar Sarajevo con Teherán—, Dodik aprovecha el poder omnímodo que ha acumulado en la República Srpska para bloquear los avances de Bosnia. Su plan consiste en hacer de ella un Estado fallido, a la espera de que el contexto geopolítico le permita forzar la secesión.

Pese a haber cubierto las noticias de Dodik durante años, Srđan siente escasa simpatía por él, por encontrarse en sus antípodas ideológicas: incluso a día de hoy se declara yugoslavo. Sin embargo, en los noventa perdió su empleo como corresponsal por no atacarle. En 1998, Kosovo era escenario de una lucha encarnizada entre la guerrilla independentista UÇK y las fuerzas de seguridad serbias, que perpetraban matanzas contra la población

civil. Tras el asesinato de cuarenta y cinco albanokosovares en la localidad de Račak, cuyos cadáveres tendidos en una vereda indignaron a la comunidad internacional, la OTAN amenazó con bombardear Serbia. Fue entonces cuando Slobodan Milošević exigió a Dodik que sacrificase su cargo como medio de presión: debía dimitir en protesta por la rebelión albanesa en Kosovo y denunciar los sucesos de Račak como una masacre escenificada.

Srđan explica que, en Belgrado, Dodik fingió ceder ante Milošević pero, al cruzar uno de los puentes sobre el Drina que comunican Serbia con Bosnia, cogió su carta de dimisión e hizo una bola de papel que tiró a las aguas. Milošević recurrió a sus secuaces de la prensa y exigió al periódico donde trabajaba Srđan que la corresponsalía de Banja Luka publicase una diatriba contra Dodik. Por negarse a ejercer de mamporrero, Srđan fue despedido de manera fulminante, sin que contasen para nada sus tres décadas como corresponsal. Tuvo suerte de que Dodik lograse mantenerse en el poder, pero no así Milošević, derrocado en el año 2000 tras intentar amañar unas elecciones. Desaparecida la tiranía de Milošević sobre los medios, las interferencias que sufría el periódico de Srđan menguaron y la dirección le restituyó la corresponsalía de Banja Luka.

Aunque recuperó su antiguo empleo, la situación de la prensa en papel distaba de ser halagüeña por la caída de las ventas y la eclosión de internet. Si bien el estilo conciso del periódico resultaba adecuado para la era digital, a Srđan y los periodistas de la vieja escuela les costaba habituarse a un mundo de información acelerada. Como jefe de la corresponsalía, recibió una orden de la sede que le colocó en un apuro: la falta de ingresos obligaba a despedir a cinco de sus subordinados, la mitad de la redacción en Banja Luka. Srđan no se sentía capaz de dejar en la calle a periodistas a quienes había enseñado el oficio, así que dimitió de forma irrevocable. Además de perder su trabajo de toda la vida, el estrés de la situación le causó un infarto del que se salvó in extremis.

Desde que terminó su carrera periodística, Srđan lleva una vida de jubilado, dedicada a tomar café con los amigos y pasear por Banja Luka. En la céntrica calle de los Señores, el paseo empedrado donde la población acude a deambular, saluda a sus conciudadanos más prestigiosos resaltando su título con formalidad a la antigua: «¡Cuánto tiempo, doctor!», «¿Cómo está, secretario?», «Buen día tenga, profesor». Luego se sienta en la terraza del Hotel Bosnia —el establecimiento de mayor solera de Banja Luka— para departir con las élites locales, formadas por una mezcla de oriundos de la ciudad y desplazados de las Krajinas croata y bosnia a causa de la guerra. Al atardecer sale de su casa para recorrer en solitario la orilla del Vrbas.

En estos paseos vespertinos por la Ciudad de Arriba, ahora casi sin habitantes, Srđan contempla las casas desangeladas, salvo por alguna luz solitaria y un aleteo de gallinas en el corral. También saluda con afabilidad a los escasos bosniacos que quedan, vestigios de la mayor limpieza étnica que tuvo lugar en la guerra de Bosnia: hasta 80 000 no serbios fueron expulsados de Banja Luka sin que en la ciudad hubiese estallado combate alguno. Cuando recuerda lo acaecido, Srđan llama al crimen por su nombre y asegura que echó una mano siempre que pudo aprovechando su posición. Sin embargo, la duda es fastidiosa y se resiste a marcharse. En el puente situado al término de la Ciudad de Arriba, tembloroso por colgar de cables de acero, se para a descansar de la caminata sobre las aguas del río y, mientras recobra el aliento, siente un ligero moverse de la estructura bajo sus pies.

Nos conviene cruzar

Oh, mi espiga, bajo cerros desnudos,

mi pan negro, salpicado de sangre,

¿quién te amparará y te dará refugio,

pena mía, de las aves voraces?

Alekša Šantić

Cuando la policía croata arrestó a Dario para interrogarle, la primera pregunta fue sobre su etnia. Contestó lo que pensaba: «Soy un bosnio de religión católica». Al ver los rostros de sus cuestionadores, enseguida se dio cuenta de que había cometido un error. Tras dos semanas de arresto domiciliario, volvieron a detenerle, esta vez sin contemplaciones: lo apalearon y lo encerraron en un sótano mientras ideaban un castigo ejemplar. Vestido como un soldado croata, lo llevaron a la línea de frente, en la avenida que dividía Mostar, y lo obligaron a punta de metralleta a correr hacia el otro lado. Dario cruzó la avenida esquivando disparos de ambas direcciones: del lado bosniaco, para abatir a quien creían un soldado enemigo; del croata, para asegurarse de que muriese por traidor. Cuando llegó ileso —todavía no se explica cómo— a las posiciones de la Armija, sacó a toda prisa del bolsillo la identificación de Radio Mostar.

Mostar era una candidata improbable para quedar partida según la etnia por ser una de las ciudades más implicadas en la Yugoslavia socialista. Durante la Segunda Guerra Mundial, hasta un tercio de

los mostarcenses había colaborado en la lucha partisana y uno de cada diez había dado su vida por la liberación. En la posguerra, el izquierdismo fue asimilado hasta tal punto por los campesinos que acudían a trabajar en las fábricas que la ciudad era conocida como «Mostar la roja» o «La pequeña Moscú».

A caballo entre los años sesenta y setenta, Dario creció en un barrio de bloques destinados a los obreros que, por su urbanismo novedoso, recibió el nombre de «Eksperiment». Por eso, al volver la vista atrás, bromea asegurando que su vida ha sido un experimento ya desde la infancia. Cerca del edificio donde vivía con su madre se alzaba el estadio del FK Velež, principal equipo de fútbol de la ciudad. Fundado clandestinamente como «Club Deportivo Obrero» y orgulloso de lucir la estrella roja, el humilde Velež era seguido con entusiasmo por la afición mostarcense y, en su época de esplendor, llegó a disputarle la liga yugoslava a Estrella Roja y Partizan, los gigantes de Belgrado. Cuando se acercaba la hora del encuentro, Dario escuchaba desde su casa el rumor de las manadas de hinchas y le sobresaltaba el trepidar del estadio con cada gol local.

Mostar no solo era una de las ciudades más progresistas de Bosnia-Herzegovina, sino quizás también la más bella, sobre todo por su casco viejo, construido en la época otomana. Al pie de un peñasco de roca cárstica, junto al azul cegador del río Neretva, sus casas tradicionales con tejados de losa y mezquitas de esbeltos minaretes refulgían en el aire límpido. La estampa de la piedra calada de sol deslumbró al propio Ivo Andrić, quien, tras una visita a la ciudad, dejó escrito un elogio del que presumen los mostarcenses de raigambre: «Cuando uno pasa la noche en Mostar, por la mañana no le despierta el sonido, sino la luz».

Entre las dos orillas del Neretva, suspendido sobre la corriente, trazaba su arco el Puente Viejo o Stari Most, construido en el siglo

xvi

por encargo de Solimán el Magnífico. Fue el puente el que dio nombre a la ciudad, puesto que la denominación de mostari —

aplicada a los guardianes que custodiaban el acceso y cobraban un peaje para cruzarlo— se extendió a toda la aglomeración urbana. Considerado una proeza de la ingeniería de la época, el Puente Viejo lograba salvar, sin sostén alguno, la treintena de metros que separaban los márgenes con un arco apuntado de ligereza prodigiosa, descrito por el viajero checo Robert Michel como «una gaviota gigante petrificada en pleno vuelo, en el momento en el que las puntas de sus alas tocaban las orillas rocosas del Neretva». Con el paso de los siglos, la construcción se convirtió no solo en el símbolo de Mostar, sino también en la referencia emocional de los mostarcenses, cuya familiaridad con el puente era tal que le llamaban «el viejo», como los hijos a su padre.

En la Mostar en la que creció Dario, como en el resto de grandes ciudades bosnias, mucho más importante que las reprimidas diferencias étnicas era la distinción entre la raja, habitantes de mentalidad urbana y proyugoslava, y su némesis, la población de origen rural, que conservaba hábitos campesinos y contemplaba el régimen con suspicacia. La raja era un colectivo difuso pero adherido a una ética centrada en la apertura de miras, mientras que, para los individuos ajenos a ella, reservaba términos despectivos como «palurdos» o «basura». De forma implícita, este pulso entre integrados y excluidos tenía una dimensión nacional, porque la yugoslavista Mostar trataba con recelo a los advenedizos del resto de Herzegovina por su apego identitario. Con la llegada a la ciudad de cada vez más «palurdos», el fastidio de la población urbana iba en aumento.

No era el caso de Dario, de talante pacífico, pero su adscripción estaba clara: pertenecía a la raja y era un apasionado de la música, como buena parte de su generación. Revolvía las cubetas de las tiendas de discos en busca de vinilos importados, casi siempre de rock progresivo, punk o la new wave, y, tras mudarse a Sarajevo para estudiar, se convirtió en asiduo a los conciertos de vanguardia. El régimen socialista no había prohibido el rock, sino que aplicaba una política de tolerancia relativa encaminada a que tuviese una orientación proyugoslava y no hubiese desmanes en las letras. En

Sarajevo se formó un circuito de grupos y Dario comenzó a frecuentar la Dom Mladih (Casa de los Jóvenes), el centro cultural donde las nuevas generaciones organizaban sus actividades. Además de conciertos y proyecciones de películas, en la Casa de los Jóvenes se organizaban coloquios en los que Dario, junto al resto de participantes, criticaba el sistema de manera sutil para esquivar represalias.

Nada más terminar sus estudios de Periodismo en 1988, Dario comenzó a escribir artículos para la revista Valter, fundada por una organización estudiantil. Aunque su financiación dependía de las autoridades, la publicación no se comportaba de forma sumisa con el poder, sino que denunciaba tanto el anquilosamiento del régimen como los problemas de la juventud alternativa. Eran leales al socialismo y a Yugoslavia, pero también inconformistas que reclamaban mayores libertades, daban voz a los disidentes y denunciaban la corrupción por socavar la credibilidad del sistema. Las colaboraciones de Dario para la revista se centraban en temas culturales: apasionado de las lenguas románicas, escribía sobre cultura francesa e italiana, incluidos textos dedicados a la chanson y traducciones de letras de su admirado Jacques Brel. Con todo, la andadura de Valter terminó siendo breve, porque las autoridades se hartaron de las críticas y neutralizaron la publicación cortándole los fondos.

Comparada con la vibrante Sarajevo de los ochenta, a Dario su Mostar natal se le hacía provinciana, pero decidió volver a la espera de una beca para estudiar en el extranjero. Colaboraba con el periódico Sloboda (Libertad), cuya redacción se encontraba en la planta 19 del edificio Mostarka, el más alto de la ciudad. El local formaba parte de un centro informativo que también incluía el estudio de Radio Mostar y los trabajadores de la emisora le ofrecieron hacer una prueba como locutor. Aunque siempre le había atraído la radio, Dario había renunciado a ella por sufrir un leve tartamudeo, pero decidió probar suerte y recitó en español en español un poema de José Martí. Para su sorpresa, nada más sentarse al micrófono comenzó a enunciar con fluidez y pronto

compaginaba sus artículos con responsabilidades crecientes en la emisora: grababa reportajes y entrevistas, llevaba secciones dedicadas a temas sociales e incluso guionizaba las cortinillas de publicidad.

Con el estallido de la guerra en Croacia, para cubrir la retaguardia de sus operaciones el ejército yugoslavo acantonó en la ciudad a miles de reservistas. La soldadesca venida de Serbia y Montenegro exhibía sus rifles, causaba altercados en las tabernas y disparaba ráfagas al aire, e incluso uno de ellos cruzó el Puente Viejo al volante de un todoterreno militar. En este clima de psicosis, la población croata se pertrechó gracias al abastecimiento de Zagreb, mientras que los bosniacos afrontaban dificultades para conseguir armas si no eran militantes del partido nacionalista SDA. En la confusión del momento, parte de los bosniacos de Mostar se alistaron en las milicias croatas porque, a diferencia de las tropas probosnias, ofrecían comida, armas y un sueldo, mientras que algunos yugoslavistas todavía confiaban en el ejército federal.

La transformación de las fuerzas armadas yugoslavas en un instrumento de dominio serbio se puso de manifiesto incluso para los más cándidos cuando su artillería comenzó a bombardear Mostar desde las colinas. Tras el estallido de la violencia, la ciudad quedó dividida por primera vez en dos mitades: al este del Neretva se encontraban el ejército, los reservistas y los serbios locales que se les habían unido, mientras, en la otra orilla, croatas y bosniacos luchaban por su supervivencia. Esta primera guerra de Mostar apenas duró mes y medio, hasta que las fuerzas bosniaco-croatas cruzaron el Neretva y barrieron al enemigo hacia los montes de Herzegovina Oriental. Sin embargo, la ciudad había sufrido daños considerables: de todos los puentes sobre el Neretva apenas quedaba en pie el Viejo y tanto la čaršija como las fábricas habían sido desvalijadas. En los meses posteriores de calma tensa Mostar recobró el aliento, pero pronto estallaría una nueva guerra que se convirtió en su martirio.

Ya antes de que Croacia declarase la independencia, su presidente, Franjo Tuđman, se reunió en secreto con Slobodan Milošević, según los rumores para acordar la partición de Bosnia. El mayor empeño de la política exterior de Tuđman era ensanchar hacia el sur el territorio de Croacia, que, en su opinión, tenía una «antinatural forma de cruasán». Para ello pretendía anexionarse hasta un tercio de Bosnia, a la que consideraba una creación colonial producto de los designios otomanos y austrohúngaros. Por los mentideros circulaba que, en el reparto del botín, Croacia y Serbia planeaban dejar a los bosniacos un pequeño territorio de supervivencia improbable emparedado entre ambos países.

Una vez expulsadas las tropas serbias, se constituyó oficialmente la Comunidad de Herzeg-Bosnia, formada por la mayoría de territorios con una nutrida población croata. Herzeg-Bosnia se atribuía las prerrogativas de un Estado, con una configuración calcada a la de Croacia, y solo los croatas podían ejercer sus más altas funciones. Frente a este proyecto supremacista, de inquietante semejanza con el de la República Srpska, el Gobierno bosnio mostraba una anuencia pasmosa, quizás por mantenerse a bien con quienes todavía eran sus aliados, quizás por haber entrado en la lógica de partición. Según los cabecillas de Herzeg-Bosnia, su capital debía ser Mostar, aun cuando, según el censo de 1991, los musulmanes les superaban ligeramente en número tanto en el conjunto del municipio como dentro de la propia ciudad.

La dominación croata de Herzeg-Bosnia se hacía patente en todos los campos de la vida pública. El mismo día en que se iniciaron los bombardeos del ejército federal, Dario y sus compañeros acudieron al estudio, pero se encontraron una sorpresa: la radio había cambiado de director y sus instalaciones se habían trasladado a una ubicación más segura. Nada más entrar en la nueva sede y ver colgado en la pared el damero rojiblanco croata, Dario comprendió que Radio Mostar había dejado de ser multiétnica, dio media vuelta y volvió a casa defraudado. Tras la purga de los trabajadores opuestos a la nueva línea, la rebautizada como «Radio Croata de Mostar» se convirtió en un altavoz del nacionalismo: adoptó el

nuevo estándar croata que promovía Zagreb, muy alejado del habla mostarcense, y sus locutores leían con voz mecánica los partes del HVO.

Los antiguos empleados de la radio fundaron el «Estudio de Guerra de Mostar», una emisora con una línea probosnia, urbana y pacifista. Tras ventanas cegadas con sacos terreros para resguardarse de la artillería serbia, Dario y el resto de colaboradores pusieron en marcha una programación que, además de informar sobre el conflicto bélico, procuraba ofrecer otro tipo de espacios. Este objetivo resultaba fundamental, ya que, pese a llamarse «Estudio de Guerra», el equipo buscaba abrir un remanso de normalidad en la barbarie y evitar que el espíritu de Mostar desfalleciese. En unas ondas radiofónicas saturadas de fanatismo, propugnaban la unidad de Bosnia-Herzegovina e intentaban dar ánimos a la población civil. Dario se encargaba del programa matinal, llamado «¡Despierta!» con un doble sentido, y durante el primer año trabajó sin cobrar, movido por el puro entusiasmo.

Tras proclamar Mostar como capital de Herzeg-Bosnia, las autoridades croatizaron las instituciones, empezando por el hospital, la oficina de correos y las escuelas. Dado que el Gobierno de Sarajevo insistía en contemporizar con sus aliados, muchos bosniacos de Mostar, convertidos en ciudadanos de segunda, reforzaron casi por su cuenta las unidades de la Armija para protegerse del hegemonismo. Su decisión de abandonar el Consejo de Defensa Croata (HVO) soliviantó a los líderes de Herzeg-Bosnia, que lo consideraban un desafío a su autoridad. Con las primeras escamaruzas entre el HVO y la Armija en Bosnia Central, las tropas croatas establecieron controles en los accesos y se adueñaron también del ayuntamiento y los tribunales. El jefe de policía irrumpió en el Estudio de Guerra en pleno noticiario, encañonó al locutor con una pistola en la sien y, acusándole de interferir en la frecuencia del HVO, obligó a cortar las emisiones. Una vez desconectado el equipo, el Estudio de Guerra desapareció de las ondas durante un mes.

La emisora tenía su sede en el edificio Vranica, cerca de la comandancia de la Armija en Mostar, por lo que fue un objetivo primordial de las tropas croatas al estallar la guerra entre la Armija y el HVO. Una vez tomado, los soldados probosnios hechos presos en la operación fueron conducidos a la Facultad de Ingeniería Mecánica, ahora reconvertida en centro de torturas. Su rastro se perdería durante quince años, hasta que fueron encontrados en una misma fosa común. Dario se salvó del asalto al edificio Vranica por pura casualidad, ya que tenía asignada la guardia nocturna de la emisora al día siguiente. Sin embargo, tras los sucesos de la víspera ya no quedaba nada que guardar: uno de los proyectiles del HVO había destruido el receptor del Estudio de Guerra y en su frecuencia solo se oía un siniestro zumbido.

El día del ataque, la locutora de la Radio Croata de Mostar leía una y otra vez un comunicado del alcalde, antiguo futbolista del Velež, que instaba a los bosniacos a colgar sábanas blancas de sus ventanas en señal de rendición. Sin embargo, la Armija contuvo a las tropas del HVO en la avenida principal de Mostar, que permaneció como línea de frente desde entonces hasta el fin de la guerra. El apartamento de Dario en el barrio de Eksperiment, que había quedado en la parte «croata» de la ciudad, estaba a salvo de los bombardeos que arrasaban Mostar Este, pero le abrumaban las deportaciones de la población bosniaca. Los soldados entraban a punta de pistola en las viviendas de Mostar Oeste y tras, expulsar a ancianos, mujeres y niños, les obligaban a cruzar la avenida con las escasas pertenencias que hubiesen podido coger. Los varones en edad de combatir eran transportados al estadio del Velež como paso previo a su encierro en campos de concentración.

La policía arrestó a Dario para averiguar su papel en el Estudio de Guerra a raíz de la denuncia de un vecino: tras convertirse del islam al catolicismo y cambiar su nombre bosniaco por uno croata, el delator ahora trabajaba en la Radio Croata de Mostar. Por haberse declarado bosnio de religión católica en el primer interrogatorio, llevaron a Dario a la Facultad de Ingeniería Mecánica. Sus sótanos rebosaban de presos a quienes los guardas molían a golpes y, si

alguno moría a causa del apaleamiento, dejaban su cadáver entre el resto durante días. En la posterior supervivencia de Dario al cruzar la avenida hay algo de providencial. Con el tiempo le llegó la historia de un francotirador de la Armija que ese día le estuvo tiroteando. Recordaba el episodio por su perplejidad al ver que, aunque era un blanco fácil, no lograba abatirlo. Cuando vio que, por error, había ajustado la mira a 250 metros para un objetivo que se encontraba a 50, Dario ya estaba en el otro lado.

En Mostar Este, Dario topó con un panorama apocalíptico. La estrecha franja de territorio que controlaba la Armija se había convertido en una ratonera, sometida a bombardeos feroces desde la mitad contraria de la ciudad. Con los bosniacos expulsados de Mostar Oeste, la población había pasado de 20 000 a 50 000 personas que vivían en condiciones abyectas. Desde su posición dominante en lo alto del cerro de Hum, la artillería croata hostigaba el casco viejo y los francotiradores abatían a todo aquel que se asomase. Con todo, la situación más dramática en Mostar Este la vivían los habitantes al pie de Hum, sobre quienes el HVO lanzaba rodando por la ladera neumáticos de camión llenos de explosivos. El HVO llegó a someter a estos barrios a ensayos con aviones agrícolas que, en lugar de fumigantes, lanzaban bombas de napalm.

Cuando Mostar parecía desahuciada tras el primer ataque del HVO, en el dial había reaparecido la voz del Estudio de Guerra, cuyo locutor, desde algún lugar de la parte Este, animaba a los ciudadanos a resistir. Además de hacer llegar al mundo vía satélite la tragedia de Mostar, incluso en los peores momentos esta nueva encarnación de la emisora mantuvo su línea de contenidos. De nuevo, los noticiarios se intercalaban con programas de temática diversa: monográficos sobre la historia o las tradiciones de la ciudad, recitales de poesía y música en directo e incluso, en el cenit del odio, un espacio dedicado al amor. Nada más cruzar la avenida, Dario se reunió con sus antiguos compañeros, si bien por la seguridad de su familia, que se hallaba en el otro lado, renunció a aparecer en antena para centrarse en tareas de redacción.

La emisora caló de nuevo entre los mostarcenses gracias a su pasión y a la inmediatez de la radio, el aliento que es capaz de insuflar la voz humana a través de las ondas. Consciente de este efecto fortificador en la moral del enemigo, el HVO intentaba silenciarles mediante un artilugio capaz de bloquear su frecuencia, cuyo uso generaba un peculiar juego del gato y el ratón. La única forma que tenía el técnico de la radio para evitar que les amordazasen era ir girando la ruedecilla del mando para desplazar poco a poco la frecuencia, movimiento que reproducían tanto el radioperador del HVO, en su intento de darle caza, como los oyentes. De estas persecuciones de punta a punta del dial, Dario recuerda la estampa del técnico tras un noticiario de media hora, derrengado en una silla por el esfuerzo y con la ropa empapada en sudor.

Aunque las líneas de frente se mantenían estables, el casco viejo de Mostar estaba siendo devastado y la guerra terminó por encarnizarse con su símbolo más universal. En otoño de 1993, el Puente Viejo se encontraba en un estado de cuasirruina por los impactos recibidos cuando un tanque del HVO pasó un día entero cañoneándolo desde Hum. Abrió tal hendidura que, al acercarse a fotografiar los estragos, Dario tuvo la sensación de que esa misma noche lo hundiría la lluvia. Por la mañana, los bombardeos continuaron hasta que un colaborador irrumpió en el Estudio de Guerra gritando: «¡No hay puente, de torre a torre!». Incapaz de resistir el ensañamiento, la gaviota ensalzada por Robert Michel se había desplomado en las aguas entre penachos de espuma, mientras en Hum atronaba una ráfaga de celebración. El locutor del Estudio de Guerra apenas acertó a exclamar ante el micrófono: «¡Han matado al Viejo!» y los supervivientes de Mostar Este salieron de sus apartamentos, de sus sótanos, de sus ruinas, para contemplar el vacío sobre el Neretva.

Los mostarcenses, conmocionados, solo alcanzaban a repetir: «Ya no existe el puente, ya no existe Mostar», porque, con la destrucción del Viejo, sentían que algo se había roto para siempre. Pero Mostar no solo logró sobrevivir a la guerra, sino que, en cuestión de meses,

los Gobiernos de Bosnia y Croacia llegaron a unos acuerdos de paz por los que se anticipaba el fin de Herzeg-Bosnia. Más allá del alivio por haber superado el horror, Mostar estaba desgarrada en apariencia y en sustancia: el turbador panorama de bloques despanzurrados, minaretes truncos y fachadas picadas de metralla tan solo era el reflejo material de una destrucción irreparable, la del tejido sutil que había convertido a la ciudad en única. Lo que había sido un remanso de convivencia quedaba dividido en un lado croata y otro bosniaco, con el antiguo frente en la avenida como divisoria.

Las intenciones mediadoras de la comunidad internacional apenas han llegado a concretarse en hechos e incluso se tomaron medidas que agravaron el caos. En 2004 Paddy Ashdown, alto representante de la Comunidad Internacional en Bosnia-Herzegovina, decidió imponer para Mostar un estatuto que no satisfacía ni a croatas ni a bosniacos, además de ser derogado parcialmente por el Tribunal Constitucional. A la espera de que los partidos HDZ, nacionalista croata, y SDA, nacionalista bosniaco, las formaciones que controlan sendos lados de Mostar, llegasen a un acuerdo sobre su articulación, la ciudad quedó escindida en dos mitades con equipamientos paralelos: dos universidades, dos hospitales, dos oficinas de correos, dos compañías eléctricas, dos estaciones de autobuses y dos teatros. Aunque, con el tiempo, son numerosos los mostarcenses que van y vienen entre Mostar Este y Oeste, en la avenida se consolidó una frontera psicológica y Dario asegura que hay muchos rostros que solo ve en un lado de la ciudad.

La comunidad internacional puso un gran empeño en reconstruir el Puente Viejo y aprovechó la ceremonia de reapertura para publicitarlo como símbolo de reconciliación. Sin embargo, en la inauguración del «nuevo Viejo» Dario se escandalizó al ver a políticos nacionalistas simulando ser «hombres de paz» ante las autoridades extranjeras. La verdadera situación de Mostar se avista mejor en las colinas que la ciñen. Sobre la parte este, una pintada en la ladera proclama «Bosnia-Herzegovina, te queremos», mientras en lo alto de Hum se ha erigido una imponente cruz que domina el valle. Con una altura de treinta y tres metros, la edad de Jesucristo

al morir crucificado, se eleva sobre el lugar donde la artillería hostigaba Mostar Este y por las noches, cuando se ilumina, parece flotar como una aparición. Pero quizás el símbolo más representativo de la Mostar actual se encuentre en plena avenida, en la enorme ruina de un banco que quedó a medio construir. En la última planta, para que se pudiese ver desde los alrededores, algún mostarcense pintó con aerosol rojo la vieja máxima de Julio César: «Divide y vencerás».

Dario va y viene entre la parte oeste, donde vive, y la parte este, donde trabaja, convencido de que no existe otra forma de preservar la esencia de Mostar: «Hay un río azulado / que nos conviene cruzar», proclaman unos versos del poeta Mak Dizdar, que cita con frecuencia. Desde 1996, trabaja en la Radio Juvenil X, un proyecto en el que se enroló porque estaba en línea con su trayectoria: la emisora fue fundada por una asociación de jóvenes, como en su momento la revista Valter, y le permite seguir haciendo el tipo de radio en el que cree, es decir, independiente, urbana y comprometida con Mostar. Como editor de contenidos, supervisa los programas que conducen locutores en formación, aunque se ha reservado una franja de nueve a diez de la mañana para saciar su vieja querencia por el micrófono.

Conserva el piso de siempre, en el barrio de Eksperiment, pero la atmósfera en los días de partido ha sufrido un vuelco. Nada más estallar la guerra, las autoridades de Herzeg-Bosnia expulsaron al Velež de su estadio y tiraron a la basura parte de los trofeos de su palmarés. En su lugar habían decidido revivir el Club Deportivo Croata Zrinjski, prohibido durante el socialismo por haber disputado la liga de la Croacia ustacha. Como su antiguo estadio ha quedado en Mostar Oeste, el Velež se ha visto obligado a buscar un nuevo campo en el que, cuando los medios lo permiten, se van levantando, tribunas, gradas y reflectores. La combinación de esta rapiña y la división de Mostar ha generado una rivalidad acérrima entre clubes, así que, cuando se celebra el derbi local, la ciudad se llena de policía para evitar altercados.

Pese a los problemas que atormentan a la ciudad, Dario se declara «adicto a Mostar», en buena parte por sus experiencias durante el conflicto. El sufrimiento no empaña unos recuerdos que considera irrepetibles e incluso se refiere a la guerra como la mejor época de su vida, porque en Mostar reinaba una atmósfera solidaria que luego se corrompió. Aunque ha superado la cincuentena, conserva una frescura juvenil, si bien lo vivido ha dejado una huella evidente: se mueve con cierto desgarbo nervioso y bajo su locuacidad se adivina una desazón que lo espolea. Cuando le preguntan por su situación particular, alude con sarcasmo a la escena inicial de la película El odio, en la que un hombre cae al vacío desde un piso cincuenta mientras repite para sus adentros: «Por ahora todo va bien».

Frente al desarrollo modesto pero constante de Mostar Oeste —hacia la que gravita toda Herzegovina Occidental, de mayoría croata—, en Mostar Este la vida gira alrededor del turismo. Con la llegada del buen tiempo, una muchedumbre invade el casco viejo y deambula por los puestos de souvenirs contemplando la memorabilia bélica. Sobre el arco del Puente Viejo, abarrotado de paseantes que procuran no resbalar, los miembros de un club de saltadores reclaman dinero a los turistas a cambio de tirarse de cabeza al Neretva. Con todo, esta efervescencia tiene algo de espejismo, porque el gentío se compone sobre todo de veraneantes en la costa croata que han contratado una excursión de un día para adentrarse en la «exótica» Bosnia. El asalto del turismo al centro de Mostar, unido al calor sofocante, expulsan a los mostarcenses hacia las fuentes del río Buna o las playas del Adriático en busca de frescor.

Dario también procura marcharse, pero hacia un destino singular: su paraíso infantil de Opuzen, una localidad ya en Croacia, a la orilla del Neretva, donde pasaba los veranos de su niñez. Nada más salir de Herzegovina se respira un aire más apacible, impregnado de la calma que infunde la cercanía del mar. Opuzen se extiende por un meandro del río, en quietas casas con jardín y postigos repintados de verde. El Adriático se ha domado con diques y compuertas para evitar que el agua salada arruine los cultivos y los botes fluviales, de

casco casi plano, cabecean en la orilla. Antes Opuzen vivía de los mandarinales plantados en el delta del Neretva, pero la cooperativa local quebró y la población está casi deshabitada. Para Dario, este remanso de quietud no solo es el edén de su infancia, sino también un lugar en el que se reconoce: entre Bosnia y Croacia, alejada de los circuitos turísticos, Opuzen conserva un aire noble y delicado, pero son pocos quienes reparan en su hermosura digna.

Cuenta la leyenda que el Neretva recibió su nombre de los celtas establecidos en la orilla, quienes, hechizados por su corriente esmeralda, le llamaron Nera-Etwa: «La divinidad que fluye». Una vez deja Mostar atrás, el río forma meandros cada vez más anchurosos con ciénagas en los márgenes. Más allá de Opuzen comienza el territorio del delta, donde el suelo firme pierde consistencia por el influjo del agua. Se abre un mundo de aluvión, un disolverse de lo sólido en el que gobierna la mixtura: aguas, limos, juncos, arenas… todo parece confundirse de forma azarosa pero, al tiempo, se intuye una armonía que rige el conjunto. Mostar ha enseñado a Dario los rigores de la separación, por lo que se reencuentra a sí mismo en esta naturaleza mezclada y bastarda. En los veranos de su niñez, los pescadores de Opuzen montaban a los chiquillos en barcas y los llevaban río abajo para bañarse en la desembocadura. Hoy, de vuelta al lugar de sus chapoteos infantiles, Dario hunde la mano en las aguas removidas, justo donde la corriente del Neretva se funde con el oleaje del mar.

Dos ciudades bajo el sol

Vuélvete, Señor de los ejércitos,

observa desde el cielo y mira:

ven a visitar tu vid, la cepa que

plantó tu mano diestra.

Salmo 80

El domingo amanece luminoso en la comarca de Trebinje y el sol pinta el aire de colores diáfanos: el azul del cielo sobre las colinas ocres y, a sus pies, el verde de los viñedos. En el frescor matinal repican las campanas del monasterio, que llaman a los campesinos para que acudan a misa de ocho. Al entrar en la iglesia, decorada con frescos de escenas bíblicas y santos de rostro solemne, los feligreses se santiguan ante los iconos y se distribuyen por la nave. Enfundado en una casulla de cruces, el pope oficia la ceremonia según el rito de Bizancio: entona las plegarias con voz rotunda y sahúma a los fieles de olíbano. Pronuncia una homilía sobre un tema básico del cristianismo, la perpetua batalla entre el Bien y el Mal que se libra en el corazón de los hombres. Para la comunión, desgaja el pan eucarístico y lo ofrece a los fieles en una cuchara con vino consagrado.

Entre los comulgantes que esperan su turno, aparece una figura de porte elegante cuyas mejillas sonrosadas denotan un origen rural. Gojko recibe con gesto piadoso la eucaristía del sacerdote y vuelve quedo a su rincón. De acuerdo con la costumbre, tras el servicio la

congregación se reúne a la sombra de un magnolio, donde las monjas sirven café, aguardiente e infusiones aromáticas. En un extremo, sentados en tronos de madera tallada como señal de jerarquía, presiden la reunión el pope y la abadesa Milosavka, que contempla a la concurrencia con dignidad de anfitriona. A su derecha, Gojko comenta con ella la marcha de los viñedos y se afana en convencer a los presentes, que le miran con escepticismo: hay que estrechar los lazos de Trebinje con Dubrovnik porque redundaría en beneficio de ambas ciudades. El auditorio le escucha con deferencia por su prestigio, pero apenas un par de cabezas asienten. Cuando la tertulia se descompone, Gojko emprende taciturno el camino de vuelta a casa.

Las diferencias que busca paliar Gojko entre Dubrovnik, hoy en Croacia, y Trebinje, en Herzegovina Oriental, se consolidaron durante los siglos en que la segunda estaba bajo el Imperio otomano. Dubrovnik, que había mantenido su independencia a cambio de un tributo, floreció gracias al comercio y los palacios, conventos e iglesias que levantaron sus nobles hicieron de ella una de las escalas más suntuosas del Adriático. Mientras, en Herzegovina Oriental, situada al otro lado de los montes, se implantaba el feudalismo otomano, en virtud del cual el sultán era propietario de la tierra y la cedía a los caballeros que participasen en sus conquistas. Aunque Herzegovina Oriental era un granero de Dubrovnik, los próceres de la República veían a los aldeanos del interior como primitivos, porque su estampa de calzado rústico, zamarra al cuello y morral repleto de queso de cabra contrastaba con los primores de la ciudad-Estado.

En los primeros siglos tras la conquista otomana, los labriegos herzegovinos tenían que descontar de la cosecha los tributos reservados al sultán y el caballero, además de otros impuestos menores, pero incluso así su vida era más libre que la de los siervos de Europa Occidental: la ley los protegía de las cargas abusivas y no estaban encadenados ni al señor ni al terruño. La situación cambió con la decadencia del Imperio otomano, que los caballeros aprovecharon para adueñarse de sus antiguas haciendas ante una

administración lejana y endeble. A raíz de esta usurpación, surgió una clase de latifundistas, aristócratas de nuevo cuño que imponían cargas abusivas a unos labriegos cada vez más cercanos a la servidumbre. La lucha del campesinado por liberarse y poseer la tierra que cultivaba se alargaría durante siglos, en el caso de la familia de Gojko, hasta la generación de su padre.

Stojan fue el primer antepasado de Gojko que se enfrentó a su señor y también el primero en instalarse en la comarca de Trebinje. Originario de las tierras altas, estaba obligado a entregarle al terrateniente una novena parte de la cosecha hasta que los nobles se reunieron para triplicar la contribución. Cuando Stojan se negó a darle al aristócrata el tercio que ahora le exigía, este desenvainó su sable, pero el campesino tenía escondido bajo la faja un puñal que le clavó en el pecho. Temeroso de las represalias, Stojan escapó con su familia por el pedregal hasta alcanzar una finca en las inmediaciones de Trebinje. El hacendado se apiadó de él al ver a sus hijos tiritando de frío y le ofreció alojamiento en una cueva cercana para trabajar sus tierras. Con los ahorros que reunió, Stojan pudo construir una choza y proveer a los suyos de techo y alimento.

Como los terratenientes de Herzegovina Oriental eran musulmanes y, entre sus siervos, predominaban los cristianos ortodoxos, la lucha de clases fue cobrando una dimensión nacional a medida que los campesinos se identificaban como serbios. Durante el siglo xix, fueron habituales las revueltas azuzadas por Serbia y Montenegro, territorios autónomos que buscaban la unificación con Bosnia-Herzegovina. En la mayor de ellas, que estalló en 1875, si los labriegos reconocían a su señor entre la milicia otomana que intentaba reprimirlos, lo decapitaban para llevarse su cabeza en el zurrón como trofeo. En defensa de los cristianos sometidos al turco, Montenegro, Serbia y luego una alianza de países ortodoxos declararon la guerra al Imperio otomano. Para pacificar los Balcanes, las grandes potencias convocaron el Congreso de Berlín, donde se produjo una reorganización geopolítica. Pese a haber sido

ellos los desencadenantes, los agricultores de Herzegovina no consiguieron la libertad, porque su territorio fue asignado al Imperio austrohúngaro.

Aunque la Monarquía Dual procuró mejorar la vida de sus nuevos súbditos, las esperanzas de resolver la cuestión agraria se desvanecieron, ya que, para ganarse el apoyo de los terratenientes, las autoridades mantuvieron la legislación otomana. La decepción y la falta de perspectivas empujaron a los habitantes de Herzegovina Oriental a partir hacia los Estados Unidos, donde, según las cartas que llegaban de ultramar, florecían las oportunidades de enriquecerse. Entre los aventureros que marcharon a hacer las Américas estaba Blagoje, el tío abuelo de Gojko, que se embarcó siendo apenas un adolescente. Blagoje cruzó el Atlántico hasta Nueva York e inició una dura vida de emigrante, con trabajos como cazar cetáceos en un barco ballenero o extraer, de los pozos del Lejano Oeste, cubos de agua que luego repartía en tartana. Se hizo rico asociándose con un curtidor para fabricar arneses de cuero pero, como tantos paisanos, sentía el tirón de las raíces. Por eso dedicó su fortuna a comprar inmuebles tanto en Belgrado como en Trebinje, resuelto a disfrutar de una apacible vejez de indiano.

La derrota austrohúngara en la Gran Guerra supuso un alivio para el campesinado de Herzegovina Oriental, no solo por la unificación con Serbia y Montenegro, sino también porque el nuevo régimen abolió la servidumbre y puso al fin la tierra en sus manos. Con todo, la reforma agraria progresaba con lentitud, así que, en cuanto las autoridades permitieron comprar directamente las parcelas, Milorad, el padre de Gojko, decidió no esperar y zarpó rumbo a los Estados Unidos para pedirle dinero al tío Blagoje. Volvió de la travesía con un saco lleno de dólares que, además de rescatar la heredad cultivada por sus ancestros, le permitieron comprar unos terrenos fecundos a la orilla del río Trebišnjica. Aunque permanecía sujeto a los rigores del campo, por fin un miembro de la familia en era propietario de los medios para sustentarse.

Tras dos décadas de estabilidad como poseedores de la tierra y parte de la etnia dominante en Yugoslavia, los serbios de Herzegovina sufrieron un nuevo zarandeo con la Segunda Guerra Mundial. Por la resistencia de la población serbia a doblegarse ante la Alemania nazi, Hitler bombardeó con saña Belgrado y dejó el gobierno de Herzegovina Oriental en manos de los ustachas. Para sus masacres, los ustachas aprovechaban los pozos naturales de la región, hendiduras de boca estrecha pero con decenas de metros de profundidad en las que despeñaban los cadáveres de las víctimas. Contra sus brutalidades estalló un levantamiento campesino según la usanza local y, para sofocarlo, el ejército italiano ocupó la comarca. Como vestigio de los meses de terror ustacha, Herzegovina Oriental está salpicada de antiguas fosas, con la hendidura tapiada a base de hormigón y capillas de cruces relumbrantes en honor de los muertos.

La disputa por canalizar la rebeldía de la población serbia enfrentó a partisanos y chetniks, que no tardaron en entablar una guerra fratricida. Los chetniks veían al ejército italiano como una tropa de opereta y se referían a ellos como «las titas», pero, para limitar la presencia ustacha en el territorio, empezaron a colaborar con ellos. Se adhirieron a la Milicia Voluntaria Anticomunista, formada por cuerpos auxiliares del invasor que combatían a los partisanos a cambio de armas y víveres. Milorad era un serbio tradicionalista y religioso, así que tenía simpatía por los chetniks y ofreció su casa al mando italiano como hospital de campaña. Tras la capitulación de Italia en 1943, dio cobijo a dos soldados que huían de las represalias del ejército alemán, enfurecido por el cambio de bando de sus aliados. De estos huéspedes por los que se arriesgó al fusilamiento, uno murió cuando el barco en el que volvía a Italia fue torpedeado por un submarino. El otro permaneció un tiempo en Trebinje y, después de casarse con una joven de los alrededores, emprendió con su nueva esposa el regreso a Milán.

Aunque los campesinos habían formado el grueso de la guerrilla partisana, el dogmatismo comunista les enfrentó al nuevo régimen cuando este pretendió colectivizar el campo e integrarlos en

cooperativas. Los agricultores no estaban dispuestos a perder otra vez la tierra, así que empezaron a resistirse: saboteaban las cooperativas desde dentro, marginaban a todo aquel que se adhiriese a ellas y, antes que entregar sus cosechas o animales, preferían destruirlos. Según recogen los documentos del Partido Comunista local, en su obstinación los lugareños de Trebinje llegaron a degollar hasta 50 000 ovejas. Tras comprobar que ni los arrestos ni las palizas iban a doblegarles, las autoridades dieron su brazo a torcer y renunciaron a las colectivizaciones.

La familia de Gojko logró salvar las tierras de los burócratas, pero su patrimonio menguó con la confiscación de los inmuebles del tío Blagoje, a quien el Gobierno nacionalizó más de cuarenta propiedades, el fruto de toda una vida trabajando en América. Para Milorad, que era un serbio religioso y jamás había creído en el comunismo, la avidez de los gerifaltes confirmó que, en el nuevo sistema, era un ciudadano de segunda. Decidió aislarse en sus cultivos y educó a su prole según la máxima de que, más allá del terruño, el mundo era un lugar cambiante e incierto. Por el fracaso de la colectivización, conservaba los sembrados de antes de la guerra: en el margen del río Trebišnjica plantaba tomates, berenjenas, patatas y cebollas, mientras por los breñales de su aldea natal cultivaba tabaco de picadura, en la variedad autóctona de hilos rubios cuya popularidad le valió el sobrenombre de «el oro herzegovino».

Durante su infancia, Gojko no solo ayudaba a su padre en las labores cotidianas, sino que iba hasta Dubrovnik para ofrecer puerta a puerta verduras y hortalizas a los próceres de la ciudad. Su paisaje cotidiano, un pedregal inhóspito con marañas de arbustos, contrastaba con la exquisitez de los palacios góticos y el horizonte de colinas mondas que delimitaba su entorno palidecía ante la vastedad del mar. Después de vender todo el género, se montaba en el tren de vuelta llevándose el recuerdo de Dubrovnik, su fastuosa aglomeración dentro de las murallas torreadas y el zarpar de los barcos entre gaviotas. Cada verano bajaba con los pastores por las laderas siguiendo una antigua costumbre: llevaban sus

rebaños hasta el mar para que, gracias al agua salada, las ovejas soltasen la lana más débil y, a la hora de la esquila, solo quedasen los vellones de mejor calidad.

Por ser de familia reacia al comunismo y, para colmo, religiosa, Gojko sabía que jamás iba a avanzar en el Partido, así que decidió estudiar una carrera técnica que le garantizase libertad ideológica y una buena posición. No obstante, carecía de fondos para costearse los estudios, de forma que buscó un trabajo como electricista en Dubrovnik. Entre otras labores, llevó la electricidad a una aldea vecina a la suya, cuyos habitantes más toscos se quedaron perplejos al ver cómo, montando cables y postes, el hijo de Milorad conseguía que en su casa se hiciese la luz. En cuestión de meses, Gojko ahorró lo necesario para estudiar Ingeniería eléctrica en Podgorica, capital de la cercana Montenegro.

El mundo académico de la época se caracterizaba por su rigor, pero la escasez de ingenieros eléctricos garantizaba un trabajo nada más licenciarse. Terminada la carrera, Gojko se mudó de Podgorica a Sarajevo para proyectar el tramo bosnio de la mayor línea eléctrica construida en Yugoslavia, que debía unir todas las repúblicas del país como materialización del eslogan «Fraternidad y Unidad». Dentro de este proyecto mastodóntico —bautizado como «Anillo Nikola Tesla» en homenaje al científico e inventor serbio— construyó subestaciones en Sarajevo, Mostar, Banja Luka e incluso en Trebinje, cerca del monasterio donde hoy acude los domingos a misa. Una vez completada su tarea por toda Bosnia, Gojko volvió a Trebinje, ahora convertido en un ciudadano respetable, para trabajar como ingeniero en la central hidroeléctrica local.

Aunque su vida era menos ingrata, los campesinos seguían padeciendo las desventuras de cultivar en terreno cárstico. Desde su cabecera, el río Trebišnjica desciende de forma gradual por horizontes cada vez más bajos, pero no siempre lo hace a cielo abierto: a causa de la tendencia de la roca cárstica a hundirse, parte de su curso fluye por cavidades subterráneas, cuyo desborde con las lluvias provocaba inundaciones fulminantes. Los labriegos se

acostumbraron a plantar un maíz llamado «de los cien días», por ser el tiempo que mediaba de la semilla al grano. Si, en ese periodo, caía un diluvio precoz, tenían que cosechar a la desesperada, mientras el río, salido de sus cauces ocultos, iba encharcando los maizales. Las autoridades impulsaron un sistema de presas que mantenía el Trebišnjica en la superficie y, para aprovechar la caída del agua desde los embalses, se construyó la central hidroeléctrica que había contratado a Gojko. A través de la subestación que él mismo diseñó, la central proporcionaba energía tanto a Trebinje como a Dubrovnik.

A principios de los ochenta, el escritor Vuk Drašković, descendiente de herzegovinos, publicó la novela Nož («Cuchillo»), con la que rasgó el manto de silencio que envolvía los crímenes ustachas en la zona. Tras saltar a la política, se convirtió en uno de los representantes más belicosos del nacionalismo serbio. Clamaba por la rehabilitación del movimiento chetnik y, a la pregunta sobre cuál debía ser la extensión de Serbia, respondía sin ambages: «Dondequiera que haya fosas y tumbas de serbios». Roto el tabú de las masacres ustachas, comenzaron las exhumaciones de los asesinados. Por la profundidad de las fosas, un equipo de espeleólogos tenía que descolgarse para rescatar los despojos, entre ellos numerosos cráneos donde se podían observar las brechas abiertas por picos y mazas.

Las misas de difuntos oficiadas por la Iglesia ortodoxa serbia supusieron una catarsis para Herzegovina Oriental, porque al fin salía a luz lo que siempre se había musitado en los hogares. Sin embargo, con la rememoración del genocidio se forjó un discurso victimista según el cual la nación era masacrada de forma cíclica por croatas y musulmanes: el académico herzegovino Milorad Ekmečić, que había perdido en las fosas a 78 familiares, llegaría a titular su historia moderna del pueblo serbio Un largo periplo entre la degollación y la labranza. El fervor nacionalista desatado por las exhumaciones se transformó en miedo de que la hecatombe se repitiese, en particular por el ascenso del nacionalismo croata. Convencidos de que en Zagreb se tramaba su exterminio, los

serbios de Herzegovina se aprestaron a defenderse, resolución que incluía golpear antes que el adversario.

En 1991 los medios de comunicación serbios denunciaron que el régimen de Franjo Tuđman había concentrado a 30 000 ustachas en la frontera de Croacia con Montenegro, cerca de Dubrovnik, pretexto que el ejército yugoslavo aprovechó para bombardear la ciudad. En el sitio de Dubrovnik, presentado como una «guerra para la paz», los proyectiles impactaban contra las murallas, que resistían con un aplomo de siglos, y abrían boquetes en los palacios señoriales. Una de las bases logísticas de la operación era Trebinje, parte de cuya población acogió exultante a las tropas serbias. Más allá de la coincidencia nacional, en su euforia se adivinaba el deseo de revancha, la oportunidad de devolver a los arrogantes patricios su desdén de siglos por los brutos del interior.

Al iniciarse los bombardeos sobre Dubrovnik, Gojko temía verse obligado a participar, ya que era oficial técnico en la reserva del ejército. Para su suerte, la distancia que siempre mantuvo con el régimen anterior generaba desconfianza en sus superiores, formados en el sistema comunista, y gracias a este recelo se libró de la movilización. Con todo, la hostilidad del mando le hacía temer por su seguridad y estuvo sopesando marcharse de Yugoslavia: a fin de cuentas, era un ingeniero con experiencia y, si no encontraba un trabajo acorde a su cualificación, por sus raíces campesinas siempre le quedaba podar setos, cosechar como jornalero o desempeñar cualquier otra labor relacionada con la tierra. Si descartó la idea de emigrar, fue por la oposición de su propia familia, que, arrastrada por el nacionalismo, consideraba que irse en aquel momento histórico equivalía a traicionar al pueblo serbio.

Dubrovnik se salvó por su pertenencia al Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, que provocó la reacción de las potencias internacionales, pero los bombardeos dejaron cerca de doscientas víctimas y más de dos tercios del casco viejo dañados. En 1992, con la guerra de Bosnia ya a todo trapo, las tropas yugoslavas se retiraron de Herzegovina Oriental para ceder el

testigo al Ejército de la República Srpska, en una maniobra descoordinada que abrió lagunas en los frentes. El Ejército de Croacia aprovechó la ocasión para atacar y avanzó por los pedregales hasta instalarse en cotas que le permitían bombardear Trebinje. Mientras, en la ciudad se intensificaba la campaña de acoso a los bosniacos, una quinta parte de la población, que ahora sufría amenazas telefónicas, irrupciones en sus domicilios y abusos policiales.

El 27 de enero de 1993 —día de San Sava, fundador de la Iglesia ortodoxa serbia—, un grupo de vándalos prendió fuego a la mezquita central de Trebinje, que ardió durante tres días y tres noches sin que nadie osase apagar el incendio. Cuando los bosniacos fueron a protestar al alcalde, Božidar Vučurević, este les dijo que no podía garantizar su seguridad, pero sí conseguirles el transporte y los documentos para marcharse. Se fueron en autobuses, con sus pertenencias metidas en bolsas de viaje o sacos de basura, rumbo primero a Montenegro y luego a Estados Unidos o Escandinavia. El alcalde Vučurević mantiene todavía hoy que los bosniacos de Trebinje no solo son injustos al acusarle de limpieza étnica, sino que, al contrario, deberían darle las gracias por haberles organizado un éxodo seguro.

En el delirio general, Gojko intentaba mantener una precaria equidistancia. Según argumenta, si uno queda atrapado en mitad de una pelea de kafana lo más cabal es hacerse a un lado, porque, de lo contrario, siempre corre el peligro de recibir un botellazo en la cabeza. Con todo, protegió a sus amigos no serbios haciendo uso de su posición resguardada, porque incluso en la guerra los ejércitos necesitan electricidad. Tras proclamar su independencia de Bosnia, la República Srpska había fundado su propia compañía eléctrica y necesitaba reparar los tendidos arruinados por los combates. Las autoridades pidieron a Gojko que montase su sistema eléctrico, tarea que llevó a cabo arriesgando su vida. Para activar la central hidroeléctrica de Višegrad, tuvo que atravesar una presa sobre el río Drina bajo el fuego cruzado entre el Ejército de la República Srpska y la Armija. Echando la vista atrás, se muestra orgulloso de su papel

en aquellos tiempos oscuros: «Mientras otros destruían, yo construía».

Como responsable de la Central Hidroeléctrica de Trebinje, llegó a un acuerdo con su homólogo croata para proveer de electricidad a Dubrovnik. Dado que sus respectivas ciudades se encontraban en guerra, para negociar el abastecimiento los dos ingenieros celebraban reuniones secretas en un búnker fronterizo. Cuando, en 1995, las tropas croatas lanzaron una ofensiva final para hacerse con Trebinje, Gojko recibió una llamada de su interlocutor preguntándole si debían seguir cooperando. Al escuchar que Dubrovnik ardía a causa de los bombardeos serbios, Gojko que le respondió que Trebinje también, pero a causa de los bombardeos croatas, y que ninguna de las dos ciudades dejaría de arder si interrumpían su colaboración. De esta forma, hasta el fin de la guerra Gojko estuvo suministrando electricidad a la misma Dubrovnik desde la que le cañoneaban.

El ataque de última hora lanzado por Croacia no llegó hasta Trebinje, entre otros motivos por la presión internacional. Desde entonces, Trebinje ha quedado como una localidad apacible pero solitaria. La aíslan del resto de la República Srpska kilómetros de extensiones desiertas y su conexión más viable sería con Dubrovnik, si no fuese porque sus habitantes no olvidan el pasado. En el año 2000, el presidente de Montenegro, Milo Đukanović, pidió disculpas a Croacia por el dolor que su país había causado a Dubrovnik y, mientras desde Trebinje no llegue una declaración semejante, la altiva ciudad rechaza cualquier intercambio económico. El desdén practicado por Dubrovnik ha condenado a Trebinje a la escasez de perspectivas, tanto que cada verano, cuando los bosniacos locales regresan de vacaciones, sus antiguos vecinos serbios les reciben con el proverbial humor negro: «En la próxima guerra, mejor lo hacemos al revés: vosotros os quedáis y nosotros nos vamos».

Una vez jubilado de la central hidroeléctrica, para mantenerse activo Gojko se dedica a la viticultura, a la que su padre recurría solo para

consumo propio. Cuando era niño, el agua era demasiado pura porque el calor secaba las fuentes, así que Milorad se la daba a beber a sus vástagos con un chorro de tinto porque, según su teoría, le faltaban minerales. Cómodo en el papel de anfitrión, Gojko explica que la zona de Trebinje es ideal para la vinatería porque, al estar situada al mismo tiempo cerca de la costa y elevada sobre el mar, los días son calurosos y las noches frescas, una amplitud térmica que dota al vino de cuerpo y aroma. No obstante, la difusión de los caldos locales queda limitada por el bloqueo de Dubrovnik, ya que en el paso fronterizo que ahora separa a las dos ciudades está prohibido el transporte de mercancías. Sin posibilidades de aprovisionar a los restaurantes de Dubrovnik, Gojko organiza visitas de turismo enológico en su propiedad, durante las cuales expone sus métodos de producción, enseña las barricas donde madura el vino y ofrece catas acompañadas de jamón y quesos.

Como alternativa a Dubrovnik, Gojko abastece de vino a dos de los conventos más importantes de la Iglesia ortodoxa serbia: el de Hilandar, en el estado monástico del monte Athos en Grecia, y el de Ostrog, en Montenegro, que alberga las reliquias de san Basilio, oriundo de Herzegovina Oriental. Para Gojko constituye un honor proveer de vino a estos templos por el sentimiento religioso que cultiva desde la niñez. Su fervor cristiano es el que le conduce cada domingo a la misa del monasterio junto a Trebinje, con el que ha entablado una colaboración vitícola. Según el pacto alcanzado con la abadesa Milosavka, parte de la uva que Gojko fermenta para sus caldos procede de la vid cultivada por las monjas, gracias a lo cual obtiene su materia prima de un lugar venerable. Con celo piadoso, resume su idea de la existencia: «La relación del hombre con Dios es una línea vertical y la relación del hombre con el prójimo es una línea horizontal. Al juntar ambas, se forma la Cruz».

Bajo el magnolio, las hermanas recogen la mesa donde se había reunido la congregación mientras Gojko, frustrado por la cerrilidad de sus paisanos respecto a Dubrovnik, se aleja cabizbajo entre viñedos. Hace un alto para observar la subestación eléctrica que diseñó, un mareante entramado de postes y alambres desde el que

la línea de alta tensión sigue su ruta entre las quiebras. Más allá de la linde con Croacia, en las mismas laderas por las que Gojko bajaba con los rebaños hacia el mar, el tendido se precipita hasta conectar con la central que abastece a Dubrovnik, cuyo consumo se ha disparado tras su eclosión como destino turístico. La electricidad ha quedado como el vínculo más longevo entre Dubrovnik y Trebinje, a la espera de que el resto de conexiones se rehagan si ambas ciudades deponen su suspicacia mutua.

Al fantasear sobre su jubilación, Gojko imaginaba viajes no por los circuitos para turistas, sino de forma más acorde con su mentalidad de ingeniero. Alojándose en hoteles de periferia, recorrería las provincias conversando con sus pobladores para descubrir su mentalidad, sus hábitos de trabajo y la forma en que está organizada la vida colectiva. Para su desgracia, estos planes quedaron truncados cuando a su mujer, Jelena, le fue diagnosticada la enfermedad de Alzheimer. Justo en el momento en que sus hijos se habían emancipado y el matrimonio volvía a disponer de libertad y tiempo, Gojko tuvo que adaptarse al papel de enfermero de su esposa, afectada por una degradación creciente. Fiel a sus creencias religiosas, Gojko asume esta tesitura con abnegación por considerarla el fruto de la voluntad divina, la cruz que le ha tocado cargar en su existencia terrenal. Sin embargo, los años han hecho mella en su resignación cristiana y, aparte de la iglesia, solo encuentra la paz en los viñedos de su finca.

Con la serenidad que le proporciona dar orden a la naturaleza, Gojko acomoda el trepar de la vid por los parrales y guía con diligencia la pujanza de los sarmientos. De esta forma se abstrae de las contrariedades que le rodean y, al mismo tiempo, prolonga la herencia de sus antepasados —desde el labriego Stojan hasta su padre, Milorad— en el terreno que cultiva gracias a una lucha de siglos. Cuando llega la hora de abandonar las cepas para regresar junto a su mujer, sus pisadas hienden la tierra grumosa, hollada por las generaciones. Aunque desde hace medio milenio es objeto de discordias, solo ella es perdurable entre tanto afán pasajero, poseedora de sus poseedores en una quietud embebida de sol.

Desperdigados por el viento

No sabes cómo está de deshabitado, pero tampoco cuán duro es mi pedregal, y más duro es aún quien en él ha nacido.

Ivan Raos

A veces los confines del propio mundo quedan al alcance de la mirada, como esta llanura entre colinas yermas por la que serpentea un riachuelo. La carretera que viene de Tomislavgrad, apenas transitada, describe un arco casi de herradura en este paisaje lunar, junto a la desierta población de Šujica. Una vez completado el giro, más allá del cruce por el que vela una estatuilla de san Antonio de Padua, el trazado bordea la llanura en sentido inverso, camino de Croacia. Todo lo que se ofrece a la vista es un llano solitario, salvo por los rebaños que pastan dóciles, y una carretera que se pierde en la lejanía. Quizás al viajero de paso este horizonte vital le parezca irrisorio, pero a Ilija le bastaría con creces, si solo pudiese volver aquí.

No es que la vida en estos parajes resulte apacible. El clima es bronco y áspero, como atestiguan la falta de árboles y el escorzo de los juncos en la ribera, abatidos por el viento que se precipita desde el altiplano de Kupres. Los oriundos de esta tierra arisca, que apenas permite cultivar patatas y heno, parecen condenados a desfilar una y otra vez junto a la imagen del santo, en un sinfín de idas y venidas desde el lugar al que emigraron para subsistir. Son muchos quienes, como Ilija, viven alejados de su terruño y pagan, a cambio de la estabilidad, el amargo precio del desarraigo.

Šujica, como las cercanas Tomislavgrad o Kupres, se encuentra en el límite de la Bosnia histórica, pero tanto por su ubicación como por su demografía la comarca vive orientada hacia Herzegovina Occidental, de abrumador predominio croata. La llanura que rodea Tomislavgrad se considera la cuna de Croacia, porque, según la historiografía patriótica, en la Edad Media fue el escenario de la coronación del rey Tomislav, tenido por autor de la unidad nacional croata. De acuerdo con esta teoría —en la que los hechos se mezclan con la fábula— Tomislav logró reunir bajo su cetro a un conglomerado de tribus eslavas presentes en la vasta extensión que iba del mar Adriático hasta el río Drina.

El reino gobernado por Tomislav conservó la independencia hasta su unificación con la corona de Hungría en 1102. Desde entonces, la nobleza croata, huérfana de un Estado, vivió sometida a diversos imperios, afanándose en preservar tanto sus derechos históricos como una autonomía precaria. Tras sobrevivir a los intentos de asimilación de Austria y Hungría, así como a la explotación económica de Venecia, en el siglo

xix

se despertó en los antiguos dominios de Tomislav un anhelo de emancipación nacional que se encauzaba en dos corrientes: una yugoslavista, partidaria de la alianza de los croatas con el resto de eslavos del sur, y otra que propugnaba su legitimidad histórica para formar un Estado propio. Después de la Primera Guerra Mundial y la debacle del Imperio austrohúngaro, donde habitaba la mayoría de población croata, la balanza se decantó hacia el yugoslavismo con la fundación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, concebidos como tres «tribus» integrantes de una misma nación.

Durante este milenio, Šujica era una modesta encrucijada de la ruta entre Bosnia, Herzegovina y la costa del Adriático, con hospedaje para viajeros y caravanas de mercancías. La población apenas cobró cierto tamaño a mediados del siglo

xix

, cuando se fundó la parroquia local y se levantó una iglesia consagrada a san Antonio de Padua. Con motivo del milenario del nacimiento del rey Tomislav, los habitantes de la cercana Duvno solicitaron a Alejandro I, monarca del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, cambiar el topónimo tradicional por el de Tomislavgrad o «Ciudad de Tomislav». Alejandro, miembro de la dinastía real serbia, no aceptó hasta el nacimiento de su tercer hijo, bautizado como Tomislav de acuerdo con la política de dar, a cada uno de sus hijos varones, un nombre serbio, uno croata y uno esloveno. Sin embargo, en su edicto justificó la transformación de Duvno en Tomislavgrad como un honor no al rey medieval croata, sino al príncipe recién nacido, serbio como su padre.

La anécdota es una muestra sutil de la tensión entre serbios y croatas que socavaba el nuevo Estado. Pese a haber sido fundado como casa común de los eslavos del sur, al fin libres del sojuzgamiento extranjero, la existencia del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos fue tan inestable que tuvo treinta gobiernos en veintitrés años. El mayor problema que arrastraba era el pulso entre el centralismo serbio y las reivindicaciones de autonomía croata encabezadas por Stjepan Radić, líder campesino que consideraba que los croatas habían entrado en el nuevo Estado «como ocas borrachas en la niebla». Tras el asesinato de Radić por un diputado serbio en pleno debate parlamentario, el rey Alejandro proclamó una dictadura encabezada por él mismo y rebautizó el país como «Yugoslavia». Esta reacción autoritaria no solo exacerbó las tensiones, sino que terminó propiciando el asesinato del monarca: en una visita oficial a Francia, Vlado Černozemski, miembro de una organización terrorista macedonia, le tiroteó nada más desembarcar en el puerto de Marsella.

Aunque el asesino del rey era macedonio, el grueso de la preparación del atentado había corrido a cargo de las milicias ultranacionalistas croatas llamadas «ustachas». Su líder, Ante Pavelić, emigrado al proclamarse la dictadura del rey Alejandro, había fundado los ustachas como organización terrorista con el objetivo de desestabilizar Yugoslavia. Los ustachas contaban con el

apoyo de Benito Mussolini y fundaron campos de entrenamiento primero en Hungría y luego en la Italia fascista. Se trataba de individuos encallecidos por el rigor de la vida en los campos que desplegaban una belicosidad cruda: «La daga, el revólver, la metralleta y la bomba de relojería. Estas son las campanas que anunciarán el alba y la resurrección del Estado Independiente de Croacia», había dejado escrito Pavelić en 1932.

Su hora llegó con la conquista de Yugoslavia por las Potencias del Eje, que Mussolini aprovechó para encumbrarlos al poder en el recién proclamado Estado Independiente de Croacia. La población croata acogió con entusiasmo la independencia, coreando jubilosa: «Ya no hay guerra y tenemos un Estado». Este «fetichismo del Estado», según lo definió el escritor Slavko Goldstein, cegó a buena parte de los croatas respecto al orden criminal que se estaba fraguando. La resurrección del Estado croata al cabo de ocho siglos auguraba un futuro radiante para la nación. La euforia, sumada al rencor por el hegemonismo serbio en la Yugoslavia de entreguerras, echó a un segmento de la población en manos de un régimen sostenido en lo militar por las bayonetas alemanas y en lo espiritual, por la Iglesia católica.

Uno de los mayores semilleros de ustachas eran las zonas rurales de Yugoslavia donde predominaban los croatas, en particular Herzegovina Occidental y la comarca de Ilija, cuyos antepasados más directos se implicaron en el nuevo orden. Exultante ante lo que consideraba una ocasión histórica, su tío, también llamado Ilija, se alistó en la milicia ustacha, accesible solo a patriotas de lealtad comprobada que realizaban un juramento de sumisión absoluta a Pavelić. Su padre, Jozo, menos exaltado que el tío Ilija, pasó a engrosar las filas de la Guardia Nacional, un antiguo cuerpo militar austrohúngaro que se había reconvertido en ejército regular del Estado naciente.

En su lucha contra la ocupación de Yugoslavia, la guerrilla partisana se lanzó a conquistar Kupres, localidad que, por su ubicación sobre un altiplano, garantizaba el dominio sobre la comarca. Según un

informe remitido a Tito: «Si caen Kupres y Zloselo, habrá caído media Zagreb». No obstante, Kupres era un nido de ustachas y el primer ataque partisano fue repelido por la unidad de élite conocida como «Legión Negra». Las tornas cambiarían al año siguiente, después de que la capitulación italiana pusiese al alcance de los partisanos un cuantioso arsenal. Esta vez, la guarnición ustacha que custodiaba la ciudad se retiró sin presentar batalla.

La rendición de Italia supuso un punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial, que experimentó un cambio de dinámica irreversible: cercada por el avance del Ejército Rojo en el este y por el desembarco aliado en Normandía, la Alemania nazi se precipitaba a la debacle y, con ella, el Estado Independiente de Croacia, cuyas defensas empezaban a ceder.

El tío Ilija murió en la región de Split durante los últimos compases de la guerra. Según las averiguaciones de la familia, formaba parte de un grupo de ustachas en desbandada pero, ante la cercanía de las tropas partisanas, a una huida que consideraba ultrajante prefirió caer con honor. Oculto entre la maleza, su plan consistía en alcanzar un bosquecillo situado detrás de las posiciones partisanas para coger al adversario por la espalda, pero apenas dos de sus desmoralizados compañeros le secundaron en su propósito. Abatido por una ráfaga nada más salir a campo abierto, la vorágine de la guerra engulló sus despojos, todavía desaparecidos a día de hoy.

Con la derrota del Estado Independiente de Croacia se perdió el rastro de una multitud de combatientes como el tío Ilija. Tras la caída de Berlín en mayo del 45, la guerrilla partisana se encontraba a las puertas de Zagreb, por lo que Ante Pavelić decretó una evacuación general de la ciudad. Desconcertadas columnas de milicianos partían en dirección a Austria para entregarse al ejército británico, porque, en el tramo final de la guerra, los partisanos habían dejado de hacer prisioneros. A las tropas se les sumaron numerosos civiles despavoridos ante la llegada de las «hordas rojas». Su plan a la desesperada naufragó cuando los mandos británicos declinaron su

rendición y les obligaron a volver a Yugoslavia para someterse a la potestad de los vencedores.

Siguieron varias semanas de ejecuciones sumarias, marchas de la muerte, abusos y reclusiones en campos de concentración. Aunque las cifras difieren, se estima que los partisanos liquidaron en torno a 80 000 personas, incluidos civiles. Las autoridades reprimieron la memoria de esta matanza, además de ocultar o destruir las fosas donde sus autores habían arrojado los cadáveres. Con el paso de las décadas, a medida que el silencio oficial se iba disipando, por todo el norte de la antigua Yugoslavia se han exhumado millares de restos en trincheras, fosas comunes y pozos de la roca cárstica. La memoria del desquite partisano se ha convertido en un pilar del nacionalismo croata moderno, que, siempre envuelto en un manto católico, ha bautizado los hechos con el nombre de «Vía Crucis».

Jozo, el padre de Ilija, sobrevivió al descalabro de la Croacia independiente por haber combatido en las filas de la Guardia Nacional. A diferencia de las milicias ustachas, de adhesión espontánea y furor exaltado, este cuerpo reclutaba de forma obligatoria y no se había ensañado en atrocidades contra civiles, por lo que los partisanos les consideraban un ejército legítimo y les dispensaron un trato más piadoso. Muchos volvieron a casa, si bien convertidos en ciudadanos de segundo orden. De regreso a Šujica, Jozo se casó con su vecina Anja y reunió unas cuantas vacas que pastoreaba por la llanura. No obstante, su modesta vida de posguerra se truncó: por la miseria y las carencias sanitarias, los tres hijos que tuvo murieron uno tras otro, seguidos al cabo del tiempo por la propia Anja.

Movido por el pragmatismo rural, Jozo se casó en segundas nupcias con su también vecina Josipa, quien dio a luz a una decena de hijos de los que, en esta ocasión, fallecieron cinco. Ilija desconoce la causa de tantas muertes prematuras: quizás el tifus o un simple acceso de fiebre, porque no había ningún médico en kilómetros a la redonda. Solo sabe que es el más joven de los hijos que

sobrevivieron y que, acongojado por la desaparición de su hermano Ilija en la guerra, Jozo decidió bautizarlo con su mismo nombre.

Desde su derrota en el 45 hasta el ecuador de los años sesenta, quienes habían luchado en las tropas de la Croacia independiente sufrieron el acoso de las autoridades. Ilija recuerda cómo, de madrugada, la policía golpeaba la puerta de la casa para llevarse a Jozo. Tras cada arresto, le sometían a crudos interrogatorios acerca del paradero de su hermano —aun cuando sabían que había desaparecido en la retirada— e incluso le acusaban de ocultarlo en los alrededores. Abrumado por el hostigamiento y temeroso de que las represalias fuesen a más, Jozo destruyó todas las fotografías del ausente. Desde entonces, para el pequeño Ilija, su tío se convirtió en una presencia fantasmal conjurada con su mismo nombre, que su padre pronunciaba con un nudo en la garganta.

Durante su niñez, Ilija absorbió dos visiones antagónicas de la Segunda Guerra Mundial. En la escuela, aprendía las gestas de los partisanos, mientras que, en el silencio del hogar, sus mayores mantenían conversaciones lacónicas en las que se adivinaba su desprecio por el régimen o mencionaban nombres desconocidos que le parecían quedar flotando en el aire. Cuando consideró que sus cinco hijos tenían uso de razón, Jozo los sentó alrededor de la mesa y por fin les habló sin reservas del dolor mudo que lo atormentaba. Les dijo que las enseñanzas de la escuela eran mentira, que había otra versión, la de los suyos, recluida en las catacumbas. Pero, sobre todo, ante su estupor infantil, les contó por primera vez la historia de su hermano. Jozo terminó el relato con una advertencia solemne: «A partir de ahora, fingid en público que creéis en el comunismo y, por encima de todo, callaos, porque las paredes oyen».

Marginados por su implicación en la Croacia ustacha e incapaces de progresar más allá de la subsistencia, los croatas de Herzegovina emigraron en masa al extranjero, donde su remuneración llegaba a multiplicar por diez la que hubiesen percibido en la aborrecida «Serboslavia». En Alemania, Austria o Suiza, cavaban zanjas,

levantaban andamios, alquitranaban calzadas y, terminado el mes, separaban parte de su sueldo para enviar remesas a sus familias. En los inicios de este flujo migratorio, cuando Yugoslavia aún no tenía acuerdos con los países de destino, sus condiciones laborales eran precarias y apenas podían volver al terruño, salvo unos días en Navidad y un puñado más en verano para arrimar el hombro en la siega. Algunos hacían excursiones de fin de semana en los llamados «autobuses sexy», bautizados con este nombre porque, al llegar a casa tras veinte horas de viaje, los pasajeros apenas tenían tiempo de acostarse con sus mujeres antes de emprender el camino de vuelta.

En la primera oleada migratoria, Boško, el hermano mayor de Ilija, había conseguido asentarse en Zúrich, donde regentaba una gasolinera, así que cuando, a principios de los ochenta, la economía yugoslava entró en declive, Ilija tuvo mayores facilidades para trabajar en Suiza como peón de obra. La población local, ajena la historia de su país de procedencia, veía en él a un corpulento yugoslavo más, con el pelo hirsuto, el cogote carnoso y un espeso mostacho que le daba un aire rústico. Además, Ilija no tenía vocación de emigrante: a duras penas chapurreaba el alemán y se relacionaba casi exclusivamente con croatas. Con todo, el mayor obstáculo para su integración era que añoraba Šujica, de forma que pronto hizo las maletas y volvió a su llanura natal.

Tras la debacle del régimen ustacha, entre croatas no se rearticuló una conciencia nacional hasta finales de los sesenta, con la eclosión de la llamada «Primavera Croata». Este movimiento, surgido dentro del Partido Comunista contra la postergación de Croacia en varios ámbitos, fue sofocado por Tito mediante una estrategia de palo y zanahoria: atendió parte de las reclamaciones de la Primavera Croata mientras purgaba o encarcelaba a sus líderes. El único actor todavía capaz de vehicular el descontento era la Iglesia, que asumió el liderazgo de la nación con un modelo similar al de Polonia. Para aglutinar a las masas, organizó homenajes al cardenal Alojzije Stepinac, ambiguo respecto a los ustachas; impulsó un jubileo de nueve años por el 1300 aniversario de la cristianización de los

croatas, y potenció el culto a la virgen negra de Marija Bistrica, a la que ensalzaba como advocata fidelissima Croatiae.

En la canícula de 1981, seis niños de la población herzegovina de Međugorje revelaron a los franciscanos del lugar que estaban siendo testigos de apariciones marianas. Pese a la oposición del arzobispo de Mostar, la buena nueva de que la Virgen se mostraba al grupo de niños para transmitirles mensajes de amor y piedad galvanizó a los creyentes de la comarca. Entre ellos estaba Ilija, en quien los sucesos de Međugorje despertaron un fervor obsesivo: durante meses, conducía cada domingo un centenar de kilómetros desde Šujica para rezar en la colina de las apariciones.

Los peregrinajes, que arrastraban muchedumbres, eran vistos por el régimen como una manifestación nacional-católica que extirpar, así que los franciscanos de Međugorje fueron encarcelados y la policía bloqueó los accesos por carretera. Sin embargo, estas medidas solo lograron robustecer la determinación de Ilija y el resto de fieles: entre helicópteros que volaban a ras de suelo para dificultarles el avance, llegaban rosario en mano a través de los montes, decididos a elevar sus plegarias a la que llamaban «Reina de la Paz».

Las diversas corrientes de la identidad croata confluyeron con la fundación del HDZ o Comunidad Democrática Croata, más que un partido político, un movimiento nacional liderado por Franjo Tuđman. Tuđman había entrado en Zagreb con los partisanos en la Segunda Guerra Mundial y luego fue general del ejército yugoslavo, pero tras una estancia en Belgrado se desengañó del comunismo y ahora encabezaba un despertar patriótico. La consecución de un Estado —según Tuđman, «un sueño milenario» de los croatas— era el estandarte bajo el que pretendía agrupar a toda la nación, de los hijos de los partisanos a los de los ustachas. En sus discursos, presentaba el régimen de Ante Pavelić como una manifestación extraviada, pero legítima a fin de cuentas, del ansia de los croatas por obtener un Estado propio. Por toda Herzegovina Occidental hasta Šujica, el HDZ atrajo a una legión de seguidores entre los que

figuraba Ilija, quien en la guía de Tuđman veía la ocasión de zafarse de Yugoslavia.

Cuando Croacia declaró su independencia en 1991, el «sueño milenario» de Tuđman cobró tintes pesadillescos por la rebelión serbia en la Krajina y el ataque del ejército yugoslavo. Aunque el presidente de Bosnia-Herzegovina, Alija Izetbegović, había declarado la neutralidad de la república, sus croatas no podían contemplar los hechos con indiferencia. Cuando se difundió que una columna de tanques federales procedente de Kupres iba a atravesar Šujica, Ilija y el resto de vecinos se apresuraron a organizarse: desde la encrucijada que hoy preside la estatuilla de san Antonio hasta la meseta de Kupres, se plantaron con camiones, tractores y maquinaria pesada para bloquear el convoy. En las afueras de Mostar se estaba dando una situación idéntica y Alija Izetbegović tuvo que acudir desde Sarajevo como mediador para evitar un baño de sangre. Su presencia apaciguó a los herzegovinos y, al cabo de tres días de tensión, la columna de Mostar atravesó Šujica para reunirse con la de Kupres, bajo la mirada torva de Ilija y sus paisanos.

Ante los rumores de que la guerra saltaría de Croacia a Bosnia, Ilija se integró en las patrullas rurales que velaban por las aldeas croatas de la zona, si bien, dada la falta de armamento, montaban guardia con las manos desnudas. A principios de abril de 1992, el teléfono sonó de madrugada en su casa de Šujica y una voz le anunció la evacuación inmediata de mujeres y niños. En apenas horas se estaba despidiendo de su esposa Mara y de su hijo recién nacido, al que bautizó con el nombre de Jozo en memoria de su difunto abuelo. Nada más quedarse solo en Šujica, se alistó en el Consejo de Defensa Croata o HVO.

La situación estratégica era la misma que en 1942, con el altiplano y la ciudad de Kupres como clave para dominar la comarca. No obstante, quien desató las hostilidades no fue el bando serbio como en el resto de Bosnia, sino el HVO. Partiendo de Šujica al filo del alba, Ilija y sus compañeros avanzaron por la nieve y al cabo de dos

días ya batallaban en Kupres. El ejército federal destacó varios tanques a los que intentaron combatir con lanzamorteros, pero cuando se quedaron sin proyectiles emprendieron la retirada. Ilija volvió hasta Šujica por el bosque y ayudó a minar la carretera que bajaba desde Kupres para impedir el avance de los blindados. Soportaron tres días de bombardeos, primero de la artillería desde los montes y luego de dos aviones que descargaban sobre la llanura. Cuando uno de los aparatos cayó abatido junto al riachuelo, los combates cesaron de forma súbita y ambos bandos se dieron por satisfechos con las posiciones bajo su control.

Durante dos años, las líneas de frente permanecieron estables, con cañoneos esporádicos sobre Šujica, en particular contra la iglesia de San Antonio, mientras la infantería croata aplicaba tácticas de infiltración. Tras el fin del enfrentamiento entre el HVO y la Armija, ambas fuerzas diseñaron sendas operaciones para tomar Kupres. Sobre el papel, los dos ejércitos habían firmado la paz, pero su coordinación todavía presentaba lagunas. Cuando la Armija forzó los pasos de montaña sobre Kupres, el mando les frenó para mantener la armonía con los aliados croatas. El día de Todos los Santos, Ilija y sus compañeros remontaron las mismas cuestas que en el fiasco de 1992 y se hicieron con Kupres ante un enemigo en desbandada. Una vez tomado el altiplano, Ilija sentía alivio por la desaparición de la artillería serbia, que ya no hostigaría más Šujica desde los montes.

Aunque la Federación acordada por croatas y bosniacos era, en palabras del primer ministro bosnio, Haris Silajdžić, «una casa con un solo techo, pero lleno de agujeros», su creación empezó a modificar el curso de la guerra. El vuelco definitivo llegó con la firma de los Acuerdos de Split, en virtud de los cuales el Ejército de Croacia obtenía permiso para actuar en territorio bosnio. El lanzamiento de ofensivas coordinadas entre las fuerzas croatas y la Armija en Bosnia Occidental invirtió la tendencia del conflicto y obligó al Ejército de la República Srpska a ponerse a la defensiva.

Ilija estuvo en la avanzadilla de la última de estas operaciones, durante la que llegó a encontrarse a una veintena de kilómetros de Banja Luka. En el peinado rutinario de una población recién tomada, no pudo contener la impresión al adentrarse en la escuela y toparse con una hilera de pequeños zapatos dejados atrás por los alumnos. Su dura coraza de miliciano se resquebrajó al ver el calzado infantil, porque le hizo pensar en su hijo Jozo, a quien apenas había podido sostener en brazos. Luchando por contener la emoción, se descolgó por la ladera rumbo al embalse de Bočac, donde le aguardaba un porfiado combate por la central hidroeléctrica: dos veces expulsaron de ella al Ejército de la República Srpska y dos veces el adversario retomó el control. Cuando al fin lograron consolidar sus posiciones, el regateo diplomático los obligó a detenerse.

Mientras tenía lugar la ofensiva, Richard Holbrooke, enviado especial de los Estados Unidos para Bosnia, se encontraba reunido con Slobodan Milošević, a quien intentaba convencer de la necesidad de una solución negociada. Para hacerle ver que la República Srpska se encontraba al borde de la debacle, Holbrooke llamó al general croata Ante Gotovina, comandante de la operación, quien demostró que sus tropas controlaban la central de Bočac cortando la electricidad a Banja Luka. Se declaró un alto el fuego que llenó a Ilija de frustración, porque al cabo de tres años de jugarse la vida y perder a decenas de compañeros, ahora se le vedaba un triunfo que parecía inminente. Transcurrido un mes, los presidentes de Bosnia, Croacia y Serbia se encerraban en una base militar de Dayton, Ohio, para negociar bajo la tutela de los Estados Unidos. Aunque las discusiones se prolongaron hasta el último minuto, las partes llegaron a un acuerdo. El 10 de diciembre de 1995, en el Palacio del Elíseo de París, Izetbegović, Milošević y Tuđman firmaban la paz en Bosnia.

Los mandos propusieron a Ilija quedarse en el ejército, ahora como profesional, pero estaba harto de guerra y retomó su vida de antes: se reunió con su familia y volvió a trabajar como albañil en Kupres. Para distraerse en sus ratos de ocio, cantaba en la asociación folclórica de Šujica, que interpretaba el género coral de la región

llamado ganga. Sobre los orígenes de la ganga, Ilija cuenta una historia apócrifa según la que, durante el periodo otomano, un siervo católico pidió permiso al terrateniente para cantar en la boda de su hijo. Deseoso de humillarle, el noble aceptó, pero con una condición: al mismo tiempo que cantaba, el resto de asistentes debía berrear con todas las fuerzas para que su voz no se oyese. La ganga, áspera y bronca, como la comarca donde nació, se compone de dos versos. Cuando el solista ha rematado el primero, el coro —una caterva de sujetos fornidos como Ilija— entra bramando a todo pulmón, con una disonancia que raya en el alarido.

Por la simplicidad de su estructura y la ausencia de instrumentos, la ganga era el vehículo musical predilecto de la población campesina, que cantaba para amenizar los quehaceres agrícolas y las horas muertas junto al rebaño. Aunque sigue retumbando en alguna sobremesa, el género ha perdido buena parte de su popularidad a consecuencia de una nueva oleada de emigración croata. Según el último censo de Bosnia-Herzegovina, realizado en el año 2013, en el país hay casi cuatro veces menos croatas que antes de la guerra, una despoblación que se ha cebado con Herzegovina Occidental. Uno de los motivos de este éxodo es que muchos croatas se sienten relegados en las instituciones.

Según los Acuerdos de Dayton, los croatas son una «nación constitutiva» de Bosnia-Herzegovina, pero dentro de la Federación, se encuentran en minoría frente a los bosniacos. La presidencia del país es tripartita —un bosniaco, un croata y un serbio— con la idea de representar a cada comunidad. Sin embargo, Željko Komšić, de ideología probosnia, ha sido elegido tres veces como miembro croata de la presidencia gracias a una mayoría de votos no croatas, sino bosniacos. Esta perversión de la lógica del sistema ha hecho que buena parte de los herzegovinos perdiesen la fe en los Acuerdos de Dayton. Como consecuencia, exigen reformar la ley electoral, federalizar la estructura del Estado o incluso crear una tercera entidad cuyo territorio sería similar al de Herzeg-Bosnia durante la guerra.

Pese a esta minorización, igual que en oleadas migratorias previas los herzegovinos se han marchado sobre todo por escasez material. Con Franjo Tuđman en el poder gozaron de una enorme ascendiente: copaban los cargos de influencia y, por su nacionalismo conservador, decantaban los resultados de las elecciones en Croacia a favor del HDZ. Sin embargo, tras la muerte de Tuđman en 1999 su sucesor, Stipe Mesić, adoptó una política diametralmente opuesta respecto a los herzegovinos, a quienes no se cansaba de recalcar que su capital no era Zagreb, sino Sarajevo. La financiación procedente de Croacia se cortó y tuvieron que afrontar los mismos problemas que el resto de ciudadanos de Bosnia-Herzegovina, con la diferencia que ya tenían tanto redes en el extranjero como el hábito de emigrar.

Aunque sus familiares y amigos iban partiendo, Ilija contaba con un empleo sólido y su estancia en Suiza le había quitado toda curiosidad por ver mundo. Sin embargo, Andrea, la menor de sus tres hijas, desarrolló una enfermedad respiratoria de difícil tratamiento y los médicos aconsejaron llevarla a un lugar de clima mediterráneo. Con la ayuda de los habitantes que quedaban en Šujica, Ilija cargó los enseres de la familia en un camión y emprendió compungido la ruta hacia Cavtat. Esta localidad croata a orillas del Adriático parece el reverso de la agreste Šujica: en una bahía de aguas impolutas, ceñida por bosques de pinos y cipreses, se arrellanan los palacetes de estilo veneciano con fachadas de piedra clara. En lugar del aire bronco que baja arrollando desde Kupres, el manso chapoteo de las barcas en el muelle; frente al olor acre de la llanura, jardines perfumados de lavanda y jazmín.

Pese a que Cavtat es uno de las destinos más selectos de Croacia, Ilija se siente atrapado en un universo que no es el suyo y vive en una añoranza permanente. En invierno, cuando las borrascas se ciernen sobre el Adriático, pasa las tardes amodorrado frente al televisor y, con la llegada del buen tiempo, se resigna a la afluencia de turistas como un incordio pasajero. Fiel a sus raíces de secano, para tomar una copa no va a las terrazas del muelle, sino a una tasca de carretera, de espaldas al mar, donde se juntan fontaneros,

electricistas y otros hombres de oficio. Cavila en su rincón con un aguardiente y la nostalgia lo ablanda poco a poco, hasta desembocar siempre en la misma conclusión: el día que se jubile de su trabajo como albañil, y para eso aún queda una década, no tardará ni un minuto en volver a Šujica.

El arraigo de la familia en Cavtat varía según las generaciones. Puesto que Ilija es el más joven de los cinco hermanos, su madre, Josipa, de acuerdo con la costumbre, se mudó con él al enviudar. No obstante, jamás se adaptó a su nuevo destino y apenas sale de la casa. Enlutada de pies a cabeza desde la muerte de Jozo, aparece de golpe en la oscuridad del pasillo, exhibiendo en la mano nudosa una cruz tatuada según la tradición croata en Bosnia: con una aguja empapada en una mezcla de leche materna y negro de carbón de un quinqué. En el extremo opuesto está Andrea, la hija menor de Ilija, cuya enfermedad, ya curada, motivó el traslado de la familia a la costa. Por haber llegado de pequeña, su melodioso acento local contrasta con el deje seco de sus hermanos, crecidos en Šujica, y en su habla se filtran los italianismos propios del litoral adriático: antes de marcharse a la escuela, se despide de su padre con un sonoro ¡Addio!

Dado que su mundo es Croacia, quizás sea mejor que a Andrea no la asocien con los herzegovinos, el chivo expiatorio de los males del país. Según un prejuicio arraigado, existe una brecha entre los croatas de territorios que pertenecieron al Imperio otomano y el resto, ya que se les considera menos «occidentales». Pese a su sacrificio en la guerra de independencia —el 64 % del Ejército de Croacia estaba formado por croatas de Bosnia-Herzegovina—, son vistos como garrulos nacionalistas que tejen redes clientelares entre paisanos. También se hace burla de ellos como ramplones, propensos a llevar zapatos con calcetines blancos o a presumir de cochazo y móvil de última generación. Desterrados por las inclemencias de su tierra natal y menospreciados en Croacia, viven en busca de un hogar que les rehúye.

Una de las fechas señaladas para los croatas es el día de Todos los Santos. Durante la semana anterior, en Herzegovina brotan junto a la carretera puestos de venta de crisantemos, atados en ramilletes blancos, amarillos y violetas que contrastan con el gris del asfalto. Ilija vuelve cada año de Cavtat a Šujica con motivo de la conmemoración, siguiendo una ruta bordeada de caserones vacíos. El motivo es la nueva despoblación que asola Herzegovina, esta vez causada por la crisis económica y la entrada de Croacia en la UE: la mayoría de herzegovinos posee también la nacionalidad croata, así que emigran en masa rumbo a los países de la zona Schengen. Tras un par de horas de conducir entre el paisaje desolado, Ilija se detiene en un arcén para comprar flores y una vela con el damero rojiblanco croata que encenderá en la tumba de sus muertos.

La mañana del día de Difuntos, en el cementerio rural se concentran fieles venidos de toda Europa, los nativos del lugar que llevan décadas bregando en la diáspora. Cada familia se coloca de pie junto a la lápida de los suyos para atender a la misa, oficiada por el capellán desde un altarcillo en mitad del camposanto. Con aire sobrio, Ilija entona una oración por el alma de su padre, Jozo, sin olvidar que, en algún lugar ignorado cerca de Split, yacen los restos de su tío, a quien debe el nombre. Resignado a no darle sepultura jamás, también lo incluye en sus ruegos de misericordia divina.

Cuando el párroco exhorta a la congregación a marcharse en paz, entre las tumbas se forman corrillos de antiguos vecinos que se ponen al día e Ilija charla en tono quedo con sus hermanas venidas de Austria. Pronto los asistentes empiezan a desperdigarse, algunos en una hilera de coches y otros por los prados, dando zancadas para franquear los muros de piedra seca. En el caserío que levantó Jozo —hoy desierto, vetusto y carcomido por la humedad— Ilija trocea las matanzas del cerdo sacrificado el día anterior y apura con un vaso de aguardiente el último rato en su patria íntima. En el fondo es la única que tiene, porque solo allí se siente en su hogar, pero, como al resto, las circunstancias le obligan a irse. Más allá de la casa encalmada se oye el rumor de la hosca llanura, donde el viento proclama a bramidos su triunfo.

Una dama de Sarajevo

¡Ah, qué placer! Al caer la tarde

se reunió un grupo para celebrar

entre ciruelos, bajo las ramas floridas.

¡Ah, qué deleite sin fin!

Canción tradicional bosnia

Si hay un rasgo que une a los bosnios más allá de sus diferencias es la sociabilidad, su disposición a juntarse en encuentros marcados por la charla, el buen humor y, sobre todo, la música: cuando los ánimos se encienden, no tardan en aparecer un acordeón o una guitarra y los asistentes corean un vasto repertorio común. En estas veladas por Sarajevo, es habitual que la maestra de ceremonias sea Alma, tanto en la tertulia ligera como a la hora de las canciones. Aunque ha rebasado los sesenta años, conserva cierto desparpajo infantil por sus ojos vivos, su boca risueña y los dos zarcillos que le asoman bajo el pelo mientras sus bromas arrancan carcajadas. Sin embargo, de los talentos de Alma el mayor es cantar, tras décadas de experiencia en toda clase de escenarios. Los cigarrillos han menguado sus facultades y le cuesta atinar en las notas altas, pero lo compensa a base de oficio y sensibilidad. Con voz ronca, entona temas tradicionales a los que la audiencia se une a coro, hasta que lo que parecía un mero pasatiempo adquiere tonos de catarsis.

La garra con la que Alma ataca las estrofas proviene del origen montenegrino de su familia, que no llegó a Bosnia hasta la

Yugoslavia de entreguerras. Durante el periodo otomano, Montenegro fue el único lugar de los Balcanes jamás domeñado por el sultán. Aunque era un territorio exiguo que se podía recorrer a pie en solo tres días, logró preservar su independencia del turco por el desarrollo de una ética guerrera que prescribía el combate como un deber histórico y moral. Por cerros y quebradas, los montenegrinos libraban batallas en las que no había victoria mayor que cortarle la cabeza al enemigo para clavarla en el palenque de la aldea. El pasado de Montenegro como parte del imperio medieval serbio, su belicismo y su resistencia al invasor le valieron el sobrenombre de «la Esparta serbia».

Jusuf, el abuelo de Alma, era originario de Podgorica, ciudad surgida de la voluntad otomana por estabilizar la frontera con Montenegro. Para someter a los montenegrinos, las autoridades levantaron un sistema de fortificaciones, de las que Podgorica era la más importante. Su guarnición lanzaba expediciones punitivas contra Montenegro y, al igual que sus contrincantes, no aspiraba a mayor honor que decapitar al enemigo y colgar su cabeza de las murallas. Este pulso secular se fue inclinando del lado montenegrino hasta la llamada «Gran Guerra» de 1878, en la que Montenegro alcanzó una victoria luego refrendada por las potencias internacionales: el Congreso de Berlín reconoció la independencia del principado, que se anexionó numerosos territorios, entre ellos la anhelada Podgorica. Mientras la ciudad era repoblada con cristianos ortodoxos, los musulmanes se fueron marchando en busca de un entorno más propicio que Jusuf encontraría en Sarajevo.

Para ganarse la vida en la capital bosnia, Jusuf decidió abrir una barbería, ya que, en la época, todos los sarajevitas tenían un barbero de confianza. Se trataba de establecimientos humildes donde los clientes acudían no solo para acicalarse, sino también como lugar de socialización masculina. Jusuf afilaba la navaja o hacía chasquear las tijeras mientras los parroquianos se lanzaban pullas, discutían de política o comentaban los chismes del barrio. Sin embargo, la ocupación más lucrativa de los barberos era circuncidar a los niños musulmanes, el rito de paso a la virilidad

según el islam. Jusuf se presentaba llevando el maletín con su instrumental a la fiesta en honor del muchacho, a quien nadie había detallado los pormenores de la ceremonia. Cuando los familiares agarraban por sorpresa al chiquillo para que no se zafase, le seccionaba la piel del prepucio trazando un corte circular. Mientras el chaval yacía aturdido —por muchos regalos que le hiciesen, ninguno paliaba la falta de anestesia—, Jusuf guardaba la navaja, recibía el pago por sus servicios y era invitado al banquete.

En la Yugoslavia de entreguerras, Jusuf era ateo y comunista, pero para los radicales serbios no importaba la ideología que profesase, porque alguien como él siempre sería ante todo un musulmán. Según el relato nacionalista, los eslavos del sur practicantes del islam eran traidores, descendientes de serbios que habían «vendido su fe por una cena», al pasar del cristianismo a la religión del conquistador otomano. El poema nacional de Montenegro, La guirnalda de la montaña, escrito por el príncipe obispo Pedro II Petrović, «Njegoš», narra una masacre de musulmanes por negarse a volver a la cristiandad:

Bauticemos a quienes mancillan el nombre

de Jesucristo no con agua, sino con sangre.

¡Aniquilemos la plaga de nuestro redil!

El odio a los eslavo-musulmanes se ha manifestado con recurrencia a lo largo de la historia, pero en pocas ocasiones de forma tan cruenta como en las masacres de los chetniks durante la Segunda Guerra Mundial. El discurso irredentista de la época ensalzaba el río Drina como «la columna vertebral del pueblo serbio» porque su curso unía a los serbios orientales y occidentales. La nutrida presencia de musulmanes en el Valle del Drina constituía un obstáculo para la creación de la Gran Serbia, de forma que los

chetniks, acusándolos de renegados, no escatimaron en horrores para liquidarlos: por la región en la que confluyen Bosnia, Serbia y Montenegro, quemaban vivos a los civiles dentro de sus casas o bien los degollaban sin piedad en las chalanas y puentes sobre el Drina.

Para fortalecer su arraigo en la comarca, el Partido Comunista había enviado a Jusuf a la localidad ribereña de Goražde. Su misión era abrir una barbería en la ciudad, bajo cuya tapadera reclutaría a voluntarios para la lucha antifascista. En noviembre de 1941, los chetniks tomaron Goražde y se desató una orgía de crímenes contra la población musulmana, bajo la consigna de exterminar a todos los varones que superasen la altura de un rifle. El escenario principal de las atrocidades era el puente que franqueaba el Drina, en cuyos extremos los perpetradores situaron un coche haciendo ruido con el motor y un acordeonista tocando para que no se oyesen los gritos de las víctimas. Cuando lo llegó el turno a Jusuf, el verdugo, conocedor de su oficio de barbero, le degolló con su propia navaja frente a su esposa, de etnia serbia, para luego empujar el cuerpo a las gélidas aguas del río. Como jamás se encontró su cadáver, su hijo Jakup —el padre de Alma— iba cada año al puente de Goražde en el aniversario de su muerte y dejaba caer una flor al Drina.

Nacida veinte años después de la muerte de Jusuf, Alma vivió una infancia difícil por culpa de su padre, Jakup, apodado «el Pimienta» por tener un carácter irascible. Debido a la guerra permanente contra el Imperio otomano, entre los habitantes de Montenegro se estableció un patriarcado estricto: cada vez que se acercaba el hombre, la mujer debía interrumpir su actividad como signo de deferencia; el maltrato formaba parte de la rutina conyugal, y negar el sexo al esposo acarreaba la muerte por apedreamiento. De esta cultura patriarcal, consolidada durante siglos, todavía quedaban vestigios en Jakup. Frustrado por haber tenido una hija en lugar de un varón, ejercía su autoridad de forma agresiva y descargaba su cólera contra la pequeña Alma. Su madre, Šaha, era testigo de los malos tratos, pero no la defendía por estar enamorada de su esposo

y porque se engañaba repitiéndose que, con el tiempo, las cosas se arreglarían.

Abrumada por los baqueteos, Alma se refugiaba en la música y, desde pequeña, sintió una irrefrenable pasión por cantar. En su niñez, por la radio sonaba la música tradicional llamada sevdah, el género de mayor arraigo en Bosnia. El sevdah tiene su origen en el universo femenino, ya que fueron las mujeres, recluidas en sus casas, quienes comenzaron a canturrear para entretenerse, mientras marcaban el ritmo golpeando un pote de café a la turca o dando vueltas sobre su eje a una bandeja redonda para generar un leve rumor. Se trata de un estilo que lleva el desconsuelo en su propio nombre, puesto que el término sevdah proviene del arabismo sawda o «bilis negra», considerada por Galeno el humor causante de la melancolía.

Con el tiempo, las penas del sevdah pasaron de la intimidad de las cocinas a amenizar las veladas de las familias pudientes, cantadas por un tañedor del instrumento oriental llamado saz. Los intérpretes de saz rasgueaban sus cuerdas con una pluma de ave noble —águila o halcón— como acompañamiento mientras desgranaban pasiones exaltadas o hazañas de guerra. En este sevdah primigenio, que se conformaba a los modos de la música oriental, tenía prioridad el asunto narrado, hasta tal punto que, para referirse a la interpretación del género, no se usaba el verbo «cantar», sino «decir». El sevdah también servía como distracción para aficionados como Jusuf, el abuelo de Alma, quien, en sus ratos libres, se entretenía tocando el saz entre tarareos.

Aunque Jusuf jamás pudo escuchar el sevdah posterior a la guerra, su hijo Jakup seguía las emisiones de Radio Sarajevo, que Alma oyó durante toda su niñez. Desde la liberación de la ciudad por los partisanos, la radio local había iniciado una nueva etapa en la que el protagonismo correspondía al sevdah, la mayoría de veces interpretado en directo por los músicos desde el estudio. La gran estrella de la época era Zaim Imamović: por su canto pulido y sutil, con los quiebros justos para agitar la «bilis negra» en el oyente,

Imamović logró tal fama que los campesinos iban a la ciudad a comprar una radio preguntando por el modelo «donde canta Zaim».

Buscando encauzar su pasión por la música, Alma se adentró en el mundo de las Asociaciones Artístico-Culturales, conocidas como «KUD» por sus siglas en lengua local. Su origen son las entidades folclóricas con las que el Imperio austrohúngaro había fomentado el despertar nacional de los pueblos de Bosnia a través de coros y danzas. Los KUD, divididos en croatas, serbios, musulmanes y judíos, ejecutaban números musicales basados en la tradición de cada grupo, hasta que el régimen socialista los prohibió por fomentar el nacionalismo e impulsó nuevas asociaciones multiétnicas. Alma era cantante solista del KUD Miljenko Cvitković, bautizado en honor de un brigadista yugoslavo en la guerra civil española que luego murió combatiendo como partisano.

Tras foguearse en el género coral con los KUD, Alma aprendió la vertiente popular del oficio junto a su futuro esposo Mirko, procedente de una estirpe de músicos que incluía a cantantes, instrumentistas y lutieres. El talento musical en la familia llegaba a tal extremo que Franciska, la madre de Mirko, llegó a cantar incluso en el lecho de muerte. Aunque se encontraba postrada en la cama y sufría demencia senil, cuando su nieta Ivana le felicitó la Navidad católica le pidió que le acercase un pequeño instrumento de cuerda que colgaba de la pared. La moribunda abuela Franciska ni siquiera se incorporó y, tumbada, interpretó en alemán la versión original de «Noche de paz» de manera polifónica: cantaba una melodía al tiempo que con el instrumento ejecutaba otras dos, pese a la tremenda concentración que eso requiere y a estar agonizando.

Mirko se ganaba la vida actuando por la región de Voivodina, en el norte de Serbia. Esta provincia perteneció al Imperio austrohúngaro hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, por lo que sus ciudades tenían un encanto centroeuropeo: fachadas de tonos pastel, iglesias con campanarios ribeteados de oro y parques embellecidos con fuentes y glorietas. Gracias a la herencia multinacional austrohúngara, se trataba de la región con mayor diversidad de

Yugoslavia, puesto que en ella convivían serbios, húngaros, croatas, rumanos, eslovacos, gitanos, bosnios, macedonios y montenegrinos, entre otros pueblos. Más allá de la etnia, Voivodina era una extensa planicie de tierra negra, rica en humus, cuya fertilidad la convertía en ideal para la agricultura. Como a sus cultivadores les sobraban tanto el dinero como las ganas de derrochar, se convirtió en un destino codiciado para los músicos.

Alma debutó como vocalista del grupo de Mirko en la ciudad de Kikinda, donde los geólogos acababan de descubrir un yacimiento petrolero. En estas primeras veladas, los operarios de las perforaciones se medían los brazos con una cinta métrica para determinar quién tenía los bíceps más fornidos e, ignorando a Mirko, el vencedor se los mostraba a Alma como táctica de seducción. Para su suerte, el resto de las actuaciones en Voivodina tuvieron lugar en hoteles de prestigio, ya fuesen antiguos hospedajes con solera austrohúngara o nuevos establecimientos de lujo comunista. En lugar de ir de mesa en mesa como los músicos de restaurante, el grupo actuaba de uniforme sobre un escenario y, por la generosidad de la audiencia en las propinas, Alma estrenaba vestido cada noche.

Gracias al dinero de las actuaciones, el matrimonio vivía con holgura, aunque buena parte de los ingresos se volatilizaban cada vez que Mirko iba a Belgrado. En la calle Skadarlija, donde se reunía la bohemia local, Mirko disfrutaba del cambio de tornas respecto a las noches en las que trabajaba, porque ahora era él quien, sentado en la mesa, pedía canciones a los músicos. Pasaba noches enteras repartiendo propinas de un fajo y prestaba dinero a tarambanas de escasa solvencia. Sus despilfarros erosionaron el matrimonio, que se rompió cuando su hija, Ivana, tenía apenas un año. Desde muy temprano, Ivana mostró una gran facilidad musical, heredada de su familia. A los cuatro años tocaba la guitarra y a los siete hacía sus pinitos con el prim, el instrumento de cuerda con el que su abuela Franciska había interpretado «Noche de paz» en el lecho de muerte.

Alma volvió con Ivana a Sarajevo para cuidar de su madre, que estaba enferma, y consiguió un trabajo como cantante en el afamado Hotel Bristol. Concebido como alojamiento de una noche para los pasajeros del tren que iba de Belgrado a Dubrovnik, el Hotel Bristol fue objeto de una reforma que lo transformó en el más prestigioso de la ciudad. En él pernoctaron Tito, el actor Kirk Douglas o el conjunto musical ABBA y fue el establecimiento favorito de la élite comunista para celebrar los cumpleaños, las bodas o Nochevieja. Alma cantaba para amenizar la estancia tanto de los huéspedes ilustres como de la burguesía roja. Cuando, terminado el bolo, se sentaba a darles conversación, observaba de reojo como parte del sector masculino se deslizaba a hurtadillas hacia el sótano, porque allí estaba el club de striptease «Carmen», el más famoso de Sarajevo. Antes de empezar su turno en el Bristol, acostaba a Ivana, a quien dejaba con su madre, y por la mañana la despertaba como si hubiese estado en casa toda la noche.

Mientras Alma se ganaba la vida en el Hotel Bristol, el panorama musical yugoslavo sufrió un vuelco que trastocó el gusto de la población. De los colectivos marginales del sistema —campesinos, obreros rasos y advenedizos de provincias desarraigados en la ciudad— surgió una nueva escena que las clases integradas tildaban con desdén de narodnjaci o «populacheros», por considerarla una degradación chabacana de la música tradicional. Las autoridades procuraron contener el fenómeno por todos los medios, incluidos económicos: el Gobierno de Serbia llegó a gravarlo con un «impuesto al kitsch». Pese a todo, el estilo de los narodnjaci se extendió por Yugoslavia y en Bosnia logró arrebatar el favor del público al sevdah. Los estándares de calidad de Radio Sarajevo decayeron e incluso Nedžad Imamović, hijo del legendario Zaim, empezó a grabar canciones influidas por la nueva corriente.

Alma recibía presiones para vestir ropa provocadora como las nuevas cantantes, pero se mantuvo en su estilo sobrio y distinguido porque aspiraba a destacar por su voz. El compositor Fahrudin Pecikoza le propuso grabar un disco, al que seguiría una gira para la diáspora yugoslava en los Estados Unidos, Australia y Canadá, pero

Alma rechazó la oferta por varios motivos. En primer lugar, las canciones que había compuesto Pecikoza le parecieron vulgares, en la onda populachera, y pensó que no se sentiría cómoda interpretándolas. Además, tenía que cambiarse el nombre musulmán, visto como pueblerino, por otro considerado más moderno y, durante las actuaciones en el extranjero, cantar sentada en el regazo de los potentados de la diáspora. Pero, sobre todo, la razón que movió a Alma a rechazar la oferta era que Ivana todavía era una niña, así que dejó de lado la posibilidad de tener una carrera en beneficio de la maternidad.

Con la llegada de los noventa, la música popular yugoslava sufrió una nueva mutación, gestada en la Serbia de Milošević. Tras el hundimiento del socialismo, a la emocionalidad ramplona de los «populacheros» le sucedió el hedonismo materialista del turbo-folk. Las principales estrellas del género eran cantantes siliconadas y escasas de ropa que glorificaban la forma de vida de la nueva élite serbia, consolidada gracias al pillaje de guerra y el mercado negro. Por el escapismo que ofrecía a las masas, el turbo-folk se convirtió en la banda sonora del nacionalismo serbio, vínculo consagrado a través del matrimonio de Ceca, reina del estilo, con el paramilitar ultranacionalista Željko Ražnatović, «Arkan». En la considerada «boda del siglo», Arkan, el arquetipo del guerrero serbio, desposaba a Ceca, mito erótico del país. Cuando se celebró el enlace, retransmitido en directo por las televisiones, Arkan y su unidad paramilitar, «Los Tigres», llevaban años sembrando la destrucción por los frentes de Croacia y Bosnia.

El Bristol, fuente de los ingresos de Alma, perdió su lustre cuando, de cara a los Juegos Olímpicos de 1984, las autoridades construyeron el Hotel Holiday Inn. Destinado a alojar a visitantes insignes y miembros del COI —su primer huésped fue Juan Antonio Samaranch— el Holiday Inn se convirtió en el nuevo lugar favorito de la élite, mientras el Bristol, relegado por su competidor, quedaba como lugar de citas para amantes clandestinos. Los dos hoteles también corrieron suertes opuestas al estallar la guerra de Bosnia: como base de operaciones de los medios internacionales que

cubrían el sitio de Sarajevo, el Holiday Inn se convirtió en una leyenda del periodismo, mientras el Bristol, a escasos metros de un barrio controlado por el Ejército de la República Srpska, fue destruido de manera sistemática.

Resuelta a contribuir a la defensa de su ciudad, Alma se puso a disposición de la Armija para lo que se terciase: barrer el suelo en los cuarteles, fregar los pucheros de la tropa y, si era preciso, también empuñar un fusil. Su determinación convenció a los reclutadores y, aunque ser mujer la eximía de luchar en el frente, pasó a engrosar las filas del ejército. Se calcula que en la Armija lucharon más de 5000 voluntarias, trece de las cuales serían condecoradas con la «Flor de Lis de Oro» como heroínas de guerra. Tras dos años de combatir en los arrabales de Sarajevo, los superiores de Alma la apartaron de las trincheras para nombrarla responsable de moral. Su tarea en esta ocupación consistía en arengar a los milicianos y, cuando alguno de ellos moría en la lucha, visitar a su familia para darle apoyo.

Varios cantantes más populares que Alma se enrolaron en una «unidad musical» cuyo objetivo era dar aliento tanto a milicianos como a civiles. Además de actuar en el frente para los reclutas y en los hospitales para los heridos, estos «soldados musicales» rodaban videoclips en los que, ataviados de uniforme, hacían llamamientos a defender Bosnia entre imágenes de pelotones marchando y recreaciones de combates. Los sarajevitas se aferraban a las canciones patrióticas para no desfallecer, pero a la hora de desahogarse seguían volviendo al sevdah. Aunque los nacionalistas bosniacos intentaban «musulmanizar» el género difundiendo nuevos himnos de tono islamizante, Alma y sus conciudadanos se mantenían fieles a los clásicos de Radio Sarajevo.

Alma no llegó a convertirse en «soldado musical», pero sí recibió una oferta para tomar parte en el concurso donde se escogería al representante bosnio en Eurovisión. Si bien en aquel tiempo el certamen andaba de capa caída, el Gobierno bosnio quería aprovechar la edición de 1993 para denunciar el sufrimiento del país

ante el mundo. Alma rechazó la propuesta, porque consideraba de mal gusto cantar y bailar sobre un escenario mientras su gente moría de formas atroces, pero lo cierto es que el elegido logró difundir la causa bosnia. Muhamed Fazlagić «Fazla», combatiente del ejército, salió del cerco por caminos embarrados, tanto, que perdió sus botas en el fango y tuvo que andar descalzo durante horas. Una vez en Millstreet, Irlanda, sede de aquella edición del festival, su tema «Todo el dolor del mundo» consiguió un meritorio 16 º puesto y una ovación clamorosa del público.

Alistándose en el ejército, Alma parecía haber priorizado la defensa de Bosnia a la maternidad, porque, cuando estaba en el frente, no podía cuidar de Ivana, pero para ella ambas cosas estaban unidas de forma indisoluble: si se trataba de proteger a Ivana, consideraba más útil plantar cara al enemigo que esperar el resultado de la contienda. Durante los cerca de cuatro años que duró el sitio, en Sarajevo había 70 000 menores de edad, rodeados de un horror que desbordaba su entendimiento. Para los chiquillos como Ivana, que apenas tenía ocho años, a la rutina infantil de ir a clase le sucedieron largas esperas en sótanos cuyas paredes temblaban por los bombardeos y, en lugar de cromos, intercambiaban esquirlas de metralla. Por la falta de víveres, los chocolates y las golosinas se habían vuelto un manjar insólito, así que, cuando alcanzaban a comerse alguno, guardaban los envoltorios de colores como recuerdo.

Al igual que el resto de sarajevitas, Ivana entabló un trato cotidiano con la muerte. En el apartamento donde vivía con su madre, ni siquiera podía asomarse a la ventana sin entrar en el punto de mira de un francotirador. Para ir a la escuela, se escabullía de su bloque por una rendija en el sótano, atravesaba un descampado protegido con sacos terreros y se colaba por una nueva rendija en el sótano donde se impartían las clases. Cada vez que un bombardeo la cogía sola en casa porque Alma estaba en el cuartel, susurraba una plegaria musulmana que le había enseñado su madre porque la melodía la tranquilizaba. Como su piso estaba en una séptima planta a pocos metros del frente, Alma temía que cayesen vivas en

manos del enemigo, por lo que había tomado una determinación: si algún día los atacantes entraban por la puerta, llevaría a Ivana de la mano hasta el balcón y madre e hija saltarían juntas al vacío.

Por las estrecheces materiales, Alma se deshizo vestido a vestido del ajuar que reunió en Voivodina a cambio de cigarrillos con los que aplacar sus nervios y comida para Ivana. Cuando era pequeña, la abuela Franciska, católica ferviente, había bautizado a Ivana a escondidas del resto de la familia, circunstancia que ahora le permitía recibir aceite y latas de conserva de Cáritas. Sin embargo, los meses de raciones magras pasaron factura a su organismo en crecimiento y llegó a tener las piernas escuálidas como alambres. Con todo, la endeblez física no frenó el desarrollo de su talento: daba pequeños conciertos con la guitarra para los Cascos Azules de la ONU y aprendió a tocar el violín. Aunque la guerra atronaba a su alrededor, en solo tres años logró completar seis cursos de la escuela de música.

Tanto Alma como Ivana sobrevivieron al conflicto, pero, cuando Alma quiso volver a cantar, descubrió que sus admiradores del Bristol estaban muertos o desperdigados por el mundo. Tuvo que rastrear a los sarajevitas que quedaban por los tugurios para anunciarles su regreso, hasta que logró formar un público modesto para el que actuaba en entornos íntimos. Como sus nociones de guitarra no iban más allá de unos acordes y le faltaba dinero para contratar a músicos, propuso a Ivana convertirse en su acompañante. Fue así como el singular dúo entre madre e hija comenzó a actuar por las tabernas de Sarajevo para los restos de la vieja bohemia, con un repertorio centrado en la música pop y el sevdah.

Por la delicadeza de sus matices, el sevdah encuentra en los pequeños grupos el ambiente idóneo para florecer. Con Ivana a la guitarra, Alma cantaba para estas audiencias reducidas según los preceptos del género, adornando la melodía pero sin histrionismo ni afectación. Las estampas sensuales y lamentos de amor perdido iban calando en el público hasta llevarle al estado conocido como

«caer en el sevdah». La acumulación de penas cantadas hace que aflore el llamado dert, la versión balcánica del duende flamenco, un sentimiento a la vez doloroso y catártico que embriaga al oyente. Este quebranto revitalizador aparece recogido en una definición coloquial del sevdah que Alma recuerda haber comprobado en la figura de su padre, Jakup: «El sevdah es cuando papá canta y llora, pero, en realidad, está a gusto».

Además de acompañar a su madre, Ivana se inscribió como alumna de violín en el Conservatorio de Sarajevo, donde por su facilidad innata aprobaba los cursos sin necesidad de practicar. Al darse a conocer como promesa, recibió una oferta para unirse a la orquesta filarmónica que fue boicoteada por su propio tutor. En Bosnia, son muchos los docentes que deben su plaza a militar en un partido político y, aprovechando su posición resguardada, tratan a los estudiantes con arbitrariedad y desprecio. Para el tutor de Ivana, el simple hecho de que la oferta viniese avalada por un miembro del partido rival obligaba a rechazarla y llegó a amenazar con no firmarle el expediente y así impedir que se licenciase. Ivana presentó una queja formal a la asociación de estudiantes, pero el responsable de tramitarla se rió de ella por su ingenuidad. Antes que bajar la cabeza, optó por dejar el conservatorio.

Para ganarse la vida, consiguió un trabajo en la orquesta de la radiotelevisión bosnia, que acompañaba a los solistas de música tradicional en los programas retransmitidos por el ente. A su llegada, el primer violín era Branko Petković, músico de referencia de su generación al que faltaban dos años para jubilarse. Petković era un individuo huraño y excéntrico abrumado por la leyenda de su padre, Jovica, un mito del sevdah, pero, dándole conversación en las pausas para el cigarrillo, Ivana logró que le enseñase a adornar la melodía. Los ornamentos son fundamentales en la música balcánica y uno de los criterios por los que se juzga a un intérprete. Aunque Petković tenía un amplio repertorio, era reacio a la pedagogía, así que ni daba explicaciones a Ivana ni respondía a sus preguntas, sino que simplemente se ponía a tocar frente a ella. Cuando se jubiló, Ivana ya se sentía preparada, pero el ambiente en la orquesta

era cada vez más funcionarial y terminó por abandonarla en busca de proyectos creativos.

En la última entrevista a Zaim Imamović, concedida en pleno sitio de Sarajevo, le preguntaron si creía que el sevdah iba a sobrevivir. Zaim profetizó con aplomo: «Se seguirá cantando sevdah después de cada guerra». Sus augurios tardaron en cumplirse, porque, en los primeros tiempos de paz, el estilo quedó como música para nostálgicos. No obstante, a partir de 2000 surgió una hornada de artistas renovadores encabezada por su propio nieto. Desde pequeño, Damir Imamović era consciente de la fama de su abuelo, porque todo el mundo se paraba a saludarles por la calle mayor. Sin embargo, el sevdah era solo uno más de los géneros que escuchaba hasta que, preparando una monografía sobre Zaim, reparó en su potencial. Fue el inicio de una sólida carrera para evitar la museización del sevdah y transformarlo en una música contemporánea.

En su empeño por remozar el sevdah, Damir buscaba enriquecer el sonido de su grupo y le fascinó el estilo de Ivana por ser vanguardista y, al mismo tiempo, estar anclado en la tradición. Su llegada ha dado hondura a la música de Damir, con melodías que serpentean sobre el ritmo y acompañamientos innovadores de las partes cantadas. En los conciertos sale a escena ya avanzada la actuación, envuelta en cierto aire de misterio por su rostro hierático, su tez blanca y sus ojos de un azul plomizo. El enigma se despeja cuando empuña el arco para ejecutar ornamentos cautivadores o marca el ritmo con el violín golpeando la madera. El sentimiento que la impulsa apenas trasluce en sus facciones, casi inmóviles salvo por una leve sonrisa que asoma en los labios pintados de carmín.

Por su expresividad y virtuosismo, Ivana se ha convertido en un pilar del conjunto de Damir y goza tanto de reconocimiento en Bosnia como de proyección internacional. Sin embargo, la vertiente artística de su carrera no le da para ganarse la vida, así que acepta todo tipo de actuaciones que le permitan llegar a fin de mes. Por no estar diplomada en el conservatorio tiene vedado dar clases en una

escuela de música, el empleo más seguro al que podría aspirar, de forma que, como su madre en el Hotel Bristol, ameniza veladas en los restaurantes. Descorazona el contraste entre sus proyectos creativos, en los que colabora con músicos de primera línea, y la rutina de ir de mesa en mesa tocando siempre las mismas canciones. Las dificultades para canalizar su talento en Bosnia hacen que, a veces, se plantee emigrar como tantos otros jóvenes, hastiados de un país que, fuera de las redes clientelares, apenas ofrece nada para ellos.

Escindida entre su trayectoria artística y los bolos en el restaurante, Ivana se desahoga en las noches de taberna, quizás simples pero placenteras por acompañar a su madre, Alma. Rodeadas de una compañía eufórica, entre madre e hija se produce una curiosa inversión de roles: es Alma, con aires de niña coqueta, quien pide permiso a Ivana para cantar una nueva canción, mientras su hija decide si atender o no a la propuesta. Pese al contraste de temperamentos entre Alma, viva y fogosa, e Ivana, retraída y hermética, se percibe un hondo caudal de ternura que las une, del que la música que interpretan es solo la manifestación sonora. Mientras Ivana ejecuta los pasajes instrumentales, Alma hace caracolear las muñecas con picardía, entre jaleos de la concurrencia para que ataque otra estrofa más.

En una sociedad donde la emoción se contiene para guardar fuerzas de cara a la lucha diaria, el sevdah permite a los bosnios liberar el sentimiento, así que los oyentes exhalan suspiros, levantan los brazos al cielo e incluso a alguno se le escapa una lágrima. Los reunidos en torno a la mesa, con vasos de aguardiente y ceniceros a rebosar, llevan vidas marcadas por la tragedia, pero se olvidan de ellas gracias a la música, que les regala un instante de desahogo. Hay algo profundamente bosnio en estas noches en las que la melancolía no es un desplome del ánimo, sino su opuesto, la expresión de un vitalismo indestructible. Más allá de los traumas del pasado y los sinsabores del presente, hay una Bosnia que soporta las adversidades sin corromperse ni renunciar al goce. Es una Bosnia fuerte, hedonista y sensible que no atiende a nombres,

religiones o etnias, sino solo a la nobleza de alma y las ganas de vivir.

Agradecimientos

Este libro simplemente no existiría si no fuese por Vanessa Ruiz: me convenció de que tenía los conocimientos y capacidades necesarios para escribir, propuso a varios protagonistas de las historias, me acompañó a visitarlos, leyó mis textos, aportándoles ideas magníficas, y estuvo a mi lado contra viento y marea durante buena parte del proceso. Su generosidad, trabajo e implicación son algo que no olvidaré nunca y de lo que este libro queda como testimonio.

Raul Verdejo ha leído todas las versiones de La piedra permanece (y no han sido pocas), siempre con mimo y aportando observaciones certeras gracias a las que he ido afinando el texto. Para ello se desplazó varias veces a Bosnia e incluso fue a conocer a varios de los personajes y lugares del libro. Es un privilegio tener a un lector «puro» con su criterio e inteligencia, además de un amigo ejemplar.

La piedra permanece no solo está hecho a partir de viajes por Bosnia y conversaciones con sus habitantes, sino que también es fruto de una vasta labor de documentación. Agradezco al personal de la red de Bibliotecas de Sarajevo, la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina y la Biblioteca Municipal de Lukavica su paciencia con ese extranjero que aparecía cada dos por tres (en ocasiones varias veces al día) buscando libros rarísimos que sudaban tinta para encontrar.

La fuerte presencia de la religión en Bosnia —aunque sea sobre todo como marcador identitario— me llevó a escribir bastante sobre judaísmo e islam, confesiones de las que, por haber crecido en una sociedad de tradición cristiana, al empezar el libro tenía un conocimiento somero. El rabino Eliezer Papo y el orientalista Dženan Smajić respondieron con solvencia a todas mis dudas y compartieron conmigo una pequeña parte de su erudición prodigiosa.

Cuando La piedra permanece aún se encontraba en una versión primeriza, la periodista Inma Ruiz me enseñó cómo adaptar mi escritura a varios medios de comunicación: primero El País, luego Ctxt y ahora también El Orden Mundial. Gracias a sus lecciones, fruto de una experiencia de décadas, gané concisión y fluidez en mi estilo, además de tomar mayor conciencia de qué hace que un lector quede atrapado por el texto. Creo que la forma definitiva del libro tiene mucho que ver con este proceso y le doy las gracias por haberlo tutelado.

Mientras buscaba editorial, varias personas leyeron diversos capítulos de La piedra permanece o incluso el libro entero para orientarme sobre su contenido y los mejores lugares donde publicarlo. Fueron Ana Schulz, Christian Martí-Menzel, Antonio Jiménez Barca, Marta Rebón, Andrés Mourenza, Karlos Zurutuza, David Alegre y mi hermana, Laura Casals. Ya en fase de edición, tuve la suerte de contar con la lectura atenta de Jairo Dorado, traductor al gallego de autores balcánicos como Ivo Andrić o Danilo Kiš, y de la periodista Celia Castellano. Gracias a todos por su tiempo, generosidad y buenos consejos.

Alberto Haj-Saleh dio al libro el empujón que le faltaba para ser publicado, primero recomendándolo a Libros del K.O. y luego trabajando conmigo el texto en un proceso de edición mano a mano que, a mi entender, lo ha mejorado mucho. Además de la gran labor que ha hecho para La piedra permanece, agradezco a Alberto su implicación mucho más allá de lo que se le pedía, su comprensión con algunos de mis empecinamientos y su respeto al tratarme como un igual en el proceso de edición. Ahora no solo tengo un editor, sino también un amigo.

Desde que envié el manuscrito a varias editoriales hasta hoy, he contado con el apoyo incondicional de mi compañera, Patricia Pizarroso. Ha leído mis textos una y otra vez con rigor de doctora en Literatura Comparada, me ha acompañado en mis viajes por Bosnia en el tramo final de elaboración del libro, me ha tranquilizado cuando estaba lleno de dudas y me ha dado fuerza en los

momentos de desánimo. Le agradezco todo lo que ha hecho para que La piedra permanece salga adelante. Ojalá pueda escribir más libros en el futuro, aunque sea solo para que ella los lea.

Glosario

Armija: fuerzas armadas de Bosnia-Herzegovina, multiétnicas pero con mayoría de bosniacos. Uno de los bandos combatientes en la guerra de Bosnia-Herzegovina.

Bosnia: región histórica que comprende el 81 % de Bosnia-Herzegovina, la práctica totalidad del país salvo su parte meridional. También nombre usado habitualmente (incluido en este libro) para designar a Bosnia-Herzegovina, de acuerdo con el principio de pars pro toto.

Bosniacos: nación formada por individuos de tradición musulmana que habitan sobre todo en Bosnia, pero también en los países vecinos o en la diáspora.

Chetniks: guerrilleros defensores de la monarquía serbia durante la Segunda Guerra Mundial. De alzarse contra la ocupación de las Potencias del Eje, pasaron a colaborar con ellas, perpetrar masacres contra los musulmanes bosnios y luchar sobre todo contra los partisanos.

Ejército Federal Yugoslavo: ejército formado por el régimen socialista yugoslavo y uno de los bandos combatientes en las guerras de secesión de Croacia y Eslovenia. También durante los primeros meses de la guerra de Bosnia, tras los que fue sustituido por el Ejército de la República Srpska.

Federación: una de las dos entidades que conforman Bosnia, donde vive una mayoría de bosniacos (70,40 %) y croatas (22,44 %).

HDZ: Hrvatska Demokratska Zajednica (Comunidad Democrática Croata). Partido político fundado en 1989 por un grupo de disidentes del comunismo que lideraba Franjo Tuđman. Desde sus inicios ostenta la hegemonía dentro del nacionalismo croata.

Herzegovina: región meridional de Bosnia-Herzegovina que representa el 21 % de su territorio. Herzegovina y Bosnia son las dos regiones históricas que componen el país.

HVO: Hrvatsko Vijeće Obrane (Consejo de Defensa Croata). Ejército de Herzeg-Bosnia, la entidad de mayoría croata creada en Bosnia-Herzegovina durante la guerra.

Izetbegović, Alija: presidente de Bosnia-Herzegovina, nacionalista bosniaco, que llevó el país a la independencia y lo lideró durante la guerra de los noventa. Murió de una enfermedad cardiaca en 2003.

Karadžić, Radovan: líder de los nacionalistas serbios de Bosnia durante el primer lustro de los años noventa, incluida la guerra. Condenado por el Tribunal de La Haya a cadena perpetua por crímenes de guerra y lesa humanidad.

Krajina: región históricamente fronteriza entre los imperios otomano y austrohúngaro. Hoy la antigua parte austrohúngara se encuadra en el territorio de Croacia y la antigua parte otomana, en el de Bosnia.

Jasenovac: sistema de campos de concentración a orillas del río Sava donde los ustachas exterminaron a serbios, judíos, gitanos y opositores a su régimen durante la Segunda Guerra Mundial.

Milošević, Slobodan: presidente de Serbia y la República Federal de Yugoslavia durante la mayor parte de los años noventa. Azuzador del resurgimiento del nacionalismo serbio. Murió en 2006 de un ataque al corazón mientras era juzgado por el Tribunal de La Haya.

Mladić, Ratko: general que comandó las tropas de la República Srpska durante la mayor parte de la guerra de Bosnia, incluidos el sitio de Sarajevo y la toma de Srebrenica. Condenado por el Tribunal de La Haya a cadena perpetua por crímenes de guerra y lesa humanidad.

Partisanos: guerrilleros antifascistas que, durante la Segunda Guerra Mundial, luchaban por liberar Yugoslavia de la ocupación de las Potencias del Eje y sus colaboracionistas locales. Su victoria sentó las bases de la Yugoslavia socialista.

República Srpska: entidad creada por los nacionalistas serbios de Bosnia-Herzegovina, que proclamó su independencia en 1992. Al finalizar la guerra quedó, junto con la Federación, como una de las dos entidades que conforman Bosnia-Herzegovina.

SDA: Stranka Demokratske Akcije (Partido de Acción Democrática). Partido político fundado en 1990 por Alija Izetbegović y otros nacionalistas bosniacos. Desde sus inicios ostenta la hegemonía dentro del nacionalismo bosniaco.

SDS: Srpska Demokratska Stranka (Partido Democrático Serbio). Partido político fundado en 1990 por los nacionalistas serbios de Bosnia y hegemónico durante la guerra. Su primer y más importante líder fue Radovan Karadžić.

Tito, Josip Broz: líder de la guerrilla partisana que liberó Yugoslavia de la ocupación de las Potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial y jefe de Estado de la Yugoslavia socialista hasta su fallecimiento en 1980. Con su muerte desapareció uno de los elementos cohesionadores de Yugoslavia.

Tuđman, Franjo: primer presidente de Croacia tras la llegada de la democracia. Nacionalista croata, llevó al país a la independencia y posterior victoria en la guerra de secesión. Murió de cáncer en 1999.

Ustachas: ultranacionalistas croatas aupados al poder en el Estado Independiente de Croacia por Alemania e Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Perpetraron masacres atroces contra serbios, judíos, gitanos y croatas opuestos al régimen.

Cronología básica relacionada con Bosnia

1389 — Batalla de Kosovo, en la que el ejército del Imperio otomano se enfrenta a una alianza de tropas cristianas, principalmente serbias. El nacionalismo serbio la consagrará como mito fundacional, por considerarla el fin de la independencia de los reinos medievales serbios.

1463 — Caída del reino medieval de Bosnia en manos del Imperio otomano. La presencia otomana en el territorio de la actual Bosnia-Herzegovina se prolongará durante cuatro siglos.

1878 — Aplicando las decisiones del Congreso de Berlín, el Imperio austrohúngaro conquista Bosnia-Herzegovina y pone fin al dominio otomano. En 1808 se anexionará el territorio ante la indignación de Serbia y los yugoslavistas balcánicos.

1914 — El estudiante Gavrilo Princip, miembro de un grupo de revolucionarios yugoslavistas, asesina en el centro de Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría. Este atentado desencadenará la Primera Guerra Mundial.

1918 — Tras la derrota del Imperio austrohúngaro en la guerra, se funda el reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, rebautizado en 1929 como «reino de Yugoslavia».

1941 — Invasión de Yugoslavia por las potencias del Eje, que se anexionan partes de su territorio y, en otras, instauran regímenes colaboracionistas. Bosnia-Herzegovina pasa a formar parte del Estado Independiente de Croacia, gobernado por ultranacionalistas croatas llamados «ustachas».

1945 — Liberación de Yugoslavia por los partisanos comandados por Tito, que establecen un régimen comunista. La nueva Yugoslavia tiene una ordenación federal y Bosnia-Herzegovina pasa a ser una de las repúblicas que la componen.

1991 — Tras el desmoronamiento del comunismo por buena parte de Europa, en Yugoslavia las repúblicas de Eslovenia y Croacia declaran su independencia y estallan sendas guerras de secesión.

1992 — Estallido de la Guerra de Bosnia, en la que participan el Ejército de la República de Bosnia-Herzegovina (más conocido como «Armija»), el Ejército de la República Srpska, el Consejo de Defensa Croata y el Ejército de la Provincia Autónoma de Bosnia Occidental. En un territorio con 4,4 millones de habitantes, causará más de 100 000 muertos, un número similar de heridos y 2,2 millones de desplazados.

1993 — Estallido de la guerra entre el Ejército de la República de Bosnia-Herzegovina (Armija) y el Consejo de Defensa Croata, hasta entonces aliados contra el Ejército de la República Srpska. Los bandos volverán a aliarse con la firma de los Acuerdos de Paz de Washington en 1994.

1995 — Las tropas del Ejército de la República Srpska y paramilitares serbios perpetran un genocidio contra más de 8000 bosniacos del enclave de Srebrenica, en Bosnia Oriental. Los bandos beligerantes (bosnio, croata y serbio) firman los Acuerdos de Paz de Dayton, auspiciados por los Estados Unidos, mediante los que se pone fin a la guerra.

Para seguir leyendo sobre Bosnia…

No ficción

armada

, Alfonso: Sarajevo. Malpaso, Barcelona, 2015.

bayarri

, Francesc: Cita en Sarajevo. Montesinos, Barcelona, 2019.

đermanović

, Tamara: Viaje a mi país ya inexistente. Altaïr, Badalona, 2013.

goytisolo

, Juan: Cuaderno de Sarajevo. El País-Aguilar, Madrid, 1995.

hemon

, Aleksandar: El libro de mis vidas. Duomo Ediciones, Barcelona, 2013.

holbrooke

, Richard: Para acabar una guerra. Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

karahasan

, Dževad: Sarajevo, diario de un éxodo. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005.

kučukalić

, Esma: Ciudadanía y etnicidad en Bosnia-Herzegovina. Universidad de Valencia, Valencia, 2019.

lasheras

, Borja: Bosnia en el limbo. Editorial UOC, Barcelona, 2017.

lovrenović

, Ivan: Bosnia, a cultural history. Saqi, Londres, 2017.

minić

, Slobodan: Bienvenido a Sarajevo, hermano. Icaria, Barcelona, 2014.

núñez

, Isabel: Si un árbol cae. Alba, Barcelona, 2009.

roán

, Miguel: Maratón balcánico. Caballo de Troya, Barcelona, 2018.

ruiz jiménez

, Miguel Ángel: Y llegó la barbarie. Editorial Ariel, Barcelona, 2016.

sacco

, Joe: Goražde. Planeta-De Agostini, Barcelona, 2006.

sarajlić

, Izet: Sarajevo. Valparaíso, Granada, 2006.

suljagić

, Emir: Postales desde la tumba. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.

taibo

, Carlos: La desintegración de Yugoslavia. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2018.

tochman

, Wojcijeh: Como si masticaras piedras. Libros del K.O., Madrid, 2015.

veiga

, Francisco: La fábrica de fronteras. Alianza Editorial, Madrid, 2011.

Ficción

andrić

, Ivo: Un puente sobre el Drina. Debolsillo, Barcelona, 2000.

andrić

, Ivo: Crónica de Travnik. Debolsillo, Barcelona, 2003.

avdić

, Selvedin: Siete miedos. Sajalín Editores, Barcelona, 2019.

bastasić

, Lana: Atrapa a la liebre. Navona Ediciones, Barcelona, 2020.

čolić

, Velibor: Los bosnios. Periférica, Cáceres, 2013.

ðikić

, Ivica: Cirkus Columbia. Sajalín Editores, Barcelona, 2011.

goytisolo

, Juan: El sitio de los sitios. Alfaguara, Barcelona, 1996.

jergović

, Miljenko: La casa de nogal. Siruela, Barcelona, 2007.

jergović

, Miljenko: El jardinero de Sarajevo. Dèria Editors, Barcelona, 2002.

kuić

, Gordana: El olor de la lluvia en los Balcanes. Editoral Funambulista, Madrid, 2015.

prcić

, Ismet: Esquirlas. Blackie Books, Barcelona, 2013.

šehić

, Faruk: Las aguas tranquilas del Una. Editorial La Huerta Grande, Madrid, 2017.

selimović

, Meša: El derviche y la muerte. Montesinos Editor SA, Barcelona, 1987.

stanišić

, Saša: Los orígenes. Alianza Editorial, Madrid, 2020.

stanišić

, Saša: Cómo el soldado repara el gramófono. Alfaguara, Barcelona, 2008.

usón

, Clara: La hija del Este. Booket, Barcelona, 2013.